



#1 *New York Times* bestselling author

SHERRILYN
KENYON

BORN OF NIGHT

A LEAGUE NOVEL



SHERRILYN KENYON

NACIDO DE LA NOCHE

LA LIGA 01



ÍNDICE

Nacido De La Noche.....	4
Prólogo.....	5
Capítulo 1	8
Capítulo 2	24
Capítulo 3	37
Capítulo 4	57
Capítulo 5	78
Capítulo 6	96
Capítulo 7	112
Capítulo 8	128
Capítulo 9	145
Capítulo 10	161
Capítulo 11	178
Capítulo 12	194
Capítulo 13	211
Capítulo 14	225
Capítulo 15	237
Capítulo 16	252
Reseña bibliográfica	258



Nacido De La Noche

HABÍA UN PRECIO POR SU CABEZA, Y UN TEMOR EN SU CORAZÓN. . .

Nykyrian la agarró por el brazo. Estaba demasiado tranquila.

—Tienes que marcharte.

—No puedo.

—Pítala y su gente harán lo que sea para completar su misión. Eso incluye el bombardeo de este teatro y de todos los que están en él. A ellos no les importa cuantas vidas se pierdan mientras consigan lo que quieren.

Kiara se apartó y caminó por el vestíbulo. Su dedo del pie se golpeó con algo sólido. Miró hacia abajo. Los cuerpos de sus guardias estaban esparcidos por el suelo.

Sus gritos hicieron eco a través del vestíbulo.

Nykyrian la abrazó y le acunó la cabeza contra su pecho.

—No mires —le susurró, con el pecho apretado en un nudo doloroso de emociones reprimidas. La sostuvo mientras sollozaba. Sus lágrimas calientes le empaparon la camisa, haciéndole sentir escalofríos. Un ligero olor a flores flotaba desde su pelo. Apretó sus brazos alrededor de ella, mientras deseaba lo que nunca podría tener, queriendo cosas que nunca podría darle, como paz, seguridad y un mundo mejor.

—Todo estará bien —le dijo tiernamente.

—No, no quiero —sollozó Kiara.

Casi había muerto. . .

. . . ¡Y SÓLO UN HOMBRE PODÍA SALVARLA!



Prólogo

—¡Cómo se atreve! —El Comandante Tiarun Biardi miraba ceñudo al Embajador, conteniendo el enojo bajo su rígido control. Por todos esos años había gobernado el Imperio de Gouran y había ocupado el puesto de Presidente del Consulado de Gourish, y nunca se había sentido tan débil y desvalido como ahora mientras enfrentaba al Embajador de Probekein.

Nunca se había rendido ante las amenazas y no tenía ninguna intención de empezar lo que solo podría ser un hábito destructivo.

Tiarun permanecía de pie, dirigiéndole improperios a la fuente de su agitación.

—¡Puede decirle a su emperador que nos *negamos* a permitirle el acceso a Miremba IV!

Serenamente, muy despacio, el embajador se postró a sus pies, la seda de sus túnicas susurraron por el volumen de sus formas.

—Obtendremos los derechos de ese fortín, o cada miembro de este Concilio sentirá la mordedura de la justicia de Probekein. —Miró fijamente a los ocho consejeros que estaban sentados en la mesa redonda ante él.

Gracias a la luz proyectada por las lámparas del techo, Tiarun vio como el color se marchitaba en las caras de sus pares. Su corazón latió de terror.

Todos conocían la ferocidad de los Probekeins, una raza belicosa, que vivían a expensas de los más débiles. Incluso el diseño sanguinolento, de las túnicas ostentosas del embajador, le recordaban a un planeta injustamente conquistado.

Los dos hombres estaban de pie, mirándose fijamente desde los extremos opuestos de la mesa, ninguno se veía más lejos de un parpadeo. Tiarun sentía el miedo de los Consejeros mientras pensaban en la amenaza. Su propio miedo se incrustó en sus venas como una enfermedad, intentando quitarle su fuerza y su voluntad.

Endureciendo su espina dorsal, Tiarun sabía que no podía permitir que él y su gobierno estuvieran sujetos a los antojos de la raza del embajador, sin importarle las consecuencias. Era su deber y el de cada miembro presente, asegurar la existencia pacífica de todos los habitantes del mundo. Si cedían ahora, los Probekeins los crearían débiles e impotentes.

—Puede matarme, si lo desea —dijo Tiarun valientemente—. ¡Preferiría morir que permitirle construir el arma que desea!

El embajador lo miró sonriendo con malicia y locura.

—Como soldado, ha demostrado que su vida significa poco comparado con el bienestar de su gente. Pero... —hizo una pausa, asumiendo su verdadero papel melodramático de Probekein, midiendo las reacciones de su público antes de continuar—. ¿Diría lo mismo de la vida de su hija?

Tiarun apretó el borde de la mesa y sus nudillos se pusieron blancos. Tuvo que poner mucho de su parte para no brincar y estrangular al embajador.

—Mi hija es una artista reconocida y está protegida por el Código. ¡Usted no puede tocarla!

El embajador se mofó.

—¿No? ¿Qué hay de los otros miembros de este Concilio? Sus niños no están tan protegidos. Pero lastima que ninguno sea suyo, Comandante. Conozco a muchos que no respetan al Código ni a sus dictados. Nos permitirá extraer el mineral de surata, o todos sus niños *morirán*.

Tiarun no supo que lo asustó más, si la fría voz del embajador o su intensa mirada. Sabía que no encontraría misericordia en las manos del Probekein.

—¡Usted no puede amenazarnos! —respondió el Consejero Serela, mientras limpiaba la transpiración de su frente con un pañuelo.

Una ola de respeto corrió a través de Tiarun. Agradecía que el Concilio continuara apoyando su decisión.

El embajador rastrilló a Serela con intensidad, luego miró fijamente a Tiarun.

—¿Usted todavía se opone a nuestra propuesta?

—¡Ahora, más que nunca!

—Entonces cuiden bien a sus hijos.

El embajador se giró con una vuelta rápida de sus túnicas de seda. Sus guardias lo siguieron como dos espectros silenciosos al lado de un señor demoníaco.

La puerta se cerró de golpe detrás de ellos.

Tiarun dio un suspiro de alivio ante esa salida dramática.

—Querido Dios, protégenos —susurró Serela en la silla que estaba a su lado, mientras una lágrima se deslizaba por su pálida mejilla—. Sólo tengo un hijo.

Tiarun le puso una mano en el hombro para confortarlo mientras pensaba en su propia hija, Kiara.

—Asumo que debemos aplazar esta reunión. Lo mejor será que regresemos a nuestros hogares para reforzar la seguridad de nuestros hijos hasta que los Probekeins encuentren otra fuente para conseguir el surata que necesitan.

El Concejo estuvo claramente de acuerdo. La reunión terminó en un estado de pánico controlado. Tiarun respiraba con dificultad. Cerró el archivo que estaba frente a él, mientras miraba a sus amigos apresurándose por salir del cuarto. Tenía que encontrar a su hija y protegerla. Era la única familia que le quedaba. No podía permitir que Kiara muriera por su culpa, como le había ocurrido a su madre.

El miedo estrechó su garganta, y se le hizo difícil respirar. ¡Su país o su hija: Cielo santo, que terribles opciones! Eso lo aturdió.

Salió del cuarto, determinado a mantener segura a su preciada hija sin importar el costo.



Capítulo 1

¡Había sido secuestrada!

Kiara Biardi se despertó con un grito alojado en su garganta cuando recordó los eventos ocurridos en la oscura habitación del hotel. Alguien había entrado en su cuarto en mitad de la noche y la había narcotizado. Temblando de miedo, aún podía sentir el frío, el áspero agarre moviéndose sobre su piel, la mordedura del inyector y la forma en como la droga rápidamente fue absorbida por su torrente sanguíneo. Nunca tuvo la oportunidad de ver quién era, e incluso no pudo pedir ayuda.

Ahora su cabeza le dolía terriblemente mientras se desgastaban los últimos remanentes de la droga. Un hedor acre llenó sus sentidos, estrangulándola por su agudeza.

Kiara intentó no respirar profundamente y abrió los ojos para confrontar quién o que cosa la mantenía prisionera.

Para su alivio, estaba sola, puesta boca abajo en un colchón podrido. Con una mueca de asco, se empujó y casi se cae cuando una ola de vértigo zumbó a través de su cabeza. Se reclinó en la pared que estaba a su lado, un áspero trozo de algo oxidado estaba en la palma de su mano.

—Genial —masculló—. Esto no tiene sentido. ¿Se supone que debo esperar pacientemente a que regresen?

Incluso cuando decía esas palabras, Kiara sabía que no querría —no podría— hacer eso. Su padre no había criado a una hija tonta y ella había aprendido muchos trucos en todos esos años, incluso la habilidad de abrir una cerradura.

Una sonrisa se dibujó en sus labios cuando se dirigió hacia la puerta con pasos inseguros. Era cierto que habían pasado muchos años desde que había abierto las cerraduras de su casa para salir furtivamente y encontrarse con sus amigos después del toque de queda. Pero Kiara estaba segura de que podía recordar como se hacía. Tenía que hacerlo.

Kiara puso su mano encima del pequeño teclado. La cerradura parecía ser del tipo que usaban en el ejército, no era demasiado diferente a la de su padre. De hecho...

Ella se detuvo, cuando sintió el frío del miedo. *Una cerradura militar*. Un nudo de terror quemó su garganta, cuando comprendió que no había sido secuestrada para obtener dinero. ¡Era una prisionera política!

—Oh, Papa. —Susurró, preguntándose en que problemas estaría envuelto.

Éste siempre había sido su peor miedo, ser tomada por uno de sus enemigos. Kiara nunca había creído en las advertencias de su sobre protector padre. Ahora, deseaba tener razón.

Deja de pensar en eso, se ordenó. Si su conclusión era correcta, entonces debía liberarse y regresar a casa antes de que su padre arriesgue su gobierno para buscarla.

—Esta cerradura será muy fácil —se aseguró con confianza.

Haciendo estallar sus nudillos, ingresó un código. La cerradura pitó melódicamente cuando la presionó. Una luz se encendió encima de la pantalla, desplegando el código introducido.

No pasó nada. Kiara lo intentó de nuevo.

Después de casi media hora de intentarlo, estaba a punto de rendirse.

—Vamos, Kiara —dijo en tono alto—. Todo lo que tienes es tiempo. ¡No tienes nada más que hacer, excepto sentarte alrededor y sentir compasión por ti!

Con un suspiro, miró el cuarto y notó la cantidad inmoderada de basura que había regada en el suelo. Kiara arrugó su nariz del asco. El compacto de paredes de acero estaba cubierto por grandes manchas de óxido y corrosión. Se preguntó cómo esa embarcación había pasado alguna vez la inspección espacial. Seguramente no era adecuada ni para llevar suficientes calcetines, mucho menos a ocupantes humanos.

Retornó a la cerradura y empezó a apretar más botones. Cuando la luz zumbó de nuevo, oyó pasos que se acercaban fuera del corredor. Kiara se mordió el labio sin saber que hacer. Miró a su alrededor en busca de un arma. Pero solo vio montones de basura podrida. Suspiró. La única ayuda que la basura le ofrecía era la posibilidad de que sus secuestradores se desmayaran del hedor.

Apretando sus dientes con determinación y probó otro código.

* * *

—Pienso que debemos sacar un poco de placer de esto —dijo un hombre, con su voz acercándose despacio hacia su cuarto. ¿La viste?

Kiara tragó un nudo súbito de miedo en su garganta y retrocedió hasta la pared, su corazón latía fuertemente mientras su mente estaba desesperada por pensar en algo, algo que hacer.

—No lo se, Chenz —contestó otro hombre—. Creo que debemos esperar hasta que logremos escapar. He pensado mucho en el mensaje que recibimos donde se dice que Némesis está intentando atraparnos. Deberíamos matarla cuando nos paguen y luego olvidar su existencia.

Su estómago se anudó. ¡Ellos podrían matarla, pero pensaba arrancarles un gran pedazo antes de morir!

La risa de Chenz hizo eco en el vestíbulo. El sonido amargo le envió un escalofrío a su espina dorsal.

—No debemos temerle a Némesis. Cuando nos paguen, pienso que deberíamos disfrutar de esto.

Los cerrojos de la puerta zumbaron suavemente cuando resbalaron hacia arriba.

Por favor, Dios —rogó Kiara silenciosamente—, *ojalá me maten antes de que me violen.*

Dos de los seres más sucios que había visto alguna vez, entraron a la habitación. Si antes pensaba que el cuarto apestaba, ese olor no podía compararse con el hedor que traían pegado a sus cuerpos. Kiara se preguntó si se habían bañado alguna vez en sus vidas.

Le pareció que eran humanos, pero ninguno honraba a su raza.

—Mira. —Kiara reconoció la voz de Chenz—. La belleza está despierta.

Ella hizo una mueca de desprecio ante el gordo y mugriento hombre.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó, conociendo la respuesta, pero esperando ganar algo de tiempo hasta que pudiera pensar en una forma de escaparse.

Su sonrisa lujuriosa le contestó.

Kiara lo miró fijamente, preguntándose cómo podía mantenerse en pie con tanta fealdad, con los verdugones de su rostro tardaría mucho tiempo en afeitarse. Pero comprendió al ver la cantidad de barba que había sobre sus abultadas mejillas, que no era un hábito que hiciera muy a menudo.

El hombre que estaba a su lado sólo era unos centímetros más alto. Sus rasgos angulares largos y afilados le recordaban a una de las bestias con las que su niñera la asustaba cuando era niña.

Sus ojos reflejaban la frialdad de sus almas, eso la heló.

Se agarró del borde de la cama, con los nudillos apretados. Kiara los evaluó y trató de medir la distancia y el tiempo que le tomaría pasar entre ellos para llegar hasta la puerta. Era muy rápida, pero no lo suficiente para atravesar sus toscas formas. Deseaba ser un mago o un soldado en lugar de una bailarina huesuda.

—Mi padre les dará cualquier cantidad que pidan, si me devuelven ilesa.

Chenz dio un paso hacia ella.

—No pensamos devolverte en absoluto.

Un pánico frío y demandante, atravesó su interior, oscureciendo su vista temporalmente.

Y antes de que pudiera moverse, Chenz la asió por el brazo. Furiosamente, Kiara arañó a su cara. ¡Por Dios, le arrancaría los ojos por eso!

Él echó su puño hacia atrás y la golpeó fuertemente en la cara. Kiara cayó de espaldas, estrellándose contra la pared. Resbaló al suelo, aturdida. Nunca en su vida la habían golpeado y el dolor que le latía en la mejilla y el ojo, era contrario a todo lo que había sentido alguna vez.

Sólo el sonido de su camisa de dormir al ser rasgada la devolvió al presente y apartó a su mente del dolor. Con una maldición nacida de la desesperación, Kiara golpeó con el puño la flácida barriga de Chenz. Al soltarla, se dobló del dolor.

Le dio un puntapié al otro hombre en el centro de su pecho. Su camisa de dormir se rasgó aún más cuando dio un salto encima de sus cuerpos. No podía permitir que la violaran. Preferiría morir intentando escapar que someterse dócilmente a sus lujuriosos deseos.

Kiara ignoró el frente medio abierto de su vestido y corrió hacia la puerta. Alguien le agarró el pie y la golpeó contra el suelo con tanta fuerza que la dejó sin respiración. ¡Oh Dios, tenía que escapar! Kiara arañó la basura cuando intentaban acercarla hacia ellos.

—¡Pagarás por esto, perra! —chasqueó Chenz, mientras envolvía su cinturón alrededor de su garganta.

Kiara abrió la boca para buscar aire, pero el cinturón mordía la carne de su cuello, estrangulándola. Desesperadamente, intentó apartar el cuero de su garganta. Les dio puntapiés a sus tobillos e intentó gritar. Pero ni siquiera un murmullo salió de sus labios.

Estaba muerta, lo sabía.

—¡Mátala, Chenz! —dijo el hombre más alto, mientras se frotaba el pecho dónde ella lo había golpeado.

El cinturón se apretó. La visión de Kiara se oscureció. Arañó el cinturón. Su lengua estaba hinchada, demasiado grande para el tamaño su boca. Pero cuando pensó que Chenz acabaría con su vida, el cinturón se aflojó.

Kiara trató de tomar aire para llevarlo a sus pulmones ardientes y a su garganta. Frotó su cuello y sintió las quemaduras dejadas por el cuero áspero.

Chenz envolvió las manos en su largo pelo castaño oscuro y la atrajo hacia su cuerpo.

—Tu vida no significa nada para nosotros, lindura. La forma en que nos trates los próximos minutos, decidirá si te matamos rápido o de una manera *realmente* dolorosa.

Trató de no aspirar el hedor de su respiración que cayó contra su mejilla. Y antes de que pudiera pensar en una réplica mordaz, unos labios mojados llenos de cicatrices cubrieron los suyos. Kiara apretó su boca.

—Por qué tu... —Se apartó para golpearla otra vez.

Un sacudón de la nave los hizo dar volteretas. Un sonido de advertencia perforó el aire. Los pulsos afilados de ese sonido encendieron las luces.

—¡Estamos siendo atacados! —gritó el hombre alto antes de correr fuera del cuarto.

Kiara estaba acostada sobre el suelo, entorpecida por el dolor físico y el miedo. Chenz la agarró por el brazo y le dio tirones a sus pies para empujarla contra la pared. Lo miró fijamente a los ojos con valentía, preguntándose si la mataría antes de salir. Estaba asombrada por no haber derramado ni una lágrima.

—Terminaré contigo, cuando todo esto acabe —le prometió, mientras sus dedos apretaban furiosamente su rostro al intentar retorcerle la boca con la mano. Dándole una sonrisa de desprecio lujuriosa la soltó y corrió para unirse a su compañero.

La puerta se cerró de golpe, acentuando el efecto desagradable del cuarto. Kiara resbaló muy despacio hacia el suelo, con su mente demasiado cansada para pensar en algo distinto al destino que la esperaba luego de que la batalla llegara a su fin.

Estaba a bordo de una clase de avión junto a dos asesinos, sin saber en que sector o galaxia se encontraba, y ahora estaban bajo el ataque de alguien que podría ser más cruel que sus actuales captores.

En un breve momento, pensó que podía ser su padre intentando rescatarla. Pero lo sabía muy bien. Su padre todavía estaba en el consulado, pensando que seguramente estaba protegida en las habitaciones del hotel de la compañía de baile.

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas, cuando comprendió lo desesperada que era su situación. Moriría en el espacio, violada y torturada. La única esperanza que le quedaba era que quienquiera que los estuviera atacando los aniquilara.

—Por favor —rogó con voz rota—. ¡Déjame morir durante la lucha!

Su garganta se apretó cuando escuchó los sonidos de la batalla. Las paredes viejas del transbordador crujieron horriblemente. Las explosiones golpearon la nave y esta se mecía debajo de sus pies.

Kiara miró fijamente la cerradura, tentada de intentar abrirla de nuevo.

¿Pero que tan bueno podría ser eso? Escuchaba las explosiones que dañaban los circuitos eléctricos del vestíbulo. Ahora, toda la energía de las puertas había sido drenada y se había transferido a las armas de la nave y a sus escudos.

Las luces se apagaron.

Kiara estaba en la oscuridad total, limpiándose las lágrimas de las mejillas.

—Se valiente —susurró, su voz se perdió entre los sonidos que venían de afuera. Era la hija de un comandante, serenamente encontraría su muerte, con dignidad.

Después de una eternidad de naufragios y nervios atormentados, la nave estaba inmóvil. El olor del alambres quemados y del humo se filtró en su cuarto. Kiara tosió por el humo hasta que sintió a su garganta arder. Todavía estaba viva, aunque solo pudiera suponer, la razón o el destino que le esperaba.

Al oír el sonido de unos pasos acercándose, se puso rígida, pero ellos avanzaron rápidamente más allá de su cuarto. La estrechez de su garganta se aflojó un poco.

Parecía que hubiera envejecido cuarenta años antes de escuchar a alguien más fuera de la puerta. Su corazón latió con fuerza y abrevió el sonido chirriante de una antorcha que quemaba a través del acero.

Kiara agarró el soporte de la cama con la mano izquierda y asió los remanentes de su camisa de dormir con la derecha. Su cabeza estaba tan llena de pánico, que temió que podría desmayarse.

Un estallido fuerte sonó antes de que un pedazo grande de la puerta se desplomara. Su estómago se anudó en un bulto frío. La luz de una antorcha se reflejaba en el cuarto, y se detuvo cuando la iluminó.

A pesar del dolor que le causó ajustar sus ojos, intentó ver más allá de la luz, a quienquiera que la sostenía, pero todo lo que vio fue una sombra grande y negra.

La sombra pasó a través del agujero y entró en el cuarto.

Kiara envolvió sus piernas debajo, para poder levantarse rápidamente si la situación lo ameritaba. El sudor se resbalaba cerca de sus orejas. Se tensó, lista para golpear con todas sus fuerzas a cualquiera, antes de que su cansado cuerpo le pasara revista.

Las luces se encendieron y quemaron sus ojos. Kiara pestañeó varias veces y vio como la sombra se convirtió en un soldado vestido con un traje de batalla negro. Un casco negro y denso cubría su cara impidiéndole ver a qué raza pertenecía. Ninguna insignia o bandera marcaban su uniforme.

¿Quién era?

Lo miró fijamente, dudando si la ayudaría o la dañaría aún más. Hasta que no supiera la respuesta, trataría de ser dócil, calmándolo para que no le hiciera daño. Y si intentaba hierla, le daría con la rodilla donde más le doliera. Pero él no se acercó.

Para su sorpresa, él apagó la antorcha y la puso en el suelo. Ella se preparó para correr.

Sin prever su intento de escape, el hombre desabrochó el casco de las hebillas que lo aseguraban a su traje de batalla y se lo quitó.

Kiara quedó asombrado por la hermosura de su cara. Su largo pelo castaño estaba atado hacia atrás con una coleta y dos aros pequeños plateados se balanceaban en el

aire desde el lóbulo de su oreja izquierda. Sus ojos oscuros miraron su cuerpo midiendo su estado de desorden.

Cuando Kiara miró su rostro, solo vio piedad y preocupación.

—Soy Rachol —dijo suavemente en el idioma universal, luciendo un poco nervioso—. No voy a herirte.

Kiara le creyó. Soltó su asimiento de la cama y otra ola de lágrimas se resbaló hacia sus mejillas. ¡Estaba a salvo!

El soldado se le acercó prudentemente.

—¿Puedes entenderme?

Comprendió que su acento era Ritadarion, un planeta aliado al suyo.

—Sí —dijo Kiara, mientras intentaba contener sus lágrimas.

Él se quitó la chaqueta y suavemente la envolvió sobre ella.

—Todo está bien, te llevaremos a casa. —Él se enderezó y le ofreció la mano.

Kiara puso su mano diminuta y helada dentro de la suya que era grande y caliente. Intentó ponerse de pie, pero alcanzó a dar solo un paso antes de desplomarse.

Rápidamente, él se arrodilló a su lado.

—¿Estás bien? —su voz era calurosa debido a la preocupación.

—No entiendo —masculló—. ¡No puedo caminar! —Otra ola de pánico la atravesó.

—Shh —la alivió Rachol—. Solo estás conmocionada, es lo menos que podría pasarte después de tener cerca a esos dos. No te preocupes, ya se te pasará. —Con la mano la agarró de las costillas y la midió con la mirada—. No puedo cargarte —dijo después de un minuto—. Tengo una herida sanando en mi costado y si te levanto podría abrirse.

Le alzó la barbilla para que mirara fijamente sus ojos marrones.

—¿Confías en mí?

Por alguna razón desconocida ella lo hacía.

—Sí.

Rachol asintió y le sonrió.

—Voy a pedirle a un amigo que te lleve a nuestra nave. Prométeme que no te desmayarás cuando llegue.

Kiara frunció el ceño por sus palabras, se preguntaba por qué era necesario pedirle que hiciera esa promesa.

—No suelo desmayarme.

Rachol la miró escépticamente, y sacó un intercomunicador portátil de su cinturón.

—Némesis, necesito ayuda.

Kiara palideció.

—¡Némesis! —chilló, intentando alejarse de Rachol.

Por un momento creyó que podría desmayarse después de todo. Némesis era el más feroz asesino viviente. Todos los gobiernos, incluido el suyo, lo querían muerto.

—No te hará daño —la alivió Rachol.

Kiara no lo estaba escuchando. Recordaba los muchos reportes de noticias que aireaban regularmente algo sobre los brutales asesinatos a sangre fría que Némesis realizaba. Nadie conocía su rostro, ni su verdadero nombre. Las únicas personas que habían visto su cara, no vivieron lo suficiente para informarles a las autoridades. Se rumoreaba que había matado a sus propios padres cuando era un muchacho joven, solo para practicar.

Una sombra grande se proyectó sobre ellos.

Kiara se atragantó y miró la forma tosca vestida idénticamente que Rachol. Por lo menos, Némesis aún llevaba puesto su casco. Quizá viviría después de eso... quizá. Tembló de miedo.

Al verla desfallecer, Némesis sobrepasó a Rachol y se arrodilló ante ella. Su mano grande enguantada, se extendió para tocarle la mejilla ardiente, donde Chenz la había golpeado. Kiara se encogió, intentando pegarse a la pared que tenía detrás y apartó su rostro.

Némesis dejó caer su mano antes de tocarle la mejilla.

—No puede caminar —le explicó Rachol.

Némesis asintió. Sin decir ni una palabra, la puso en sus brazos y la alzó como si no pesara nada más que el intercomunicador que llevaba en su cintura. Kiara tembló, deseando regresar a casa para no estar en los brazos de esa criatura tan peligrosa.

Al llegar a la puerta, Némesis se detuvo para enfrentar a Rachol.

—Mátalos —dijo con una voz electrónicamente distorsionada.

Su tono indiferente la aterró. ¿Qué tipo de ser podría ordenar la muerte de alguien sin inmutarse? No queriendo estar cerca de tal criatura, intentó zafarse de sus brazos. Él la apretó tanto que estuvo a punto de causarle dolor.

La llevó a través del vestíbulo hacia el puente que vinculaba las dos naves. Rachol se quedó en el pasillo, desapareciendo de su vista, seguramente para llevar a cabo la brutal orden de Némesis.

Kiara quiso volver a llamar Rachol. Lo último que quería era estar cerca de él, pero su boca estaba tan seca, que no podía ni siquiera susurrar a través de sus labios hinchados.

Una vez dentro de su transbordador, Némesis la llevó a uno de los cuartos auxiliares que se suponía servía como enfermería. Las herramientas médicas estaban dispuestas cuidadosamente, había botellas de medicina en un armario de vidrio y una cama grande. El olor del antiséptico picó su nariz. Todo era prístino y ordenado, un contraste bienvenido ante la suciedad de sus secuestradores.

Kiara miraba a Némesis, asustada de que quisiera matarla también. Pero parecía que estaba ignorándola, al menos tanto como podía, dado el hecho de que estaba entre sus brazos.

La puso suavemente sobre la cama, y se giró para sacar una sábana de un cajón que estaba al fondo de un armario. Y con una bondad que jamás le hubiera atribuido a un asesino tan cruel, la envolvió en ella.

Kiara lo repasó minuciosamente. La luz se proyectaba en su casco con un lustre aterrador. Parecía más grande que un humano, mucho más alto y fuerte. No tenía ni idea a que especie pertenecía, pero por lo menos parecía ser un humanoide.

Miró el juego de músculos bien definidos que se percibían a través de su traje de batalla, mientras él presionaba un tablero al lado de la puerta y abría el armario.

¿Quién era ese asesino? No era la primera en hacerse esa pregunta y como todos los demás sabía que nunca sabría la respuesta.

Némesis se dio la vuelta, sosteniendo un traje de batalla negro igual a los que él y Rachol llevaban.

Kiara podía sentir sus ojos sobre ella, eran casi tan tangibles como una caricia. Cuando pensó que estaba a punto de hablar, la puerta se abrió para revelar a Rachol.

Sin saber lo que había interrumpido, Rachol tomó el traje de batalla de las manos de Némesis.

—Los encerré con llave en el cuarto de municiones. Si son rápidos, podrán escapar sin daño alguno.

Kiara aún percibía la mirada de Némesis.

Una sacudida aguda le dijo que la nave estaba alejándose de la de sus secuestradores.

—¿Va a llevarme a casa? —preguntó.

Un silencio terrible le contestó. Finalmente, Némesis habló:

—Pronto.

Y antes de que pudiera pestañear, él se había marchado.

* * *

Nykyrian cerró con llave la puerta y se alejó. Sabía que las habilidades de doctor de Rachol serían suficientes para sosegar a la bailarina. Una imagen del cuerpo de Kiara perfilado por su lujuria con la camisa de dormir desgarrada lo chamuscó. Todavía podía sentirla apretada contra su pecho.

Obligando a su mente a pensar en otra cosa, se quitó el casco caliente y pegajoso. Liberó de su humedad a su pelo rubio desatando el lazo de su cuello. Con un suspiro cansado, sacó unas gafas oscuras de su bolsillo y se encaminó para unirse al resto de su tripulación en el cuarto de mando que estaba al frente del transbordador.

Dancer Hauk y Darling Crewell bromeaban entre sí cuando entró.

—Rachol dijo que teníamos una invitada —le comentó Hauk secamente.

—¡Espero que no salga de ese cuarto y te vea sin tu casco!

Ignorándolo, Nykyrian dejó caer su casco al suelo y se sentó en la silla del piloto. Checó sus operaciones, sabiendo que no tenía que hacer ninguna corrección. Hauk y Darling eran los mejores.

—¿Chenz y Petiri se escaparon? —preguntó Nykyrian.

Darling agitó la cabeza.

—Se convertirán en el cebo del asteroide.

Nykyrian asintió. La justicia había sido servida. Mañana Rachol le informaría a su jefe sobre la muerte de Chenz. Eso no le devolvería la vida al hijo del consejero, pero le aseguraría que Chenz no decapitaría a otro niño.

Poniendo fuera de su mente esos pensamientos, Nykyrian miró fijamente a la ventana mientras la oscuridad se arremolinaba alrededor de ellos. En el vértice carente de luz, una imagen de Kiara bailando en su último ballet flotó ante sus ojos. Maldijo los sentimientos que surgían de su ser, cuando pensaba en ella.

Tenía la capacidad de revolver sus sentidos. Cada vez que la veía bailar, tocaba una parte de su alma, una parte que prefería pensar estaba muerta y condenada hace tiempo.

Si las cosas fueran diferentes. Si él fuera diferente...

Nykyrian suspiró. Lo sabía. La forma en que rehusó su toque y se retorció en sus brazos le dijo lo que conseguiría si intentaba hablarle.

—¿Quién es la mujer? —preguntó Hauk finalmente, apartando a Nykyrian de sus pensamientos.

—Kiara Biardi, la bailarina.

Hauk dio un silbido bajo y apreciativo.

—¿Qué estaba haciendo *ella* con esas lacras espaciales?

Nykyrian se encogió de hombros.

—Lo discutiremos cuando lleguemos a la base y nos reunamos.

Tardaron una hora, en llegar a su estación. Rachol salió de la parte de atrás, y le informó que Kiara dormía sosegadamente. Nykyrian se puso el casco antes de regresar a buscar a su paciente.

Después del desembarco, Nykyrian sacó a Kiara de la nave. La llevó al piso superior del Centro de Comando y encargó a Mira su cuidado hasta que se despertara.

Mira se estremeció de emoción al serle asignado el deber de cuidar a una personalidad tan famosa. Sonriéndole nerviosamente a Némesis, corrió a su cuarto para buscar una bata de dormir para Kiara.

Agitando la cabeza por la prisa indebida de Mira al huir de su presencia, Nykyrian llevó su preciosa carga a una de las habitaciones y la puso cuidadosamente en una cama grande. La cubrió con una manta extra.

Cuando se alejó de la cama, la oyó susurrar en su sueño. Extasiado por su melódica voz, retrocedió para echarle una mirada final y la vio descansando apaciblemente.

Estaba de pie sobre ella, embriagado por la suavidad de sus rasgos, su nariz atrevida, sus pómulos altos, sus cejas finamente arqueadas. Su largo cabello castaño oscuro que se desplomaba en adorables bucles sobre ella. Trazó la línea de su mejilla, tentado a quitarse el guante para sentir la suavidad que sabía que toda su piel tendría.

Se dio cuenta de la presencia de Mira cuando regresó. Al mirarla, vio como levantaba las cejas y le formulaba preguntas con los ojos.

Nykyrian quiso poder besar a Kiara. Casi lo hizo. Sólo el conocimiento de la mirada fija y curiosa de Mira le impidió quitarse el casco y rendirse a su ardiente necesidad.

Algunas cosas no eran suyas para sentirlas, o experimentarlas. Con una reverencia breve hacia Mira, abandonó el cuarto.

Nykyrian se reunió con sus amigos abajo, ansioso de terminar su negocio y devolver a la bailarina antes de que lo distrajera de sus obligaciones.

Rápidamente, guió a sus tres soldados a las cámaras del concilio dónde Jayne ya estaba sentada esperándolos.

El cuarto estaba recargado con un centenar de cartas de estrellas, mapas y terminales de computadora. Los pitidos y siseos llenaban el ambiente cuando la

información pasaba a través de los equipos. Todo era aseado, ordenado y eficaz, como le gustaba que fuese su vida.

Nykyrian caminó hasta la impresora más cercana y sacó varias hojas de papel.

Mientras esperaba que sus amigos se quitaran los cascos y tomaran asiento, leyó atentamente los puntos a seguir. Mientras estudiaba las líneas, una irracional imagen de Kiara flotó antes de sus ojos. Apretando sus dientes, obligó a sus pensamientos a concentrarse en sus asuntos.

Miró superficialmente al pequeño grupo, tomó asiento y puso la pila de papeles ante él. Se giró hacia Rachol.

—Me temo que el Probekeins contrató a Chenz y a Petiri.

Rachol asintió.

—Envía un mensaje a Tiarun Biardi donde le informes que le devolveré a su hija. Quiero que sepa que el OMG no tiene nada que ver con su rapto —dicho esto, estrechó los ojos—. Odiaría que alguien me disparara por hacer algo bueno.

Rachol asintió de nuevo, e hizo una rápida nota en su computadora.

—Recibí las noticias de uno de nuestros espías de que el Consulado de Gouran se cayó en pedazos ayer, cuando el Probekeins amenazó con asesinar a los hijos de los Consejeros. Ocho contratos han sido redactados para efectuar los asesinatos. Se han encontrado a seis niños muertos, incluyendo al hijo del Consejero Serela que vimos anoche. Seguramente Chenz fue el causante del asesinato brutal del niño.

Nykyrian recordó la cara atormentada de Serela y la vista del pobre niño mutilado. Si Kiara no hubiera estado a bordo la nave de Chenz, habría rasgado esa laca a pedazos.

—¿A parte de Chenz quienes más han aceptado los contratos del Probekeins?

—No lo sé —contestó Rachol.

Nykyrian se frotó la mandíbula.

—¿Qué hizo que las negociaciones entre los Probekeins y los Gourans terminaran?

Frunció el ceño, ante el gesto negativo de Rachol.

—Se supone que debes informarme sobre todos los contratos de asesinato. Quiero que averigües las razones de las matanzas así como el nombre del último contrato y quién lo aceptó. Mi suposición es que los asesinatos se deben a la nueva arma que los Probekeins están construyendo. ¡Si no es así, necesitamos saber por qué!

Nykyrian se sentó en su silla.

—Debes informarle inmediatamente a Biardi que su hija está a salvo. Me imagino que estará angustiado por su desaparición.

Rachol se puso de pie, dispuesto a obedecer sus órdenes.

—Pienso que debemos apuntar hacia el Emperador Abenbi —dijo Hauk mientras observaba la partida de Rachol—. Es tiempo de que le demostremos a los Probekeins que no pueden continuar asustando a otros gobiernos.

Nykyrian agitó la cabeza.

—Ésa decisión no está en nuestras manos. Debemos cumplir con los contratos atrasados. Llevamos mucho tiempo sin prestarles atención. Pasarán varias semanas hasta que podamos asumir otra asignación. A estas alturas, tendría que ser una emergencia para que aceptáramos un nuevo contrato.

Jayne suspiró de irritación.

—¿Por qué no ampliamos nuestro número? —preguntó, mientras jugaba con su pelo largo y negro—. Seguramente afuera, hay una multitud de personas que podemos emplear, algunos podrían ser utilizados para hacer las ejecuciones físicas de los contratos.

Nykyrian arrugó la frente.

—¿Le confiarías a ellos tu espalda? Los cinco somos amigos, ha sido así durante años. Nuestra lealtad entre nosotros no tiene discusión. ¿Estarías dispuesta a exponer tu vida a manos de un extraño?

—No, si el precio es mi cabeza —contestó Jayne—. Supongo que tienes razón.

Rachol regresó.

—Biardi estará esperándote —le dijo a Nykyrian—. También quiere reunirse conmigo. Es cómico como dejan de perseguir a los criminales hasta que los necesitan —murmuró Rachol mientras se sentaba—. Creo que Biardi va a pedirte que aceptes el contrato para proteger a Kiara.

El corazón de Nykyrian latió con fuerza.

—¿Fijaste la fecha de la reunión?

—Es esta tarde.

Hauk giró en su silla, con una sonrisa afectada que le retorcía los labios.

—Pensé que estábamos ocupados y no podíamos tomar algo nuevo.

Nykyrian le disparó una venenosa mirada. Hauk le pidió perdón con sus manos. Satisfecho de que no siguiera cuestionándolo, recogió las hojas de la mesa y se las entregó a cada especialista apropiado.

Hauk se quejó inmediatamente de su asignación.

—¿Por qué siempre debo proteger a Darling y a Jayne? —murmuró.

—Especialmente a Darling. Deseo que le enseñes como romper los códigos de acceso.

—¡Es peligroso!

—¿Qué soy peligroso? La última vez que fuimos juntos, hiciste disparar dos alarmas. Como ingeniero de circuitos, estás seriamente obsoleto.

—Ten cuidado humano —advirtió Hauk, mostrándole a Darling sus colmillos—. Podría estar hambriento una de estas noches y decidir que no necesitamos más a un Técnico de armas.

Nykyrian agitó la cabeza ante todo su teatro, sabiendo que eran buenos amigos, pero que continuamente se atormentaban entre sí, sobre sus diferencias raciales.

Darling era de Caron, un sistema humano. Hauk era Andarion, un humano avanzado, una raza del predatorial que a veces se alimentaba de la carne de un humano menor. Como híbrido de las dos razas, Nykyrian se encontraba a menudo intentando detener sus escaramuzas.

Hauk tenía todas las características del Andarion tradicional, era un ser con un rostro excepcionalmente hermoso, el Andarions valoraba la belleza física sobre todo lo demás. El pelo largo y negro de Hauk estaba entrelazado en una trenza de guerrero que le llegaba hasta la cintura. Sus iris blancos teñidos de rojo, miraban risueñamente a Darling. Los largos dientes caninos lanzaban destellos mientras Hauk sonreía. Nykyrian agradecía que sus dientes fueran una versión más pequeña de los de Hauk. Pero aún así, eran lo suficientemente largos para marcarlo como un mestizo bastardo, sobre todo cuando se combinaban con sus ojos.

—Jayne —dijo Nykyrian, mirando de frente a la asesina—. Si necesitas ayuda con tus golpes, te relevaré. Así Hauk tendrá más tiempo libre.

Jayne le brindó una sonrisa seductora. Amaba la emoción de cazar y matar a los corruptos. Nykyrian recordó una época en donde había compartido su mismo entusiasmo, pero esos días habían sido hace mucho tiempo. Ahora, solo quería tener paz y soledad.

—No es un número muy alto esta semana —dijo Jayne, mientras examinaba su lista—. Pienso que tenemos una oportunidad de matar a Abenbi —le sonrió a Hauk.

Nykyrian negó con la cabeza.

—Cumple con los asesinatos políticos que te han sido asignados. No quiero recibir ningún mensaje sobre el asesinato del Emperador de Probekein.

Hauk curvó su labio y se inclinó delante de su silla.

—¡Merece morir!

Nykyrian se tensó ante su directa confrontación.

—Necesitamos una prueba sólida antes de actuar. Cuando la tenga, les permitiré alegremente a ti y a Jayne matarlo —trató de tranquilizarse, para no pelear con uno de los pocos amigos verdaderos que le quedaban. Ya tenía suficientes enemigos como para hacer eso.

Hauk se reclinó en su silla.

Nykyrian miró alrededor a cada uno de ellos.

—No tenemos ninguna misión en un futuro cercano que requiera al grupo entero. Solo algunos coinciden, anótenlas y pónganse de acuerdo. Nuestra próxima reunión será dentro de ocho días, la hora está anotada en sus asignaciones. Buena suerte —dijo Nykyrian finalmente, mas como un hábito que por necesidad.

Los miembros agarraron sus cascos y se marcharon. Rachol permaneció sentado con Nykyrian, esperando que el cuarto quedara desocupado.

Cuando la puerta se cerró, enfrentó a Nykyrian.

—No creo que debas aceptar el contrato de Biardi. No podemos darnos el lujo de tener más obligaciones.

Nykyrian odiaba la manera en que Rachol podía anticiparse a sus pensamientos. Aunque mantenía sus expresiones y humores cuidadosamente resguardados, Rachol siempre poseía la misteriosa habilidad de ver detrás de la fachada.

—Realmente deseo que tengas en cuenta mi opinión. No podemos hacernos cargo de algo más. Deberás disculparte con su padre y decirle que llame a sus tropas Gourish para que la protejan.

Nykyrian se puso de pie. Se movió hacia una pared y presionó unos botones para cambiarse la ropa.

—No somos niñeras —determinó, mientras se quitaba su traje de batalla.

Rachol le dio la espalda a Nykyrian y continuó hablando.

—¿Ella te gusta, verdad?

—No soy ciego —chasqueó Nykyrian—. ¿Acaso a ti no te parece atractiva también?

Rachol sonrió.

—Oh sí. Pero, también se cuantas veces has ido a verla bailar. Enfrentalo Kip, estás encaprichado con esa mujer y eso no tiene discusión.

—La deseo, nada más. —Nykyrian reemplazó la pared, recogió sus botas del suelo y se sentó en su silla.

—¿Nada más? —preguntó Rachol, girando en su silla para enfrentarlo con una ceja arqueada.

Nykyrian lo miró ceñudo, mientras le daba tirones a sus botas para ponérselas.

—Esta discusión se terminó —recogió sus gafas de la mesa y se las puso para esconder el extraño verdor de sus ojos humanos. Con una última mueca hacia Rachol, abandonó el cuarto.

Nykyrian ignoró las palabras de Rachol. Era un soldado, no algún tonto enfermo de amor. Sabía demasiado bien que sus deberes y obligaciones, no le permitirían que nada lo distrajera.

Caminando hacia Mira y su encargo, se alegraba de actuar como Némesis. El nacimiento de Némesis había sido necesario, ya que no tenía necesidad de estar huyendo de los francotiradores que querían acabar con su vida. Y con su apariencia híbrida, si las autoridades descubrían al fin la identidad de Némesis, no les tomaría a sus enemigos mucho tiempo para encontrarlo.

Por ahora, las personas asumían que Nykyrian Quiakides era el favorito de Némesis; un papel que le agradaba desempeñar. Con tal de que su identidad se mantuviera oculta, podía mantener una existencia casi normal.

Recordó que su identidad era una de las muchas razones por las cuales nunca podría involucrarse con alguien más. Si había aprendido algo en la vida, era que no podía confiar en nadie.

Las personas eran sus amigas, hasta que mostraba su lado oculto.

Nykyrian se ahogó con las emociones que lo invadieron cuando pensó en Kiara, ya que revirtieron el vacío de su ser, causándole alivio.



Capítulo 2

Una vez más, Kiara se despertó en un ambiente poco familiar. Recordó a Némesis y su corazón latió de prisa, alojándose dolorosamente en su garganta.

¿Dónde estaba? ¿Qué habían hecho con ella?

Kiara inspeccionó el cuarto rápidamente con sus ojos, buscando alguna pista sobre su destino.

La luz tenue se reflejaba contra las paredes de acero pálidas, dándoles una extraña apariencia sombría. Atraída por un movimiento súbito en una esquina, enfocó sus ojos sobre una rellenita mujer mayor quien la miraba, mientras reclinaba su silla.

—Está a salvo —la mujer le sonrió dulcemente, su cara vieja era como la de una abuela amable—. Nadie le hará daño aquí.

Los ojos marrones de la mujer brillaban con honestidad y calor. Kiara confió en ella.

Cuando las luces se aclararon revisó el cuarto y notó la riqueza de los muebles. La cama en la que estaba sentada era de una oscura madera tallada, una rareza que pocos podían permitirse el lujo de tener. La blanca telaraña flotante colgaba sobre los postes altos y escudaba a la cama del frío.

Kiara se giró para mirar a la mujer.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—El dónde no es lo importante. Será enviada pronto a casa ahora que ha despertado. —La mujer se puso de pie y puso una cara de fanática que Kiara reconoció al instante—. ¿Siente hambre o sed?

Ante la negativa de Kiara, la mujer se acercó a la puerta.

—Mi nombre es Mira. Quédese aquí y buscaré algo que pueda ponerse.

Kiara la miraba mientras se marchaba. En la soledad intrínseca del cuarto, escuchó un viento feroz afuera que golpeaba insistentemente. Su mirada se enfocó en las ventanas coloreadas que estaban en la pared más lejana. Un árbol extraño fue golpeado fuertemente por el viento y eso hizo que sus ramas se chocaran con la ventana. Kiara se sentía desvalida ante las fuerzas desconocidas que no podía controlar.

Suspiró y sus pensamientos regresaron hacia su padre. Sin ninguna duda estaría lanzándole frenéticas maldiciones enfadadas a sus pobres soldados, ordenándoles que fueran a investigar cada fragmento del espacio en su búsqueda. Su garganta se apretó rezando para que estas personas pensarán devolverla a Gouran.

La puerta se abrió, y la sorpresa la alejó de sus pensamientos.

No era Mira, era un hombre quien entraba a su habitación. Kiara se tapó hasta la barbilla, vacilando ante el extraño, no estaba lo suficientemente asustada, pero agradecía la poca protección que le brindaba la sábana.

Nykyrian se detuvo. Creía que Kiara todavía estaría dormida. Debió suponerlo.

Sus ojos ambarinos sobresaltados lo miraron perspicazmente. Con algo de morbo, se preguntó como reaccionaría si se anunciaba como el temido y despiadado Némesis.

Pero no había necesidad, ya conocía su reacción. Sus ojos se saldrían de sus órbitas del pánico, indudablemente gritaría de terror y rogaría por su vida.

Suspiró cansado. Su mirada lo estudiaba y su cuerpo reaccionó inmediatamente como si lo hubiera acariciado con sus manos.

Era la única mujer que había deseado en muchos años. Tuvo que controlarse para no rendirse ante el deseo torturante de besarla y averiguar como se sentirían sus brazos delgados envueltos en su cuerpo mientras se enterraba profundamente en su calor. También sentía otra necesidad que ni siquiera podía nombrar.

El corazón de Kiara latía apresurado. El hombre era alto, vestido totalmente de negro. Incluso a través del diáfano velo que los separaba, las incrustaciones plateadas de sus botas y su cinturón de armas brillaban débilmente con la luz. Una larga capa negra delgada se arrastraba hasta sus tobillos, la parte izquierda de la capa estaba retirada revelando la presencia de un blaster.

Los primeros tres botones de su camisa de seda estaban desechos, revelando la promesa de un cuerpo moreno y musculoso. Una cicatriz profunda corría desde la base de su garganta hasta lo largo de la clavícula y desaparecía bajo la camisa. Tenía un fuerte deseo de investigar hasta donde llegaba esa cicatriz.

Aunque la mitad de su cara estaba cubierta por gafas oscuras, se podía decir que el hombre era extremadamente atractivo. Su cara morena y bien afeitada, reflejaba una determinación reacia. Su largo pelo rubio casi blanco estaba trenzado en su espalda. Por eso determinó que era un guerrero de habilidades extraordinarias.

Una aura de poder y peligro emanaba de su cuerpo embriagándola. Casi podía sentir su fuerza.

—Supongo que Mira ha salido a buscar ropa —dijo con un acento que no pudo determinar y con un profundo timbre de voz que envió escalofríos a través de su cuerpo.

—¿Eres Andarion? —le preguntó al notar sus dientes. Sintió temor de su respuesta.

Nykyrian abrió la boca y se pasó la lengua encima de sus dientes caninos afilados.

—No te preocupes, no me como a los humanos —contestó.

Kiara se alivió.

—¿Eres quien me llevará a casa? —preguntó cuando él avanzó y se apoyó contra una alta columna de la cama.

—Si lo prefieres encontraré a un humano para que te lleve.

Ella lo consideró por un momento. Quizá estaría más segura si tuviera una escolta humana.

Kiara echó una mirada sobre su cuerpo, admirando su pose casual. Los firmes pantalones de cuero le daban énfasis a sus muslos musculosos. Su sangre se encendió. Nunca le había atraído un hombre de esa manera. Lamiéndose los labios repentinamente secos, decidió que podía tolerarlo mientras la llevaba de vuelta a casa.

—No, confío en ti. —Kiara sonrió.

—Eso no es muy inteligente de tu parte, no soy muy confiable —le avisó enviándole una ola de aprehensión y curiosidad.

Su intercambio se abrevió cuando Mira regresó con un traje de batalla en el hombro.

—Oh Nykyrian —dijo sobresaltada—. No sabía que estabas aquí.

Kiara notó la obvia incomodidad de Mira.

—Esperaré afuera —dijo mientras se dirigía a la puerta.

El ceño de Mira lo siguió.

En cuanto se marchó, Kiara apartó el velo de la cama a un lado y salió de la cama. Sus dedos de los pies se congelaron por el contacto con el piso frío.

—¿Él no le cae bien? —preguntó.

Mira saltó como si se hubiera tropezado.

—No —dijo apresuradamente—. No es eso. Simplemente es... Él es... un poco peculiar, supongo. —Mira le dio el traje.

Kiara admitió que también la había desquiciado un poco.

—¿Quién es él?

—Es Nykyrian... —Mira hizo una pausa, sus cejas se juntaron—. Me he olvidado de su apellido, rara vez lo usa. Parece que lo detesta.

—Que extraño.

—Así es. —Mira se apoyó más cerca y le susurró—. Es un Asesino renegado de la Liga.

El corazón de Kiara se detuvo.

—Pensé que la Liga no permitía que sus asesinos desertaran.

Mira agitó la cabeza gravemente.

—No lo hacen. Nykyrian es el único que ha podido alejarse más de una semana. He escuchado que es alguna clase de héroe condecorado.

Kiara frunció el ceño.

—¿Un héroe? ¿Y por qué desertó?

Mira agitó la cabeza.

—Nadie lo sabe con seguridad. Es muy reservado e incluso casi nunca habla. — Mira suspiró—. La mayoría de las personas de aquí tienden a evitarlo porque es un híbrido.

El ceño de Kiara se profundizó.

—¿Qué es un Híbrido?

—Es mitad Andarion y mitad humano.

—Qué raro.

—Hmmm —masculló Mira—. Estoy segura de que te protegerá. Es el mejor combatiente que tiene el OMG.

Kiara se aprovechó del cotilleo de Mira cuando la ayudaba con la manga de su traje de batalla.

—¿Ya no asesina a las personas?

—No, que yo sepa. —Mira le ofreció la mano a Kiara—. Dejemos los chismes para otra ocasión. Ha sido un gran placer conocerla, Señorita Biardi. Le deseo mucho éxito en su nuevo show.

Sonriendo Kiara tomó la calurosa y aterciopelada mano de Mira y le dio una corta pero elegante sacudida.

—Ha sido un honor conocerla, Mira. Gracias por su bondad. Si alguna vez quiere venir a ver mi show, simplemente llámeme y le permitiré entrar.

—Gracias. Ojala pudiera hacer eso. —Los ojos de Mira estaban llenos de amistad cuando abandonó la habitación.

Rápidamente, Kiara se cambió su vestido por el traje de batalla negro. Después de que terminó de cerrar la parte delantera del traje, abrió la puerta y salió al corredor para buscar a su escolta. Nykyrian se apartó de la pared.

Kiara se ruborizó cuando comprendió lo desarreglada que debía verse. Miró como el traje que llevaba puesto que obviamente había sido diseñado para un hombre, le arrastraba por el piso y le quedaba como un saco grande. Solo el cielo sabía como se veía su cara después de la manera en como Chenz había jugado a Griball con ella.

Sus promotores de danza, la abandonarían definitivamente si alguna vez la vieran en tal estado. Cuantas veces le habían dicho que su imagen era lo más importante y que por eso debía conservarse.

Bien, no podía evitarlo.

Recobró su vanidad perdida sacudiendo la cabeza y miró a su escolta.

—¿Estás lista? —preguntó, con su voz resonando en su mente, haciéndola arder con su tono rico y refinado.

Kiara lamió sus labios, preguntándose lo que sentiría al besar a ese asesino peligroso.

Había escuchado muchas historias sobre los invaluable soldados de la Liga. Eran un grupo libre, entrenados para matar objetivos políticos y vivían celosamente protegidos como los más valiosos artículos de la Liga. Kiara se preguntó que tipo de hombre podía desafiar a una Liga nefasta, que protegía e intimidaba a todos los gobiernos con su poder militar. Incluso su padre que tenía más valor que muchos, se negaba a desobedecer una orden de la Liga.

Por un momento, pensó que Nykyrian podría responderle a sus inconscientes preguntas a cambio de un beso. Pero lo más increíble pasó, él se marchó.

Kiara frunció el ceño confundida, con las mejillas ardientes por su rechazo.

Nykyrian se detuvo a unos pocos pasos de ella.

—No te quedes ahí —la reprendió—. Tienes que irte a tu casa. Tu padre está muy angustiado.

—¿Lo llamaste? —preguntó Kiara, sorprendida de que fuera tan considerado.

—Lo hizo Rachol —dijo antes de continuar bajando por el vestíbulo.

Kiara se ofendió por su actitud hacia ella. Tenía que esforzarse por mantener el ritmo de sus largos pasos, que rápidamente la guiaron hasta el corredor de abajo hacia la bahía de aterrizaje.

Nykyrian la llevó a un avión de combate negro, que estaba en el extremo izquierdo de la bahía. Pasaron al lado de varias personas, pero nadie le dirigió ni un saludo a Nykyrian. Kiara pensó en las palabras de Mira. No era extraño que el hombre fuera reservado.

Abrió la compuerta de la cabina del piloto al apretar un botón al lado de la nave, luego puso sus manos alrededor de su cintura y la puso sobre la escalera. El calor de sus manos fuertes, atravesó el material de su traje y la estremeció. La ligera presión le dio un masaje a su piel y le quitó la respiración.

Detente, se dijo, No es el primer hombre que te sostiene. Una pequeña sonrisa curvó sus labios. No era el primero, pero definitivamente era el más intrigante.

Tratando de controlar sus emociones tumultuosas, Kiara subió a la cima de la nave e hizo una pausa confundida.

Miró hacia abajo, donde Nykyrian permanecía de pie, ignorándola.

Se llenó de incertidumbre cuando vio la *única* silla que había dentro del avión de combate. ¿Era la nave correcta? ¿Dónde se suponía que debía sentarse, en su regazo? Un calor la atravesó por ese pensamiento.

—Siéntate enfrente del asiento —la instruyó Nykyrian desde abajo cuando por fin notó su vacilación.

Hizo lo que le ordenó.

Desde la posición en la que estaba sentada, Kiara vio a alguien avanzando con dos cascos y un registro computarizado. Nykyrian firmó el registro rápidamente, agarró los dos cascos y se le unió.

Intentando evitar el cuerpo caluroso que se apretaba en su espalda, estudió los mandos de la nave. El tablero principal le recordó a una pieza de museo. No podía asegurar cuantos años tenía de haber sido construida.

Nykyrian debió haber notado su interés, porque le dijo suavemente:

—Es un avión de combate Bertraud Trebuchet.

—Pensé que habían dejado de construirlos hace años y que el último que quedaba se le vendió a Némesis.

—Somos *buenos* amigos —dijo en un tono extraño, que hubiera sido maravilloso si fueran amantes.

Antes de que pudiera hacerle otra pregunta, le puso un casco sobre la cabeza. Kiara sintió sus brazos moviéndose detrás y comprendió que se estaba quitando las gafas. Curiosa, intentó darse la vuelta.

—¡No lo hagas! —le chasqueó.

Kiara se puso rígida.

Su agitación la derribó cuando sus brazos fuertes estuvieron a su alrededor para encender los interruptores que estaban al frente.

Con un rugido ensordecedor, los artefactos se encendieron y luego se estableció un zumbido suave. En el murmullo ensordecedor que llenaba sus orejas, escuchó la voz del director a través del intercomunicador que estaba en su casco.

Se reclinó hacia atrás. El cuerpo de Nykyrian se sacudió por el contacto inesperado. Una sonrisa maliciosa curvó los labios de Kiara. Bien, realmente no le era tan indiferente como quería hacerle creer.

Nykyrian se inflamó inmediatamente al sentir su cuerpo apretado contra el suyo. ¡Dios, era un idiota! ¿Por qué no pensó en pedirle prestada la nave de combate de doble asiento a Jayne? ¿Cómo podía viajar hasta Gouran si sus hormonas se adueñaban de su sentido común?

Alejó sus pensamientos del cuerpo que estaba suavemente amoldado contra el suyo y le prestó atención al director para efectuar el lanzamiento.

La fuerza de gravedad atrajo su cuerpo con más fuerza, y aumentaba su incomodidad. Y su excitación. Su mano tembló cuando apretó el acelerador.

Nykyrian estuvo tentado de abortar el lanzamiento y de aprovecharse de la mujer que tenía en su regazo. Para su decepción solo pudo servirse de su afamada determinación férrea.

En pocos minutos, estuvieron en órbita.

Kiara vio como el planeta gris oscuro se alejaba de su vista. Y por alguna razón inexplicable, se sentía segura en esos brazos extraños. El sentido común le decía que era un asesino militar especializado y que debía tenerle mucho miedo, pero a su corazón no le importaban sus miedos. Por alguna loca razón, pensó que él jamás le haría daño.

Moviéndose en el asiento, escuchó su respiración entrecortada.

—Permanece sentada —le ordenó, con un tono de voz áspero.

Eso la fastidió.

—¿Esperas que me quede embutida delante de ti? —le preguntó.

—Espero que te quedes sentada.

Con una mueca, Kiara se apoyó de espaldas. Su ira se derritió cuando sintió su corazón golpeando su hombro. Percibió el calor de su cuerpo, su fuerte olor masculino a cuero y almizcle. Deseaba a ese hombre más de lo que había deseado alguna vez a alguien.

Kiara suspiró, sabiendo que él sobrepasaba a todas sus exigencias.

Nykyrian sentía a Kiara relajada contra él. Sabía que debía disculparse por su laconismo. Pero jamás pedía disculpas por nada. Además, era mejor no agradarle. No había ninguna esperanza de que pasara algo entre ellos. Recordó que había elegido su vida cuidadosamente, pero jamás una decisión le había pesado tanto en su mente.

Permanecieron callados el resto de la larga jornada.

Kiara se quedó extática cuando su mundo estuvo a la vista. Escuchó la profunda voz de Nykyrian hablando totalmente en el idioma nativo de Gourish, explicándole sus asuntos al director.

La voz del director rugió cuando le dio sus coordenadas.

Kiara pestañeó, incapaz de creer lo que sus ojos veían, a una escuadrilla aérea rodeándolos. Las naves no estaban haciéndole una fiesta de bienvenida, eran naves de combate militares, totalmente armadas y listas para disparar.

Los brazos de Nykyrian se pusieron rígidos por la expectativa. Su corazón latió con fuerza. ¿Qué sucedería si uno de los soldados de su padre entraba en pánico y les disparaba sin ninguna razón? Aunque los pilotos estaban cuidadosamente entrenados, los errores sucedían y no quería estar incluida en los libros de estadística.

—¡Detengan a los aviones de combate! —chasqueó.

—¿Kiara? —la voz aliviada de su padre estalló a través del auricular—. Ángel, ¿Estás bien?

—Papa, por favor —le rogó antes de que ocurriera un desastre—. Solo vino a traerme a casa. Cancela a tus tropas.

El silencio le respondió durante unos segundos. Finalmente, su padre suspiró y les ordenó a los soldados regresar a la base.

Los brazos de Nykyrian se relajaron a su alrededor cuando los aviones de combate se alejaron.

Les tomó varios minutos llegar a la bahía de aterrizaje principal. El enorme cristal y la estructura de albañilería le dieron la bienvenida a Kiara. Nunca se había sentido tan feliz de llegar a casa. La ciudad capital resonó de actividad mientras aterrizaban.

Nykyrian ejecutó un aterrizaje sin problemas dentro de la bahía.

Después de soltar el dosel, desabrochó a Kiara de su asiento. Ella se quitó el casco y se giró para enfrentarlo. Levantó una ceja cuando notó que él no hizo ningún movimiento para quitarse su equipo.

—¿No te quedarás con nosotros un momento?

Mirando a un lado del avión de combate, notó la gran cantidad de tropas de su padre. Nykyrian negó con un gesto.

—Parece que están nerviosos —dijo secamente.

Kiara le entregó el casco.

—Nunca podré agradecerte lo suficiente por lo que haz hecho.

—Fue un placer. Vivo para transportar mujeres hermosas.

Kiara pensó que estaba bromeando, pero su voz nunca cambió.

—Eres un misterio —le susurró, extasiada—. ¿Por qué no vienes esta noche a mi presentación de apertura? Te regalaré un par de pases.

Nykyrian suspiró.

—No, gracias. Deberías abstenerte de realizar cualquier presentación hasta que encuentren y liquiden a las personas que tratan de matarte.

Kiara ignoró su consejo. Ahora estaba en casa y todo estaría bien. Impulsivamente, se inclinó y le dio un beso a un lado del casco.

—Gracias otra vez —le dijo, luego se deslizó de la nave.

Una vez que sus pies tocaron tierra, corrió hacia los brazos extendidos de su padre. Su corazón latía tranquilo ahora que estaba a salvo y de regreso a su hogar.

Las ojeras de Tiarun se habían acentuado y su rostro tenía un ceño profundo y prohibitivo mientras trazaba el contorno de su mejilla hinchada. Kiara lo abrazó con fuerza.

—Ya no me duele —le aseguró.

—El OMG me dijo que habían matado a los responsables.

Kiara tembló cuando lo recordó todo.

—Lo hicieron.

Tiarun la apretó tanto que temió que sus costillas se romperían.

—Desde hoy llevarás guardias armados a tu lado. No se por que razón el OMG te devolvió ilesa. Pero gracias a Dios que estás bien.

A salvo. Kiara sonrió nerviosamente. Encontró difícil de creer que había estado en el Centro de operaciones del Legendario Némesis, lo había conocido e incluso ninguno de sus mercenarios había atentado contra su vida. Por eso mismo, no le contaría a su padre lo poco que había visto. Les debía eso y mucho más.

Dándose la vuelta, vio como Nykyrian cerraba su compuerta. No sabía nada de él, pero por alguna razón quería verlo de nuevo desesperadamente.

Nykyrian se dio cuenta que Kiara lo estaba viendo. Mirándola por última vez, se preparó para despegar. Un dolor lo atravesó cuando lamento la necesidad de pasar toda su vida solo.

Apretó sus dientes y despegó.

Cuando el planeta diminuto desapareció de su visión, el remordimiento lo consumió. Quizá algún día sería libre de mantener una relación con alguien pero lo dudaba.

Simplemente una sola vez, le gustaría saber que se sentía el ser amado, que lo abrazaran por las noches cuando estuviera confundido y herido.

Sus ojos se estrecharon. ¿Si ni siquiera sus familias reales o adoptivas le habían mostrado alguna vez bondad, por qué lo esperaría de alguien más?

¿Para qué necesitaba amor y bondad? Esas cosas sólo volvían a un soldado débil y vulnerable. Se encogió de hombros para sacar fuera a esos pensamientos melancólicos, regresó al control de su nave y se dirigió hacia su casa aislada.

No tardó mucho tiempo en llegar al planeta anaranjado y amarillo. Atracó en el hangar pequeño que estaba al lado de la casa.

Apretó un botón en el panel de control que cerró el portal detrás de su nave, y esperó que el aire artificial remplazara al mortal y natural, mientras tanto un pensamiento sobre una bailarina delgada invadió sus sueños. Suspiró queriendo las cosas que su dinero y su influencia no podían comprar. El amor de Kiara y su aceptación.

Cuando la luz le anunció que era seguro el ambiente, salió de su avión de combate.

En cuanto entró a la casa, sus cuatro mascotas lo asaltaron con saltos felices y lengüetadas que desterraron toda su melancolía.

Los lorinas eran criaturas felinas que muchos creían que nunca podrían domesticarse. Le había tomado a Nykyrian mucho tiempo volverlos dóciles, pero como la mayoría de los seres, una vez que aprendieron que podían confiar que él no los dañaría o los descuidaría, se volvieron amigos rápidamente.

Eran el único bálsamo que aliviaba la soledad en la que vivía. Frotando la piel suave de sus cabezas, Nykyrian dejó caer su casco cerca de la puerta. Agradecía que todavía estuviera oscuro en su planeta. Con algo de suerte, podría dormir un poco.

Las estrellas brillaban a través del techo translucido, mientras la casa flotaba plácidamente sobre el mundo gaseoso que la sostenía. Era un lugar, pacífico y consolador que siempre aliviaba la tensión de sus músculos y expulsaba los problemas de su mente.

Había comprado el planeta muchos años después de decidir que estaba cansado de vivir en pisos apiñados de ciudades ruidosas y llena de criminales. Nadie, excepto Rachol conocía la existencia de la casa. No había allí ninguna bailarina para tentarlo. Tenía la soledad que necesitaba para vivir en paz.

Fatigado, Nykyrian subió los escalones a su izquierda. La cama grande y suave le dio la bienvenida. Soltó el lazo de su trenza, agitó su cabello suelto y de un golpe cayó encima del cobertor negro de piel.

Rodó hacia su espalda y permaneció durante horas mirando el cielo que giraba sobre él. A pesar de la tranquilidad de los cielos, su mente no estaba en paz. Los lorinas lo cubrieron, ofreciéndole todo el solaz que podían. Acariciando su piel, pensó en unos rizos castaños oscuros, de una delgada bailarina que corría hacia los brazos de su padre.

Se tragó un nudo en su garganta, sintiéndose más solo que nunca.

Cuando el cielo comenzó a aclararse, vio a una nave subiendo verticalmente sobre el techo. No se movió esperando que Rachol aterrizara y entrara.

Los lorinas escucharon el sonido agudo de los equipos de Rachol y saltaron de la cama, ansiosos por saludar a su otro amigo. Nykyrian gruñó cuando usaron su estómago como almohadilla de lanzamiento.

—¡Kip! —Gritó Rachol desde abajo, bombardeado por los lorinas—. ¿Cuándo vas a encadenar a estos perros cruzados allá arriba?

Pasándose la mano a través de su cabello desatado, Nykyrian se sentó. Los lorinas subieron los escalones, seguidos por Rachol.

Nykyrian apiló las almohadas a lo largo de la pared y se reclinó contra ellas.

—¿Y bien? —le preguntó a Rachol cuando estuvo al pie de su cama.

—Le dije a Biardi que estábamos ocupados. El fulano nos ofreció sin embargo mucho dinero. Casi estuve tentado a tomarlo y cuidarla yo mismo. La muchacha parecía defraudada de que nos negáramos. —Se encogió de hombros.

Nykyrian agitó la cabeza. Como siempre, el informe de Rachol era breve pero eficiente, corto y cómico.

El deslizó una pierna hacia arriba y puso su brazo sobre la rodilla.

—¿Qué quieren los Probekeins?

—Quieren que Gourans les done todos los derechos que tienen sobre Miremba IV. Tenías razón sobre el arma. Parece que los Probekeins necesitan los recursos de ese fortín para completar el explosivo.

Nykyrian frunció el ceño.

—No sabía que había surata en Miremba. —Su mente repasó los químicos que se necesitaban para fabricar el arma, el surata era el único que los Probekeins no tenían en sus territorios.

Rachol no dijo nada. Se dio la vuelta y se sostuvo con los codos, mirando fijamente los rayos rosados y ambarinos del cielo.

—Realmente está es una gran vista. Debes tratar de mirarla cuando estés realmente aburrido.

Nykyrian frunció el ceño.

—Y tú debes tratar de verla cuando estés sobrio.

—Eso dolió. —Rachol sonrió—. Estoy sobrio y debo decir que no es tan interesante. —Miró a Nykyrian—. No he bebido en tres días. Lo estoy haciendo bien.

—Puedes hacerlo mejor.

Rachol resopló.

—Dejaré *mi* bebida el día de *tu* boda.

Nykyrian se puso de pie y no parecía divertido.

—Necesito comer —comentó ausentemente, antes de ir a los escalones.

—Espera —le llamó Rachol deteniéndolo—. Pensé que querías saber esto. Pitala y Aksel Bredeh han aceptado el contrato por la vida de Kiara. No se cual de los dos va a hacer el golpe.

Nykyrian se congeló. Pitala y Bredeh hacían que Némesis pareciera un crío.

—¿Cuándo descubriste eso?

—Cuando venía hacia aquí.

Los pensamientos giraron en la mente de Nykyrian. No podía permitir que Kiara muriera. ¿Pero querido Dios como podía protegerla, estando todos los días cerca de ella sin enloquecer por las necesidades de su cuerpo?

Una imagen de Kiara yaciendo muerta lo atormentó. Había pasado la mitad de su vida asesinando y sabía demasiado bien como era la mentalidad de un asesino, sobre

todo sabía lo que Pitala o Bredeh le harían a Kiara antes de acabar con su vida. Parte del trabajo de un asesino era hacer la muerte tan repugnante como fuera posible para intimidar a los parientes de las víctimas y a sus aliados.

Nykyrian era ahora un vengador, no un asesino. Cuando desertó de la Liga, había jurado que protegería a las víctimas inocentes escogidas por la Liga y otros asesinos. No podría permitir que muriera.

Recordó lo que Rachol le dijo una vez, hace mucho tiempo, que desde que abandonó la Liga ya no obedecía a la ley. No, ahora era solo retribución y justicia. La retribución normalmente llegaba demasiado tarde y la justicia no permitía que Kiara muriera por algo que ni siquiera le concernía.

Nykyrian miró fijamente a Rachol un poco indeciso. No era su trabajo o su responsabilidad cuidar de Kiara. Había sido condenado al infierno por haber pertenecido a la Liga. Estar solo con ella y no tocarla, era incluso una tortura más grande que todas las misiones que le habían obligado a ejecutar en contra de su voluntad.

Recordó los suaves y confiados ojos de Kiara y sintió su cuerpo amoldado contra el suyo.

Nykyrian tomó una decisión.

—Llama a Biardi.



Capítulo 3

Kiara estiró sus articulaciones tensas. Esperó poder hacer una presentación decente esa noche, pero lo dudaba. Habían pasado cuatro noches desde la última vez que durmió tranquilamente. Cada vez que intentaba descansar, su mente se plagaba con las imágenes de alguien atacándola por la espalda con un cuchillo y ese alguien siempre se convertía en Nykyrian.

Con un suspiro cansado, miró fijamente su atuendo, verificando que su traje no tuviera ningún defecto. El apretado body rojo brillante, se aferraba a su figura, haciendo que se percatara de la cantidad de dulces que había comido esa tarde.

Bien, por lo menos sus cardenales casi habían desaparecido. Estaba un poco sorprendida de que los medios de comunicación no le hubieran preguntado nada sobre su rostro golpeado. Encogiéndose de hombros, le atribuyó eso a la pesada cantidad de oro que contenía su vestido. Probablemente ni siquiera lo habían notado.

Kiara se enfrentó a si misma y fue hacia su vestidor.

La soledad la invadió cuando inspeccionó el diminuto cuarto vacío. Su padre pensaba que su ausencia la confortaba. Todos parecían pensar que prefería la soledad antes de cada actuación, pero la verdad era muy diferente. Necesitaba de compañía sobre todo antes de los primeros minutos de un baile. Simplemente el tono de otra voz, la aliviaría del nerviosismo que la atormentaba.

Pensó en Nykyrian. ¿La dejaría sola también?

Kiara negó con la cabeza preguntándose por qué tenía esos pensamientos. ¿Por qué sus sueños la atormentaban convirtiéndolo a él en su perseguidor mientras que su mente consciente lo veía como su salvador?

No obtuvo ninguna respuesta.

Nerviosamente, dio otro paso más para salir del cuarto. Cuando estuvo cerca de la puerta, oyó las voces sordas de los guardias de su padre.

—Te digo que no me alisté para desempeñar este tipo de misión. ¡Demonios, casi deseo que alguien intente matarla solo para liberarnos de este fastidio!

El otro guardia sonrió.

—Pienso que hay una mejor manera de terminar con este engorro.

—¿Qué quieres decir?

—Imagínate cumpliendo el deber nocturno en su casa. Envidio a Yanas y a Briqs.

—¡Si me gustaría mostrarle mi porra nocturna a ese pequeño bollito relleno!

Espantada de sus bromas, Kiara cruzó el cuarto y tanteó la bolsa que estaba en la mesa. Sacó su pequeño blaster y se aseguró que estuviera cargado hasta el tope.

En ese momento no sabía en quien confiaba menos, en los Prokebeins o en los soldados de su padre. No iba seguir poniendo en riesgo su seguridad.

Después de que recargó el arma, oyó un chasquido afilado fuera de la puerta. Kiara se volvió para investigar que había producido el ruido.

Una sombra alta la atravesó cuando se acercó a la puerta. Se retiró nerviosamente.

No podría ser. Simplemente estaba imaginando que la sombra lucía como un hombre gigante. No quiso darse la vuelta, pero sin embargo lo hizo y entonces deseó no haberlo hecho.

Si había pensado que sus últimos dos asesinos eran feos, ellos no eran nada comparado con este. Unos fríos ojos negros la miraron fijamente desde una cara humana llena de cicatrices. Una sonrisa maníaca torcía sus labios.

El miedo la paralizó. El sudor corrió por todo su cuerpo cuando esperaba que el hombre hiciera otra cosa que mirarla como un *lorina* rabioso.

Miró su bolso que estaba sobre la mesa donde el hombre se apoyaba. ¿Podría alcanzar su blaster?

Y como si el asesino pudiera leer sus pensamientos, miró su bolso. Y con un golpe de su brazo lo tiró al suelo. Kiara dio un paso, entonces se heló cuando su blaster cayó a sus pies con un golpe pesado.

El hombre sonrió cruelmente y la recuperó con su larga pierna de un tajo.

—¡Auxilio! —gritó, sabiendo que los guardias vendrían a rescatarla.

Chasqueando la lengua, el asesino negó con la cabeza.

—No podrán escucharte. Todos están muertos.

Los pensamientos abandonaron la mente de Kiara en una estela de terror. El hombre se le acercó.

Su respiración se volvió trabajosa y rápida. Kiara deseaba salir del cuarto, pero sus piernas no le cooperaban. Estaba muerta, lo sabía.

De repente, su mente y cuerpo empezaron a trabajar al unísono. ¡La puerta! Tenía que salir y pedir ayuda. Le echó una silla al asesino y corrió.

Su mano tocó el pomo helado. Lo asió como si fuera su línea de la vida, pero antes de que pudiera girarlo para abrirlo, un golpe le dio de lleno en la espalda, enviándola lejos.

Aturdida, se golpeó contra el suelo.

Desesperada, quiso gritar de nuevo, pero sus pulmones eran incapaces de hacer algo distinto a inhalar el frío y raspante aire que sacudía su pecho. Rodó por el suelo en un esfuerzo por poner más distancia entre ellos. El terror se adueñó de su cuerpo cegando su visión.

El asesino la agarró por la garganta, la levantó del suelo y la empujó a través de la mesa. Sus botellas de perfume y su maquillaje se sacudieron, mordiendo su espalda y rasgando su carne mientras el hombre la apretaba. No pudo controlar las lágrimas cuando miró fijamente la cara insensible del asesino.

Kiara supo que nunca saldría viva de ese cuarto.

El asesino puso el blaster contra su mejilla. Su risa torcida invadía sus oídos, mientras esperaba el sonido explosivo que pondría punto final a su vida. Cerró los ojos y rezó.

La puerta se reventó y se cayó totalmente.

—Suéltala, Pitala.

Kiara se congeló de alivio al escuchar su acento profundo. ¡Era él! Abriendo los ojos, giró la cabeza para ver a su salvador alto y rubio.

Nykyrian permanecía calmado en la puerta con los brazos extendidos a cada lado del marco.

—La mataré, híbrido —contestó Pitala con una voz serpentina y chillona.

—Entonces te mataré. Suéltela y podrás salir vivo de aquí.

La sangre de Kiara abandonó su rostro. Tembló deseando que no fueran tan indiferentes con su vida.

Pitala la miró indeciso.

Su blaster se apartó de su mejilla. Kiara respiró inseguramente ofreciendo una oración para dar las gracias.

—¿Piensas que te tengo miedo, semipescado? —Pitala sonrió con desprecio negándose a soltar su garganta.

Nykyrian se apoyó a un lado de la puerta.

—Eres realmente patético. ¿Honestamente piensas que voy a quedarme aquí parado esperando que tu compañero me ataque por la espalda? —Nykyrian chasqueó los dedos.

Un hombre inconsciente fue empujado a través de la puerta. Pitala maldijo.

—Realmente odio sacar la basura —dijo Rachol al unirse con Nykyrian.

Pitala la soltó. Kiara se frotó el cardenal de la garganta y se bajó de la mesa. Luego vio en un reflejo como Pitala dirigió su arma al par que estaba de pie en la puerta.

Antes de que pudiera apuntarlos, dos blasters que venían de ninguna parte dirigieron sus vistas hacia su corazón.

—Piénsalo —dijo Nykyrian malignamente, mientras pulsaba el botón de descarga de su blaster hacia atrás con su dedo pulgar.

Pitala sonrió nerviosamente y levantó sus manos.

—Realmente no iba a dispararte. Solo quería ver si eres tan bueno como todos dicen.

—Mejor —dijo Rachol quitándole el blaster a Pitala de la mano.

Nykyrian guardó su arma.

—Discúlpate con *Tara Biardi* y podrás marcharte.

Unos ojos negros enfadados, miraron fijamente a Kiara haciéndoles la promesa tácita de que regresaría. Una ola de terror la consumió.

—Discúlpeme —chasqueó.

Un sudor frío envolvió a su cuerpo cuando Pitala se inclinó y palmoteó a su compañero despierto. Después de unos segundos, el par de asesinos se marchó.

El alivio por su salida fue rápidamente menguado.

—¿Qué están haciendo *ustedes* aquí? —preguntó, sin saber cuales eran las intenciones de Nykyrian y de Rachol.

—Salvándote —dijo Nykyrian ausentemente, mientras miraba hacia el corredor.

Esas palabras solo la calmaron un poco. Kiara no estaba segura de que peligro hubiese pasado. El OMG no había aceptado el contrato para protegerla. Quizá solo la habían salvado de Pitala, para poder acabar libremente con su vida.

Rachol la miró fijamente.

—Todavía no esta lo suficientemente aterrorizada, pero apuesto a que se desmayará antes de que la lleves a casa.

Kiara abrió la boca para recordarle que ella no se desmayaba, pero se quedó callada cuando Nykyrian regresó al cuarto.

—¿Crees que vinieron desde la parte de atrás? —preguntó Rachol.

—Sí. Te apuesto cincuenta *dorcas* a que están preparando una emboscada cerca de mi nave.

Rachol sonrió.

—Sin apuestas. Ya los conozco. Se que son demasiado estúpidos, obvios y predecibles.

Nykyrian asintió.

—Sabes qué hacer. Me encontraré contigo en la hora y el lugar de la cita.

Rachol inclinó su cabeza y le sonrió alegremente a Kiara.

—Enróllate y enciéndete —le dijo a Nykyrian cuando salía por la puerta.

Nykyrian volvió su atención hacia Kiara. Quiso confortarla desesperadamente, pero tuvo miedo de lo que podría pasar si la tocaba. Las lágrimas aún brillaban en sus mejillas y le removían el maquillaje.

Apretó la mano alrededor del mango de su blaster. Debió haber matado a Pitla por el daño que le causó. Refrenando sus emociones, Nykyrian recogió la capa que estaba en la clavija de la puerta.

—Toma —dijo, entregándole la capa—. Debemos marcharnos.

Kiara se tragó el nudo que tenía en la garganta. En ese momento fue incapaz de entender sus palabras a través de la oscuridad que nublaba su mente.

—¿Piensas que debemos irnos? —preguntó.

—Sí.

—Tengo que hacer una presentación. —Su voz sonaba espectral incluso para ella. Tenía que bailar. La gente había pagado mucho dinero para ser defraudada. Sus promotores nunca le perdonarían que los hiciera quedar en ridículo en público.

Nykyrian la agarró por el brazo cuando intentó alejarse de él. Su lucidez lo preocupaba. ¿Será que había quedado traumatizada por el ataque? Estaba demasiado tranquila.

—Tienes que irte del teatro.

—No puedo.

Su voz fantasmal y vacía lo asustó. Nykyrian quería sacudirla. Sus ojos ambarinos lucían transparentes, desprovistos de cualquier emoción. Rachol tenía razón, estaba en shock.

—Escucha —le dijo, intentando penetrar en su mente conmocionada—. Pitale y su gente harán todo lo que sea necesario para completar su misión. Eso incluye el bombardeo de este edificio. A ellos no les importan las vidas que perezcan con tal de lograr su objetivo. Debemos irnos de aquí.

Kiara sonrió, mientras comprendía sus palabras. Soltándose de su agarre caminó hacia el vestíbulo. Su dedo del pie se chocó con algo sólido. Miró hacia abajo.

Su entumecimiento la consumió en una estela de terror. Esparcidos en el suelo estaban los cuerpos de sus guardias. Sus ojos se abrieron y brillaron de temor, la sangre empapaba sus uniformes.

Su grito hizo eco a través del vestíbulo.

Haciendo una mueca de dolor ante su grito, Nykyrian la ahuecó entre sus brazos y le acunó la cabeza contra su pecho.

—No mires —le susurró, su pecho se apretaba en un nudo doloroso de emociones reprimidas.

La sostuvo silenciosamente mientras lloraba. Había dejado de aterrorizarse hace mucho tiempo al ver cuerpos sin vida. La única emoción que sintió fue el enojo por sus muertes.

Sus lágrimas calientes le empaparon la camisa haciéndole sentir escalofríos a través de su piel. El olor ligero a flores flotaba desde su pelo. Sus brazos delgados lo apretaron de desesperación. Puso sus brazos alrededor de sus hombros, deseando tener lo que nunca tendría, deseando poder darle las cosas que nunca le daría a ella, cosas como la seguridad y un mundo mejor.

—Todo estará bien —le dijo tiernamente.

—No, no quiero —sollozó Kiara. Sus emociones se estrellaron en su mente en olas de pesar rotundo y agonía. Todavía sentía el blaster de Pitale en la mejilla y podía ver a sus ojos negros amenazándola.

¡Oh Dios, casi había muerto!

Kiara lloró en el hombro de Nykyrian, mientras lo abrazaba. Necesitaba la seguridad que le ofrecía, su protección. Encontraba un extraño consuelo en sus brazos. El latido de su corazón era firme y consolador bajo su mejilla. Un olor débil a cuero y almizcle salía de su piel.

Aferrándose a su cuerpo, ella necesitaba su calor.

Nykyrian apretó los dientes por ese abrazo. Nunca en su vida lo habían aferrado de esa manera. Sabía que solo su estado emocional la incitaba a tocarlo. Si alguna vez se enteraba de quién y qué era, lo odiaría como lo hacían todos los demás.

Tragándose el nudo de dolor que quemaba su garganta la apartó.

—Debemos irnos.

Kiara tomó la capa de su mano y se envolvió en ella. Trató de apartar sus ojos de los cuerpos. Por ahora no tenía más opción que confiar en ese extraño para poder escapar de Pitala. Nykyrian había salvado su vida, obviamente sabía lo que estaba haciendo.

—¿Hay otra salida además de la puerta de atrás? —preguntó Nykyrian.

—Los hosteleros entran por otra puerta —susurró ella.

—¿Dónde está?

—Por aquí. —Kiara lo llevó hacia el corredor, más allá del cuarto de recepción.

Al entrar en la cocina, Kiara se sintió cohibida. Los hosteleros se detuvieron y los miraron fijamente con interés perspicaz. Su estómago se sacudió ante el olor de los pasteles. Por un momento pensó que estaba enferma.

Sin detenerse, Nykyrian la llevó a la puerta trasera y salieron a la calle.

Él clamó por un vehículo de transporte.

Kiara entró al automóvil, apartándose lo más lejos que pudo en su asiento. Quería marchitarse en la oscuridad y nunca preocuparse por ser cazada de nuevo.

Nykyrian le dio su dirección a la computadora.

Ella se aterrorizó.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

—En este momento, todos los mercenarios lo saben. Los Probekeins han estado listando tu nombre y dirección durante la última semana a todos los cazadores de fortuna.

Sus manos temblaron. Todo este tiempo, se había engañado pensando que estaba a salvo. ¿Su vida era de verdad tan insegura?

Su estómago se anudó aún más cuando pensó en los soldados muertos. Habían muerto por su culpa. Si no hubiera sido por ella, todavía estarían vivos.

El Probekeins la quería muerta y cualquiera que estuviera cerca de ella, podría ser la próxima víctima.

—¿No te da temor estar a mi lado? —le preguntó calladamente.

—¿Temor? —preguntó él, sorprendido.

—El próximo asesino podría matarte por accidente.

Nykyrian agitó la cabeza.

—Te aseguro que nadie me mataría por accidente. El contrato por tu vida, no se compara con el que existe por la mía.

Kiara asintió, incapaz de hablar por el nudo de lágrimas que se apretaban en su garganta. Estaba sentada, al lado de un verdadero mercenario, un asesino brutal si la verdad fuera dicha. ¿Por qué estaba ayudándola?

—¿Vas a matarme? —Su voz se agitó por la tensión y el miedo de sus palabras.

Nykyrian suspiró.

—Si tuviera esa intención, nunca te habría devuelto a tu padre.

—¿Pero por qué estás protegiéndome? Pensé que los asesinos mercenarios sólo estaban motivados por el dinero.

Nykyrian se acarició con la mano derecha su bíceps izquierdo.

—No has conocido a los suficientes mercenarios como para hacer esa afirmación.

Kiara le concedió la razón.

—Has evitado mi pregunta. ¿Por qué estás ayudándome?

Su mano se detuvo. Parecía mirar lejos de ella.

—Quizá soy tu fanático.

—¿Lo eres?

—Sí.

Kiara lo miró fijamente asustada y confundida como para sentir algo. Nykyrian estaba sentado inmóvil a su lado, parecía casi etéreo. Su pelo rubio estaba suelto, desparramado encima de sus hombros. Y como antes las gafas oscuras disimulaban sus rasgos, dándole una idea diferente de su rostro.

—¿Quién eres? —le preguntó, necesitando conocer su respuesta.

Nykyrian se encogió de hombros.

—Nunca lo he deducido, toma demasiado tiempo pensar en mí y el tiempo es un lujo que no poseo.

Kiara se quedó callada, pensando, recordando.

—Sabes, maté a esos guardias.

Sus palabras ablandaron un poco su rigidez.

—El Probekeins los mató.

Kiara agitó la cabeza, las lágrimas rodaban en sus mejillas.

—No, ellos estaban *protegiéndome*.

Nykyrian suspiró de nuevo y la miró.

—Eran soldados. La muerte es uno de los riesgos de su trabajo. Ellos conocían esos riesgos.

Sus palabras la atravesaron.

—¿Cómo puedes ser tan frío? —le dijo con un sollozo—. Eran personas con familias.

Nykyrian la miró fijamente. Incluso en el parpadeo de la luz débil, vio las lágrimas chispeando contra sus mejillas. Conocía su dolor, su culpa.

De nuevo, la necesidad de confortarla lo consumió. Apartando sus deseos, miró fuera de la ventana.

—Soy un soldado. Las emociones se destierran de nosotros durante el entrenamiento.

Kiara se mofó.

—Eres un mercenario. Hay una diferencia.

—Es cierto. A los mercenarios les pagan mucho mejor.

La frustración abrió un hoyo en el interior de Kiara. Como pudo pensar alguna vez que Nykyrian era diferente. Era del mismo calibre que Pitala. ¿Sería capaz de ponerle una pistola en la cabeza si le daban la cantidad correcta de dinero?

El pensamiento la congeló.

Será que sus sueños le advertían que no podía confiar en él. La confianza era cosa del pasado. Había confiado en la seguridad del hotel de la compañía de baile y había sido raptada. Confió en los soldados de su padre y casi había sido asesinada. Nunca volvería a ser tan tonta. Vigilaría muy bien a Nykyrian.

El transporte se detuvo enfrente de su edificio. Nykyrian salió primero y examinó la calle.

Después de un minuto, la ayudó a salir del automóvil. La escudó con su cuerpo cuando cruzaron la acera y ella insertó su tarjeta en la ranura de la puerta. Cuando la puerta se abrió, la agarró de su brazo para impedirle entrar en el edificio antes de que examinara el vestíbulo y la calle.

—¡Estás poniéndome nerviosa! —chasqueó ella.

—Es natural que estés nerviosa.

Kiara rechinó los dientes por la frustración, caminó por el corredor y se dirigió hacia el ascensor.

—Mi apartamento está en el último piso.

—Lo sé.

Eso la enfureció. ¿Si sabía tanto, por qué no la guiaba? Oh, lo que daría por golpearle esa caradura.

—Debe ser estremecedor estar siempre en lo correcto —le dijo con irritación, mientras presionaba el número de su piso.

Cuando las puertas se cerraron, la enfrentó.

—Puedes atacarme todo lo que quieras. No voy a *morirme* por caerte bien o no. ¡Pero *me* respetarás, me escucharás y *me* obedecerás!

El enojo picó en sus mejillas por ese rápido cambio de actitud.

—¡No soy tuya, no tienes ningún papel de propiedad sobre mí! Dios mío, ni siquiera te he contratado.

—Tu no pero tu padre sí.

Kiara se puso rígida por la confusión.

—¿Qué se supone que significa eso? Estaba allí cuando Rachol rechazó la propuesta de mi padre.

—Lo reconsideramos.

El nudo en su estómago se aflojó.

—¿Por qué?

Él caminó a sus espaldas.

—Por Pitala y Aksel Bredeh.

Kiara frunció el ceño. A Pitala lo conocía bastante bien.

—¿Quién es Aksel Bredeh?

—Es otro asesino mercenario experto, *mu Tara*.

Ella apretó los dientes.

—¿Por qué sigues llamándome *Tara*? ¿Es un insulto?

Nykyrian se tensó por un momento.

—En Andarion significa señora —le dijo suavemente y se apartó.

—Oh —susurró con curiosidad al haber elegido llamarla así, después de tratarla tan groseramente.

—¿Quién es Aksel Bredeh? —le preguntó, cuestionándose sobre lo que hacía que este nuevo mercenario motivara a Nykyrian para ayudarla. ¿Podría ser peor que Pitala? Se estremeció por esa idea. Solo el silencio contestó su pregunta.

Miró a Nykyrian, esperando su respuesta. Antes de que pudiera preguntarle de nuevo, las puertas de su apartamento se abrieron.

Nykyrian salió y examinó el corredor.

Estuvo tentada de empujarlo y decirle «*buu*», apostó a que saltaría desde el doceavo piso. O le dispararía, le previno su mente. Si realmente fuera un ex asesino de la Liga, era muy peligroso intentar asustarlo.

Llegó hasta su puerta y se detuvo.

—Alguien la ha manipulado —le susurró a Nykyrian, mientras miraba el dispositivo extraño que estaba enganchado en la ranura de la cerradura.

Se tragó el pánico que surgió a través de su cuerpo. ¡Alguien estaba dentro de su casa! Podía oírlos.

El miedo la consumió.

Nykyrian la puso detrás de él y luego golpeó dos veces.

—¿Quién es? —un gruñido le preguntó desde adentro.

—La Bestia de *Tourah* —le contestó Nykyrian sarcásticamente—. ¡Abre la maldita puerta antes de que te dispare desde el vestíbulo!

—Dios, pero que temperamento —dijo la voz, mientras la puerta se abría para revelar a un enorme varón Andarion.

El corazón de Kiara se deslizó hacia su estómago al ver su maciza textura. Había pensado que Nykyrian era alto. Pero este hombre era una cabeza aún más alto. Sus dientes largos la iluminaron.

¿La estaba considerado para la cena?

Nykyrian la agarró por el brazo y la puso frente al hombre.

Sus ojos se ensancharon cuando se dio de bruces contra el pecho del Andarion. Sus ojos de color carmesí y blancos, hicieron que un escalofrío recorriera a su espina dorsal. No le sorprendía que Nykyrian llevara gafas oscuras. Esos ojos la estaban aterrorizando.

—¿Dónde está Rachol? —otra voz hizo que desviara su atención hasta su sofá.

—Ocupándose de sus asuntos —respondió Nykyrian.

Kiara miró fijamente al varón humano que estaba acostado en el sofá, con los pies reclinados en la mesa. Su pelo castaño rojizo oscuro, era casi tan largo como el de Nykyrian, y se esparcía por el lado derecho de su cara. Se veía completamente cómodo en su casa.

Esa visión la encolerizó.

Cómo se atrevían a invadir su territorio de esa manera. ¡Su agitación aumentó cuando el Andarion se sentó en su sillón favorito, recogió su bolsa de friggles de la mesa y empezó a masticarlos!

Quitándole la bolsa, lo miró con un ceño.

—¡Ésta es mi casa, no una casa de beneficencia!

El Andarion miró a Nykyrian a los ojos largamente.

—Ella tiene coraje —le chasqueó con una risa maliciosa—. Apuesto a que su carne es igual de picante.

Su mirada la enfocó de nuevo. Kiara retrocedió un paso, apretando la bolsa contra su pecho.

—Pienso que debes regresarle la comida —dijo Nykyrian detrás de ella—. Es imprudente hacer pasar hambre a un Andarion. Si Hauk decide morderte un poco, no hay mucho que podamos hacer.

Hauk la repasó con una mirada fija, como si estuviera midiéndola.

Su enojo desapareció. Le devolvió la bolsa a Hauk y se tragó el nudo de su garganta. ¿Cómo se había metido en esto? ¿Cómo pudo su padre confiarles su seguridad a estas personas?

—Solo intentan molestarte —dijo el hombre del pelo rojo con una sonrisa luminosa—. Soy Darling Crewell. —Se puso de pie y le extendió la mano.

Kiara sacudió su mano enguantada. Algo sobre la apariencia de Darling le recordaba a un aristócrata. Parecía ser muy amable, a diferencia de los dos Andariones.

—El glotón es Dancer Hauk —dijo Darling, cuando volvió a tomar asiento.

—¿Dancer? —sonrió Kiara, divertida por la revelación.

—Significa asesino en Andarion —chasqueó Hauk.

Darling se rió con un sonido gutural profundo.

—¡Ya quisieras! Creo que Nykyrian me dijo que significaba: el de mejillas bonitas.

Hauk miró intensamente a Nykyrian con ganas de matarlo. Este se encogió de hombros, aparentemente indiferente ante su hostilidad.

—Bien, así es.

Kiara suspiró de alivio por su teatro, eso calmó los ánimos entre ellos y le quitó su nerviosismo.

Darling sonrió de nuevo.

—Siento mucho, si sobrepasamos nuestros límites. Siendo el único aquí con Hauk, lo animé a que escogiera otras fuentes de comida.

Por lo menos Darling tenía modales.

—Está bien —le aseguró ella—. Todavía estoy disgustada por todo lo que me ha pasado.

Dándose la vuelta, enfrentó a Nykyrian. Él se apoyó contra su barra de ejercicios con los brazos cruzados sobre su pecho. Tenía la cabeza en un ángulo dirigido hacia Darling, pero estaba segura de que la estaba mirando. Sentía sus ojos sobre ella. Si no llevara puestas esas gafas podría verlos.

¿Será que se las quitaría alguna vez en su vida?

—Debo cambiarme de ropa —dijo ella ausentemente—. Supongo que no necesito decirles a ninguno de los tres que se pongan cómodos.

Nykyrian sonrió afectadamente.

Realmente odiaba a esas gafas. Desearía poder leer sus emociones y humores.

Kiara se detuvo en la entrada del vestíbulo y miró a los tres hombres. Estaba incómoda de tener que quitarse la ropa con esos extraños rondando su casa.

Miró la cara estoica de Nykyrian.

—No tienes de qué preocuparte por nosotros —le dijo, casi leyendo sus pensamientos—. A Hauk no le atraen las humanas, a Darling no le atraen las mujeres y yo... —Nykyrian hizo una pausa.

¿Qué podría decir? La recordaba demasiado bien con su camisa de dormir desgarrada. Y deseaba ver un poco más de su cuerpo.

Sus ojos lo miraban expectantes. Él se contuvo. En ese momento, ella pensaba que era el héroe que había salvado su vida. Y no lo era. Lo mejor que podía hacer era lograr que lo odiara ahora, de una vez por todas.

—No estoy interesado —terminó.

Kiara se ruborizó profundamente ante las palabras groseras que él le dirigió en frente de los otros dos hombres. Estrechando sus ojos, hirvió de la humillación. ¿Qué la había hecho pensar alguna vez que podría querer a este hombre? Solo era un ser despreciable.

Sin decir una palabra, corrió en estampida desde el vestíbulo hasta su alcoba y cerró la puerta de golpe.

Qué había estado pensando cuando lo consideró atractivo. ¡Si ni siquiera era humano!

Kiara hizo una pausa. Ése *debía* ser su problema.

No, él había dicho que a Hauk no le gustaban los humanos y que *él* no estaba interesado.

Sacándose el traje a tirones, lo echó sobre la cama. Nunca la habían avergonzado así. ¿Quién se creía que era? ¿Un asesino mercenario? ¡Ja! No era digno de ese aterrador título. ¡Simplemente era un rústico, malcriado con modales de pordiosero!

Le demostraría lo insignificante que era para ella. De hecho, nunca volvería a hablarle de nuevo.

Kiara ató su túnica alrededor de su cintura y entró en el vestíbulo. Se detuvo y vio a lo lejos el lugar donde Nykyrian se apoyaba contra su barra de ejercicios. Su cuerpo tembló de la rabia.

A Nykyrian le picó la piel. Sabía que estaba siendo observado. Girando su cabeza, vio los ojos ambarinos de Kiara mirándolo. Bueno, ya lo odiaba. El odio era algo con lo que podía tratar fácilmente. ¿Pero entonces, por qué le dolió el saber que ella lo despreciaba? Debería estar contento.

Apartando sus emociones, miró de nuevo a Hauk. Percibió el momento en el que Kiara entró al baño. Cuando la escuchó encender la ducha, una imagen de su cuerpo desnudo acariciado por el rocío del agua, atravesó su mente.

En contra de su voluntad, su cuerpo respondió con una necesidad martilleante.

—¿Estás bien? —le preguntó Darling.

—Estoy cansado. —Nykyrian aclaró su garganta—. Me estabas diciendo que pusiste los escáneres afuera del corredor.

—Correcto. Hauk manipuló el sistema de comunicaciones para impedir que cualquiera pueda acceder a él. Los canales están limpios si necesitas contactarnos.

Nykyrian asintió.

—Seguiré usando el enlace.

—Probablemente es lo mejor —dijo Hauk—. Cuando Bredeh se entere de que estás protegiéndola, te va atacar con todo su arsenal.

—Estoy preparado.

Hauk resopló.

—Yo no sería tan arrogante. Bredeh no se apega a las reglas de la Liga y te atacará abiertamente. Quiere tu vida más que la de Kiara. —Hauk mordió un friggle.

Nykyrian se encogió de hombros. Aksel era la menor de sus preocupaciones actuales.

Escuchó cuando Kiara salió del baño. Suprimiendo el deseo de mirarla, devolvió sus pensamientos a la discusión.

—Actúan como si el deseo de Aksel de verme muerto fuera algo nuevo. Él ha tratado de matarme desde que cumplí diez años.

Hauk resopló.

—Es verdad, pero...

Un grito de Kiara hizo eco en la casa.

Nykyrian se congeló. Agarrando su pistola de rayos, corrió hacia el corredor, a la parte trasera del cuarto desde donde se había escuchado el sonido. Cuidadosamente, entró en el estudio y entonces se paralizó.

Con un ceño acentuado, miró como la rabia desfiguraba la expresión del rostro de Kiara. Estaba de pie en el centro del cuarto con las manos en las caderas.

—¿Qué está sucediendo aquí? —chasqueó él, encolerizado por su chillido injustificado.

—¿Qué haz hecho? —le gruñó ella—. ¡Mira mi cuarto! —gesticuló hacia los oscuros escudos antiexplosivos, que tapaban las ventanas hasta el suelo—. Cómo se atreve tu gente a entrar a *mí* casa y reordenar *mis* muebles. ¿Y que es esa cosa?

Guardando su pistola, Nykyrian miró fijamente la pared que cubría las ventanas.

—Es un escudo antiexplosivos.

Darling y Hauk intercambiaron miradas prudentes.

—Había olvidado mencionar que —dijo Darling—, cubrimos todas las ventanas para impedir que los francotiradores encontraran un blanco.

Kiara echó humo de la furia.

—¡Quiero que se vayan de aquí! Todos ustedes. ¡Fuera!

Nykyrian le hizo señas a Hauk y a Darling, excusándolos. Sin decir una palabra, se marcharon.

—Ese mensaje también iba para ti.

—Lo se. Pero acostúmbrate, porque no me voy a marchar.

Ella se acercó para enfrentarlo con sus puños fijados herméticamente en sus costados.

—Estás despedido.

Su audacia casi lo hizo sonreír. Había pasado mucho tiempo desde que alguien se atreviera a enfrentarlo con enojo, sin un arma apuntándole a la cabeza.

—Tú no me contrataste.

Los ojos de Kiara se abrieron abruptamente. Nunca en su vida había estado tan enfadada. De hecho, era raro que alguna vez perdiera la calma. Miró fijamente a Nykyrian deseando convertirse en Trisani para poder estrellarlo contra las paredes solo con sus pensamientos.

—Quiero que te largues de mi casa.

Por un momento breve, ella creyó que él había hecho una mueca de dolor, pero su cara volvió a ponerse de piedra rápidamente. Luego se marchó del estudio.

La invadió la satisfacción cuando le echó un vistazo al cuarto vacío. Mañana llamaría a los de mantenimiento del edificio y les ordenaría que quitaran todos los escudos. Esta noche disfrutaría de la paz de estar sola y viva.

¡Quería a su vida de regreso y pensaba exigirla!

Un movimiento en uno de los espejos llamó su atención. Caminando más cerca del vidrio, reconoció a Nykyrian en el cuarto de enfrente.

Tembló de la rabia. No se había marchado. Y con un furor acalorado fue a sacarlo de su vida. Estaba cansada de no tener el mando en todo lo que le sucedía. ¡Había llegado el tiempo de que las personas comprendieran que no toleraría más invasiones a su libertad!

Al llegar a la cocina, Kiara se detuvo, asustada por la visión que tenía en frente.

¿Acaso estaba preparando la cena? Su enojo se disolvió. Nunca hubiera esperado que un asesino mercenario supiera cocinar.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó un poco más calmada.

—Pensé que podías estar hambrienta, al menos, yo si lo estoy.

Kiara lo miró mientras él enjuagaba las verduras de *brenna* en el fregadero. Sacó un cuchillo del aparador que estaba fijado en la pared y empezó a cortar las verduras en pedazos diminutos.

—¿Parece que sabes lo que estas haciendo?

Nykyrian dejó de cortar y la miró.

—¿Te sorprende? Incluso los asesinos necesitan comer.

Ignoró su obvio sarcasmo.

—Supongo que si necesitan comer, pero ¿Cretoria? ¿Es eso lo que estás preparando?

—Sí. —Terminó de cortar las verduras y las puso en el mesón.

—Así que además de asesino eres gastrónomo.

Nykyrian se encogió de hombros mientras caminaba hacia el refrigerador y sacaba la carne congelada. Luego regresó al mesón.

—Podrías decir que soy un asesino gastrónomo. Siendo Andarion, me gusta la carne humana bien preparada.

Ella se mordió el labio ante su tono indiferente que no expresaba ninguna emoción.

—Me dijiste que no comías humanos.

Estaba segura que debajo de sus lentes la miraba con intensidad. Sin contestarle ni una palabra, empezó a cortar la carne.

Kiara miró al cuchillo haciendo cortes y con cada golpe se encogía más y más. ¿Estaba segura con él? Sus manos temblaron. Su padre no lo hubiera contratado si pensaba que podría estar en peligro. ¿Verdad?

Si tan solo pudiera leer sus pensamientos tan fácilmente como parecía que leía los suyos.

—¿Alguna vez te quitas esas gafas?

—No.

Frunció los labios por esa breve respuesta.

—¿Te avergüenza tener los ojos como un Andarion? —persistió ella, intentando deducir las razones de por que las llevaba puestas.

Nykyrian gruñó.

—Nada sobre mi me molesta. Pero mis ojos parece que incomodan a todo el maldito mundo.

—¿Incluso a Hauk?

El cuchillo golpeaba más ruidosamente.

—Sobre todo a Hauk.

Kiara cuestionó sus palabras. ¿Por qué un Andarion podría sentirse incómodo por otro de su tipo?

¿Quién era este hombre que estaba en su casa? Comprendió que no averiguaría la respuesta ese día.

—Debo ir a vestirme —le dijo suavemente y abandonó la cocina.

Gracias, pensó Nykyrian. La parte baja del frente de su túnica le había causado un poco de incomodidad. Desde que la había visto en el estudio, la única cosa que realmente había notado eran las gotas diminutas de agua que se aferraban a la hendidura profunda de sus pechos.

Juró mantener a su mente concentrada en sus asuntos y no en el cuerpo de Kiara.

Evitarla sería su meta, encendió el fuego ubicado en el mesón de la cocina. Cuando terminó de colocar la carne y las verduras en un plato, escuchó el golpe código de Rachol en la puerta.

Kiara salió corriendo de su cuarto, cerrándose los últimos tres botones de la blusa. Nykyrian gimió interiormente, lamentando haberle dicho que no estaba interesado en su cuerpo. Sin duda alguna, ella se figuraba que podía correr casi desnuda sin perturbarlo. Esta iba a ser una larga misión.

Trató de devolver su cuerpo a su rígido control y se dirigió a la puerta.

Kiara la abrió dándole entrada a Rachol y a su padre.

—Gracias a Dios —dijo el Comandante y la abrazó—. Cuando vi los cuerpos, temí que hubieras resultado herida.

Otra ola de pánico amenazó con consumir a Kiara cuando pensó que estuvo a punto de morir.

—Por suerte Nykyrian y Rachol estuvieron allí —le dijo.

Tiarun la soltó y enfrentó a Nykyrian.

—Pensé que su gente iba iniciar mañana con su protección.

—Si hubiéramos esperado hasta mañana ya estaría muerta —dijo Nykyrian con su acostumbrada indiferencia, haciendo que Kiara se preguntase si algo lo sacaba alguna vez de casillas, o si era capaz de contestar “normalmente”.

Su padre se puso rígido antes de asentir por sus duras palabras.

—Quise informarte sobre esto —le dijo a Kiara, al acariciarle el brazo tiernamente—. Estaba esperando que terminaras con tu presentación. No quise perturbarte.

—No estoy disgustada —le mintió ella, no queriendo herir sus sentimientos.

Tiarun le sonrió prudentemente. Miró a Nykyrian con un ceño duro que nunca había fallado en intimidar a Kiara.

—Tengo un presentimiento sobre esto. Se lo advertí a Némesis y ahora se lo advierto a usted. Si le pasa algo a mi hija no descansaré hasta que haya destruido a cada miembro del OMG.

Nykyrian casi se ahoga con su resoplido incrédulo.

—Somos profesionales. Kiara está más segura con nosotros que con usted —le contestó él serenamente.

Tiarun estrechó los ojos y eso hizo que Nykyrian quisiera gruñirle en respuesta.

—Protéjala. Intentaré mantener el contacto constantemente. —Tiarun abrazó a Kiara firmemente—. Odio tener que marcharme, pero debo volver a la base y hablar con los reporteros sobre lo que pasó esta noche. Si me necesitas llámame.

—Lo haré —le prometió ella, al besar su mejilla.

—Te avisaré cuando puedas regresar a casa.

—De acuerdo. —Ella cerró la puerta con renuencia detrás de su padre.

Kiara frunció el ceño al ver la expresión burlona en la cara de Rachol cuando caminaba hacia Nykyrian.

—¿Los cuidados Paternales? ¡Puaj! —Rachol se estremeció.

Nykyrian le empujó el hombro.

—No te burles.

—Vamos, Kip. ¿No te da *asco*?

Kiara miró fijamente a Rachol, curiosa por sus palabras, la encolerizó la manera en la que actuaba ante la preocupación de su padre.

—¿Sus padres nunca se preocuparon por ustedes? —les preguntó ella, ácidamente.

—¿Qué padres? —le chasqueó Rachol.

Una onda de terror invadió a Kiara.

— ¿Están muertos?

— Ten cuidado —le dijo Nykyrian mientras regresaba a la cocina—. Quizá no quieras saber la respuesta.

Frunciendo el ceño, intentó comprender ese acertijo.

— ¿Qué quieres decir?

— Que Kip no nació, fue desovado. —Rachol sonrió.

Ahora estaba completamente desconcertada.

— ¿Quién es Kip?

Rachol señaló a Nykyrian con su dedo pulgar.

— ¿Fuiste un bebe probeta?

Nykyrian estaba concentrado en preparar su cena.

— Rachol tiene un desorden cerebral que lo obliga a mentir la mayoría del tiempo. Ignóralo.

Así que Nykyrian no había sido un bebé probeta. Realmente nada de lo que estaban diciendo tenía sentido.

— ¿Ninguno de los dos tuvo padres?

Nykyrian hizo muecas.

— Somos huérfanos.

— Eso fue lo que les pregunté desde el principio —dijo Kiara, mientras miraba a Rachol tomando asiento en uno de sus taburetes.

Ellos ignoraron la agitación de su voz.

— ¿Vas a quedarte a cenar? —le preguntó Nykyrian a Rachol, mientras le daba un vaso de jugo de *spara*.

— ¿Te importaría? —le preguntó Rachol a Kiara.

— No —dijo ella, sorprendida por la honestidad de su declaración.

Por alguna razón le gustaba Rachol a pesar de sus miradas muy poco ortodoxas. Su pelo castaño oscuro estaba atado con una coleta. Sus ojos marrones estaban delineados con líneas negras, dándole la apariencia de una salvaje bestia de caza. Dos aros de plata colgaban de su lóbulo izquierdo.

No era definitivamente el tipo de hombre que la atraía pero tenía que admitir que era extrañamente guapo.

Kiara se giró para mirar a Nykyrian mientras hablaba con Rachol. Él se veía más a gusto con Rachol que con sus otros dos amigos.

Cuando Rachol hizo otro chiste que ella no pudo entender, comprendió que Nykyrian nunca sonreía. No pudo recordar haberlo visto sonreír alguna vez. Y por alguna razón, quiso ver sus labios curvarse y escuchar su risa.

¿Cómo podría hacer reír a alguien?

Su pecho se apretó cuando consideró la vida que debió haber vivido. Sin padres, sin risas, un Asesino de la Liga. De verdad, era un milagro que todavía estuviera vivo.

Quería resolver el enigma.

Quizás Nykyrian no estaba interesado en ella, pero eso no evitaba que ella sintiera una profunda curiosidad por él. Y nunca había podido dejar sin resolver un misterio. Kiara se prometió que en los próximos días, excavaría su mente para averiguar lo que él escondía detrás de sus lentes oscuros.



Capítulo 4

Kiara estaba hablando con su padre en el telelink cuando Rachol se marchó. Nykyrian escuchaba su voz suave flotando desde su cuarto. Su tono de seda dulce lo agujereaba. Obligando a su mente a concentrarse en sus asuntos como se había prometido, sacó la Terminal de su computadora portátil de la bolsa que Hauk había dejado para él en el suelo.

Se sentó sobre la cama y desempacó la Terminal. La risa de Kiara lo invadió causándole un dolor agri dulce que retorció su estómago. Apretó los puños y recordó la letanía que se padre adoptivo le había obligado a recitar mientras crecía.

Eres un guerrero, un asesino. No necesitas a nadie. Estás mejor solo.

Sus pensamientos regresaron a su trabajo y encendió la Terminal. La brillante pantalla azul resplandeció haciéndolo retroceder. Sus ojos le ardieron por la tensión de llevar los lentes puestos en el interior de la casa, pero a pesar del dolor, no se atrevía a quitárselos teniendo a Kiara alrededor.

Quizá debió de haberle asignado a Rachol vigilar esa noche. Esta misión estaba condenada a ser su destrucción.

Había pasado la cena entera buscándola, sintiendo su presencia cerca de él. Si tan solo no le hubiera permitido tocarlo en el teatro, ya la habría desterrado de sus pensamientos.

Nykyrian se mofó de sus ideas. ¿A quién estaba intentando engañar? Desde la primera vez que la había visto bailando no había podido sacarla de sus pensamientos. Desde entonces frecuentaba sus sueños como un fantasma, acercándose furtivamente para robarle su podrida alma.

Suspiró fatigado. Esta misión no era definitivamente lo que necesitaba para expulsarla de su mente. Escuchó cuando ella terminó su conversación. Luego la vio entrar al cuarto de enfrente mirándolo con una sonrisa calurosa. La sangre de Nykyrian corría acalorada en respuesta de su gentil mirada.

—¿Se ha ido Rachol? —preguntó ella alegremente.

—Sí —dijo él, esforzándose por concentrarse en su trabajo.

Kiara se sentó en su silla favorita, enfrente de Nykyrian. Las palabras horribles de su padre hicieron eco en sus orejas. Le había advertido sobre la ferocidad del OMG, diciéndole que ellos asesinaban por contrato sin tener en cuenta sus emociones.

Mirando a Nykyrian de cerca, trató de leer sus pensamientos. Aunque su cara no expresaba ninguna señal, sabía que las tenía. Nadie estaba desprovisto totalmente de emociones.

Las propias palabras de Nykyrian flotaron a través de su mente. *Las emociones se destierran de nosotros durante el entrenamiento.* Aún así, se negaba a creer que no tuviera emociones. Si fuera verdad, no la habría consolado cuando estuvo llorando.

Una sonrisa maliciosa curvó sus labios cuando estudió su estilizada masa muscular. Había mirado y había sido sostenida por muchos hombres que constantemente trabajaban para mejorar su apariencia física, pero ninguno de ellos la había atraído tanto como el hombre que estaba a su lado. Un hombre cuya distancia le incomodaba.

Nunca había tenido que luchar para lograr que alguien le prestara atención. Normalmente, luchaba para escapar de atenciones indeseables. Se preguntó si quizá la parte que más le atraía de él era su caradura habitual.

Pero cuando lo estudiaba, comprendía que no solo era esa parte la que le atraía, era más grande su deseo de cambiarle ese modo de ser reservado. Había algo que la llamaba como si fuera un niño herido, que necesitaba consuelo. Kiara casi lanza una carcajada por ese pensamiento. Miró fijamente a Nykyrian, su barbilla tensa, sus rasgos inexpresivos. No, en nada parecía ser frágil.

¿Entonces por qué se sentía de esa manera?

—¿En qué estás trabajando? —le preguntó finalmente.

Nykyrian gruñó una advertencia baja en su garganta, que la hizo sentir un poco intranquila.

—Tengo mucho trabajo que necesita ser terminado. No estoy aquí para ser sociable. Solo debo protegerte.

Kiara envolvió los brazos alrededor de su pierna y descanso la barbilla en la rodilla. Miró el vuelo de sus dedos, las teclas haciendo clic en la Terminal debajo de ellos.

—Pero como estás aquí... —Sus dedos se detuvieron, el silencio súbito hizo eco a su alrededor, aumentando su incomodidad—. Pensé que podrías contarme algo sobre ti. Podríamos pasar días juntos, semanas y por eso...

—Bien —le chasqueó él, interrumpiéndola.

Kiara escondió su sonrisa triunfal detrás la rodilla, pero estaba segura que sus ojos brillaron por la travesura.

Nykyrian se sentó y cruzó sus brazos encima de su pecho defensivamente.

—Si eso logra que tu mente se tranquilice, dejaré que hagas ocho preguntas sobre mí. Después de eso, nunca me preguntarás nada sobre mi pasado, o mis amigos, y te quedarás callada para que pueda terminar lo que estoy haciendo.

El tono de sus palabras la fastidió. Lo miró fijamente intentando pensar en algo que pudiera darle una ventaja sobre él.

—De acuerdo —le dijo, cuando pensó en la primera pregunta—. ¿Cuál es tu apellido?

—Uno, Quiakides.

La sorpresa ensanchó sus ojos.

—¿Cómo el universalmente afamado y aclamado Comandante Huwin Quiakides de la Liga Intergaláctica de Pacificadores?

Él suspiró.

—Dos, sí.

—¿Era tu padre?

Creyó haberlo visto apretar los dientes antes de contestar.

—Tres, sí.

Kiara dio un resoplido poco femenino.

—Eso no cuenta. Debiste habérmelo dicho cuando hice la segunda pregunta.

Nykyrian se encogió de hombros de una manera agravantemente desinteresada.

—Se más específica. Todo cuenta.

Kiara se sentó durante un minuto, pensando en la poca información que Mira le había dado en la base del OMG.

—¿Si era tu padre, por qué desertaste de la Liga?

En ese momento, vio el tictac de enfado en su mandíbula que endureció sus rasgos.

—Como supiste que estuve en la Liga.

Kiara se asustó ante su tono áspero y mortal. En ese momento, lo imaginó rompiendo a pedazos a alguien fácilmente y no tenía el deseo de que ese alguien fuera ella o Mira.

—Solo lo escuché por ahí. Es verdad ¿no? ¿Eras un asesino de la Liga?

Algo de tensión se suavizó en sus labios y ella se preguntó por qué.

—Cuatro, sí.

Kiara estaba cansándose de que numerara sus respuestas.

—Sabes, deberías intentar ser más amistoso.

—No me pagan para ser amable. Me pagan para matar.

Un nudo de miedo cerró su garganta ante esa idea.

—¿Te gusta matar? —le preguntó ella, con la garganta apretada por los fuertes latidos de su corazón.

Kiara fue testigo de su primera respuesta emocional visible: él hizo una mueca de dolor como si lo hubieran golpeado, su respiración se puso trabajosa por la furia, cerró la Terminal de un golpe y la puso a un lado. Y sin decir una palabra se marchó del cuarto.

Kiara se quedó sentada en la silla durante varios minutos preguntándose que cosa había motivado su reacción. ¿Si hablaba tan a menudo de sus matanzas, por qué su pregunta lo molestaría? Fue a averiguarlo.

Nykyrian estaba de pie delante de los escudos antiexplosivos del estudio. Lo miró desde la puerta concentrado, deslizando su mano sobre los paneles plásticos como si estuviera buscando un orificio. Parecía tranquilo.

—Dijiste que contestarías a mis preguntas —le dijo suavemente, intentando que la dejara mirar dentro de él al menos un minuto, para averiguar por que era tan distante.

Él dejó caer su mano.

—No esperaba que me preguntaras eso.

Kiara se frotó los brazos para darse calor.

—¿Por qué no?

Nykyrian cruzó el cuarto y se le puso en frente. Su proximidad la embriagada más de lo que mil tazas de *larna* podrían hacerle en la vida. En un momento pensó que iba a tocarla, porque estaba a un pie de ella, lo cual ya era suficiente para calentarla con su calor corporal, con la intangible pared que traía a su alrededor, a pesar de eso no se atrevía a moverse y tocarlo como su corazón le pedía.

—¿Por qué podrían importarte mis sentimientos? —su suave voz parecía humilde y penetrante.

Se tragó el conjunto de emociones variadas que se batían dentro de su ser.

—No lo se, solo me importan.

Él tomó una respiración profunda y se dio la vuelta.

—¿Practicar aquí?

Kiara frunció el ceño por la pregunta inesperada, preguntándose los motivos que lo incitaban.

—Sí.

Nykyrian caminó alrededor de los espejos y tocó la barra de ejercicios.

—¿Disfrutas lo que haces?

La pregunta la cogió fuera de base. Frunció el ceño de nuevo, pensando en su respuesta.

—Nunca me he puesto a pensar en eso —dijo—. Bailar es todo lo que siempre he querido hacer en la vida, supongo que debo disfrutarlo.

Su agarre se intensificó sobre la barra.

—¿O quizá solo lo haces por qué alguien lo esperaba de ti?

Un frío se alojó en su espalda.

—¿Qué te hace pensar eso?

Nykyrian se dio la vuelta y la enfrentó.

—Las fotos que tienes en el salón principal. En la mayoría de ellas eras una niña vestida con ropas de baile. No parecías lo suficientemente mayor en ninguna de ellas como para tomar una decisión por ti misma. Podría decir que bailas solo porque te dijeron que era lo que *debías* hacer con tus talentos.

La verdad de sus palabras penetró su conciencia. ¿Cómo podía ver algo sobre ella que nunca había notado?

—¿Siempre eres tan observador?

Él se encogió de hombros.

—En mi negocio, se me paga por conocer y entender a las personas. Eso me mantiene con vida.

Kiara sopesó esas palabras en su mente. Y en ese momento tuvo la primera percepción de él.

—¿Es por eso que lo haces? ¿Porque alguien te dijo que podías ser un asesino?

Solo el silencio le contestó.

—Todavía me debes seis respuestas.

—Cuatro respuestas —le corrigió ácidamente, cruzando los brazos encima de su pecho—. Y ya he contestado suficientes preguntas por esta noche.

Nykyrian se alejó de Kiara y ella supo que el asunto estaba tan firmemente cerrado como si estuviera sostenido por la confianza de los Protectores de la Liga. Con un

suspiro cansado, comprendió que no sabía más de él ahora que lo que sabía desde un principio.

Frustrada, regresó al cuarto principal dónde una vez más estaba ocupado con la Terminal.

—¿Te molesta si enciendo el televisor?

—No —le contestó lacónicamente, mientras sus dedos no dudaban en su golpeteo rápido.

De nuevo en su silla, Kiara tomó el control y comenzó a pasar los canales. Pero escuchaba más a Nykyrian El Pendenciero, que a sus programas. Aunque parecía que se había olvidado de ella, sintió el muro rígido de defensas que había puesto a su alrededor. En alguna parte, tenía que haber una grieta.

¿Pero realmente quería encontrarla?

Kiara se ahogó en la trepidación cuando consideró lo que significaría para su vida, que él se le abriera a ella. Era uno de los criminales más buscados por todos los gobiernos. Si las personas la relacionaban con Nykyrian en un nivel social, sería excluida del teatro. Se había pasado demasiados años labrando su carrera como para echarlo todo a perder por un hombre guapo. Incluso uno tan delicioso como su guarda espaldas.

No, no podría permitir que todo el tiempo y la energía que había gastado construyendo su vocación fuera a perderse ahora. Dejaría que Nykyrian se mantuviera apartado y distanciado tanto para su causa, como para la suya.

Apagó la televisión.

—Me voy a la cama.

Nykyrian dejó de teclear y escuchó sus pasos bajando del vestíbulo hasta su cuarto. Cerró la Terminal para aliviar un poco el dolor de sus ojos y permitió que la rigidez abandonara su cuerpo cuando reclinó la espalda contra el sofá.

Los sonidos de Kiara preparándose para dormir consolaron extrañamente a su alma. Se quitó las gafas y las balanceó en sus rodillas, se frotó los ojos ardientes hasta que se ajustaron a la luz. Su alma no necesitaba consuelo, necesitaba soledad.

Su trabajo era protegerla, no seducirla.

Contrario a sus pensamientos y a su noble código, una imagen de Kiara abrazándolo pasó por su mente. ¡Ya es suficiente! Le rugió a sus pensamientos traicioneros y al instante la imagen desapareció.

Nykyrian puso sus gafas en la mesa y se estiró sobre el sofá, escuchando aliviado el silencio vacío que lo rodeaba. Reunió toda su fuerza y juró mantener sus pensamientos en los hombres que rastreaban a Kiara, no en seducirla.

* * * * *

Kiara se despertó en medio de una pesadilla. Una vez más sus sueños la habían atormentado con la visión de Nykyrian asesinándola. Inhalando profundamente y sosteniendo la respiración, se puso el camisón y fue a la cocina para buscar su ritual vaso de jugo de *spara*.

Al entrar a la cocina, se detuvo sorprendida. En la mesa de la cocina, puesto delante de su silla, estaba un apetitoso desayuno y un vaso de jugo de *spara*. Asombrada por la escena, miró a Nykyrian quien estaba sentado en un taburete de la barra leyendo una pila de papeles. Estaba como de costumbre, ignorándola.

—Impresionante —dijo ella, cogiendo la tostada más caliente. Sus papillas gustativas saborearon las extrañas especias que le había agregado al pan—. Muy impresionante.

Él ignoró sus cumplidos.

—¿Qué tienes que hacer hoy? —le preguntó con una voz ruda que le hizo rechinar los dientes.

Kiara tomó un poco de jugo.

—Tengo que ensayar esta tarde, entonces mi presentación...

—No —la interrumpió él—. No harás ni presentaciones, ni ensayos.

Kiara puso el jugo en la mesa y lo miró fijamente con la boca abierta.

—Estás demente si piensas que puedes impedirme bailar.

Él puso los papeles en el mesón y se puso de pie.

—La próxima vez ellos bombardearán el edificio para matarte.

Kiara sonrió afectadamente.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo lo haría.

Su inexpresiva voz la asustó más que sus palabras. Kiara se tragó el nudo que quemaba su garganta.

—Es de mi carrera de la que estás hablando. Faltar a una presentación podría ser el fin.

—La muerte sería un final mucho más permanente.

Bien, ella no podía defenderse de esa lógica.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Quedarme aquí prisionera, esperando al próximo asesino que venga a matarme? ¿Por qué no solo bombardean este edificio para que todo termine de una vez por todas?

Nykyrian no hizo más que estirar un músculo cuando le respondió en voz baja y firme:

—Son las reglas de la Liga.

Kiara se puso rígida por la confusión.

—¿Qué?

—La Liga le prohíbe a los asesinos libres detonar una bomba en un edificio residencial.

Se rió de lo irónico que era que los asesinos contratados siguieran un código de honor.

—¿Realmente me estás diciendo que los asesinos tienen que cumplir esas reglas? ¿Por qué a alguien que mata para vivir le importaría una tonta ordenanza de la Liga?

Aún no había ninguna reacción visible de Nykyrian, El Pendenciero.

—Si alguna vez hubieras desobedecido a la Liga no harías esa pregunta.

Kiara se acercó a él y se apoyó contra la barra.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Estás hablándome de tu propia experiencia?

Nykyrian se alejó de ella.

—Hay pocos asesinos libres que tienen la habilidad de burlar a los Asesinos de la Liga. A pesar de la corrupción inherente en su propio sistema, la Liga intenta mantener algún tipo de ley por encima de los asesinos, para asegurarse que no sean más poderosos que los burócratas más ricos.

Kiara frunció los labios. Eso no contestaba su segunda pregunta en absoluto.

Miró a Nykyrian, encontrando divertido que permitiera que alguien gobernara sus actos. Levantó una ceja incrédula.

—¿Y tu cumples esas reglas?

—Solo cuando me conviene.

Kiara apretó su bata cerrada. La amenaza que enfatizaban sus palabras no le pasó desapercibida. Tenía razón, él no respetaba las reglas de ningún hombre, excepto las propias.

Ella aclaró su garganta y rápidamente cambió de tema.

—¿Puedo ir de compras por lo menos? Tengo que comprar un regalo de cumpleaños para una amiga.

Nykyrian se quedó absolutamente inmóvil y Kiara se cuestionó el por qué su pregunta lo molestaba.

—Si debemos hacerlo —le contestó finalmente—. Supongo que quieres ir hoy.

Kiara estrechó sus ojos hacia él.

—Bien, como mi horario es tan apretado, no se. Pienso que podría estar disponible entre mi almuerzo y la fiesta.

No se molestó si quiera en sonreír por su sarcasmo.

—Ve a vestirte. Será mejor salir antes de que la muchedumbre pulule en las calles.

Con un suspiro, Kiara tomó su jugo y una rodaja de *grasdin* y se fue a su alcoba.

No le tomó mucho tiempo bañarse y vestirse, pero antes de terminar escuchó a Rachol y a Nykyrian en el salón principal. Hablaban en un idioma extraño que no podía entender, aunque intentaba escuchar cuidadosamente su nombre o cualquier palabra que pudiera reconocer.

Por lo menos, la aspereza de Nykyrian se marchitaba un poco cuando estaba alrededor de Rachol. Le gustaría ver una reacción diferente a su guardaespaldas que no fuera su habitual encogimiento de hombros o sus réplicas mordaces.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios. Y antes de que su sentido común la hiciera reaccionar se cambió de ropa. Si había algo que había aprendido en su madurez, era que los hombres adoraban su delgado cuerpo bien proporcionado. Quizá al enseñar un poco de más, obtendría algún tipo de reacción por parte de Nykyrian.

Se puso unos pantalones negros y ajustados en las caderas, que combinaban con una chaqueta deportiva que resaltaba sus curvas de la manera correcta. Kiara se envolvió una bufanda blanca en el profundo escote, para enmascarar el hecho de no llevaba puesta una blusa.

Esta era la vestimenta que había hecho que pudiera salir con algunos de los hombres más deseables del universo. ¡No podía esperar ver la reacción de Nykyrian! Deslizándose sus pies en un par de botas de tacón bajo, salió para unirse con Rachol y Nykyrian.

Cuando entró en la sala, Nykyrian continuó con su conversación y no se quedó sin palabras, ni hizo una apreciación de sorpresa como solían hacer normalmente los hombres cuando ella vestía de esa manera.

Rachol se dio la vuelta en la silla y casi se cae. Se aclaró la garganta.

—Whoau —dijo, mirando a Nykyrian detrás.

—Gracias —dijo ella, con un suspiro de desilusión.

Nykyrian se levantó, todavía negándose a darle un reconocimiento por su vestimenta.

—¿Estás lista?

Apretando los dientes por la decepcionante frustración, asintió. Pensó que Nykyrian tomaría su brazo al menos para mantenerla cerca, pero todo lo que hizo fue abrir la puerta y examinar el corredor antes de sacarla del apartamento.

—¿Rachol se va a quedar aquí? —preguntó ella, notando que él no se levantaba de la silla.

La risa de Rachol le contestó.

—Sí, Kip va a protegerte mientras que yo protejo tu casa. La vida muerde al gran *te-tawa*.

Kiara frunció el ceño.

—¿El gran qué?

—No tardaremos mucho tiempo. —La interrumpió Nykyrian antes de que Rachol pudiera contestarle. Ajustó y cerró con llave la puerta.

—Eso fue rudo —lo castigó.

En lugar de la réplica mordaz que esperaba, él se pasó la mano por su pelo largo destrenzado.

—No le preguntes a Rachol lo que significa su vocabulario. Es mejor que no conozcas el significado de la mayoría de sus acrónimos.

Kiara sonrió, agradecida por la distensión usual que había extrañado tanto.

—¿*Tee-tawa*?

Él apretó el botón del ascensor.

—No se que significa exactamente, pero supongo que no es adecuado para todos los sexos.

Las puertas se abrieron con un zumbido suave.

—¿Y cual es tu Racholismo favorito? —le preguntó ella, mientras entraban en el ascensor.

Una esquina de su boca se levantó bruscamente. En un momento Kiara pensó que iba a sonreír, pero él solo se limitó a meter las manos dentro de los bolsillos de su larga chaqueta negra, mientras las puertas del ascensor se cerraban con un sonido metálico.

—*Duwad* —dijo por fin.

Kiara sonrió.

—¿Qué significa?

—Un fulano con deseos de morir.

Kiara pensó un momento por qué Rachol lo habría propuesto.

—¿Lo creó para ti?

—No, Kip fue creado para mí.

Se preguntó como podía mantener su voz tan ligera cuando hablaba. Dudaba que ella pudiera imitarlo, incluso con años de práctica.

—¿Y qué significa Kip?

—*Keyaya imporus petana*.

Escuchó el extraño lenguaje saliendo de sus labios como si fuera un liquido caluroso en un día helado, el sonido la aliviaba como un arrullo.

—¿Y que se supone que eso significa? —preguntó saliendo del ascensor, hasta la antecámara.

—La respuesta es otra de tus tantas preguntas sobre mi, *mu Tara*. —Él caminó hacia fuera y llamó a un vehículo.

Kiara caminó ante él, invadiendo su espacio personal deliberadamente. Para su sorpresa, él no se apartó.

—Aun así, me gustaría saber.

Un transporte frenó en la acera. Nykyrian le abrió la puerta.

—En Ritadarion significa *Hermano de espíritu*.

Kiara se sentó en el auto.

—¿Y lo eres? —le preguntó tecleándole su destino al sistema de transporte antes de insertar su tarjeta débito.

—De muchas maneras.

Se sentía en una muralla alrededor de él. A pesar de su naturaleza inquisitiva, no podía sondear los límites de esa muralla.

—¿Cómo son los hermanos de espíritu?

Nykyrian le dio la espalda y miró el paisaje borroso que giraba más allá del

automóvil. Al principio, ella pensó que no le contestaría, pero entonces finalmente suspiró.

—Como la mayoría de los seres que han tenido un pasado similar, nosotros nos unimos, nos entendemos.

Ella trató de sondear esa muralla un poco más.

—La mayoría de los seres pueden entender a los otros si se explican correctamente.

Él resopló.

—Si eso fuera verdad, la guerra no existiría.

Kiara lo consideró por un momento y decidió que era verdad.

—¿Cómo puedes evaluar las situaciones tan fácilmente? —hizo una pausa y no esperó a que le respondiera—. Permíteme suponer, es otra más de tus habilidades de supervivencia.

Nykyrian permaneció torpemente callado. Si no fuera porque se tocaba a sí mismo los bíceps, habría creído que era una estatua. Kiara suspiró deseando poder adivinar sus sentimientos igual que él hacía con los suyos. Sentada en el asiento trasero, intentó disfrutar el resto del paseo.

Nykyrian olió su perfume exótico y anheló enterrar los labios en la dulce carne perfumada de su cuello. Encontró que era difícil respirar teniéndola tan cerca. Sería tan fácil de compartir su pasado con ella, envolverlo en su encanto y su ingenio. Su cuerpo latió con el deseo y por un momento, quiso ahuecarla entre sus brazos y tomar de ella lo que más anhelaba.

Tomando valor, se atrevió a mirarla. Su respiración se le estancó en la garganta. Tenía los brazos cruzados encima de su pecho con abandono, mientras miraba por la ventana y le mostraba con esa pose casual la hinchazón de la cima de sus pechos cubierta por ropa interior de encaje negro.

Su mano deseó tocarla, sus lomos se apretaron. Nykyrian se removió en el asiento y respiró temblorosamente. Tenía que alejarse de ella. No la necesitaba para nada. Nunca había necesitado a nadie.

Finalmente, el automóvil se detuvo en frente de un complejo de tiendas.

Kiara salió del automóvil después de él y miró a la muchedumbre atestada por encima de su hombro.

—Parece que hoy todo el mundo salió temprano.

Su respuesta fue un gruñido.

Por lo menos estaba mejorando un poco, ese no era su gruñido habitual. Sin meditarlo, Kiara tomó su mano para llevarlo a una tienda cercana. Nykyrian se liberó como si se hubiera quemado con fuego.

—Nunca vuelvas a tocarme —le dijo gruñéndole aún más con esa voz intimidante que ya había escuchado una vez.

Se tragó el miedo que la estrangulaba.

—Perdón —se disculpó débilmente—. Lo hice sin pensar.

Nykyrian metió las manos en los bolsillos de su chaqueta sin decir nada más.

Encogiéndose de hombros y alejándose de su mal de rabia se dirigió hacia su tienda favorita. Nykyrian se quedó un paso detrás y miró a la muchedumbre como si fuera una madre *gimfry* esperando a su hijo.

Cuando entraron en la tienda, Kiara se fijó en las reacciones que él inspiraba alrededor de las personas.

Los miró y se percató de como las madres cogían de las manos a sus hijos apartándolos del camino de Nykyrian y como los demás clientes lo miraban aterrados. El corazón le dolió cuando escuchó por casualidad algunos de sus susurros llenos de odio:

—Asesino, caníbal. —Buscó la cara de Nykyrian y al verla supo que también los había escuchado ya que se evidenciaba en la línea firme de sus labios.

Prefiriendo ignorar a esos imbéciles y a sus prejuicios, se dirigió a la sección de mujeres.

A Kiara le tomó unos minutos encontrar a una empleada para que la atendiera.

—Perdóneme —dijo finalmente, acorralando a una mujer antes de que pudiera escaparse a otro departamento—. ¿Tiene esta chaqueta en tamaño doce? —le preguntó sosteniendo el regalo para que lo inspeccionara la empleada.

Los ojos de la empleada se elevaron encima de su hombro hacia donde se encontraba Nykyrian y Kiara quiso sacudir a la mujer por su miedo injustificado. La mirada de la empleada regresó hasta Kiara y la chaqueta.

—Creo que si —le dijo con voz temblorosa.

Tomó la chaqueta de la mano de Kiara y desapareció en la parte trasera. Los ojos de Kiara se estrecharon del enojo. Echando una mirada alrededor, no podía creer que las personas la miraran fijamente esta vez por algo diferente a su fama.

Después de un minuto, la empleada regresó con el tamaño correcto.

—¿No necesita nada más, señora?

Kiara asintió, sus dientes se apretaron.

Después de timbrar la orden, la empleada se apoyó en el mostrador y le susurró:

—¿Dónde conoció a ese Andarion? Nunca había visto uno en Gouran. ¿No le da miedo estar con él?

Kiara se echó un mechón de cabello por encima del hombro como si fuera descuidadamente tonta.

—Por qué lo haría, no le tengo miedo, él ya tiene su alimento diario.

—¿Usted lo alimenta? —le preguntó la empleada casi gritando con temor.

Kiara la miró incapaz de creer en sus nervios. Recogiendo su paquete, abandonó la tienda. Quiso ir a otra tienda pero se arrepintió. Por la tensión en la mandíbula de Nykyrian, supuso que quería ponerle fin a su excursión. Le asombró que no le comentara nada al respecto.

—Estoy lista para irme a casa ahora —le susurró con su garganta firme por su dolor comprensivo.

—No es tan divertido estar conmigo alrededor. Debí haber enviado a Rachol contigo.

Ella se puso rígida por la forma simple en la que el declaró ese hecho como si no le molestara en lo más mínimo.

—¿Las personas siempre se comportan de esa manera a tu alrededor?

Nykyrian se encogió de hombros como si fuera simplemente una ocurrencia normal que merecía ser pasada por alto.

—Hubieras visto las reacciones cuando llevaba puesto el uniforme de la Liga.

Kiara miró fijamente la acera mientras él llamaba a otro transporte.

—¿Los Andariones reaccionan de la misma manera ante ti?

Él se ahogó.

Kiara estaba muda del asombro de que su pregunta le hubiera causado esa reacción tan poco natural de su carácter.

—Pienso que eso significa que no.

Nykyrian tomó una respiración profunda y la enfrentó.

—Los humanos me temen porque piensan que me los voy a comer en un minuto, los Andariones me ven como un lastimoso y debilucho *giakon*.

—Como si supiera lo que eso significa —dijo ella amargamente.

—Un cobarde castrado.

Su boca formó una pequeña O. Su pelo ondeó por la brisa súbita cuando un transporte se detuvo en la acera. Entrando al vehículo, pensó en sus palabras.

Deprimida, se apoyó en el frío asiento. Obviamente por eso era tan reservado con las personas. Estaba en medio de todo el odio y el miedo de ambas razas.

—¿Alguien te ha atacado por tu sangre mixta?

—Puedes deducir eso sin mi ayuda.

Ella suspiró por su tono bajo y sin emociones.

—¿Por qué las personas son tan estúpidas? —preguntó ella retóricamente.

Su voz la sorprendió.

—Temen por su propia vida. Soy el recordatorio de que los humanos y los Andariones son dos especies separadas, pero derivadas del mismo maquillaje genético. Desgraciadamente ninguna raza quiere admitir cualquier posibilidad de ser como la otra. Deje de culparlos hace años por eso. Lo único que intento es no mezclarme con ellos. Es más fácil vivir así.

La frialdad la consumió cuando pensó como habría sido crecer como una anatema para todos.

—¿Qué hay de tus padres? —le preguntó—. ¿Cómo se las arreglaron?

Él tomó una respiración profunda.

—Mi madre me abandonó cuando tenía cinco años.

—¿Y el comandante?

—Él me adoptó.

Kiara sonrió. Recordó al padre de Nykyrian vagamente de unos de los viajes políticos que había hecho a Gouran cuando era una niña.

—Debió de haberte querido mucho.

—No creas en eso.

Esa vez, no había ninguna equivocación en la emoción de su voz. Era odio, frío y simple. Kiara tembló, intentando recordar como era Huwin, pero todo lo que pudo revocar fue la imagen de un hombre amable que le dio golpecitos en la cabeza mientras hablaba con su padre.

Quiso extender la mano y aliviar el dolor de Nykyrian. Kiara no podía imaginar lo que debió haber sido para él. Sus padres habrían apartado a quien se atreviera a mirarla de la manera como lo hicieron con Nykyrian. No podía creer que una madre abandonara a su hijo por ninguna razón.

Kiara se quedó en silencio por el resto del camino a casa con su mente ponderando las lecciones que había aprendido durante el día.

* * * * *

Cuando regresaron a su apartamento, Rachol estaba mirando la televisión acostado en el sofá con el placer grabado en su rostro.

—Eso no tomó mucho tiempo. Nunca he conocido a una mujer que no tome al menos un día para ir a comprar algo.

—No puedo imaginarme por qué el viaje fue tan corto —dijo Nykyrian en una voz sarcástica que hizo que Kiara lo mirara por segunda vez.

Rachol sonrió, mientras apagaba el televisor y se sentaba.

—Debes tratar de sonreír. Pienso que eso podría quitarles el filo a las personas.

Nykyrian se quitó su larga chaqueta negra y la colocó encima de una silla.

—Realmente ellos temen que los intente morder. Una vez que muestro mis dientes, tiemblan de miedo. Incluso he visto algunos que pierden el control de sus funciones corporales.

Rachol sonrió incluso más duro.

Kiara no lo encontró divertido en lo más mínimo. Recogió su bolsa de la silla y se dirigió a un armario para conseguir papel de envoltura y cinta.

—¿Quieres que te releve esta noche?

Kiara se detuvo ante la pregunta de Rachol. Mordiéndose el labio, miró a Nykyrian.

Él continuaba enfrentando a Rachol.

—No —le dijo para su alivio inmediato—. Pienso que puedo encargarme de todo. Sabes que duermo muy poco.

Rachol resopló y miró a Kiara.

—Si sales mientras él está durmiendo, no lo toques o hagas cualquier movimiento súbito. Es reconocido por morder.

Kiara sacó la cinta de la cima del estante.

—Tendré cuidado —dijo ausentemente.

Rachol alzó una ceja inquisidora.

—¿No te da miedo?

Kiara se encogió de hombros y tiró los suministros para empacar el regalo en el suelo.

—Soy la hija de un soldado. Si te atreves a perturbar el sueño de papá te apuntará con una pistola en la cabeza.

Rachol le sonrió inteligentemente a Nykyrian.

—Y yo que pensaba que eras simplemente tu y tus costumbres.

Nykyrian se encogió de hombros y se sentó en la otra silla enfrente del sofá.

—Te he dicho que no pienses. Simplemente es un desperdicio de tiempo.

Kiara lo miró sorprendida por el comentario hiriente. Había un levantamiento diminuto en las esquinas de la boca de Nykyrian que parecía ser una sonrisa. Miró a Rachol quien no se tomó las palabras a pecho.

—Bueno, supongo que debo irme. Tengo que rastrear a un psicópata. —Rachol dudó un momento antes de lanzarle una mirada tímida a Nykyrian—. ¿Todavía tenemos planes para mañana?

—No podemos. Todos estamos ocupados mañana.

Rachol se rascó la cabeza.

—¿Entonces cuándo vamos a hacerlo?

Kiara frunció los labios, deseando saber de que estaban hablando.

—Hauk estará libre el próximo día. Él puede cuidar a Kiara.

Rachol asintió.

—Haré que Hauk regrese rápidamente —le dio una sonrisa alentadora a Kiara—. Ustedes dos tengan cuidado y no permitan que el *diras* los atrape.

Kiara esperó hasta que Rachol se marchara para preguntarle a Nykyrian.

—¿Por qué tienes que salir?

—Tengo cosas pendientes.

Kiara desenrolló el papel de envolver y cortó un cuadrado lo suficientemente grande para la caja.

—¿Por qué no dejas a Darling conmigo en vez de Hauk?

Él giró la cabeza súbitamente hacia ella. Vio como su respiración se intensificaba como si su pregunta lo ultrajara. Demasiado tarde comprendió su error.

—No es porque sea Andarion —le dijo suavemente mientras envolvía el papel alrededor de la caja—. Incluso tú debes admitir que Hauk no es la persona que uno desearía tener alrededor.

Nykyrian se relajó.

—Supongo que no —dijo con un suspiro—. Darling tiene sus propios asuntos que resolver. A Hauk solo le gusta intimidar a las personas. Permanece firme y se echará para atrás.

—O me tendrá cocinada en bistec cuando regreses.

—Siempre cabe esa posibilidad.

Con una mueca, Kiara haló la cinta y está chilló estridentemente.

* * * * *

Las horas pasaron rápidamente mientras Nykyrian trabajaba y Kiara intentaba encontrar alguna cosa en que ocupar su tiempo. Renuentemente, Kiara llamó a la compañía de baile para informarles de su retiro temporal del Show.

Acostada en la cama, escuchaba el sonido de las teclas de la computadora mientras Nykyrian trabajaba en algo que parecía ocupar todo su tiempo. Si tan solo pudiera sacarlo de su mente tan fácilmente como él lo hacía.

Después de un rato, se levantó y fue al estudio para practicar. No iba a presentarse durante las próximas semanas pero no podía permitirse el lujo de que sus músculos se pusieran rígidos.

A pesar de los esfuerzos de Nykyrian por concentrarse en el papel, el sonido de la música de baile de Kiara lo sacó de su capullo igual que Tyna había atraído a Brilar a su fallecimiento prematuro. Sin un esfuerzo conciente, se encontró caminando hacia el pasillo del estudio.

Su respiración se detuvo cuando la vio en toda su gloria, girando con elegancia en el cuarto. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Que no daría por tener el derecho de quitar de su elástico cuerpo ese traje de ejercicios apretado y hacerle el amor durante toda la noche. Apretó la madera del marco de la puerta hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

Kiara se giró cuando vislumbró una súbita llamarada plateada. Casi se tropezó cuando se dio cuenta que Nykyrian estaba mirándola.

—Lo siento —le dijo, mientras tomaba respiraciones profundas y tranquilizantes, insegura de lo que la hacía jadear más, si era el ejercicio o el obvio interés que él demostraba—. No sabía que estabas aquí.

Dicho eso fue a apagar el reproductor.

—No te detengas —le dijo él, con una nota extraña que no pudo comprender.

Kiara permitió que la siguiente canción empezara. Caminó hacia él empujando en sus dedos de los pies. Pensando que podía sorprenderlo con su pirueta, pero gimió cuando su pie se resbaló bajo su peso.

Nykyrian la atrapó antes de que cayera. El impacto súbito de los músculos fuertes que la rodeaban, le robó la respiración.

—¿Estás bien?

Ella sonrió por su preocupación y el tono caluroso de su voz.

—Es mi pie. Pienso que pude habérmelo lastimado.

Él la puso en el suelo. Kiara deseó poder pensar en alguna manera de mantener sus brazos alrededor de ella, pero su calor la abandonó dejándola anhelante.

Con movimientos ágiles, desató su zapato y lo tiró a cualquier parte. Un siseo escapó de sus labios. Sus ojos se ensancharon ante su despliegue emocional.

—Dios mío, ¿Qué le pasó a tu pie?

Kiara meneó sus dedos del pie y miró hacia abajo al miembro que esperaba ver roto o hinchado. En cambio, se veía bastante normal.

—No tiene nada raro.

Nykyrian rozó con sus dedos a su pie como si sostuviera a una reliquia santa. Los escalofríos se arrastraron desde su pierna a pesar de la ardorosa sensación que sentía donde sus manos la tocaban.

—Tienes más ampollas en el pie que las cicatrices que tengo... —su voz se apagó.

Kiara soltó una risita.

—Es un riesgo de *mi* trabajo —le contestó—. Estoy acostumbrada. Sólo me duelen cuando sangran.

Su asimiento se apretó.

—No deberías hacerte esto a ti misma. Estoy seguro que te duele como el infierno.

Kiara estudió su rostro que estaba a medio lado de ella mientras examinaba su pie.

—¿Por qué te preocupa lo que yo sienta? —le preguntó, asumiendo que le gustaba utilizar esas mismas palabras en su contra.

El la miró.

—No lo se, solo me importa.

El calor inundó su cuerpo. Kiara se inclinó para besarlo. En un momento creyó que tendría éxito pero entonces, él se apartó y le soltó el pie.

—Debes dejar que esas ampollas sanen en unos días. Al ritmo que vas, terminarás lisiada cuando tengas treinta años.

Enfadada Kiara se desató el otro zapato.

—¿Por qué presiento que alguien te dijo esas mismas palabras? —le preguntó mientras se sacaba el zapato.

—En mi caso, no estaré lisiado, estaré muerto —le dijo y se marchó.

El miedo le carcomió el estómago cuando le miró la espalda. Sus palabras hastiadas la congelaron. Casi había parecido como si quisiera morir.

¿Y qué te importa? Le gritó su mente; eres una bailarina y él es un asesino, los dos no son compatibles. ¿Pero entonces por qué se sentía tan atraída por él? Suspirando por la falta de respuestas se levantó y fue a bañarse.

Nykyrian escuchó cuando ella encendió la ducha. Caminó hasta la puerta y apoyó la cabeza contra el marco, queriendo, deseando tener el valor de entrar en ese cuarto y sentir los brazos de ella envolviéndolo.

No, le gritó su mente. No necesitas eso. ¿Qué tipo de vida podrías ofrecerle? ¿Una bala en la espalda un día de estos cuando algún estúpido quisiera venganza? Había escogido permanecer solo. No había lugar en su vida para nadie.

Quería...

Nykyrian suspiró. Se negó a pensar en lo que quería. Sus necesidades eran insignificantes. Él tenía un trabajo que hacer y eso era exactamente lo que iba a hacer. Protegerla, nada más.

Se alejó de la puerta y regresó a la sala.

Después de unos minutos, Kiara salió y le dio las buenas noches. Una vez más, escuchó sus movimientos en el cuarto cuando se preparaba para dormir. Tembló de deseo.

Con una maldición, se quitó las botas. En una venganza mórbida se recordó quien era verificando las cuchillas retráctiles que tenía escondidas en las botas. El acero frío se disparó hacia fuera y brilló con la luz. Tocó las hojas sintiendo el filo de la navaja contra su piel. Ser asesino era el único destino que tenía.

Satisfecho de poder controlar lo que sentía por Kiara, empujó las cuchillas hacia su compartimiento oculto y acomodó las botas en el suelo al lado de la cama. Con un suspiro, puso las gafas sobre la mesa. Sus ojos se bañaron en luz y se los frotó ante el dolor súbito que sintió.

Escuchó la cama de Kiara rechinando bajo su peso. Un nudo de anhelo cerró su garganta. Apretó los dientes por la frustración. Se quitó la camisa y se acostó en el colchón para dormirse. Kiara se movió otra vez. Su cuerpo continuó latiendo por el deseo, a pesar de todos los argumentos que se repetía constantemente del por qué no podía estar al lado de ella.

Después de permanecer allí durante varios minutos, incapaz de ponerse cómodo, se rindió ante la resequedad de su garganta. Por lo menos esa era una necesidad que podía apagar. Se encaminó a la cocina. Se sirvió un vaso de jugo de *spara* del refrigerador.

La puerta de Kiara se abrió.

Nykyrian se congeló. Miró hacia la mesa de la sala y se dio cuenta demasiado tarde que no podía alcanzar sus gafas antes de que ella pudiera verlo. No teniendo ninguna opción, apretó firmemente el vaso.

Kiara bostezaba mientras se dirigía al vestíbulo, asegurándose de que la bata estuviera cerrada. Se detuvo cuando llegó a la puerta de la cocina al ver la espalda desnuda de Nykyrian.

Blancas cicatrices profundas atravesaban su morena y musculosa piel, eran tantas que no las podía contar. Su corazón se encogió por esa visión. ¿Cuánto dolor había soportado? ¿Todas eran heridas de guerra?

Atravesó el cuarto, sintiendo ganas de tocarlo para aliviar esa piel arrugada por las cicatrices. Extendió la mano pero se detuvo antes de alcanzarlo. Él no apreciaría ese gesto y ya estaba lo suficientemente grande como para que alguien lo consolara.

—Tenía sed —le susurró ella, como si intentara disculparse.

Sin decirle una palabra, Nykyrian le pasó un vaso encima de su hombro.

Mientras Kiara se servía el jugo, comprendió que él no llevaba puestas las gafas. Se sorprendió por ese hecho y olvidó lo que estaba haciendo. El jugo se desbordó de

su vaso, le empapó la manga de su bata y le salpicó sus piernas y sus pies. Sorprendida, puso el vaso sobre el mesón de la cocina y buscó una toalla.

—Yo lo limpiaré —le gruñó él.

La mano de Kiara temblaba mientras ponía la toalla en el mesón. Intentó verle su rostro pero él la esquivó.

Entendió su indirecta y a pesar de su enorme curiosidad, tomó el jugo y se marchó.

Kiara corrió a su cuarto sintiendo emociones que no podía nombrar y sin estar segura de conocer su significado.

Nykyrian limpió el jugo pegajoso con sus pensamientos y emociones revueltas. Deseó poder confiar en Kiara. Pero la experiencia le había enseñado que no se podía confiar en nadie.

Rastrearía a sus asesinos pronto y la regresaría a su padre. Con Bredeh y Pitala fuera de acción, nadie más se atrevería a aceptar el contrato por su vida sabiendo que el OMG la estaba protegiendo. Entonces sería libre de volver a su vida. Solo.

Un dolor lo recorrió, peor que cualquier dolor físico que hubiera experimentado alguna vez. Apretó los dientes y juró encontrar pronto a Bredeh y a Pitala.



Capítulo 5

Kiara caminaba de un lado a otro en su habitación, completamente desesperada ¡Y todavía no era mediodía! ¿Qué se supone que debía hacer? ¿Quedarse los próximos días, semanas, meses abriendo un hoyo en su alfombra mientras esperaba que el Probekeins le revocara la orden a sus perros?

—¡Quisiera enfrentarlo! —gritó—. ¡Esto es abusar demasiado de una persona!

No había nada que ver en televisión, sus amigos estaban trabajando o estaban ocupados, estaba cansada de escuchar música y Nykyrian la ignoraba ¿Qué más podía hacer?

¡Incluso a los prisioneros se les trataba bien! Por lo menos se les asignaban trabajos para que sus días pasaran más rápido. Este tipo de restricción nunca la había padecido en casa de su padre. Y francamente, apenas podía estar de pie sin hacer nada.

Enfadada, fue a buscar a Nykyrian para desahogarse de su frustración. Y como lo esperaba, estaba sentado en el sofá, martilleando las teclas de su Terminal para armonizar perfectamente su aislamiento. Quiso aventarle algo.

—¡Estoy cansada!

Nykyrian dejó de teclear y la miró sobre la pantalla sin inmutarse.

Si no tuviera puesta sus gafas, apostaría que le estaba levantando una ceja.

—Ayer te dije que no puedo quedarme aquí sin hacer nada. Estoy aburrida.

Nykyrian volvió su vista a la pantalla.

—Mientras permaneces ahí con las manos en las caderas, porque no dejas de hacer pataletas y de poner mala cara como una niña pequeña.

Kiara estrechó los ojos y dejó caer los brazos a los lados. Sus palabras la enfurecieron.

—¡Yo no pongo mala cara!

El resoplido que le contestó la hizo desear estrellarle algo contra la cabeza. Ofendida por su encierro y su vida en general, Kiara se sentó rígidamente en una silla.

—¿Acaso no podemos hacer algo? Si permanezco aquí más tiempo, voy a *enloquecer*.

Él suspiró y cerró su computadora.

—¿Qué querrá hacer *mu Tara*, ir de compras de nuevo?

A pesar de su voz inexpresiva, entendió su sarcasmo.

—No necesariamente.

—¿Entonces que?

Kiara pensó durante un minuto. Tenía que ser algo donde no pusieran en peligro sus vidas y donde las personas no le prestaran atención a su guardia.

—¡La fiesta de Tiyana!

Kiara sonrió, recordando el motivo por el que habían ido de compras ayer.

—La fiesta de cumpleaños de mi mejor amiga es esta tarde. ¡Podemos ir allí!

—¿Una fiesta de cumpleaños?

El miedo era obvio en su voz. Kiara lo miró fijamente, preguntándose por qué una ocasión como esa podría causar una respuesta emocional de su parte.

—¿Bien, y por qué no? Es en un edificio residencial, las únicas personas invitadas son amigos y socios del trabajo. Tiyana me dijo que era una reunión pequeña.

Él gruñó.

Kiara le regaló la sonrisa que siempre doblegaba la voluntad de su padre.

—¿Por favor?

Nykyrian gruñó de nuevo y por un momento, Kiara pensó que se negaría.

—Si eso evita que *enloquezcas*, está bien. Pero —le dijo interrumpiendo su sonrisa—, solo vamos a quedarnos una hora. Ni un minuto más.

Kiara frunció los labios.

—Bueno eso es mejor que quedarnos aquí todo el día —le dijo con un suspiro. Levantándose de la silla, vio como él regresaba a su trabajo—. Es a las cuatro y media.

Esa vez, ni siquiera se molestó en gruñirle, solo la ignoró.

Suspirando cansada, Kiara fue a su cuarto donde decidió que pasaría el resto de su tiempo leyendo.

* * * * *

Kiara aplanó su vestido con las manos, revisando dos veces que luciera elegante para la fiesta. Tiyana le había advertido que un grupo de promotores asistiría y un promotor desilusionado podría hacerle un daño a su carrera similar a la muerte. En el negocio de la danza, la imagen lo era todo. Abriendo la puerta de su cuarto, salió a encontrarse con su guarda malhumorado.

Una vez más, Rachol estaba sitiando la casa como él decía tan irónicamente. Ese esfuerzo le parecía una pérdida de tiempo. No entendía porque necesitaban que alguien se quedara en la casa todo el tiempo. Pero no tenía deseos de discutir, por fin iba a poder salir del confinamiento de esas cuatro paredes.

Ambos estaban absortos mirando la computadora. Hablaban en ese idioma extraño, y como cosa rara, la ignoraban.

Kiara tomó una respiración profunda. Era la primera vez que se sentía tan ignorada y encontró que la experiencia era horrible y un poco humillante. ¿Qué tenía que hacer, atravesar la casa desnuda para que le prestaran atención?

—¿Perdónenme? —dijo.

Ambos la miraron simultáneamente.

—Vamos a llegar tarde.

Nykyrian se levantó de la mesa.

—Empieza con eso —le dijo a Rachol.

Rachol asintió y le lanzó una sonrisa seductora a ella cuando la miró fijamente.

Sin decir otra palabra, Kiara tomó el regalo de Tiyana de la mesa de la cocina y caminó hacia la puerta. Nykyrian se le adelantó y le abrió la puerta.

—No tardaremos mucho tiempo —le dijo él a Rachol.

Kiara se contuvo de no hacerle un comentario hiriente. Se prometió que iba a disfrutar de la fiesta de cualquier manera.

La casa de Tiyana estaba simplemente a dos calles. Kiara y Tiyana habían sido compañeras de clase y las mejores amigas, habían estudiado juntas en varias academias y como adultas bailaban para la misma compañía. Cuando Kiara comenzó a buscar un lugar para vivir, Tiyana insistió que encontrara un lugar cerca para que pudieran continuar con sus largas sesiones de cotilleos y succulentas comidas toda la noche.

Prefiriendo ignorar a Nykyrian y a su último estado de mal humor, Kiara tocó el timbre. Después de un breve momento, Tiyana abrió la puerta e hizo un gesto de alegría con su hermoso rostro cuando reconoció a Kiara.

—¡Encanto! —exclamó, abrazando a Kiara ferozmente—. Estaba preocupada de que no pudieras venir.

Kiara sonrió, liberándose del abrazo antes de que Tiyana le rompiera las costillas y miró el verde luminoso de sus ojos. Ella era todo lo que siempre había querido ser: alta, rubia, voluptuosa, vistosa, sofisticada, sin mencionar que era fuerte.

—¿Cómo podría perdérmelo? —le dijo Kiara alegremente—. Todos los días no se cumplen veintiséis.

Tiyana se estremeció y se puso un dedo en los labios perfectamente maquillados.

—No digas eso tan fuerte —le susurró, arrojando un rizo rubio encima de su hombro—. Le he dicho a todos los promotores que tengo veintidós años. Si alguna

vez averiguan lo cerca que estoy de los treinta, yo estoy... —sostuvo su mano contra la cabeza como si fuera una pistola y simuló que apretaba el gatillo.

Kiara se rió del gesto.

—¡Hazme el mismo favor y lo haremos juntas!

—¡Hecho! —dijo Tiyana, abrazándola nuevamente.

Kiara sintió cuando Tiyana se puso rígida.

—¿Quién es tu cita? —susurró.

Kiara se apartó de Tiyana y miró fijamente a Nykyrian.

—Él no es mi cita, es mi guardaespaldas.

Los ojos de Tiyana se ensancharon.

—Tu padre debió haber usado uno de sus viejos trucos.

Kiara asintió.

Tiyana le lanzó una sonrisa deslumbrante a Nykyrian, pero él ni siquiera le prestó la más mínima atención. Kiara se sintió satisfecha de que fuera inmune también a los encantos de Tiyana.

Un ceño de desilusión trastocó la cara de Tiyana y desapareció rápidamente. Se giró y miró a Kiara.

—Bueno no puedo culpar a tu padre por ponerse neurótico después de la manera en que esos tipos irrumpieron en tu cuarto de hotel y esa noche en el teatro. —Tiyana agitó la cabeza.

—¡Suficiente! —dijo Tiyana interrumpiéndose, y arrastrando a Kiara dentro de la casa por la mano—. Adelante. —Tiyana cerró la puerta detrás de Nykyrian—. Creo que ya conoces a todos aquí, si no es así, hazme una señal y te presentaré.

Tiyana se acercó a Kiara y le susurró en la oreja.

—Te advierto que Paulus está aquí y está borracho.

Kiara puso los ojos en blanco. Paulus era la pesadilla de todas las bailarinas. Su padre había hecho fortuna con una compañía de medios antes de volverse patrocinador de arte y por eso, Paulus creía que tenía el privilegio de dormir con cualquier bailarina que pudiera imaginar. Kiara se encogió de asco.

Siempre había podido evitarlo en el pasado, por ahora había mantenido sus manos alejadas de su cuerpo.

Con una sonrisa final, un abrazo rápido y tomando su último regalo, Tiyana se apartó y se introdujo en la muchedumbre.

Kiara inspeccionó la gran reunión buscando a personas conocidas. Al contrario de las palabras de Tiyana de que había invitado solo a unos “Pocos” amigos y socios.

Parecía como si en el lugar estuvieran todas las personas con las cuales Tiyana había hablado alguna vez.

Kiara miró hacia atrás a Nykyrian.

—¿Cómo solucionaremos esto? —preguntó ella.

En lugar de mirarla, él examinó a la muchedumbre.

—Voy a cubrirte como si fuera un buitre. —Kiara notó la irritación de su voz y se preguntó que lo perturbaba más, el hecho de que ella lo hubiera traído a esa reunión, o porque allí habían demasiadas personas—. Simplemente, no te apartes de mi vista.

Kiara sonrió con afectación.

—Eso suena como si me estuvieras cubriendo.

Él no le respondió.

Bien, pensó Kiara, dirigiéndose hacia la mesa de refrescos. El es un asesino experimentado, puede defenderse solo.

—¡Kiara Biardi!

Kiara buscó a su alrededor hasta encontrarse con la cara de Elfa Dicutá, su suplente.

—Hola Elfie, ¿Cómo estás?

Elfa le regaló una de esas sonrisas falsas muy famosas.

—Muy bien. No puedo expresarte lo afligida que estoy porque hayas tenido que abandonar el show. Me siento terrible por eso.

—Apuesto a que sí. ¿Cómo les está yendo con el show?

Esta vez, Kiara sospechó que la sonrisa podría ser real.

—Genial. —Los ojos de Elfa se dirigieron hacia donde Nykyrian estaba apoyado contra una pared—. ¿Dime que no viniste con ese Andarion?

Kiara tomó una copa de ponche, queriendo echárselo encima a la rubia pequeña.

—Sí, lo hice.

Una mirada intrigada cruzó la cara de Elfa.

—A los promotores no les gustaría escuchar eso. —Kiara escuchó una nota de esperanza bajo el tono de la muchacha—. ¿Has estado saliendo con él hace mucho tiempo?

Apretando fuertemente la copa, Kiara tragó un poco de ponche.

—No estoy saliendo con él. Solo es mi guardaespaldas.

—¡Bien dulzura, el puede proteger mi cuerpo cuando quiera!

Kiara se dio la vuelta al escuchar esa voz en su oído.

—¡Shera! —dijo ella, aliviada por encontrar otra cara amistosa en medio de esas aguas infestadas de tiburones.

Shera la abrazó rápidamente.

—No me arrugues la ropa —dijo Shera, apartándola—. Algunos de nosotros tenemos que luchar por tener buena apariencia ¿No es cierto Elfie?

Elfa resopló hasta el punto que Kiara sospechó que podía estallar. Estrechando los ojos, las dejó sin ni siquiera decirles “Discúlpennme”.

Kiara sonrió con Shera, su diseñadora favorita. Shera siempre era buena para mantener apartada la depresión y las preocupaciones.

—Estoy feliz de que estés aquí —dijo ella, apretando la mano de Shera.

—¿Acaso tenía alguna opción? —preguntó Shera, gesticulando dramáticamente como una diva—. Tiyana amenazó con quitarme la vida si yo me perdía de esto. —Poniéndose seria, apartó a Kiara del grupo más cercano de personas—. ¿Es verdaderamente tu guardaespaldas ese hermoso hombre?

Kiara asintió.

La sonrisa de Shera era amplia y hambrienta.

—¡Si yo fuera su novia, ya estaría en casa bailando la danza de la sábana con ese muchacho!

Kiara sonrió, mirando hacia donde estaba Nykyrian, quien permanecía quieto, aparentemente evadiendo a las personas que estaban a su alrededor, sabiendo que ellos lo miraban intensamente.

—Me temo que el no está interesado.

Shera sonrió, su cara era una máscara de comedia.

—¡Entonces, encontraría la manera de interesarlo!

Kiara sacudió la cabeza, agradecida por poder sonreír tanto de nuevo.

—Eres incorregible.

Shera se encogió de hombros de manera indiferente.

—¡Siempre he dicho que la incorregibilidad es buena para el alma, pero el sexo es infinitamente mejor!

Kiara puso los ojos en blanco.

—En serio lo pienso —dijo Shera, mirando hacia donde Elfa había desaparecido—. Quiero advertirte sobre tu suplente.

Las risas de Kiara murieron.

—¿Qué? —preguntó ella, con temor creciente.

La pequeña dos caras hizo una presentación fantástica anoche y desde entonces es para los promotores y directores la principal bailarina, a diferencia de otra que yo conozco.

—¡La mataré! —Kiara dejó la copa sobre la mesa y empezó a caminar hacia Elfa.

Shera le agarró el brazo.

—Ahora no —le dijo en la oreja a Kiara—. Hay demasiados promotores aquí. Si empiezas una discusión, ella les dirá que eres demasiado temperamental y que es imposible trabajar contigo.

Kiara apretó los puños a los lados, queriendo arrancar a pedazos cada mechón rubio de la cabeza de Elfa.

Shera le dio palmaditas en el brazo.

—Lo mejor que puedes hacer para vencerla es regresar cuanto antes al Show. Te juro, que su presentación no es tan buena como la que tu haces. —La risa de Shera regresó—. Además piensa en esto, ¡tuve que aumentar el tamaño de tu traje dos veces para poder acomodar su exceso de grasa!

A pesar de su furia Kiara sonrió.

—¿Realmente lo hiciste?

Shera asintió.

—Y el rojo no es el color apropiado para esa muchacha.

* * * * *

Kiara tomó nuevamente su ponche de la mesa y permitió a regañadientes que Shera se marchara.

Mirando a Nykyrian quiso sonreírle, cuando recordó las palabras de Shera. El incluso era definitivamente el hombre más guapo de la fiesta, aunque esas gafas disimularan la mayor parte de su cara. Le gustaría practicar el baile de la sábana con él, si solo cooperara.

—Oh, aquí estás. Tiyana me informó que estabas aquí.

Kiara se encogió. No era Paulus, era incluso peor. Se trataba de Wicmon el promotor de su show, el hombre al cual ella no podía permitirse el lujo de insultar sin importar lo horrible que se comportara con ella.

—Hola —dijo ella, brindándole su sonrisa más resplandeciente.

Wicmon le tomó la mano y le puso un beso lodoso encima de los nudillos.

—Me decepcioné mucho cuando supe que abandonaste el show —dijo él, mirándola lujuriosamente—. Había esperado poder conocerte mejor.

Kiara intentó retirar la mano diplomáticamente, pero su asimiento se apretó. Admitió que el hombre era guapo, si apenas no mantuviera el frío en esa mirada interesada, detrás de sus ojos azul claros. En ese momento se sentía como un nomo acorralado. ¿Cómo podía evadirlo sin ofenderlo?

Preocupada, miró como Nykyrian se acercaba hacia ellos. Una sonrisa curvó sus labios cuando él se detuvo a su lado.

—Kiara, Tiwana está buscándote.

El enojo nubló los ojos de Wicmon por esa interrupción. El se dio la vuelta y luego retrocedió un paso.

Kiara se ahogó de la risa por su reacción. Sin ninguna duda, había asumido que Nykyrian era otro de los bailarines que el solía intimidar. Y como todos, todo lo que pudo hacer fue abrir la boca por la sorpresa.

—Si me perdonas, Wicmon —dijo ella, caminando al lado de Nykyrian, con el corazón latiéndole de alivio.

—Gracias —le susurró ella a Nykyrian, cuando se apartaron del campo auditivo de Wicmon—. ¿Cómo sabías que debías venir?

El se encogió de hombros.

—Lucías incómoda.

Con adoración en los ojos por su preocupación y sus acciones, ella lo miró fijamente. Anhelaba besarlo por su bondad.

—Te debo una.

Ahora, era él quien lucía incómodo. Sin decirle una palabra, para su más grande decepción él se apartó de ella. Kiara quiso estampar el pie por la frustración. ¿Cómo podía ser tan amable en un momento y luego ser tan hosco?

Seramente agraviada, caminó hacia el balcón. Al separarse de la muchedumbre, una mano áspera le agarró el codo. Kiara tuvo intenciones de gritar, pero pensó que seguramente era otro promotor.

—Sabía que nos encontraríamos de nuevo.

La sangre se le escurrió de la cara, mientras su corazón latía con fuerza. Pitaba. Dos pensamientos se dispararon al mismo tiempo a través de su mente. Uno era el miedo de que el la matara y el otro era el miedo de que viviría y ese episodio acabaría con su carrera.

Kiara sintió un pinchazo afilado en las costillas.

—Salga del vestíbulo, como si quisiera hablar conmigo. No haga ningún movimiento súbito, sino quiere que apriete el gatillo y disperse sus intestinos en el piso de su amiga.

Kiara asintió con el corazón alojado en su garganta. Ella buscaba a Nykyrian, pero parecía que hubiera desaparecido. ¿Qué tipo de protector era él? El sudor empapó su cuerpo mientras se movía para hacer lo que el sujeto le había dicho.

Rezó para que nadie se les acercara. Mirándolo indirectamente, notó que Pitala se había vestido con un traje caro y mantenía el cabello sujeto con una coleta. Para cualquier observador, el aparentaría ser un aristócrata o un promotor adinerado.

El miedo la estranguló mientras las lágrimas se agrupaban en sus ojos. Furiosamente, se mordió el labio para evitar gritar o pedir ayuda.

Kiara se acercó a la puerta. Gotas de sudor se resbalaban por sus sienes. Si cruzaba el umbral, sabía que Pitala la mataría. Si se quedaba dentro del piso de Tiyana, todos observarían su desenlace: los promotores, los directores, todos.

¿Su vida o su carrera? Se mordió el labio con indecisión. ¿Sin su carrera, qué tipo de vida llevaría? Con ese pensamiento final, abrió la puerta.

Pitala la empujó a través de ella, entonces cerró de golpe la puerta a sus espaldas. Kiara cayó al suelo. Su cuerpo se estremeció completamente, miró hacia arriba para ver a Pitala dándose la vuelta para enfrentarla y en ese momento se percató de la presencia de Nykyrian que se escondía a un lado de la puerta.

Él le quitó el blaster de la mano a Pitala y le puso su propio blaster en la barbilla al hombre.

—Solo voy a decirte esto una sola vez —dijo Nykyrian con voz letal—. Kiara está bajo protección del OMG. Si la hieres, la amenazas, o incluso la miras otra vez, vas a recibir una visita de Némesis. Una visita que lamentarás en mucho tiempo y que te costará olvidar.

Incluso Kiara se encogió por la amenaza.

Nykyrian curvó sus labios con un gruñido feroz.

—Encontrarás a tu compañero en el vestíbulo encerrado con llave en el armario de almacenamiento. Sácalo y márchense. Si valoras la posición actual de todas las partes de tu cuerpo, revocarás el contrato por la vida de Kiara, mañana mismo. —Él presionó el botón de su blaster—. ¿Entendido?

El sudor bañó a la cara de Pitala.

—Mi revocatoria se anunciará mañana. Te lo juro.

Nykyrian soltó el gatillo de su blaster.

—Bien —dijo él, mientras se apartaba de Pitala.

Kiara observó cuan veloz el asesino corrió para ir hacia el vestíbulo. Miró a su salvador, su respiración se puso difícil, su cabeza fue invadida por el pánico.

Nykyrian guardó su blaster, y le ofreció la mano. Ella la asió con manos temblorosas, mientras la ayudaba a levantarse del suelo.

—Siento no haberte ayudado con prontitud —dijo él suavemente—. Pero supuse que no querías que tus amigos se enteraran de lo que estaba pasando. —Antes de que pudiera marcharse y antes de poder detenerse envolvió sus brazos alrededor de él y abrochó su delgada cintura mientras el alivio recorría su cuerpo.

—La mayoría de ellos no son mis amigos —dijo ella, mientras comprendía una terrible verdad—. Ellos son dos caras, son perros desalmados que no son mucho mejores que Pitala.

Kiara apoyó la mejilla contra su pecho, y escuchó el sonido consolador de su corazón. Aunque su cuerpo estaba rígido, no hizo ningún movimiento para apartarla. Ella tembló, sabiendo que Nykyrian nunca permitiría que le hicieran daño. Estaba segura a su lado.

Nykyrian la sostuvo contra su cuerpo, disfrutando de la percepción de los brazos que lo rodeaban. En ese momento, era tan fácil olvidarse de su pasado, olvidarse de él mismo y quedarse con ella. Pero no podía. Lo sabía.

Sus brazos se aferraron alrededor de él y echó la cabeza hacia atrás. Inconscientemente, él se movió para besarla, pero se contuvo antes de cumplir su objetivo. Su respiración cayó contra sus labios y le tomó toda su fuerza de voluntad no completar lo que más deseaba hacer.

—Debemos ir a casa —dijo él, apartándose.

El calor hormigueó en las mejillas de Kiara. Abatida, asintió, intentando calmar el temblor de sus miembros.

¿Por qué se había molestado? Nykyrian no estaba interesado en ella en lo más mínimo. Si tuviera dignidad, se olvidaría de él y simplemente seguiría con su vida ignorándolo tan fácilmente como él lo hacía con ella.

—Bien —dijo ella, con la voz agitada por las lágrimas que estaba esforzándose por no derramar.

Sin decirle una palabra, la condujo hacia el vestíbulo, verificando a cada paso que Pitala no estuviera detrás de ellos. Kiara se sentía extrañamente torpe mientras lo seguía, como si sus pensamientos flotaran encima de la fiesta y el ataque.

Quizá estaba envejeciendo. Quizá era el miedo de lo que le había sucedido con Pitala, o lo que hubiera acontecido si todos los promotores los hubieran visto. Seguramente por eso no había disfrutado el día de hoy, porque los comentarios punzantes de Elfa la desgarraron mucho más que el año pasado cuando había

sucedido lo mismo. Kiara no podía recordar haber tenido un peor momento en su vida.

Se volvió para mirar a Nykyrian mientras la sacaba del edificio. Por lo menos ahora había un asesino menos detrás de ella. Con algo de suerte, Némesis podría intimidar al resto de sus perseguidores para que no la siguieran atacando, entonces podría regresar a su antigua vida. ¿Podría hacerlo?

Kiara se tragó el nudo de lágrimas. Solo estaba cansada. Si dormía un poco, todo volvería a estar bien. Estaría bien.

* * * * *

Sentada en su silla favorita, Kiara miraba a Nykyrian mientras este limpiaba su blaster, su mente aún estaba atontada por el ataque de Pitala.

La muerte se había convertido en una fascinación mórbida para ella, mientras observaba como Nykyrian apartaba cada parte de su arma, limpiado cada una de ellas cuidadosamente con un pedazo de tela blanca y una solución de olor penetrante.

Desde que Rachol se marchó, Nykyrian no había dicho ni una sola palabra, y tras dos horas de silencio absoluto, Kiara estaba a punto de enloquecer.

Mientras él cambiaba la batería, ella se recogió el cabello en la nuca.

—¿Por qué no mataste a Pitala? —le preguntó ella, con una voz tan silenciosa que parecía un grito después de toda esa quietud.

Él atornilló otra parte de su blaster.

—¿Preferirías que lo hubiera hecho?

Un escalofrío recorrió sus brazos.

—No —dijo ella, tratando de darse calor—. Solo me parece extraño que le hayas permitido escapar dos veces.

Nykyrian suspiró.

—Si matara a todos los que me incomodan, entonces todo el mundo me cazaría por asesino.

Kiara asintió comprendiendo lo que le quería decir.

—Sin duda yo estaría en la cima de tu lista de muertes.

La miró, pero su rostro no decía nada, era ilegible.

Ella observó como juntaba las partes del blaster, sus manos realizaban todo el procedimiento con facilidad. Era un ballet extraño, magnético.

—Cuándo decidiste desertar de la Liga, ¿Cómo lo hiciste? Solo les dijiste un no gracias ¿O algo así?

El le hizo una mueca, mientras cerraba de golpe una parte del agarre en su posición.

—¿Por qué quieres saberlo?

Ella se encogió de hombros, una imagen de los promotores atravesó su mente y le hizo ver como reaccionarían ellos si les dijera que fueran a asar sus partes, como había querido decirles muchas veces en el pasado.

—Solo es curiosidad. Todavía me debes cuatro respuestas.

—Tres —le corrigió él, antes de bajar el cañón de sus blaster.

Kiara le sonrió con tristeza.

—De acuerdo, tres. ¿Cómo te marchaste de la Liga?

Él puso su blaster sobre la mesa que había entre ellos. Se apoyó contra el sofá y la miró fijamente.

—Salí de las cámaras de asignaciones una tarde y nunca regresé.

Ella frunció el ceño. De algún modo sabía que no era fácil desertar de la Liga.

—¿Por qué?

—Querían que matara a un amigo.

La sorpresa la atravesó y repitió su pregunta.

—¿Por qué?

Él tragó con dificultad y parecía ausente.

—Por un falso cargo de traición que se le había imputado, y su gobierno quería que lo ejecutaran.

Kiara se mordió el labio, mientras consideraba sus palabras.

—¿Cómo sabías que era inocente? Si una corte lo encuentra culpable...

—Ninguna corte estaba envuelta —la interrumpió Nykyrian—. Por un buen pago, la Liga declararía culpable y ejecutaría a cualquiera.

Su garganta se apretó por el terror.

—Así que la Liga realmente no protege a nadie.

—Solo a los políticos millonarios.

Su estómago se anudó ante esa idea.

—¿Por qué nadie los detiene?

Nykyrian se encogió de hombros como si todo le pareciera aburrido.

— ¿Quién sabe?

Deslumbrada por ese conocimiento recién descubierto, Kiara se levantó de la silla y se dirigió a su cuarto. Hizo una pausa en el vestíbulo, volviendo la mirada hacia el sofá en el que estaba sentado.

— ¿Nykyrian?

Kiara esperó hasta que él la mirara a los ojos.

— ¿Cuándo desertaste de la Liga te sentiste bien?

Él parecía tan alejado y por un momento ella pensó que la iba a ignorar como siempre.

— Me sentí muy bien.

Ella asintió, mientras su corazón le latía fuertemente al momento de realizar la única pregunta que necesitaba hacerle.

— ¿Has pensado en morir?

El se pasó la mano por la mandíbula.

— ¿Y tú no?

Las lágrimas se deslizaron de sus ojos.

— Nunca había pensado en eso hasta ahora. — Sus lágrimas empaparon sus mejillas—. ¡Tengo tanto miedo de morir! — sollozó ella.

Cubriendo el temblor de sus labios con su mano, corrió por el vestíbulo hacia la seguridad de su habitación. Kiara se tiró en la cama, mientras los sollozos hacían erupción sobre su cuerpo. No quería morir, ni ahora, ni nunca. Tenía todavía tantas cosas que hacer, que experimentar.

De repente, sintió los brazos de Nykyrian a su alrededor mientras la colocaba en su regazo. Él se sentó al borde de la cama, sosteniéndola contra su cuerpo como si fuera una niña pequeña que había roto su juguete favorito. Ella apoyó la cabeza contra su hombro y sollozó con todo el dolor que sentía.

Nykyrian permaneció callado, confortándola, sosteniéndola, quitando el cabello de su mejilla y meciéndola suavemente entre sus brazos. Kiara nunca se había sentido tan protegida. No tuvo idea de cuanto tiempo lloró, pero cuando finalmente se apartó, la seda de su camisa se aferraba a su pecho en el lugar donde sus lágrimas se habían derramado.

— Lo siento — dijo ella, mientras se limpiaba la mejilla con el reverso de su mano.

Él extendió una mano y limpió la humedad de su rostro.

— ¿Te sientes mejor? — le preguntó él, con voz ronca.

Kiara asintió.

—Nunca lloro —susurró ella, mientras disfrutaba de la percepción de sus manos calurosas y fuertes que se movían sobre sus heladas mejillas.

—Es comprensible. No sueles tener a las personas sosteniendo blasters contra tu cabeza.

Ella se tragó las lágrimas, deseando nuevamente poder ver su cara y leer sus pensamientos.

—¿Lo sientes?

Él tomó una respiración profunda, y con su mano le puso un mechón de cabello detrás de la oreja. Kiara lo miró fijamente. En muchas maneras era un completo extraño, pero aún así se sentía como si fueran viejos amantes. Estaba ardiendo por él, deseosa de besar sus labios, pero sabía que si lo intentaba, él la empujaría lejos nuevamente y acabaría con ese momento de paz. Y no deseaba que acabara nunca.

—¿No tienes miedo de morir? —le preguntó ella, mientras temía ahogarse con la siguiente ola de lagrimas que amenazaban derramarse—. ¿No temes que algún día no puedas escapar cuando alguien te ponga un blaster en la cabeza?

Sus brazos se tensaron alrededor de ella. Por un momento, temió que se levantara y se marchara. Pero la respuesta que le dio, no era la que había esperado.

—Lo único que temo es que estoy envejeciendo.

—¿Y qué tiene de malo envejecer? —le preguntó ella, mientras deseaba tocar su mejilla.

—Nada —dijo él ásperamente—. A menos que lo hagas solo.

Su corazón se desgarró, y entonces para su desilusión, él se puso de pie. Luego se inclinó y tocó su mejilla como si estuviera tocando porcelana fina.

—Nadie va a hacerte daño. Por mi vida, juro que te protegeré —le dijo él y se marchó.

Él corazón de Kiara retumbó por la sinceridad audible detrás de sus palabras. Su mejilla le ardía por el recuerdo de sus dedos. Había tantas cosas que ella quería decirle, que preguntarle, pero no sabía como hacerlo.

Él era tan contradictorio. En un minuto la apartaba y la reprendía como si ella no pudiera ni siquiera tocarle la mano, pero en el siguiente la sostenía como si fuera un tesoro y la consolaba por sus lágrimas.

Kiara respiró temblorosamente, deseando tener el valor de quitarse la ropa y salir hacia la sala en donde Nykyrian dormía. Shera había hecho eso para conquistar a su último amante y le había dicho a Kiara que era una táctica muy infalible y que debía usarla cuando de verdad quisiera a alguien. Pero Kiara no podía hacerlo, era una cobarde.

Suspirando, inclinó la espalda en su cama, imaginando lo que sería tener a Nykyrian a su lado, haciéndole el amor y aliviando sus miedos toda la noche.

Esa idea aún estuvo en su mente, mientras se deslizaba finalmente en un sueño incierto.

Cuando Kiara despertó, Nykyrian ya se había marchado. Se había apresurado para ir a verlo antes de que se marchara, pero había llegado demasiado tarde. Hauk estaba sentado en el sofá, masticando lo que quedaba de sus friggles.

Dándole una sonrisa tímida y de decepción, se fue a vestir. Kiara se tomó su tiempo, deseando permanecer en la cama y dormir para protegerse de su tosco guardián Andarion. No tenía ningún deseo de pasarse el día bajo el brillo intenso de su mirada y de sus amenazas.

Cuando regresó a la sala, Hauk había colocado un plato de panecillos para ella.

—No son tan buenos como los de Nykyrian, pero no te matarán —dijo él ásperamente, como si el ser amistoso con ella le avergonzara.

—¿Acaso no me odiabas? —le preguntó ella, mientras tomaba uno de los panecillos.

Él se encogió de hombros y comenzó a pasar los canales de la televisión.

—Odio a todas las personas privilegiadas en general. Solo caes en esa categoría.

Ella tragó lo que había mordido de su panecillo.

—Me parece que Nykyrian no es alguien realmente pobre. Como hijo de un comandante respetado y adinerado, creo que él también entra en tu categoría.

Un sonido provocado por su garganta fue todo lo que le contestó.

Después de un momento, él le gruñó:

—¿Supongo que debes tener una mejor manera para pasar nuestro tiempo? No hay nada aquí lo suficientemente bueno como para pudrir mi cerebro.

Kiara sonrió, comprendiendo su mal humor demasiado bien.

—¿Qué otra cosa a parte de comer humanos y friggles te gusta hacer?

Hauk se puso de pie y sobrepasó su altura.

—Algo que no sea hablar.

Ella suspiró ante la hostilidad subyacente de sus palabras y le señaló el armario con su dedo pulgar.

—Tengo algunos juegos.

Sin decirle una palabra, él se dirigió al armario y empezó a buscar intensamente entre sus cosas. Emergió de allí con una sonrisa amplia, con los colmillos brillantes.

—¡Tareba! —exclamó él, mientras sacaba el juego de estrategia—. ¿Te importaría si juego un poco?

Kiara sonrió ante su escepticismo.

—Claro que no —dijo ella.

Estaba como un niño con un juguete nuevo mientras sacaba las partes y preparaba la tabla.

Una sonrisa curvó sus labios al notar su entusiasmo.

—¿A dónde se dirige Nykyrian? —le preguntó ella, mientras lo observaba.

El levantó la mirada de la caja con un ceño profundo.

—¿No le preguntaste?

—No tuve tiempo.

Su ceño se relajó.

—Fue a buscar información sobre las personas que te persiguen.

Ella se lamió los labios, mientras intentaba tener valor para hacerle la siguiente pregunta.

—¿Por qué Aksel Bredeh es tan importante para Nykyrian?

—¿Qué te importa? —le ladró él.

Kiara lo miró, sus mejillas se calentaban por el enojo ante su hostilidad injustificada.

—Ustedes los hombres, deben ser el grupo más defensivo del mundo. *Mia Kitana*, ¿Se puede al menos sacar una simple respuesta de alguno de ustedes?

Hauk rió desde las profundidades de su garganta, fue un sonido que estuvo lejos de confortarla.

—Tienes razón. Somos muy dados a la evasiva. Debes jugar a las *Preguntas* un día con ellos. Nunca he conocido a alguien que preguntara tanto como Nykyrian y Rachol.

Era mágica la manera en que su personalidad cambiaba de tosca a amistosa.

—Ni siquiera estoy seguro de lo que pasa entre Aksel y Nykyrian. Solo te digo, que no hay mucho que sepa de Nykyrian, de lo único que estoy seguro es del hecho de que él moriría por mí.

Ella frunció el ceño ante ese nuevo descubrimiento.

—¿Por qué dices eso?

—El ha recibido suficientes disparos para proteger a mi tosco trasero durante años.

Kiara lo miró, mientras terminaba de armar la escena del juego, pensando en sus palabras.

—¿Lo has visto alguna vez sonreír?

Hauk cerró la caja, con los ojos cuidadosamente abiertos.

—No.

Su respuesta le provocó un dolor en su pecho. Uso la siguiente táctica para obtener más secretos de Nykyrian de parte de él.

—¿Hace cuanto tiempo que lo conoces?

Hauk la miró fijamente.

—Desde que tenía nueve años.

Ella dejó caer su mandíbula por la sorpresa, su revelación la recorrió como un escalofrío.

—¿Y aún así nunca lo has visto sonreír?

Hauk se encogió de hombros.

—Él no sonríe. Infiernos, apenas habla. Era peor cuando era niño. Por lo menos ahora no se enfurece y chasquea cada vez que alguien le dice algo.

El corazón de Kiara se tambaleó ante esa idea. Nykyrian era una fascinación extraña para ella, por eso quería saber más sobre su pasado, quería saber todo sobre él.

—Entonces, has visto sus ojos —dijo ella, esperando averiguar lo que Nykyrian escondía.

Hauk permaneció perfectamente sentado, mirándola.

—Sí, lo he hecho.

—¿Y como lucen? ¿Igual a los tuyos?

—Si él quiere que lo sepas, se quitará sus lentes. Si fuera tú, no esperarías la llegada de ese día.

Kiara se sentó sobre sus talones, rechinando los dientes por la frustración. A ese ritmo, moriría de vejez antes de que cualquiera de esos labios avaros y apretados le diera cualquier información sobre su querido compañero.

Muy bien, solo tendría que buscar la manera de poder ver los ojos de Nykyrian. ¡Nunca podía resistirse ante un misterio y mucho menos dejarlo sin resolver!



Capítulo 6

Kiara y Hauk estaban mirando una comedia cuando Nykyrian regresó. Ella lo miró sonriente, pero él ni siquiera se molestó en mirar hacia su dirección. Defraudada, volvió su mirada hacia Hauk quien le respondió con un apologetico encogimiento de hombros antes de ponerse de pie.

—Bueno, supongo que es el momento de que esta niñera se evapore —dijo Hauk, asintiendo hacia Nykyrian—. Ten cuidado con su asado —dijo él, antes de marcharse.

Nykyrian la miró.

—¿De que estaba hablando? —preguntó él con aspereza.

Kiara se encogió de hombros.

—Me dijo que le había gustado. ¿Quieres probarlo? Deje un poco calentándose en la estufa. —Ella puso una almohada en su regazo y la ahuecó entre sus piernas.

—Yo lo buscaré —dijo él, atravesando su cuerpo por la puerta.

Estaba actuando de una forma extraña, incluso para él mismo. Kiara lo miró moviéndose despacio en la cocina, con un profundo ceño en su rostro. ¿Qué había pasado?

Pasaron varios minutos mientras ella esperaba que el se le uniera, pero se quedó en la cocina fuera de su vista. Preocupada y curiosa, fue a echarle un vistazo.

—¿Algo anda mal? —le preguntó Kiara.

Inmediatamente, él se enderezó y tomó su tenedor.

—Solo estoy cansado —dijo él, antes de morder un poco.

Kiara se sentó en frente de él. Encogiendo las piernas en la silla, sostuvo la barbilla sobre sus rodillas.

—Hauk y yo pasamos la tarde jugando —dijo ella, intentando sacarle algún tipo de conversación para apartar esa melancolía que parecía invadirlo—. ¿Has jugado alguna vez?

Él apretó el tenedor fuertemente.

—No.

Exasperada, ella lo miró fijamente.

—No tienes que ladrarme, solo estaba...

—Mira —la interrumpió Nykyrian, haciéndola saltar de sorpresa por su tono afilado—. No tengo humor para ser sociable. ¡Por qué no me dejas en paz!

Echando humo de la indignación, Kiara se puso de pies. Le dio una vuelta a la mesa y se quedó al lado de su silla.

—Sabes, estoy poniéndome muy enferma por este abuso. Si tenemos que estar juntos constantemente, lo menos que podrías hacer es ser un poco civilizado.

Nykyrian se levantó y la silla chirrió contra el piso de porcelana cuando la apartó con la pierna.

—¿Por qué continuas persiguiéndome si ya sabes que no tengo ningún interés en ti como mujer? ¿Eres incapaz de tener un hombre en tu casa sin acostarte con él?

Ella nunca había escuchado palabras tan hirientes en su vida. Antes de que pudiera pensar, lo abofeteó en la cara tan fuertemente como pudo.

Él ni siquiera retrocedió. Apenas se quedó allí, inmóvil. Ella ni siquiera notó el levantamiento y la caída de su pecho. Kiara se horrorizó por lo que había hecho. Su palma le ardía por el golpe. Nunca en la vida había golpeado a nadie por nada.

—Perdóname —jadeó ella, ahuecando su cara entre sus manos.

El apartó las manos de su rostro.

—No me toques —gruñó él, con una voz baja y feroz.

Ella abrió la boca para hablar, pero un golpe seco en la puerta la obligó a guardar silencio. Nykyrian fue a abrir la puerta.

Kiara se quedó de pie en la cocina, agarrando el mesón mientras una multitud de emociones le desgarraban su interior. ¿Qué la había impulsado a hacer tal cosa? Su insulto invadió sus orejas, recordándole que su acción estaba plenamente justificada. ¿O no?

Con un nudo en la garganta, se movió hacia el cuarto de enfrente para ver quien estaba allí y lo que estaba pasando. Se dirigió al vestíbulo, y observó como Rachol le desabotonaba y le levantaba la camisa de la espalda a Nykyrian.

Su frente se arrugó con ternura al ver la forma en la que sus manos se movían sobre el cuerpo de Nykyrian. Él no protestó en lo más mínimo. En lugar de chasquearle a Rachol, solo lo miró.

Rachol maldijo antes de alejarse. Kiara se paralizó cuando comprendió por qué las manos de Rachol estaban cubiertas de sangre.

—¿Cómo te abriste nuevamente esa maldita cosa? —le ladró a Nykyrian.

Kiara dio un paso al frente, queriendo ayudar, mientras su estómago se retorció al ver la herida.

Al verla moverse, Nykyrian la enfrentó:

—Vete —le gruñó, mostrándole los dientes.

Tragándose su miedo ante su reacción, ella corrió por el vestíbulo hacia su cuarto, con las lágrimas derramándose sobre su rostro.

* * * * *

—Eso no era necesario —dijo Rachol, mientras empujaba a Nykyrian hacia el sofá.

Nykyrian no le dijo nada. Le tomaba toda su concentración el permanecer consciente por el latido y la agonía ardiente que sentía en su costado. Respirar estaba siendo más difícil con cada segundo que pasaba.

Se tensó cuando Rachol le tocó un nervio, pero no dijo nada. Pensó en lo que le había dicho a Kiara y deseo poder darle vuelta a eso. Pero en ese momento se arrepintió también de muchas cosas.

Podía usar el dolor como excusa, pero solo sería eso: una excusa. Nykyrian apretó los dientes ante su estupidez. ¿Y que le importaba?

—Voy a darte un poco de Synethol —dijo Rachol al ponerse de pie—. Se que lo odias, pero te ayudará mucho más rápido a sanar y en este momento no puedo permitirme el lujo de atenderte una herida.

Nykyrian asintió, sabiendo que Rachol tenía razón.

Fatigado, miró a Rachol limpiando la sangre de sus manos y buscó intensamente entre sus cosas hasta que encontró un inyector.

Rachol echó la manga de su camisa hacia atrás. Al exponer el codo de Nykyrian, puso el inyector sobre su piel.

—Me quedaré esta noche aquí. Solo espero que Kiara tenga un saco de dormir. —Dicho esto, apretó el émbolo.

La aguja penetró al brazo de Nykyrian y el espeso jarabe atravesó su piel con una dolorosa lentitud. Se quitó los lentes y se los dio a Rachol.

—Dile que siento mucho lo que le dije —susurró, antes de que el efecto de la droga le nublara la visión.

Rachol le frunció el ceño a Nykyrian. Era la primera vez que Kip se había disculpado por algo ante alguien. ¿Qué había interrumpido?

Luego de colocar al inyector de regreso a su empaque, le rehizo la venda a Nykyrian. Una mancha roja ya estaba traspasando la tela blanca. Maldijo. La pequeña bailarina le había costado casi la vida a Nykyrian y por eso deseaba desgarrarla a pedazos.

Kip era la única familia que tenía en la vida y por Dios, que no iba a quedarse tranquilo viendo como el único amigo/familiar que había tenido alguna vez moría por causa de una *harita*.

Con pasos largos y enfadados, Rachol caminó por el vestíbulo hacia el cuarto de Kiara. Golpeó la puerta, usando a la madera como una víctima para su mal humor.

—Adelante.

Rachol escuchó el sonido de las lágrimas en su voz y dudó, todo su enojo desapareció. Siempre se había comportado como un tonto al ver a una mujer llorando. Apretando los dientes, abrió la puerta.

Encogida en una pelota pequeña sobre la cama, ella lucía más triste que cualquier persona que él hubiera visto alguna vez, y ya había visto mucha miseria creciendo en las calles. Se aclaró la garganta por las extrañas emociones que amenazaban con estrangularlo.

—Necesito encontrar algunas sábanas o algún saco de dormir.

Aspirando, ella se limpió las lágrimas de la cara.

—¿Vas a quedarte esta noche?

Él asintió.

Kiara se puso de pie y se dirigió hasta el armario. Contrario a su código normal de no atravesar el umbral hasta que lo invitaran, Rachol cruzó el cuarto.

Kiara le dio una pila de sábanas y dos almohadas.

—Nykyrian nunca me pidió nada —susurró ella, con su voz más invadida de lágrimas y de agonía como para que él pudiera permanecer de pie.

—Si, bueno, nunca pide mucho, además normalmente duerme descubierto.

Decepcionada, ella asintió con la cabeza.

Rachol maldijo calladamente.

—No me mires con esos ojos tristes. Jesús, me recuerdas a un hombre condenado en la corte.

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Rachol gimió y dejó caer las mantas.

—Vamos —le dijo él, llevándola de regreso a la cama—. Dime lo que pasó.

Ella lo miró sobresaltada y herida.

Rachol se sentía como un piojo, mientras se sentaba en el colchón. Demonios, no había hecho nada malo ¿Entonces por qué se sentía tan terrible?

—Kip quería que te dijera que siente mucho cualquier cosa que te haya dicho. Conociéndolo, probablemente, te dijo algo horrible, pero no lo hizo con intención. Cuando está herido, es tan mordaz como una *lorina* salvaje.

Kiara abrió ampliamente sus ojos ambarinos mientras lo miraba. Las lágrimas brillaban entre sus oscuras pestañas.

—¿Qué sucedió esta noche? —preguntó ella, con un susurro lastimero—. ¿Cómo se hirió?

Su enojo creció cuando recordó su misión. Levantándose, Rachol caminó alrededor de la cama.

—Fuimos a encontrarnos con un informante. Desgraciadamente, algunos de los perros de Bredeh lo asesinaron. Cuando llegamos, los bastardos habían tomado a su pequeño hijo como rehén.

Necesitando desesperadamente una salida para su enojo, estrelló de golpe su puño contra la pared. El dolor hizo erupción a través de sus nudillos, entorpeciendo su mano, pero eso no disminuyó el dolor de su conciencia.

—¿Rachol?

No pudo dejar de notar el miedo en la voz de Kiara cuando lo miró fijamente con los ojos bien abiertos.

—Lo siento —dijo él, con una disculpa algo humilde—. Es solo que estoy jodidamente furioso con la vida y por como juegan con... —su voz bajó de tono. Él suspiró fatigadamente—. Mataron al padre del niño justo en frente de él.

—Rachol, lo siento. —Kiara se levantó de la cama y se dirigió hacia él.

Rachol retrocedió y agitó la cabeza.

—No me toques —le dijo, esquivándola.

Ella se puso las manos contra la boca y parecía estar luchando contra otro brote de lágrimas.

—Es lo mismo que Nykyrian me dijo.

El cabeceó entendiendo lo que le quería decir.

—Realmente no somos ogros —le dijo Rachol, mientras se preguntaba el por qué se molestaba en explicarle algo.

Ella regresó a la cama y se sentó con las piernas cruzadas. Sus grandes ojos ambarinos llenos de dolor, lo miraban fijamente.

—No te gusta que te toquen.

—Exactamente.

Sus sollozos estremecieron su cuerpo y condenó a su alma.

—Eh, no hagas eso —le dijo él, mientras se pasaba la mano por el cabello—. Ten piedad de mí, no puedo resistir ver a una mujer llorando.

Ella apretó la almohada contra su estómago y lloró como si su corazón se estuviera rompiendo.

—¿Pero por qué, por qué no puedo tocarlo, por qué no puedo tocarlo?

Rachol se quedó quieto por un momento, pensando en alguna manera de hacerla entender. Su mirada flotó hacia el estante que estaba al lado de la puerta y hacia las estatuillas de *griata* que lo delineaban. Dirigiéndose hacia ellas, tomó una del estante.

—Aquí —dijo él, mientras se la daba a ella—. Dime lo que ves.

Ella lo miró como si estuviera loco.

—Es solo una de mis...

—No, realmente quiero que la mires.

El vio como sus elegantes dedos se deslizaban por los duros planos de un niño que estaba de pie al lado de su perro.

—Cuando la sostienes —le explicó—, es afilada, fría y ambos sabemos que el *griata* es una de las sustancias más duras del universo.

Ella asintió, con una diminuta sonrisa curvando sus labios cuando comprendió lo que él le quería decir.

—También es el más quebradizo. Si le das por equivocación un golpe, o le rompes un lado se fragmentará en pedazos.

Rachol volvió su mirada hacia ella.

—Es por eso que la naturaleza le ha dado al *griata* una diminuta cáscara que lo cubre para mantenerlo seguro. Antes de que puedas exigir el tesoro, debes quitar su escudo cuidadosamente.

Ella se limpió los ojos con el reverso de su mano, recordándole a una niña que había conocido hace mucho tiempo.

—Tu cubierta no puede ser tocada —le susurró ella.

—Tú lo lograste. Es muy fácil permanecer distante si no confías en nadie para algo, incluso si esa criatura te conforta con sus caricias. Ella le lanzó una mirada dubitativa.

—¿Y no estás harto de eso?

Él se encogió de hombros.

—Soy mucho más quebradizo que Kip. En realidad, mi vida ha sido más fácil que la suya. En lugar del *griata*, él se parece más a una *torna*.

—¿Qué es una *torna*?

—Es una flor que crece en Ritadaria. Si intentas capturar su lozanía, las hojas se envuelven alrededor de ti y te estrangulan hasta la muerte.

Horrorizada por sus palabras, ella lo miró fijamente.

Él se encogió de hombros.

—Tú preguntaste. —Inclinándose, recogió las sábanas del suelo—. Odio las sábanas —murmuró él, dejándola sola con sus palabras.

* * * * *

Nykyrian se despertó primero.

Silenciosamente caminó sobre el cuerpo dormido de Rachol, sus lentes fueron olvidadas. El dolor en su costado había disminuido y se había convertido solo en una pequeña molestia, un triste recordatorio de la vida que se había perdido anoche por un momento de descuido. Apretó los dientes al pensar en el informador, culpándose por todo lo que había sucedido.

Cuando llegó hasta la puerta del baño, la puerta de Kiara se abrió. Y antes de que él pudiera pensar en apartar sus ojos de su vista, los vio.

La boca de Kiara cayó. Los ojos que la miraban fijamente no eran nada que hubiera imaginado. Eran claros y luminosos, con la más hermosa sombra verdosa, con una línea marrón alrededor del borde del iris.

Sus ojos eran humanos y hermosos.

Su garganta se apretó de felicidad. Esos ojos le dieron el primer vislumbre de su alma. En ellos, vio toda su desconfianza, su enojo y su amargura. Era como si lo estuviera viendo al desnudo. Kiara deseó poder tomarlo entre sus brazos para aliviar todo el dolor que se arremolinaba en esos magníficos ojos.

Mordiéndose el labio, ella cambió su mirada para verle todo el rostro. Allí, no se sorprendió de nada. Él era tan hermoso como lo había sospechado.

Él pestañeó y miró a otro lado, aparentemente avergonzado.

—Siento mucho lo que te dijo anoche —susurró, mientras la miraba para demostrarle su sinceridad antes de apartar sus ojos de nuevo.

Ella se aclaró la garganta por la emoción súbita que sintió al escuchar su disculpa.

—Rachol me lo dijo. Yo también lo siento. No debí haberte golpeado, todo fue un error.

Él se encogió de hombros y caminó hacia el baño.

Kiara tembló ante su reciente descubrimiento. Sin lentes, no era un fantasma tenebroso que frecuentaba sus sueños. Era un hombre mortal que podía ser herido y también podía ser amado. Ella jadeó ante sus pensamientos. ¿Amor? Eso no era lo que deseaba de él. ¿O sí?

Ya no sintiéndose tan satisfecha, empezó a hacer el desayuno.

* * * * *

Las manos de Nykyrian se estremecieron mientras las arrastraba sobre su rostro. Bueno, por lo menos tendría una cosa menos de qué preocuparse. Ella lo había visto finalmente.

Ahora sería el comienzo. Primero sentiría piedad, por el pobre mestizo, luego vendría la peor parte, el odio eventual de su sangre mixta, por el hecho de que él tenía muchas características de ambas razas.

Las personas nunca habían visto nada más en él que la antítesis de sus propios rasgos, no comprendiendo o preocupándose de que el desdén que sentían por él le hacía daño.

Apretando los dientes, se quitó la venda del costado, sintiendo un poco de satisfacción ante la protesta palpitante de su piel. El dolor físico era más fácil de soportar y apartaba a su mente de otras cosas.

Al desvestirse, entró en la ducha.

El agua le quemó cuando se deslizó sobre su herida. A pesar del dolor, una imagen de Kiara lo atormentó.

—¡No! —siseó, golpeando la pared con la palma de su mano.

Ella no se merecía a alguien como él. Necesitaba a alguien libre que la amara completamente, no a un hombre que había dividido sus lealtades, buscado por las autoridades y por los criminales. Pensó en todas las noches que ella pasaría sola mientras él se ocupaba de sus misiones, atormentada por el temor de que fuera asesinado.

Kiara podría estar mejor con alguien más. No podía permitirse el lujo de amarla. Nunca.

* * * * *

Kiara le sonrió a Nykyrian a pesar de la advertencia que se había hecho a sí misma de permanecer apartada.

—Voy a tener que acostumbrarme de nuevo a ti —le dijo, mientras le daba un plato.

Él no le contestó.

Llenó un plato para ella y se sentó frente a él. Su blanco pelo mojado estaba apartado de su rostro. Sus ojos, con sus pestañas largas y oscuras, le encantaron totalmente.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó.

—Como si me hubieran disparado —le contestó él secamente.

Ella sonrió.

—Dios, ¿Por qué será?

Él la miró fijamente, y rápidamente miró a su comida de nuevo.

—Estoy sorprendido de que me hables a pesar de lo que te dije anoche.

Ella se encogió de hombros.

—Papá me enseñó las ventajas de la amnesia. Siempre me dijo que era un ingrediente necesario para la amistad —aclaró su garganta y le dijo con voz profunda—: *Kiara, mi ángel, no importa cuando tiempo vives o cuantos buenos amigos tienes, alguien siempre te va a decir o va a hacer algo que no quiere hacer. Si son de verdad tus amigos, los perdonarás y olvidarás.*

Nykyrian bebió un sorbo su jugo.

—Tu padre es un sabio.

—¡Buen día! —Rachol bostezó, estirándose mientras entraba en la cocina—. ¿Qué huele tan bien?

—Tartas de *Frisanian* —dijo Kiara, devolviéndole la sonrisa.

Caminó para tomar las más calientes y sacó un par. Rachol se volvió y sonrió.

—Si quieres a un hombre en tu vida, llámame cuando quieras.

Kiara sonrió, asombrada de lo guapo que se veía sin su delineador de ojos y sus aros en las orejas. Pero aún así, no era ni de cerca tan hermoso como Nykyrian.

—¿Seré bendecida con ustedes dos hoy? —Kiara mordió su fruta.

Rachol se sentó al lado de ella.

—Maldita, sería una descripción más concisa. En ese caso, te respondo afirmativamente. —Él le sonrió a Nykyrian—. Kip no te deja ninguna duda, y puedes ver la prueba en su mirada, y todo porque yo estoy alrededor.

—No necesito una niñera —dijo Nykyrian calladamente.

—Bueno en mí caso, sería un niño. Así que no te molestes con tu cantaleta habitual, ya estoy comprometido.

—Deberías estarlo.

Kiara estalló en una risa ante la respuesta de Nykyrian.

Rachol gesticuló al hablar.

—Kiara, por favor. No lo animes a que abuse de mí, ya me hace suficiente daño solo.

Nykyrian soltó el tenedor y miró a Rachol con un ceño sombrío.

—Sabes, siempre me he preguntado lo que se sentiría al estrangular a un Ritadarion.

Kiara miró a Rachol, sin estar segura de que Nykyrian estuviera bromeando.

Rachol continuó sonriendo.

—Perdiste tu oportunidad hace tres años en Tondara.

—Y nunca lo superé.

Kiara continuó escuchando sus burlas. Estaba asombrada de lo bien que se llevaban, sabiendo que Nykyrian no le permitiría a nadie más tratarlo con esa confianza. Después de unos minutos, Nykyrian se excusó y se dirigió a la sala.

—¿Él está realmente bien? —le susurró Kiara a Rachol.

Rachol se inclinó hacia ella.

—Susurrar no funciona alrededor de él, puede escuchar a metros de distancia. Es una de sus condenadas características de Andarion.

Rachol se enderezó y siguió hablando.

—Él tiene un humor tan agrio como un gimfry enojado —chocó sus nudillos —. ¿A qué problema nos enfrentamos?

—Pensé que tenías muchas cosas que hacer como para preocuparte por este lugar —la voz de Nykyrian fue hasta la cocina sin necesidad de que él gritara.

Kiara alzó las cejas, sorprendida de que realmente pudiera escucharlos.

Rachol pestañeó ante ella.

—Las tengo, pero estás loco si crees que voy a dejar a esta dulzura sola, con tu hosca presencia.

Nykyrian dijo algo más en ese idioma extraño que utilizaba con Rachol.

Kiara miró a Rachol y vio como sus ojos se ensanchaban antes de que saliera disparado de la cocina.

—Bredeh está viniendo por ella —le dijo Nykyrian en Ritadarion a Rachol. Levantó la mirada fijamente para ver como Kiara se les unía en la cocina.

—¿Crees que él va a bombardear el edificio?

Nykyrian asintió, su estómago se apretó ante ese pensamiento.

—Debemos sacarla de aquí. Llama a su padre por el telelink, e infórmale que tiene menos de media hora para llegar aquí y verla antes de que nos marchemos. Corre a enviar el mensaje.

Rachol asintió y se movió para cumplir la orden. Nykyrian llamó a Kiara para que se le acercara. Ella dudó un instante, antes de dar un paso adelante.

Tomando un lápiz óptico y una agenda electrónica, Nykyrian escribió sus ordenes para ella: “Tenemos razones para creer que estamos siendo vigilados. Necesito que reúnas suficiente ropa para varios días. Tenemos que irnos de aquí rápidamente.”

Sus ojos se ensancharon cuando leyó la nota.

—Oh Dios —susurró ella y corrió hacia el cuarto.

Kiara temblaba de miedo. ¿Quién estaba vigilándolos? ¿Sería acaso el misterioso Aksel? Abrió la puerta de su cuarto y escuchó a Rachol discutiendo con su padre en el telelink que estaba al lado de su cama. A través de la pantalla, pudo ver el rostro preocupado de su padre mientras miraba a Rachol. Un sudor frío y viscoso, congeló sus manos.

—Papá —dijo ella, al caminar dentro del rango del espectador e interrumpir la larga lista que pensaba hacer Rachol—. Todo está bien. Confío en ellos completamente.

—Yo no —chasqueó él, se enfocó en Rachol con un brillo intenso y asesino.

—Confía en mis instintos —exclamó ella, mientras colocaba una mano en el hombro de Rachol para demostrarle sus palabras. Estaba un poco sorprendida de que Rachol no hubiera protestado.

En lugar de calmar a su padre, ese gesto parecía hacer hervir su enojo.

—¡No se atrevan a moverla de allí antes de que llegue, o desearan que Dios los hubiera dejado en el agujero del cual se arrastraron! —cortó la transmisión.

—Jesús —resopló Rachol—. Que cascarrabias.

—Solo está preocupado por mí.

Rachol se rascó la barba que había en su mejilla.

—Sí, bueno, el hombre necesita un par de tragos.

Antes de que Kiara pudiera contestarle, Nykyrian pasó a través de la puerta y le tiró a Rachol su pistola de rayos.

—El ataque ha empezado.

Kiara se congeló. Nykyrian retrocedió y Rachol se puso al frente.

—Estoy asustada —susurró ella, casi esperando desmayarse en cualquier momento.

—No lo estés —la tranquilizó Nykyrian—. Primero tienen que pasar sobre mí y no soy ningún obstáculo fácil —sostuvo la pistola en su mano izquierda y extendió su mano derecha hacia ella.

Sin vacilar, ella puso su mano helada dentro de la suya que era calurosa y grande. Sabía que estaba segura.

La llevó con él hacia el vestíbulo. Juntos se agacharon al lado de la barra de ejercicios. Nykyrian la rodeó con su calor, y mantuvo sus piernas contra su pecho. Podía oler el limpio olor a jabón de su piel.

Rachol se escondió detrás de la silla que estaba más cercana a la puerta. Kiara miró fijamente como el láser cortaba a través de la puerta, haciéndola recordar aquel breve instante ocurrido en el transbordador de sus secuestradores.

Se tragó su pánico, diciéndose a sí misma que Nykyrian estaba con ella esta vez y que la mantendría segura. Y como si hubiera leído sus pensamientos, él la acarició con su mano consoladora, debajo del brazo. Ella miró fijamente su mano izquierda que estaba cerca de su rostro, observando como él empujaba el botón de su pistola de rayos. Esperando.

El siseo de la antorcha cada vez era más ruidoso.

—Cuando ellos la atraviesen, alístate para correr —le susurró Nykyrian, revolviéndole su pelo con su respiración calurosa, provocando que un escalofrío recorriera su mejilla.

Asintió.

—Encuétrate conmigo en el lugar de siempre —le gritó Rachol cuando sintió que la puerta se astilló.

El corazón de Kiara latía en sus orejas, ensordeciéndola ante los otros sonidos. El hedor carbonizado se pegó a su garganta y la estranguló. El miedo restringió su visión y todo lo que podía enfocar era la débil puerta que los separaba de los hombres que querían matarla. ¿Dónde estaba la seguridad del edificio? Rezó.

Con una nube de humo y un alarido triunfante, un grupo de hombres pasó a través de la puerta. Rachol les disparó, matando a los dos primeros.

Rachol hizo un gesto santo con sus labios y corrió hacia el caos que había en el vestíbulo. No podía creer lo que veían sus ojos. Nykyrian envolvió su brazo derecho alrededor de su cintura como si fuera un cinturón de seguridad, y la puso de pies.

Ella tembló de miedo, rezando para no tropezarse y que ello no le costara sus vidas. Nykyrian la mantuvo contra él, su cuerpo la escudaba del fuego de las pistolas. Ella se tropezó contra él cuando la llevaba a través del humo que infestaba el vestíbulo.

Él disparó su pistola, mientras apretaba su brazo alrededor de ella. A pesar de su miedo, quería ver lo que estaba pasando.

—No mires —le chasqueó Nykyrian antes de ponerla detrás de él—. Dios, odio este trabajo —gruñó, girando alrededor y disparándole a algo que estaba detrás de ellos.

La empujó hacia el corredor, lejos de la revuelta. Con una patada abrió las escaleras, examinó los escalones, y la empujó a través de la puerta. Sacó un dispositivo de su bolsillo y lo utilizó para mantener la puerta cerrada detrás de ellos.

—Espera aquí, necesito...

—¡No me dejes! —jadeó Kiara, aferrándolo desesperadamente.

Él apretó los dientes. Respirando profundamente, la tomó de la mano y la guió para que bajara los escalones hacia la bahía de desembarco que estaba en el sótano del edificio.

Sus piernas temblaban, Kiara tropezó dos veces.

—Déjame —dijo ella, mientras la ayudaba a ponerse de pies—. Ellos te dejarán ir.

Nykyrian resopló ante sus palabras.

—Créeme, Aksel preferiría arrancarme la cabeza a mí que a ti. Tranquilízate, lo estás haciendo bien.

—¿Cómo puedes estar tan condenadamente calmado? —chasqueó ella.

Él se encogió de hombros y siguió llevándola hacia los transbordadores.

—O lo hacemos o nos matarán. Si nos matan, no podrán torturarnos. Es una situación desde todo punto de vista muy victoriosa.

Por alguna razón, Kiara no creyó en su filosofía. Entonces, los escuchó. ¡Su corazón latió fuertemente cuando comprendió que alguien estaba acercándose! Nykyrian le cubrió los labios con un dedo y le señaló las sombras de la bahía de desembarco.

Cuando el soldado se detuvo a varios metros, Nykyrian le quitó el dedo de los labios.

—Escucha —le susurró en la oreja—, tengo que dejarte sola. Tengo que ocuparme de los hombres que vigilan mi nave, ¿de acuerdo?

Ella se frotó los brazos para calentarse.

—Estoy asustada.

Él asintió.

—Yo también —le dijo y se marchó.

Kiara se agachó en la parte trasera de la nave, esforzando a sus orejas para poder escuchar lo que estaba sucediendo. Los pasos regresaron y ella se internó un poco más en las sombras.

Nykyrian se movió sobre las naves tan silencioso, como un espectro, hecho por el cual era reconocido. Al escuchar, dedujo que había tres soldados en la bahía, dos estaban juntos y uno de ellos vagaba por todos lados. Tomando una respiración profunda, revisó la escena y cargó su pistola de rayos, para asegurarse de que tenía suficiente jugo para sacarlos de allí con vida.

El bloque frío de miedo que siempre había odiado sentir, se asentó en su estómago como una piedra. Bueno, era el momento de trabajar. Saltó de la nave y se interpuso entre los dos soldados.

Un guardia lo enfrentó, la boca del hombre se abrió y se movió convulsivamente como un pescado. El hombre borboteó antes de levantar su pistola. Nykyrian le disparó, entonces pensó en atrapar al segundo guardia antes de que el otro soldado le disparara por la espalda. Un escalofrío recorrió el pelo de su nuca.

—¡Te tengo híbrido!

Nykyrian apretó los dientes por el enojo y la frustración, no era Aksel, pero era mucho peor. Era su demente hermano menor.

—Dirígete tú mismo hacia Aksel, y la dejaré ir.

—Sí, como no —murmuró Nykyrian, mientras recargaba su pistola de rayos—. Yo no soy un repartidor de estiércol lisiado.

¡Maldición! ¿Cómo había hecho Arast para caminar detrás de él y encontrarla? Su oído ya no era el de antes. Nykyrian bordeó el área alrededor de las naves hacia donde el idiota estaba de pie, apuntando con su pistola, a la cabeza de Kiara.

—¡Híbrido!

—¡Nykyrian, corre! —le gritó Kiara.

Arast apretó su asimiento alrededor de su garganta.

—Dices otra palabra, *harita* y te romperé el cuello —le chasqueó.

Nykyrian sabía que solo tenía una única oportunidad para arriesgarse.

—¿Quieres un pedazo de mí? —le preguntó él, su voz hizo eco en la bahía.

Arast se dio la vuelta, buscando la dirección de donde venía la voz. Nykyrian lo vio, sus manos le temblaban de miedo por la vida de Kiara.

—¿Dónde estás híbrido?

—Déjala ir y suelta el arma.

—¿Y dejas que me dispare? —Arast sonrió con sarcasmo—. No soy idiota, híbrido.

—Solo igual de inteligente que mis botas —susurró Nykyrian, dudando de su propia inteligencia al permitir que el imbécil tuviera ventaja.

Apretando sus dientes con determinación, Nykyrian deslizó su pistola a través del piso. El sonido fantasmal y penetrante del metal contra el pavimento enrejado, se estrelló contra las orejas de Nykyrian. Arast deseaba algo más que matarlo, y Kiara solo estaba en el medio del campo de batalla.

Nykyrian siempre había sabido que llegaría este día.

—Déjala ir, y te daré la oportunidad que tanto has estado esperando —gritó, mientras observaba a Arast cuidadosamente.

Arast apartó violentamente a Kiara. Y sin esperar que el bastardo le disparara, o que bajara su arma, lo cual sería un milagro, Nykyrian se lanzó de las sombras directamente hacia su objetivo.

Kiara gritó cuando vio a los dos hombres entrelazados. Se movían tan rápidamente, que todo lo que podía ver era un borrón negro y marrón, moviéndose en un baile espantoso, la vida de Nykyrian se balanceaba como resultado. Se frotó la garganta con sus dedos temblorosos, sintiendo los cardenales que le habían dejado las crueles manos del asesino.

Una llamarada de luz fue disparada. Nykyrian maldijo. El asesino se puso de pies y apuntó su pistola hacia Nykyrian, pero antes de que pudiera dispararle, Nykyrian lo agarró por la cabeza y se la retorció. Ella reconoció el sonido de huesos quebrados un segundo antes de que la sangre se derramara de la boca del soldado y se derrumbara lentamente en el piso.

Horrorizada, miró fijamente a Nykyrian mientras él se inclinaba sobre el cuerpo del hombre, para tomarle el pulso. ¡Lo había matado solo con sus manos! Nykyrian se puso de pies.

El corazón de Kiara palpitó con fuerza del terror. Por primera vez, comprendió quién era realmente Nykyrian y lo que era capaz de hacer.

—Vamos —dijo Nykyrian, mientras le ofrecía una mano—. Los otros vendrán pronto.

Sus ilusiones se derrumbaron, las lágrimas corrieron por sus mejillas como dos senderos helados.

—¡Kiara! —chasqueó Nykyrian, agarrándole el brazo y empujándola hacia la nave—. Tenemos que salir de aquí.

De alguna manera, ella logró subir por la escalera de mano y sentarse en la cabina del piloto de la nave. Su corazón martilleaba en su pecho cuando él se le unió.

Ató los cinturones de seguridad de ambos, y enderezó el cuerpo.

Kiara levantó la mirada para ver si había más soldados entrando en la bahía. Nykyrian encendió los interruptores que estaban enfrente de ella. Los motores de su nave se encendieron con un ruido ensordecedor.

Conmocionada por el gran grupo de asesinos, Kiara los miró fijamente. Un hombre destacaba como cabecilla de los soldados, mientras la miraba a ella y a Nykyrian con un rostro atractivo y frío, que reflejaba crueldad y odio.

Aksel miró fijamente a sus dos objetivos, sabiendo que Nykyrian una vez más se le había escapado de las manos cuando la nave Arcana salió volando de la bahía.

—¡Maldición! —gritó.

En ese momento, fue cuando vio el cuerpo de su hermano. Sus dientes chasquearon con rabia y odio.

—¡Encuéntrenlo! —le gruñó a sus soldados—. ¡Tomaré la vida de ese híbrido, o la de ustedes!

Apartando a sus hombres de su camino, Aksel regresó a su nave. Esto había llegado demasiado lejos. ¡Acabaría con la vida de Nykyrian como sea!



Capítulo 7

Kiara temblaba conmovida por el miedo. Una y otra vez, recordó como Nykyrian le había roto el cuello al soldado, el sonido del hueso roto, la sangre...

Habían aterrizado en las afueras del edificio donde vivía Rachol. El olor de la sangre, ardiente y pegajoso, la invadió. La sangre tenía que ser la del asesino que había matado Nykyrian, pensó, su estomago se retorció. Intentó levantarse del asiento, pero sus miembros no se movieron.

Nykyrian envolvió suavemente sus brazos alrededor de ella y la llevó al apartamento de Rachol. Kiara deseaba tener fuerzas para empujarlo, para borrar el olor de la sangre de su cuerpo. Pero solo entonces, tomó toda su fuerza para mantener alejado de su mente el recuerdo de toda la lucha, y a sus orejas de escuchar una vez más el chasquido final y macabro del hueso.

Nykyrian la puso sobre un sofá. Sentándose al lado de ella, le frotó sus frías manos. La mente de Kiara protestó.

—¡No me toques! —le gritó ella, mientras lo empujaba—. ¡Dios, mataste a ese hombre con tus propias manos!

Sus manos se pusieron rígidas sobre las de ellas, luego se marchó sin decir ni una palabra.

Kiara se apoyó en el brazo del sofá y lloró. Era cierto que ambos habían hablado de su profesión muchas veces, Nykyrian incluso había hecho chistes sobre eso, pero la realidad de lo que verdaderamente él podía hacer, nunca la había golpeado hasta ahora.

Nykyrian la miró fijamente mientras sus hombros se estremecían, deseando consolarla, pero sabiendo que no podía. Pensó en Arast y sus intestinos se anudaron. La culpa lo consumió. Desde que él, Aksel y Arast habían desertado de la Liga, había hecho su mejor esfuerzo por evitarlos, sabiendo lo que pasaría si alguna vez se encontraban.

Su garganta se contrajo cuando escuchó su lamento. Sabía cual iba a ser la reacción de Kiara, una vez que ella comprendiera lo que él realmente era. Ahora lo odiaba. Por lo menos así se mantendría de ahora en adelante apartada. Ya no lo molestaría haciendo intentos por conseguir su amistad.

Pero aún así, sus lágrimas lo desgarraron. Miró el temblor de sus hombros y su corazón hizo un ruido sordo, un latido vacío contra sus costillas. No debió haber aceptado ese contrato.

La puerta se abrió. Nykyrian se dio la vuelta ante el sonido, apuntando con su pistola a la figura.

Rachol levantó las manos.

—¡Quieto, amigo!

Nykyrian cerró los ojos y enfundó su pistola.

—Lo siento —masculló.

Rachol agitó la cabeza, con una sonrisa inteligente en sus labios.

—Lo que sea que le hiciste a Aksel, hizo que se enfadara mucho. Envié a todos sus hombres para que te buscaran —hizo una pausa cuando se dio cuenta de la presencia de Kiara—. ¿Ella está bien?

Nykyrian agitó la cabeza, lleno de culpa.

—Maté a Arast en la bahía antes de que escapáramos.

Rachol palideció.

—¿Tú qué? ¿Estás bien?

Se encogió de hombros, sin estar seguro de nada en ese momento.

—Tengo algunas cosas que hacer. Protégela.

Kiara oyó cuando Nykyrian salió, pero no se molestó en levantar la mirada. No estaba segura de si prefería estar con Rachol o con Nykyrian en ese momento. Querido Dios, ¿entre los dos, a cuantos hombres habrían matado?

—Aquí.

Saltó cuando Rachol le ofreció un vaso de *brika*.

—Yo no tomo bebidas alcohólicas —le dijo ella, al olfatearla.

—Te ayudará —le dijo él, presionándole el vaso en su mano. Sin más discusiones, ella vació el líquido abrasador en su garganta, el cual le quemó todo el camino hacia su estómago. Quedó casi sin resuello, sus ojos se pusieron llorosos.

Le devolvió el vaso a Rachol y estudió su rostro pensativo. ¿Acaso él era tan desalmado como Nykyrian?

Un nuevo nudo se formó en su garganta. Nadie podía hacer lo mismo que Nykyrian y seguir teniendo un alma, o incluso seguir siendo una persona normal. Todo lo que ella podía afirmar, era que él había asesinado a ese hombre como si estuviera atándose los cordones de los zapatos.

Rachol suspiró, haciendo que se interrumpieran sus pensamientos.

—Si prefieres, podemos enviarte de regreso a tu padre. Pero te advierto, si lo hacemos, te asesinarán.

Ella levantó la mirada hacia él, sus ojos le escocían por todas las lágrimas que había derramado.

—Preferiría arriesgarme con los hombres de mi padre. Confío en ellos.

—Pensé que confiabas en nosotros.

—Lo hacía.

Él estrechó los ojos. Por la expresión de su rostro, pensó que él quería estrangularla. En su lugar, hizo un gesto cansado y soltó un gruñido feroz.

—Por qué no dejas de sentir tanta compasión por ti misma. Creo que estoy cansado de eso.

El calor sonrojó sus mejillas.

—¡Cómo te atreves a insultarme!

Rachol se apoyó en un brazo del sofá, forzándola a retroceder. Él colocó sus brazos a cada lado de ella, acorralándola. No le gustaba sentirse acorralada. Los ojos de él ardieron, y por un momento ella pensó que de verdad quería golpearla.

—Crees que eres intocable. Como te atreves a sentarte allí como si fueras una reina, que obliga a hacer su voluntad a los demás. ¡Si te bajaras del *altar* en el que vives, podrías darte cuenta que aparte de ti, las demás personas también tienen sentimientos y necesidades!

La respiración de él cayó sobre su mejilla en furiosos latidos, que enfatizaron cada palabra hiriente.

—Yo...

—¿Tú qué? —él sonrió con desprecio—. ¿Sabes quienes son Aksel Bredeh y Arast? Ella negó con la cabeza, sin saber como actuar.

—Son los hermanos de Nykyrian.

Soltó la respiración de su cuerpo por la conmoción.

—No —susurró ella, mientras la atontaba una ola de escepticismo.

Rachol se apartó de ella y caminó hacia la barra que separaba al cuarto principal de la cocina.

—Oh, claro que sí. Ahora mismo, en cualquier lugar donde se encuentre Kip, seguramente no se siente muy bien. Si tú crees que estás herida, imagina como se siente él. Se ha pasado los últimos años evitándolos, permitiendo que la gente lo llame cobarde, ¡para que no sucediera lo que tu provocaste hoy!

Su temperamento explotó ante su acusación.

—¡Tú no puedes culparme de eso!

Rachol curvó su labio con desprecio.

—¿Y quién más tiene la culpa? Si no fuera por tu maldito trasero, él no hubiera estado tan cerca de ellos hoy.

Sus manos temblaron mientras ella las apretaba en su regazo, pensando en sus palabras.

—¿Cómo pudo matar a su propio hermano? —susurró ella, incapaz de comprender tal cosa.

Rachol negó con la cabeza.

—Cállate, por favor —le ladró—. No malgastes tu piedad sintiendo lastima por Arast. Si él hubiera tenido la oportunidad, te habría violado, o cortado en pequeños pedazos para dárselos a sus perros. Y eso no es tan malo, comparado con lo que él le hubiera hecho a Nykyrian.

Kiara lo miró fijamente, preguntándose si le estaba diciéndole la verdad. No, ella no podía creer que alguien pudiera ser tan cruel con su propio hermano. Nykyrian era el demonio, no Arast.

—No entiendo como puedes asegurar tal cosa.

—No, ni lo haces, ni tampoco lo intentas.

Ella enderezó su columna vertebral.

—Cómo puedo hacerlo, si todo lo que ustedes hacen es agobiarme.

Para su sorpresa, la conmoción ondeó por el rostro de Rachol antes de que soltara una media sonrisa.

—Supongo que eso es cierto.

Ella se frotó la frente, donde un pequeño dolor estaba empezando a latir.

—¿Así que qué sugieres que entienda de él o de ti en este asunto?

Rachol resopló.

—Dudo que puedas entenderlo alguna vez.

—¿Qué se supone que significa eso?

Él se encogió de hombros.

—Dudo que puedas imaginar el tipo de hogar en el que Kip y yo crecimos. Esos no existen en los mundos dulces y abrigados de las niñas consentidas.

Su voz burlona la hizo enojar.

—Yo no soy una niña.

—¿Entonces por qué estás comportándote como una?

Lo miró fijamente.

—Supongo que asesinar a un hombre es sinónimo de madurez.

—A la mierda con tu autocompasión.

Kiara se quedó sentada, mirándolo fijamente, mientras sus palabras se mantenían sobre el aire que había entre ellos como si fueran un paño mortuario. Él rompió el contacto con sus ojos y se dirigió a la barra. Tomó una botella de *brika* y llenó un vaso grande.

Miro fijamente al vaso por un rato, entonces maldijo y lo vació en el fregadero.

—Autocompasión —masculló él, en un tono de voz tan bajo, que Kiara se preguntó si en verdad lo había escuchado. Llenó su vaso de agua esta vez y se la tomó de un trago.

Una súbita revelación la golpeó cuando miró la forma envidiosa en la que él miraba fijamente a la botella de alcohol.

—Tienes un problema con la bebida, ¿verdad? —le preguntó, intentando descubrir que otras sorpresas le tenían reservadas Nykyrian y Rachol.

Él la señaló con el vaso de agua.

—No tengo ningún problema para estar sobrio. De todas formas eso hace que Kip enloquezca. Si alguna vez quieres verlo realmente furioso, solo tienes que verlo oler el alcohol en mi respiración. Odia todos los hábitos autodestructivos.

Su enojo se aplacó.

—¿Eres un *duwad*? —él le sonrió, sus ojos oscuros centellearon.

—Eso te lo tuvo que haber dicho Kip.

Ella asintió con la cabeza, preguntándose como podía él cambiar del enojo a la diversión tan rápidamente.

Rachol bajó el vaso y recorrió con la mano la condensación que estaba al lado de él.

—No, soy demasiado cobarde como para intentar matarme abiertamente. El alcohol solo es una buena manera de atontarme hasta que la naturaleza se ocupe de mí.

Un duro golpe resonó en la puerta. Kiara jadeó, temiendo que Aksel la hubiera encontrado.

—Y tú te preguntas por qué bebo —dijo Rachol, mientras sacaba su pistola de la funda.

—Quédate abajo —le advirtió, mientras se arrastraba hacia la puerta. Se asomó en la consola y entonces soltó un suspiro de alivio. Enfundó nuevamente su pistola.

Dándose cuenta por su gesto que era una visita amistosa, Kiara se incorporó. Rachol abrió la puerta y prácticamente arrastró a Darling por el brazo para que entrara en el apartamento.

—¡Eh! —Chasqueó Darling—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—Aksel está detrás de nosotros —dijo Rachol, mientras cerraba la puerta con llave.

Darling la miró y la saludó con un gesto de la cabeza.

—No es extraño que Nykyrian estuviera tan sacado de casillas.

Kiara miró fijamente el ojo negro que estropeaba el costado expuesto de la cara de Darling. Tenía el ojo rojo y toda la mejilla inflamada.

—Dios mío —dijo Rachol, al percatarse de su estado finalmente—. ¿Qué te pasó?

Darling suspiró.

—¿Qué crees que me pasó?

—Juro que voy a matar a ese *boowah* algún día.

Darling soltó una risa amarga.

—Kip dijo prácticamente lo mismo. Pero eso no importa ahora, me envió para que consiguiera ese disco en el que estás trabajando, de la base de Aksel en Oksana.

Rachol frunció el ceño.

—¿Por qué?

—¿Acaso crees que me lo dijo?

Rachol se pasó las manos por la cara como si tuviera un dolor de cabeza parecido al de Kiara.

—Está en la caja fuerte de mi cuarto. —Rachol miró fijamente los ojos de Kiara—. Darling, odio ser grosero, pero tengo que llevarla a un lugar seguro antes de alguien averigüe donde vivo. Cierra con seguro mi puerta y no olvides conectar mi escáner.

—Entendido.

Rachol le ofreció una mano a ella.

—¿Vais a ir con vosotros a vuestra nave reina?

Kiara aceptó su mano, sin estar segura de si lo que hacía era lo mejor.

—Por ahora. —Él la impulsó para ponerla de pies y se dirigieron a la puerta.

Kiara esperó hasta que estuvieron en la nave de Rachol y fuera de la órbita del planeta antes de hablar.

—¿Qué le pasó a Darling en el ojo?

Rachol se puso rígido mientras encendía los interruptores de su consola.

—Arturo.

Ella frunció el ceño.

—¿Su familia?

—Es una forma de decirlo —dijo él con un suspiro—. Su padrastro se convirtió en su tutor legal.

Kiara sopesó la información, mientras su corazón latía como un dolor nervioso.

—¿Por qué Darling no se marcha de su casa?

Rachol respiró profundamente.

—Porque no puede. Según la ley de los Caronese, él es menor de edad hasta que cumpla los veintiséis años. Y todavía le faltan tres. —Rachol giró la nave a la derecha—. ¿Te sorprendió su ojo?

—No —dijo Kiara—. Lo que me sorprende es que él permita que Arturo lo golpee.

Rachol suspiró nuevamente.

—Esa es una larga historia y estoy seguro que Darling no querría que tú la escucharas.

Ella asintió con la cabeza, sin estar segura de querer escucharla tampoco.

— ¿A dónde me llevas? —preguntó.

— A la casa de Kip.

A pesar de su mejor esfuerzo, su corazón corrió desbocado.

— Estoy impresionada de que él me permita acercarme a su casa.

— También yo. —Rachol se removió en su asiento—. Aparte de mí, eres la única persona a la que él le ha permitido saber donde vive.

Ella frunció el ceño, confusa.

— ¿Entonces por qué vas a llevarme a su casa?

— Porque él me lo pidió.

Con esa simple declaración de lealtad, ella se quedó callada y miró las estrellas que iban dejando atrás fuera de la ventana.

No tardaron mucho en llegar al planeta. Kiara miró fijamente la rueda anaranjada y a la neblina amarilla que la rodeaba. Parecía un lugar tan pacífico y aislado. Rachol aterrizó en el exterior de una casa que era tan grande como todo el edificio donde ella vivía. Atracó en la bahía y apretó un botón.

— Tenemos que esperar hasta que la bahía se presurice, para que podamos respirar en esta atmósfera.

Ella no le respondió. En su lugar, se concentró en observar la bahía enorme y vacía.

Después de un par de minutos, bajaron de la nave.

— Quédate atrás —le advirtió Rachol, antes de abrir la puerta.

Kiara frunció el ceño ante su advertencia, entonces fue bombardeada por una enorme *lorina*. El animal soltó sobre ella, lamiéndole la mejilla con su lengua grande y áspera. Tres más bailaban alrededor de ellos.

— Odio estas cosas —ladró Rachol, tratando de apartarlos de él—. Ellos creen que son mascotas que se pueden llevar en el regazo.

Kiara sonrió, mientras una de las mascotas le lamía el brazo.

— ¿Solo hay cuatro?

— Sí. Créeme, cuatro son suficientes. Entra a la casa y ponte cómoda. No sé cuando regresará Kip.

Rachol atravesó la casa y encendió las luces con un mando manual.

—Esta es la cocina —dijo él, mientras le mostraba un área blanca a la derecha de la puerta—. El cuarto de Kip está arriba, junto con el baño.

Kiara echó una mirada alrededor. Todo el lugar estaba limpio. No había nada en desorden.

—Puedes manejar toda la casa con esto —dijo él, mientras le ofrecía el mando manual a ella—. Puedes alumbrar el techo para ver el cielo, y puedes hacer lo mismo en el techo de la habitación donde duerme Nykyrian.

Ella escuchó a Rachol siguiéndola, mientras le mostraba dos cuartos en la parte trasera de la casa, un cuarto de ejercicios y un cuarto para ver televisión.

—Este es un lugar impresionante —susurró ella—. No sabía que él tenía tanto dinero.

—Si te muestro sus declaraciones tampoco podrías creer en los balances de sus cuentas —masculló Rachol, mientras se dirigía a un escritorio que estaba en el fondo del cuarto principal—. Mira, tengo que hacer algunas cosas. Revisa el lugar, o haz cualquier cosa.

Kiara se frotó los brazos, sus ojos examinaban los escasos, pero lujosos muebles que había en el interior de la casa. En el cuarto principal solo había dos sofás de color crema, una mesa baja y un costoso escritorio de madera donde Rachol estaba trabajando.

Seguramente no le permitiría ver el cuarto que ella ansiaba conocer: la alcoba. Normalmente las personas guardan sus artículos más importantes en sus alcobas.

Quizá podría echar un vistazo después.

—¿Hay libros o archivos para leer en este lugar? —preguntó.

—Sí, revisa el armario que está detrás de mí.

Ella abrió el armario y se congeló. Soltó un silbido bajo ante la cantidad y variedad de libros ocultos en su interior.

—¿Él lee en todos estos idiomas?

—Y en muchos más —comentó Rachol ausentemente—. Se graduó en el primer lugar de su clase en la Academia Pontari, como experto en Traducciones e Interpretaciones.

Obviamente impresionada, ella sacó uno de los volúmenes de poesía Gourish.

—¿Rachol?

Esperó hasta que él levantó la mirada hacia ella

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿De Kip o de mí?

Apretó el libro para darse valor.

—Bueno, de ambos.

Él volvió la mirada hacia la pantalla de la computadora varios segundos y se mordió el labio inferior.

—Te escucharé y luego decidiré.

Kiara se sentó en el sofá, preparándose mentalmente para escuchar su respuesta.

—¿Qué cosa tan horrible les sucedió a ustedes en sus pasados, que les impide ahora abrirse a las demás personas?

Rachol respiró profundamente antes de girar su silla para enfrentarla. Dobló los brazos sobre su pecho y apartó sus ojos cuidadosamente.

—En mi caso, mi madre nos abandonó a mí y a mi hermana al cuidado de nuestro padre, cuando yo tenía tres años. Mi padre era Bynan Verlaine, el infame ladrón y espía.

Ella apretó el libro, notando el odio en la voz de Rachol cuando mencionó el nombre de su padre. Conocía bastante bien la historia que había detrás de Bynan Verlaine. Su carrera y su ensayo político había sido uno de los eventos más publicitados en toda su vida.

—Él fue ejecutado cuando yo tenía diez años.

—Lo siento —dijo ella, mientras frotaba con su dedo pulgar el lomo de cuero del libro.

Él se encogió de hombros.

—No lo hagas, yo no lo siento.

Ella lo miró por un momento, sus ojos marrones, se clavaron en su rostro, expresándole claramente lo que estaba sintiendo.

—¿Y tu hermana?

Su mirada se endureció.

—Se suicidó seis meses antes de que mi padre fuera atrapado y sentenciado.

Kiara cerró los ojos, una ola de dolor la invadió.

—Entonces no tienes familia.

Él asintió con la cabeza, con una expresión en el rostro tan estoica como la de Nykyrian.

—Crecí en la calle y mi casa era una caja de cartón.

Ella digirió esas noticias despacio, comprendiendo en ese instante lo afortunada que siempre había sido.

—¿Así fue como conociste a Nykyrian?

Rachol se rió y desenredó sus brazos.

—Intenté robarle.

Una sonrisa divertida se dibujó bruscamente en los labios de Kiara.

—¿Lo hiciste?

Rachol se rascó la oreja, mientras una sonrisa amplia se extendía por su rostro.

—Oh sí, no podía creer cuando él me compró la cena en lugar de mandarme al infierno.

Un calor la inundó al pensar en la bondad de Nykyrian.

—¿Lo conoces desde entonces?

—Se puede decir que sí. Pero realmente creo que nadie lo conoce en absoluto.

El motor de una nave rugió en el exterior de la bahía. Kiara se mordió el labio inferior, comprendiendo que Nykyrian había regresado. Bajo la mirada hacia su brazo donde todavía tenía sangre seca. Se la despegó con la mano. En ese momento no estaba segura de lo que sentía por Nykyrian, o por sí misma.

La puerta se abrió. Nykyrian hizo una pausa en la puerta, y clavó sus ojos en los de ella. Se sacó la mochila del hombro, y la dejó caer en el suelo junto a su casco. Las lorinas lo rodearon y se frotaron contra sus piernas. Él le dio palmaditas, pero seguía mirándola fijamente todo el tiempo. Ella no sabía como romper ese silencio tenso. Por suerte, Rachol lo hizo por ella.

—¿En dónde has estado?

Nykyrian apartó la mirada y tuvo que pasar al lado de ella para acomodarse en el escritorio del fondo. Apoyó un brazo y revisó la pantalla del computador.

—Recopilando información —dijo él calladamente, mientras sus ojos examinaban la pantalla.

Rachol levantó la vista hacia ella.

—¿Encontraste algo interesante?

Nykyrian presionó un par de teclas.

—La dirección de Arturo —exclamó él y se enderezó.

Rachol se removió en su silla.

—¿Es esa? —preguntó él apuntando a la pantalla.

—Sí.

Rachol le sonrió a Kiara.

—¿No quieres mandarlo al infierno?

Nykyrian la miró tímidamente. La culpa consumió a Kiara cuando comprendió el motivo por el cual él dudaba.

—No —dijo él, al fin—. Darling me hizo prometerle que no haría nada. Pero eso no significa que Hauk no pueda hacerlo.

Rachol sonrió.

—Gracias por el cebo. Nunca podría resistirme a intimidar a un matón.

Nykyrian se movió para ponerse de pie al otro lado del sofá y la miró fijamente. Había tantas cosas que Kiara quería decirle, pero no se atrevía a hacerlo delante de Rachol. Deseaba disculparse por su estupidez y por las palabras que le había dicho, después de que le había salvado su miserable vida.

—Rachol y yo tenemos asuntos que discutir —dijo él en un tono afilado que la rasgó profundamente—. Sí no te importa, necesitamos estar solos.

Ella asintió con la cabeza, abatida y se dirigió hacia el cuarto de la televisión. Al abrir la puerta, quiso echarse a llorar. ¿Por qué le había dicho esas crueles y estúpidas palabras? Kiara recordó como la había protegido durante la pelea, la forma en la que la había salvado. Rachol tenía razón, ella era una mocosa consentida que no podía comprender cuan afortunada era la vida que vivía.

Suspirando, puso el libro sobre el sofá blanco y caminó hacia la pantalla que estaba sobre la pared. Había un armario lleno de discos en la esquina. Abrió la puerta del armario y rebuscó entre los discos de video de Nykyrian. Una sonrisa se dibujó en sus labios cuando se dio cuenta de que él tenía varios discos de las presentaciones que ella había realizado en el pasado. Un calor inundó su cuerpo. A pesar de sus constantes rechazos y el desinterés que le demostraba, Nykyrian debía estar un poco fascinado con ella como para molestarse en comprar todos esos discos.

Cuando encontró un grupo de discos marcados como privados, su corazón se detuvo. Sacó varios de ellos y miró fijamente a las piezas frías de metal que podrían contarle más en unos minutos, de lo que podrían decirle en todo un año esos hombres de labios apretados que la rodeaban.

La luz del techo brilló a través de los discos en un arco iris luminoso de colores. Su conciencia le dijo que los volviera a colocar en su lugar, que no era correcto espiar su pasado, pero también tenía mucha curiosidad por averiguar lo que contenían.

Apartando su conciencia lejos de ella, Kiara insertó un disco en el aparato. Tomó el control y encendió la televisión. Con una sonrisa de satisfacción, se lanzó sobre el sofá para ver cuan horribles eran los secretos que contenían los videos.

Las líneas difusas se aclararon en el rostro de un niño. Su sonrisa se ensanchó cuando reconoció a Nykyrian, cuando tenía alrededor de diez años. Él estaba sentado en una mesa con otros dos muchachos rubios, quienes parecían ser unos años mayores que él.

—Miren hacia acá —dijo la voz de una mujer fuera de la cámara.

—¿Por qué estamos haciendo esto? —gimoteó el chico mayor.

—Es el cumpleaños de Nykyrian —dijo ella, mientras caminaba alrededor de la cámara para enderezar el cuello de la camisa de Nykyrian. Nykyrian no se movió, solo miró ausentemente la superficie de la mesa, con un enorme ojo negro en su mejilla izquierda.

—No vamos a celebrar su cumpleaños —dijo el niño menor, mientras pateaba la silla de Nykyrian.

Nykyrian no se movió. Permaneció allí sentado, mirando fijamente la mesa como si estuviera en mitad de un sueño.

—Arast, Aksel —chasqueó la mujer, apuntando con los dedos a los niños—. ¿Cuántas veces les he dicho que no deben meterse con él? ¡Ustedes son dos veces más grandes!

Aksel se levantó.

—Solo porque usted sea una psico, lo que sea, no significa que deba decirme que debo hacer.

—Además —gimoteó Arast, mientras apartaba su plato, derramando la comida por los bordes—. Él es un monstruo. Por qué no lo llevan de regreso a donde sea que lo encontraron.

La enfermera intentó calmarlos, pero ellos no la escucharon. Antes de que pudiera hacer algo para detenerlos, Aksel empujó a Nykyrian de la silla y Arast lo pateó en las costillas. Nykyrian luchó contra ellos sin lágrimas o palabras. La niñera desapareció.

Kiara apretó los dientes ante los salvajes golpes que Aksel y Arast repartía, asombrada de que Nykyrian no llorara ni gimoteara. Aguantó los golpes, pero era muy difícil para él defenderse de los dos.

Después de un momento, la niñera regresó junto con el Comandante Quiakides.

—¡Chicos! —dijo él, mientras chasqueaba las manos cuando se puso en frente de la niñera. Al instante, ellos soltaron a Nykyrian.

—¿Qué está pasando aquí? —exigió el Comandante, su mirada afilada perforó al grupo.

—Él se metió con mis cosas de nuevo, Papá —replicó Aksel defensivamente—. Estoy cansado de eso también.

La niñera protestó detrás del Comandante.

—Eso no fue lo que...

—Suficiente —dijo el comandante, interrumpiéndola—. No quiero más conflictos en mi casa. Déjenme con Nykyrian.

La mirada de Kiara cayó en donde Nykyrian estaba sentado, estudiando calladamente el diseño del suelo de porcelana. Él no se había molestado en ponerse

de pie. El cuarto fue desocupado y el Comandante levantó a Nykyrian del suelo por el brazo con tanta fuerza, que hizo que Kiara se encogiera instintivamente.

—¿Entraste otra vez en sus cuartos?

Nykyrian siguió callado.

—Contéstame —gruñó el Comandante, mientras lo sacudía.

Nykyrian lo miraba con un odio tan frío que congeló a Kiara. La respuesta del Comandante fue mucho peor, le dio una cachetada. Nykyrian no retrocedió, ni se lamentó. El darse cuenta de eso hirió a Kiara mucho más que la brutalidad del Comandante.

—Eres un animal híbrido —gruñó el Comandante—. ¡Ni siquiera tus propios padres te quisieron! ¡Tendrás suerte si alguien lo hace alguna vez! ¡O respetas mi casa y mis reglas, o te devolveré a la casa de trabajo, encadenado en la pared!

Las palabras ardieron a través del cuerpo de Kiara, y no fue capaz de seguir mirando tal crueldad. Cambió el disco.

En el siguiente disco Nykyrian tenía alrededor de quince años. Practicaba en un cuarto de ejercicios con sus hermanos. A Kiara le pesó el corazón cuando observó la brutalidad con la que ellos entrenaban. Si Nykyrian erraba en alguna defensa, recibía un golpe severo de alguno de los dos.

Su hermoso pelo rubio estaba cortado casi al borde de su cabeza y una larga y rosada cicatriz le recorría la parte trasera de su cuello, a lo largo de su espina dorsal.

El Comandante entró y Kiara creyó vislumbrar una expresión de orgullo en sus ojos cuando miró a sus hijos.

De repente, y sin ninguna razón, Nykyrian dejó caer su arma y se arrodilló. Respiraba con dificultad, se agarraba la cabeza como si un dolor intolerable le atravesara el cráneo.

Al ver al Comandante, Aksel dejó caer su arma, sonrió, entonces Arast aplaudió detrás de él y ambos salieron del cuarto.

Huwin se movió para ponerse en frente de Nykyrian, con las piernas separadas. Él golpeó el suelo con su bastón plateado en un rimo constante. Nykyrian bajó las manos de su cabeza y levantó su rostro para mirar fijamente con un odio amargo a su padre.

—¿Todavía te duele tu herida? —le preguntó Huwin con un tono de voz casi afectuoso. Nykyrian permaneció en silencio.

Huwin golpeó con el bastón más cerca de Nykyrian. El sonido se detuvo. Agarró por el pelo a Nykyrian y lo tiró a sus pies. Nykyrian ni siquiera hizo una mueca.

—He recibido alguna información penosa sobre ti —dijo Huwin, mientras lo apretaba más fuerte por el pelo—. Algo relacionado contigo y la hija del Embajador Krila. —Nykyrian solo lo miró fijamente.

Huwin levantó su bastón y dirigió el borde afilado del asa hacia los ojos de Nykyrian.

—¿Es verdad?

—No —escupió Nykyrian.

Huwin lo soltó.

—Bueno. Tu sangre está corrompida. Lo único que debes hacer es estar sano para matar. No quiero escuchar más rumores sobre ninguna mujer. ¡La única cosa que una mujer podría querer de ti es mi dinero, y no quiero que ninguna descendencia bastarda de un híbrido como tú, disfrute de lo que he construido en toda mi vida!

Nykyrian abrió su boca para hablar y recibió un feroz revés.

—Recuerda mis palabras.

—¡Qué estás haciendo!

Kiara saltó al escuchar el gruñido de Nykyrian. El calor picó sobre sus mejillas al ser descubierta curioseando.

Corriendo hacia delante, Nykyrian apagó el televisor. Su mirada afilada y feroz la petrificó.

Ella apartó los ojos sintiéndose culpable.

—Solo quería ver como fue tu niñez —susurró ella.

Él se pasó una mano por los bíceps, con la mirada clavada sobre ella. Kiara podía jurar que veía como su mano temblaba.

—No quiero que nunca vuelvas a ver ninguno de mis archivos personales —dijo él, en un áspero susurro. Furioso, salió del cuarto.

El desaliento, la culpa y el dolor la invadieron mientras se sentaba, sosteniendo aún el control en su mano. No había querido herirlo, solo había querido ver como había sido su niñez. Ahora, entendía muy bien, la razón por la cual él la mantenía oculta. Soltando un suspiro doloroso, fue a buscarlo para pedirle disculpas por todo.

Kiara dudó en el vestíbulo justo antes de entrar en el cuarto principal. Nykyrian estaba sentado en el escritorio, sosteniendo su cabeza con las manos, viéndose más miserable que cualquier cosa que ella hubiera visto alguna vez. Buscó a Rachol, pero quizá él ya se había marchado. Avanzó, se arrodilló al lado de su silla y le puso una mano en el muslo.

—Lo siento, no quería fisgonear.

Nykyrian miró fijamente su apoloético rostro. No podía creer que ella hubiera podido encontrar sus archivos. Los recuerdos amargos, agónicos, lo desgarraban. Muchas veces había querido tener una persona con quien hablar, alguien que lo abrazara, que borrara esos recuerdos de su mente y lo dejara llorar. ¿Pero qué ganaría con eso?

Miró el dolor reflejado en el rostro de Kiara mientras lo miraba. Allí encontró el cariño sincero que él siempre había pedido. El deseo de tomarla en sus brazos y encontrar el consuelo que necesitaba ardió en su interior. Estaba seguro que entre sus brazos encontraría la paz que su alma le pedía a gritos.

Cuan fácil sería confiar en una persona. Kiara lo miraba con una adoración, como si quisiera aliviarle su agonía. Él necesitaba su calor, sus caricias, su amor. Su mente protestó brutalmente. Él no podía confiar en ella, no podía confiar en nadie.

Pero por primera vez, no escuchó a la voz que estaba en su interior, ni a todas las advertencias que le gritaban. Él extendió la mano hacia ella, estremeciéndose con la fuerza de sus emociones.



Capítulo 8

La mano de Nykyrian se detuvo a unas pulgadas de su cara. Sonriendo por ese gesto, Kiara apretó su mano con las suyas y le besó las yemas heladas de sus dedos. Su mano tembló mientras ella se la sostenía. La indecisión oscureció sus brillantes ojos verdes.

Kiara esperó mientras le acariciaba los tendones de sus fuertes manos, rezando para que la abrazara.

Nykyrian enterró la mano que tenía libre en el cabello de ella, los dedos le acariciaban el cuero cabelludo suavemente haciendo que un escalofrío recorriera todo su cuerpo. El deseo hizo erupción dentro de ella y supo que esa noche no querría, y no podría dejarlo marchar. Quizá mañana estarían separados, pero tendrían esta noche contra todo pronóstico.

Sus brazos la apretaron y la presionó contra su cuerpo. Sus labios reclamaron los suyos con una pasión nacida de una necesidad desesperada. Kiara gimió de placer y escuchó como se le quebraba la respiración cuando él le mordisqueaba los labios. Abriendo la boca, le dio la bienvenida a su calor.

Nykyrian se deslizó de la silla y sus manos hicieron magia sobre su cuerpo. La tocó por todas partes y la hizo arder de deseo. El corazón de ella latió de prisa cuando puso las manos bajo la suave seda de su camisa, encantada por la forma en la que sus duros músculos se curvaban bajo la yema de sus dedos.

Lo deseaba más que a cualquier cosa en la vida.

Nykyrian enterró los labios en el cuello de Kiara inhalando la fragancia dulce de su perfume exótico. Tembló por la fuerza de su necesidad y se perdió en la primera verdadera bendición que le había sido concedida en toda su existencia.

Sus brazos le dieron la bienvenida y lo sostuvieron en un gentil abrazo que él nunca pensó que pudiera alguna vez sentir. El deseo corrió por sus venas como fuego líquido. Se aferró a ella desesperado, necesítandola, deseándola.

Los escalofríos le recorrieron la espalda bajo el calor de sus manos. Abrió la boca y dejó que su lengua vagara a lo largo de su cuello, con los dientes la mordisqueó suavemente. Cerró los ojos para seguir disfrutando de esa sensación. Reclamando sus labios, la besó profundamente. Y por primera vez en la vida se sintió amado, deseado.

El cuerpo de Kiara latió con una necesidad dolorosa, exigiendo poder sentir su cuerpo desnudo contra el suyo. Le puso los dedos debajo del cuello de la camisa, pero eso no la aplacó, solo intensificó más su deseo. Gimió de placer cuando él le puso la mano encima de su pecho, bajo su estómago y bajo el dobladillo de su vestido. Escalofríos la recorrieron cuando él le acarició con su mano la piel de su estómago. Kiara lo besó furiosamente queriendo mantenerlo a su lado.

Con un gemido, Nykyrian se apartó condenándose por sus acciones. Respiraba con dificultad mientras se ponía de pie. Miró fijamente los ojos desconcertados de Kiara y su cuerpo latió dolorosamente excitado. ¿Qué estaba haciendo?

Recorrió con sus manos temblorosas a su cabello, no podía creer lo que había hecho, lo que podría haber hecho y lo que aún quería hacer con esa diminuta bailarina.

—Lo siento.

Kiara pestañeó, su disculpa la confundía más que las emociones que se arremolinaban en su interior.

—¿Por qué? —le preguntó.

Él cerró los ojos y se dio la vuelta.

—No tenía ningún derecho a tocarte —le susurró.

El corazón de Kiara se tambaleó por esas palabras llenas de dolor.

Acercándose, le puso la mano sobre la espalda.

—Tienes más derecho que nadie —le dijo ella, agarrándole el brazo y girándolo para que la enfrentara.

Nykyrian la miró fijamente con esos ojos maravillosos y hermosos. Kiara le puso la mano sobre la mejilla y le pasó la palma sobre la barba.

—Te deseo.

El dolor le nubló los ojos. El se apartó de ella como si su caricia lo quemara.

—Me tienes lástima. Y no la necesito, no la quiero.

—¡No intentes decirme qué es lo que siento! —Kiara cruzó la habitación y se le puso en frente.

Él intentó marcharse de nuevo, pero ella le agarró el brazo y lo detuvo.

—No puedes alejarte de mí, no te lo permitiré.

Su mandíbula se tensó.

—Quizás, yo no te deseo.

Una esquina de la boca de ella se levantó. Recordó el número de discos que él tenía en su armario sobre sus presentaciones, y la mirada que tenía en la cara hace unos momentos mientras extendía una mano hacia ella.

—Si eso fuera cierto te quedarías y no intentarías escapar de mi presencia. ¡Enfréntalo soldado, me quieres más que a nada!

La intensidad de su mirada se afianzó.

—Esa es una suposición bastante arrogante de tu parte.

Kiara sonrió ampliamente.

—¿Acaso no es verdad?

El humor chispeó en los ojos de Nykyrian cuando la miró fijamente y entonces se marchitó.

—Tú no me deseas. Y estoy seguro como el infierno que no me necesitas.

Kiara cerró los ojos por la frustración y rezó para que alguna ayuda divina la auxiliara para hacerlo cambiar de parecer.

—¿Por qué piensas eso?

Nykyrian se apartó y tomó su larga chaqueta negra del sofá en donde la había extendido.

—Aquí estarás segura. Regresaré en un rato.

La desesperación la invadió. Si él se marchaba, sabía que se alejaría de ella para siempre.

—Por Dios, híbrido —le gritó—. ¡No te alejes de mí!

La mirada asesina que él le lanzó mientras se daba la vuelta la hizo retroceder un paso. Nykyrian mantuvo la mano apretada en su costado y ella tuvo el presentimiento de que quería matarla.

—Pensé que los soldados eran entrenados para manejar los conflictos, no para alejarse de ellos —le dijo ella, todavía negándose a darse por vencida.

Él la miró.

— ¿Qué es lo que te asusta de mi?

Él no le contestó.

Kiara quiso gritar por la frustración. ¿Podría ser verdad que realmente no la deseara?

— Regresaré más tarde —le dijo él y se dirigió hacia la puerta.

Como si fuera una inspiración divina, Kiara recordó las escenas de los discos y comprendió lo que él estaba haciendo y por qué no le permitía a nadie, ni siquiera a Rachol estar a su lado.

— ¿Por qué crees que no puedes ser amado?

Él se congeló.

— Es eso ¿no? —le preguntó ella, tentada de reírse por la absurda idea—. En algún lugar obtuviste la idea de que nadie podía amarte. ¡Bien, lo hago, y no voy a permitir que me abandones! —Sus ojos se abrieron espantados cuando comprendió lo que se había resbalado de su boca. Horrorizada por lo que había dicho, se mordió el labio. ¿De donde había salido eso?

Nykyrian se dio la vuelta despacio. Una gama de emociones fluctuaba por su cara cuando comprendió sus palabras.

Una luz de esperanza chispeó en su interior, pero Kiara sabía que tenía que ir despacio. Cerrando el espacio entre ellos, le puso una mano en la mejilla. Él no se marchó.

— Te amo —le dijo Kiara con convicción, comprendiendo exactamente la razón por la cual había dicho esas palabras.

Nykyrian la ahucó entre sus brazos, aplastándola contra él. Su mejilla se apretó contra su pecho y oyó el latido fuerte de su corazón, percibiendo el calor del cuerpo que la rodeaba. Sabía que nunca querría abandonar ese paraíso. En ese lugar estaba segura, allí era a donde pertenecía.

— Te necesito. —Su susurro lastimero la estremeció.

Kiara lo miró a los ojos, que estaban oscurecidos por la pasión y vio lo profundo que era su amor por ella.

— Déjame amarte Nykyrian —le suplicó.

Sus brazos se apretaron alrededor de ella, la recogió del suelo y se dirigió hacia los escalones.

— Tu herida —jadeó ella, asustada de que se le abriera de nuevo.

— Estoy bien —le dijo. Y entonces la cosa más maravillosa pasó, él le sonrió.

Kiara lo miró fijamente boquiabierta.

— ¡Tienes hoyuelos!

Al instante, su sonrisa desapareció.

—Lo sé.

—¡Son hermosos! —le sonrió Kiara—. Muéstramelos otra vez —le tocó la mejilla intentando que él le diera otra sonrisa.

Nykyrian la puso en la cama y se estiró encima de ella, esa presión contra el colchón la excitaba. El la miró fijamente a los ojos y le sonrió otra vez.

—Se siente raro —dijo Nykyrian después de un minuto—. Estoy seguro de que parezco un tonto.

Kiara sonrió.

—Te ves maravilloso. Rachol tenía razón, debes sonreír más a menudo.

Él le tomó la mano y le besó la palma. Su respiración calurosa le electrizó el brazo.

—¿Cuál es tu segundo nombre? —le preguntó ella súbitamente.

Él le soltó la mano y la miró fijamente como si se hubiera puesto morada de repente.

—¿Qué?

—¿Tu segundo nombre?

Él frunció el ceño.

—¿Por qué me preguntas eso?

Kiara jugó con un mechón de su pelo rubio, encantada por su suavidad.

—Quiero saber todo de ti y me parece que ese es una buena manera de empezar.

El agitó la cabeza hacia ella esparciéndole el pelo rubio sobre su rostro.

—Caesare.

Ella sonrió recorriendo con la yema de sus dedos las curvas de su boca.

—Nykyrian Caesare Quiakides. Suena bastante noble.

Un momento breve de dolor le encendió los rasgos. Cruzó por su cara tan rápidamente, que ella se preguntó si se lo había imaginado.

Entonces la miró otra vez con esos maravillosos ojos verdes.

—¿Quieres que oscurezca el cuarto? —le preguntó él.

El calor arrasó sus mejillas.

—Por favor.

Él rodó fuera de ella y alcanzó un control de la mesa que estaba al lado de su cama.

Las luces se apagaron y en el techo sobre sus cabezas se marchitaba la transparencia. Mil estrellas centellearon, su luz baño al cuarto con su incandescencia suave y blanca.

—Parece un sueño —susurró ella intimidada por la belleza—. Ya veo por qué te gusta estar aquí.

Él se quitó las botas.

—Las estrellas no son ni la mitad de hermosas que tu.

Su voz era tan baja, que Kiara se preguntó si él lo había dicho, o solo lo había imaginado. Ella se sentó y se reclinó contra su espalda. La succión afilada de su respiración trajo una sonrisa a su cara. Recorrió con sus manos el lugar debajo de los brazos de él y se deleitó con la sensación de sus músculos tensándose bajo sus manos.

Los cuatro lorinas se pegaron a la cama en seguida. El más grande empujó a Kiara intentando separarla de Nykyrian.

Nykyrian masculló una maldición.

—¡Pixley, abajo! —le ordenó al más grande.

—No sabía que ellos tenían nombres —le dijo Kiara, mientras acariciaba al más pequeño detrás de las orejas.

Nykyrian asintió.

—El que estás acariciando es Cintara, Pixley es el más grande, Ulf es el que tiene la mancha blanca y el otro es Ilyse —le dijo mientras empujaba a Pixley hacia los escalones.

Una vez que los sacó del cuarto, cerró la puerta con llave.

—¿Cuánto tiempo hace que viven contigo?

—Ocho años —le dijo él, mientras se sacaba la camisa por la cabeza.

La timidez superó a Kiara cuando miró el juego de músculos bien definidos. Su boca se secó ante el espectáculo que le ofrecía esa piel morena y quiso pasar sus manos por todo su cuerpo. Vio el tatuaje de un dragón y una daga, debajo de su clavícula izquierda, la marca de un Asesino de la Liga. De algún modo su carrera ya no la molestaba.

La cama se hundió bajo su peso. Él se estiró al lado de ella y con una mano le sostuvo la cabeza intentando estudiarla con una intensidad que ella encontró desquiciante.

Kiara imitó su gesto. Se quedó mirándolo, temerosa de tocarlo, porque pensaba que él podría cambiar de parecer y dejarla. Después de varios segundos, el extendió su mano y le tocó el cabello, extendiéndole los largos mechones negros.

Kiara sonrió calurosamente con el corazón laténdole con fuerza. A pesar de todas las cicatrices que él tenía en el pecho, pensaba que Nykyrian tenía el cuerpo más hermoso que había visto en toda su vida. Ella tocó la peor de sus cicatrices que le recorría la clavícula hasta su tatuaje. Parecía como si alguien le hubiera clavado una enorme garra en el cuello. El nudo de tristeza en su garganta estranguló su respiración cuando pensó en todo lo que él había padecido en la vida.

Nykyrian sacó la mano de su pelo.

—¿Haz cambiado de parecer?

El desaliento que escuchó en su voz, la hizo querer llorar.

—No —le susurró.

Él frunció el ceño, mientras le aplanaba un rizo en la mejilla acariciándole el pómulo con su dedo pulgar.

—Te ves tan triste.

Ella sostuvo la mano sobre su mejilla, disfrutando de la sensación de su palma callosa sobre su piel. Kiara se llevó esa mano hacia los labios y le besó los nudillos.

—Deseo poder apartar de ti el dolor —le susurró ella—. Deseo poder regresar al momento en que naciste y llevarte a un lugar seguro. Lejos de todas las personas que te hirieron.

Los ojos de él estaban empañados.

—Lo estás haciendo ahora. —Él se inclinó y la besó en los labios.

Kiara le dio la bienvenida a la percepción de sentirlo sobre ella, apretándola contra el colchón. Sus labios vagaron por su cuerpo, abriendo un sendero de fuego por donde pasaban. Nykyrian levantó el dobladillo de su vestido y le besó el estómago. Kiara agarró su cabeza por el éxtasis vertiginoso que la recorrió.

Nykyrian se maravilló al sentir toda su carne sedosa. Le encantó la manera en que ella temblaba por su toque más ligero y susurraba su nombre. Él había esperado su vida entera el sentirse amado. Ahora, no estaba decepcionado.

Kiara se olvidó de su timidez cuando él le quitó el vestido y lo dejó caer al suelo. Lo miró explorando su cuerpo, cada nervio vivía y se armonizaba con él. Ella se rió y le mordisqueó los labios mientras los pelos de su barba le hacían cosquillas en la piel.

Él cerró los ojos antes de dejarla para quitarse los pantalones.

Kiara le echó un vistazo a su magnífico cuerpo, el calor ardió sobre sus mejillas. Nunca había visto a un hombre desnudo y se maravilló al ver la belleza de ese espécimen tan increíble.

Kiara se puso sobre él y trazó con las manos las cicatrices de su pecho hasta el pequeño sendero de pelo que estaba debajo de su ombligo. Nykyrian cerró los ojos y respiró jadeantemente. Cuando la mano de ella viajó más abajo, él abrió la boca.

—Ahora eres mío —le dijo ella diabólicamente, mientras le mordía el cuello—. Nunca te dejaré ir.

El gimió y la liberó de su *corslet*. Su respiración se detuvo cuando él le acarició con las manos sus pechos desnudos. El calor ardiente recorrió sus venas hasta que quiso gritar por el dolor agridulce.

La boca de Nykyrian relevó a las manos de sus pechos y su respiración calurosa la llevó a una altura aun más vertiginosa. Ella echó su cabeza para atrás rindiéndose ante él, ante la noche. Sus fuertes y callosas manos rodearon su cintura y vagaron por su espina dorsal.

Suavemente puso su espalda contra el colchón profundizando su beso. Kiara retorció los dedos sobre su cabello rubio atrayéndolo hacia ella.

Gimiendo, Nykyrian se apartó y le quitó la ropa interior. Se estiró totalmente sobre ella. Kiara le sonrió deseando que nunca se detuviera esa tortura tan dulce.

—Eres hermosa —le susurró él, antes de reclamar sus labios.

Kiara le devolvió el beso con toda su pasión y abrió las piernas para él. Aceptó su invitación con un gemido acalorado. Kiara jadeó por el dolor súbito que superó al placer cuando él la penetró.

El cuerpo de Nykyrian se puso rígido sobre ella. Se detuvo y la miró confundido cuando se dio cuenta de que ella era virgen.

—Ámame —le susurró ella, mientras le aplanaba el ceño de su cara con los dedos.

Él apretó los dientes y por un momento, ella temió que la abandonara. Por eso envolvió las piernas a su alrededor y lo mantuvo aferrado.

Finalmente, él empezó a mecer sus caderas muy despacio contra ella.

—Dime si te causo dolor —le susurró.

Después de un rato, el dolor menguó y fue reemplazado por un nuevo placer. Kiara respiraba con dificultad cuando él se movía más rápidamente. Puso las manos sobre sus hombros, intentando percibir su fuerza. Era suyo y pensaba mantenerlo a su lado a cualquier precio.

Una nueva demanda creció dentro de ella. Kiara meció sus caderas contra las de él. Se emparejó a su ritmo, asombrada por el agudo e intenso placer. Y cuando pensó que nunca más podría volver a levantarse, su mundo explotó en un hormigueo que jamás hubiera creído posible.

Nykyrian enterró la cara en su pelo y se le unió en su liberación. Él respiró la fragancia dulce de sus mechones de seda. Ella envolvió sus brazos y sus piernas herméticamente alrededor de él, tratando de borrar todo el dolor de su alma. Su mano jugando con su pelo, mientras lo sostenía.

Él era incapaz de creer que eso fuera real. Esperaba despertarse en cualquier momento y encontrarse solo, pensaba que la noche entera no había sido nada más que un sueño cruel. Entonces se preguntó si la realidad de esa noche, no era incluso peor que una pesadilla.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó Kiara al notar su distanciamiento.

—Nada —le dijo él y apartándose.

Ella frunció el ceño, mientras lo miraba caminando hacia el baño. En unos pocos segundos, regresó y se sentó al borde de la cama. No la miró a los ojos. En su lugar, le abrió las piernas y le limpió la sangre de los muslos con una toalla caliente. El ceño oscuro de su cara la preocupó.

—¿Qué sucede? —le exigió ella.

Él la miró con los ojos en blanco.

—¿Por qué?

Ella le replicó con el ceño fruncido.

—¿Por qué, que?

—¿Por qué no me lo dijiste antes? No te habría tocado si me lo hubieras dicho.

Ella sonrió.

—Por eso no te lo dije, tonto. —Kiara le tocó la mejilla.

Podría decir que su respuesta no lo tranquilizó, al ver la expresión en su rostro.

—Te amo —le dijo ella suavemente—. Nunca había sentido lo mismo por nadie.

Él parecía tan triste que a ella le dolió. ¿Por qué no le permitía estar dentro de él? ¿Cómo podía cerrarse después de lo que habían compartido?

Nykyrian se levantó y regresó al baño. Kiara escuchó correr al agua queriendo gritar. Cuando él volvió un momento después, todavía llevaba el ceño fruncido.

—¡Si no quitas esa mueca de tu cara, soldado, te voy a disparar!

Sus ojos se ablandaron un poco.

—Lo siento —le dijo, y se acostó de espaldas en la cama.

Él la ahuecó entre sus brazos y la apretó fuertemente. Kiara escuchaba el latido de su corazón, deseando conocer la manera de localizarlo, para hacerle entender que lo necesitaba, que lo amaba. Por ahora, le daría todo lo que pudiera y esperaba que algún día él comprendiera que podía ser incluida dentro de su mundo de soledad.

* * *

Tiarun inspeccionó los daños del apartamento con furia. Cuando los segundos pasaron sin encontrar ningún rastro de Kiara, su enojo se triplicó. ¡Mataría a esos bastardos aún cuando eso significara perder su vida!

—¿Comandante? —su segundo al mando se le acercó tímidamente—. Emití los contratos por las cabezas de Rachol y de Nykyrian.

—Bien —gruñó él—. ¡Quiero que me traigan sus corazones en una caja!

Tiarun estrechó sus ojos ante el soldado.

—Sellen esta área. No quiero que nadie toque las cosas de Kiara. Al decir eso, salió del apartamento.

El camino a casa fue arduo para Tiarun. Estaba dolido por la culpa porque sabía que le había entregado a su preciosa hija a sus propios ejecutores.

Las lágrimas se derramaron por sus mejillas al recordar lo que le sucedió a su esposa Lasa, su risa tranquila y el sonido de la pistola que acabó con su vida. Por lo menos la muerte de Lasa había sido rápida y sin dolor. Solo Dios sabía lo que esos bastardos le estaban haciendo a su hermoso ángel.

Si tan solo él no hubiera sido tan sobre protector, quizá Kiara todavía estuviera viviendo en su casa con él. Era su culpa. Debió haberle dado la libertad que ella quería. Si tan solo pudiera devolverlo todo, nunca permitiría que ella se separara de él nuevamente.

En una silenciosa desesperación, rezó. Ella debía regresar a casa con él. No podía vivir consigo mismo si ella moría por culpa de sus tontos ideales.

Al entrar a su casa, tumbó todos los cuadros de la pared, intentando calmar la culpa que lo angustiaba, la impotencia de su alma. De alguna manera, de algún modo, juró que mataría a Nykyrian.

* * * * *

Nykyrian observaba el cielo pintado de rosa. Kiara, aún dormía, roncaba suavemente a su lado. Él no quería moverse, pero tenía muchas cosas que hacer como para quedarse en la cama. Tan suavemente como pudo, apartó los brazos de ella y salió de la cama.

Miró a Kiara acomodándose en el colchón, sus caderas se menearon provocativamente. Una sonrisa se dibujaba en su boca. Él la cubrió con una sábana y luego oscureció el techo, para que no se reflejara el sol del amanecer.

Kiara se veía hermosa en su cama.

De mala gana se dirigió al baño para darse una ducha. Su mente lo castigaba por lo que había hecho la noche pasada. Había sido un error amarla. Ella pertenecía al día, al calor y al sol. Su mundo era claro y maravilloso, lleno de amor y risa.

Y él había nacido de la noche. Su madre era la oscuridad, su frío abrazo era todo lo que él tenía derecho a pedir. Así como el sol destruía a la noche, estaba seguro que el amor de Kiara podía destruirlo, a no ser que sus enemigos la mataran primero. Él se negaba a verla morir.

Un nudo de dolor ardía en su garganta, su corazón le suplicaba que le permitiera a ella quedarse con él, pero nunca más podría escuchar esa parte de su cuerpo. Conservaría en su mente los recuerdos de la última noche, pero eso sería todo.

Se bañó rápidamente, se vistió y se dirigió al piso inferior sin mirar la silueta tentadora de Kiara.

Las lorinas lo asaltaron abajo, infelices por habérseles prohibido la entrada a su cuarto. Suspirando, se dijo: ¿Si ellas me aman lo suficiente, por qué necesitaba estar con alguien más?

Ensondeció a su mente para no escuchar la respuesta.

Nykyrian agarró un vaso de jugo y se dirigió a su trabajo. Al encender la Terminal de su computadora, se pasó la mano a través de su cabello mojado. Examinó los nuevos contratos, sin prestarles mucha atención. Bebió su jugo y cambió la pantalla. Casi se ahoga. Parpadeando, no podía creer lo que había visto.

—¡Mierda! —gruñó, mientras alcanzaba su intercomunicador.

Pasaron algunos nerviosos minutos antes de que Rachol le contestara con una maldición.

—Ya te dije Hauk, no voy a ir. Puedes asar a tu...

—Rachol, soy yo.

Nykyrian lo oyó bostezar a través del intercomunicador.

—¿Qué hora crees que es aquí?

Nykyrian no se molestó en contestarle su pregunta.

—Biardi ha emitido un contrato para que nos maten a ambos. Lárgate de tu apartamento.

—¡No me voy a ir de aquí por nada del mundo!

Nykyrian sofocó una sonrisa ante lo ultrajado que sonaba Rachol. El tipo amaba su casa.

—¿Ni siquiera por Aksel o Shahara?

Escuchó como Rachol tiraba algo de su mesa de noche, sin duda se había levantado súbitamente por la conmoción.

—¿Shahara Dagan?

—Sí.

—¿Caillen sabe que su hermana nos está persiguiendo?

—Lo dudo. Pero eso no importa. Necesito que consigas la información sobre ambos y averigua donde están viviendo. Con todo el dinero que les ofreció Biardi y después de que acabé con Arast, Aksel no va a detenerse hasta que mi cerebro quede hecho papilla.

—Sí, ni de broma. Estaré allí muy pronto.

Nykyrian se quitó el intercomunicador y volvió a revisar el contrato. Este hacía que todos los otros contratos que había hecho en su vida, parecieran un chiste. Biardi les había dado a sus enemigos total inmunidad en cualquier enjuiciamiento, lo cual significaba que ellos podían olvidarse de las reglas de la Liga y perseguirlo sin barreras. Su estómago se retorció.

Esto sencillamente era genial. Ahora Kiara estaba en más peligro que antes. Su padre tenía que tener el coeficiente intelectual de una fruta de *Spara*, como para hacer algo tan tonto. Biardi solo conseguiría que asesinaran a su propia hija. ¿Y ahora que demonios se suponía que debía hacer?

—Con un ceño como ese, podrías aterrorizar a los niños pequeños y también a los más grandes —le dijo Kiara, sobresaltándolo.

—No sabía que te habías despertado —le dijo y apagó la pantalla.

Kiara se confundió por su expresión distante.

—¿Sucedó algo?

Él se apoyó en el respaldo de la silla y la miró.

—Tu padre me quiere muerto.

Kiara dejó caer la boca por la conmoción. Él tenía que estar bromeando.

—¿Qué? —preguntó, mientras atravesaba el piso para ponerse de pie al lado del escritorio.

Nykyrian abrió el contrato y la atrajo hasta el escritorio para que ella lo leyera.

—¡Por esa cantidad de dinero, estoy tentado a matarme yo mismo para cobrarla!

Kiara se puso nerviosa.

—No eres divertido —chasqueó, incapaz de creer que su padre fuera tan cruel. El contrato describía minuciosamente como quería su padre que fuera ejecutado Nykyrian—. ¿Cómo pudo hacer él una cosa como esta? —susurró.

Nykyrian levantó la mirada hacia ella, con los ojos en blanco.

—Él está preocupado por ti. Quien sabe lo que debió haber pensado, después de ver en que condiciones dejamos a tu apartamento ayer.

Ella quería gritar ante la injusticia del contrato.

—Necesito llamarlo. ¿Tienes un telelink?

Él negó con la cabeza.

—Nunca he necesitado uno.

Kiara se frotó los brazos de la exasperación.

—¡Tenemos que hablar con él antes de que alguien actúe con base en ese contrato!

—No creo que tu padre quiera escucharte ahora.

Kiara frunció el ceño.

—Bien, llévame a él, yo le explicaré.

—Observa el contrato. Estoy seguro de que él piensa que nosotros te asesinamos. Si me atrevo a invadir su espacio aéreo, tu padre hará que me disparen antes de que tengas la oportunidad de decirle una palabra.

Kiara se mordió la uña de su dedo pulgar, al intentar pensar en alguna manera de acabar con esa pesadilla.

—¿Entonces que vas a hacer?

Él se reclinó en su silla y suspiró.

—Me voy a ir de compras cuando Rachol llegue.

Ella dejó caer la mano de sus labios cuando la incredulidad la recorrió.

—¿Qué tu vas a hacer qué? No puedes estar hablando en serio.

Él se encogió de hombros.

—Tú no tienes ropa.

Kiara no podía creerlo.

—Yo no tengo tarjeta débito —dijo ella sarcásticamente—. No puedo creer que aunque haya un contrato por tu vida, y uno por la mía, todo lo que tú quieres hacer sobre ambos, es ir de compras, lo cual odias. ¿Acaso estás loco?

Una sonrisa se dibujó bruscamente alrededor de sus labios.

—A dónde voy a llevarte, eso no importa. Estaremos lo suficientemente seguros.

Duwad, su mente le gritó. Él no parecía estar preocupado por el contrato que exigía su vida.

—¡Si me disparan, o te matan, nunca te lo perdonaré!

—A ti no te importará, si yo muero.

Su tono aburrido la hizo querer golpearlo de nuevo. Furiosa, se dio la vuelta y fue a cambiarse la ropa arriba.

—Como si a él le importara —masculló ella, tragándose el nudo de lágrimas que tenía en su garganta mientras se quitaba el vestido y lo tiraba en el piso de la habitación—. Si a él no le importa su vida, ¿Por qué debe importarme a mí?

Una mano le tocó el hombro. Ella jadeó, incapaz de creer que él la hubiera seguido tan silenciosamente. Nykyrian le tocó la mejilla, pidiéndole disculpas con los ojos.

—Lo siento.

Kiara sostuvo su mano en su mejilla y asintió con la cabeza.

—No podría resistir que te hirieran por culpa mía —susurró ella. Una lágrima se deslizó por su mejilla. Nykyrian la atrapó con su dedo y apartó la humedad.

Kiara recibió su beso hambriento. Él la mantuvo apretada en un firme abrazo que le transmitió sin palabras, lo mucho que ella le importaba. Sus labios se deslizaron a través de los suyos con una cruda y exigente insistencia, que le quitó la respiración e hizo que su cuerpo le doliera, pidiendo más. El sonido de un motor en el exterior de la bahía, les hizo romper su mutuo abrazo.

—Rachol —dijo Nykyrian mientras se apartaba. Se dirigió hacia los escalones.

—¿Nykyrian? —Kiara esperó hasta que él se dio la vuelta—. Te amo.

Él cerró los ojos como si sus palabras lo hirieran. Sin responderle, se dio la vuelta y la dejó en su cuarto. Pixley se frotó contra su pierna.

Kiara suspiró, temiendo que todo se complicara. Era como si todas las cosas estuvieran en contra de ella. ¿Pero acaso que quería ella realmente? Con Nykyrian, ella podría ser vetada del teatro. Y sin él, ella se perdería.

—Que problema —masculló y se dirigió hacia la ducha.

Rachol atravesó la puerta con suficiente furia como para hacer estallar sus costuras.

—¡Quiero sangre! —dijo, mientras cruzaba el cuarto hasta llegar a donde estaba Nykyrian sentado en su escritorio—. Dos de los perros de Aksel me acorralaron cerca de Tondara. ¡Me dispararon! —gritó incrédulamente—. ¡El disparo de esos bastardos realmente abrió un hoyo en mi estabilizador del tamaño de Mirala!

Nykyrian solo se quedó mirándolo.

—¿No me vas a decir nada?

—¿Te hirieron?

La expresión de Rachol cambió, su enojo disminuyó un poco.

—No.

—¿Entonces por qué te está dando un ataque?

Rachol sonrió.

—No sé, creo que me hace sentir mejor.

Nykyrian negó con la cabeza incrédulo.

—¿Le hicieron mucho daño a tu nave?

Rachol suspiró. Se dio la vuelta y se puso detrás de Nykyrian, para poder leer por encima de su hombro. Pasaba algo raro con su amigo, y Rachol no podía descifrar lo que era.

—No, no realmente. Solo el suficiente para hacerme enfurecer.

Los ojos de Rachol se ampliaron cuando revisó el contrato.

—Jesús santo —exclamó—. Biardi no está bromeando con esto.

—No, no lo está.

Rachol tomó una respiración profunda.

—¿Entonces vamos a encargarnos de esto? Mi voto es para que acabemos con ese *gratter*. —Nykyrian lo miró amenazadoramente—. Él se lo merece —dijo Rachol defensivamente.

—Sí, pero no podemos dedicarnos a matar a funcionarios respetables.

Rachol resopló, deseando que pudieran hacerlo.

—Creo que debemos olvidarnos de toda esta basura de la protección y mandar a Kiara de vuelta en un transbordador. —Él se movió para acostarse en uno de los sofás.

La puerta de arriba se abrió. La expresión de ternura que vio en la cara de Nykyrian mientras miraba fijamente a la bailarina, hizo que Rachol apretara los dientes. Levantó la mirada desde el sofá y notó el rubor de Kiara, en ese momento, supo lo que había pasado entre ellos.

—Ay Dios —murmuró.

Nykyrian le lanzó una mirada letal.

—Por favor, niégamelo —le suplicó Rachol. El sonrojo de Kiara se profundizó.

Rachol sacó los pies del sofá y se levantó.

—¿Has perdido todo tu cerebro?

Nykyrian se levantó y Rachol reconoció el movimiento furioso de su mandíbula.

—Esto no es de tu incumbencia.

Apretando los dientes, Rachol cedió.

—Bien —chasqueó, mientras miraba a Kiara con toda la malicia que sentía.

—Kiara y yo tenemos cosas que hacer esta mañana. Necesito que te quedes aquí y te encargues de localizar a Aksel y a Shahara. Cuando regrese, repararemos tu nave.

Rachol quería obligar a su amigo a que recuperara sus sentidos. Nykyrian no era de los que echara la seguridad al viento por nada, mucho menos por una mujer.

—Bien —dijo Rachol, sabiendo que no era el momento de discutir, pero se prometió que haría recapacitar a Kip, así tuviera que dispararle—. Necesito un nuevo enchape para mi propulsor trasero.

—No hay problema —dijo Nykyrian, mientras se dirigía hacia las escaleras—. Debo ir a cambiarme, después nos marcharemos.

Rachol volvió su mirada intensa hacia Kiara.

Segundos después, Nykyrian le gritó:

—Necesito que encuentres la dirección de la esposa de Aksel. Su nombre es Driana Bredeh, ella debe estar en el sistema Solaras.

Rachol frunció el ceño.

—No sabía que esa lacra estaba casada —murmuró.

Kiara caminó alrededor del sofá, luciendo una expresión extraña en el rostro cuando se le acercó.

—¿Por qué Aksel y Nykyrian se la llevan tan mal?

Rachol se encogió de hombros.

—El favorito hijo mayor del comandante Huwin murió en batalla. Por alguna razón, no creyó que Aksel o Arast fueran un buen material para ser soldados, por eso decidió adoptar a otro hijo.

Rachol levantó la mirada hacia los escalones, preguntándose si Nykyrian podía escucharlo. Malévolamente, decidió que no y continuó:

—Huwin encontró a Nykyrian en una casa de trabajo. Aksel odió a Kip desde el primer momento en que lo vio. Y cuando Nykyrian se graduó en primer lugar en su clase y entró a la Liga como el funcionario comisionado más joven en la historia, Aksel no pudo soportarlo. Desde entonces, siempre ha perseguido a Kip.

Kiara abrió la boca para hacerle otra pregunta, pero Nykyrian regresó. Rachol notó la expresión de advertencia en los ojos de Kip, de que todavía debía controlar su lengua alrededor de Kiara. Una sonrisa vengativa se dibujó en sus labios cuando se atrevió a decirle algo a Kip disimuladamente.

Por lo menos Kip vestía con su ropa de calle usual, chaqueta larga negra que ocultaba su pistola de rayos, gafas y hojas retractiles de plata embutidas en las botas.

Rachol sabía que Kip podía cuidar de sí mismo, pero aún así deseaba que razonara y detuviera esa tontería con Kiara antes de que fuera demasiado tarde para todos. Nykyrian le ofreció una mano a Kiara y Rachol maldijo entre dientes.

Con su carácter apenas controlado, Rachol los observó cuando se marchaban. Mientras acariciaba la cabeza de Ilyse, escuchó el momento en que encendieron los motores.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —le susurró a él—. Sobre todo, espero que ella valga la pena.

Incluso al decirle esas palabras, Rachol había tenido la extraña premonición, de que Nykyrian se dirigía directamente hacia su muerte.



Capítulo 9

—¿En dónde estamos? —preguntó Kiara cuando aterrizaron en el interior de una bahía sumamente iluminada, en un planeta que ella nunca había visto antes.

—En la ciudad de Verta —dijo Nykyrian, mientras apagaba los motores.

—¿Verta? —repitió Kiara, mientras una emoción rápidamente la recorría. Ella siempre había querido visitar las infames tiendas de Paraf Run, pero su padre siempre le había dicho que ir muy lejos era demasiado peligroso. Toda mercancía dudosa, incluso los esclavos, era comprada y vendida en ese lugar, por los seres más peligrosos del universo.

—¿Estás seguro de que aquí no nos pasará nada malo? —preguntó ella.

Nykyrian abrió la compuerta.

—Claro. Soy bien conocido en este lugar y nadie es tan tonto como para cruzarse en mi camino.

Un pensamiento travieso se le ocurrió y no pudo resistir el impulso de preguntarle:

—¿Qué pasaría si algún aristócrata de alta jerarquía me ve y exige mis servicios *privados*?

Sus manos se tensaron alrededor de ella mientras soltaba los cinturones de seguridad.

—Le arrancaría el corazón y se lo haría tragar.

Kiara no estaba muy segura de que le hubiera gustado mucho su respuesta. Tragó saliva cuando una imagen de la muerte de Arast pasó por su mente.

Después de soltarle el cinturón de seguridad, Nykyrian la ayudó a bajar, la sacó de la bahía, y la llevó a una calle atestada de personas.

—Quédate a mi lado —le dijo él, mientras le envolvía un brazo posesivamente sobre su cintura.

Kiara observó la calle, asombrada por la variedad de seres y culturas que interactuaban en ella. Vio a princesas adineradas vestidas con las telas más finas que existían, a pilluelos callejeros y sucios que apenas llevaban la suficiente ropa como para cubrir su desnudez. Un niño sucio pasó corriendo al lado de ellos.

Nykyrian la soltó.

—¡Jana! —gritó y el muchacho se detuvo inmediatamente.

Kiara miró asombrada como Nykyrian le señalaba al muchacho un escondite rápidamente antes de que un Guardián enfadado girara en la esquina, con un garrote en la mano. El Guardián miró en todas las direcciones, y luego los miró.

Apartó de su camino a toda la muchedumbre, mirando fijamente a Nykyrian.

—¿Has visto a Jana el ladrón? —chasqueó él.

Nykyrian cruzó los brazos sobre su pecho.

—No. ¿Por qué?

Por la cara del Guardián, Kiara pudo deducir que el hombre pensaba que Nykyrian estaba mintiendo, pero él no le dijo nada más. Con una mueca en dirección a ella, el hombre lentamente bajó por la calle.

Kiara se mordió el labio inferior, preguntándose qué estaba pasando. Nykyrian metió una mano en las sombras y sacó al niño del brazo.

—¿Qué estás haciendo? —le exigió Nykyrian firmemente, pero su tono de voz todavía era calmado.

El niño la miraba tímidamente.

—No hice nada, Nykyrian, ¡te lo juro por mi vida!

El gesto de dureza en el rostro de Nykyrian se ablandó.

—¿De qué te acusan?

El niño se lamió los labios y bajó la cabeza. Sus hombros delgados se agitaron y Kiara se dio cuenta de que estaba llorando.

—Mi madre murió hace dos días —sollozó—. Ellos quieren llevarme a una casa de trabajo.

La mandíbula de Nykyrian comenzó a apretarse, expresando su gesto de enfado usual.

Para su eterna sorpresa, él tiró al niño sucio entre sus brazos y lo abrazó.

—Todo está bien, Jana. No voy a permitir que ellos te hagan eso.

Un nudo se apretó en la garganta de Kiara cuando miró la forma tierna en la que levantó al niño en sus brazos. Los pequeños brazos delgados de Jana lo abrazaron mientras sollozaba contra el cuello de Nykyrian.

—Tú me pareces muy tierno, para ser un hombre sin sentimientos —le dijo ella, mientras apartaba un mechón de pelo enredado de la mejilla sucia de Jana.

Nykyrian no dijo nada. En su lugar, la llevó calle abajo, a la parte trasera de una tienda. Se quitó las gafas y tocó la puerta trasera, donde esperaron, hasta que una atractiva mujer apareció.

—¡Nykyrian! —exclamó ella alegremente, al abrir la puerta, mirándolo de arriba a bajo, como una madre mira a su hijo después de una larga ausencia.

Kiara reconoció de repente a la mujer, como la enfermera que había cuidado de Nykyrian en el primer disco que ella había visto el día anterior.

—Hola Orinthe. ¿Podemos entrar? —preguntó él, mirando fijamente a Kiara.

—¡Sabes que eres bienvenido aquí cuando quieras! —dijo ella con una sonrisa y abrió mucho más la puerta.

Nykyrian se apartó y dejó que Kiara entrara primero. La mujer la guió a través de un almacén de comestibles inmaculado y la llevó a un pequeño salón de descanso que estaba a la derecha. Jana había dejado de llorar y estaba echando una mirada alrededor de la comida con tanto anhelo, que Kiara quiso llorar por él.

Nykyrian sentó a Jana en una de las cuatro sillas que bordeaban a una pequeña mesa redonda. Orinthe fue hacia un estante y tomó una bandeja llena de frutas y panes dulces. Con una sonrisa tierna, la puso delante de Jana quien ávidamente cayó sobre ella.

Una extraña mirada se cruzó por la cara de Orinthe mientras miraba a Jana.

—Él me recuerda a otro niño que conocía hace mucho tiempo —le dijo ella a Nykyrian.

Nykyrian no se movió. Se quedó quieto mirando varios segundos a Jana.

—Él necesita un hogar —dijo él después de una larga pausa—. No se a donde más llevarlo.

Orinthe asintió con la cabeza.

—Podría necesitarlo para que me ayude aquí en la oficina. El chico que hacía mis recados me dejó hace tres días y no he tenido tiempo de buscar a otro.

Jana levantó la mirada de su comida, con los ojos abiertos.

—¿Quedarme aquí? —preguntó el con un tono de temor—. ¿Con toda esta comida?

La brillante sonrisa de Orinthe, calentó el corazón de Kiara.

—¡Y puedes comer tanto como quieras!

Jana miraba a Nykyrian y a Orinthe con una felicidad radiante.

—Claro —dijo ella seriamente—. Que tendrás que mantenerte limpio y lavarte detrás de las orejas.

Jana arrugó la nariz.

—¿Pero puedo comerme todo esto?

—Tanto como quieras —repitió Orinthe. Jana sonrió.

—Nykyrian —dijo Orinthe, mientras se ponía de pies—. Puedes llevarlo arriba y bañarlo.

—Seguro —dijo él, entonces sacó a Jana y a sus panes fuera de la habitación.

Kiara sonrió detrás de ellos, su corazón latía de orgullo y amor ante la ternura de Nykyrian.

Orinthe volvió sus pálidos ojos azules hacia Kiara, con una mirada fija y escrutadora que le dio la impresión a Kiara de que no podría esconderle nada a la sabia mujer.

—¿Eres la mujer de Nykyrian? —preguntó ella con un tono bajo.

Kiara suspiró.

—Lo dudo.

Orinthe se rió de sus palabras, con un brillo en los ojos.

—Bien, si te tranquiliza, eres la primera mujer, con la que lo he visto —pasó una tela húmeda sobre la mesa, limpiando las migas que Jana había dejado en su avidez por llenarse de comida—. ¿Cómo te llamas, niña?

—Kiara.

Su sonrisa se amplió.

—Un nombre tan hermoso como la dueña.

—Gracias —dijo ella, con las mejillas sonrojadas.

Orinthe dobló la tela y se sentó en la mesa.

Kiara miró a la amable mujer, mientras un millón de preguntas sobre Nykyrian se arremolinaban en su mente.

—Usted fue la niñera de Nykyrian ¿verdad?

Orinthe se mordió su labio inferior, entonces se puso de pies y cerró la puerta que conducía al cuarto de arriba a donde Nykyrian había llevado a Jana. Luego se sentó en su silla nuevamente, haciéndole señas a Kiara para que se acercara un poco más a ella.

—Ya sabes, que él puede escucharnos.

Kiara sonrió, recordando muy bien que Nykyrian poseía un oído extraordinario.

—Yo fui su psicoanalista —dijo Orinthe en voz baja—. Después de su adopción, necesitó ayuda para adaptarse a la familia.

Kiara frunció el ceño.

—¿Por qué?

Orinthe se reclinó en su silla, con los ojos empañados por los recuerdos. Tomó una respiración profunda y miró con un poco de temor hacia la puerta cerrada.

—Cuando me encontré con Nykyrian la primera vez, nunca antes había visto a un niño en tan mal estado. Ni tampoco después.

Kiara se mordió una uña, escuchando atentamente, esperando que la mujer continuara.

Y como Orinthe parecía estar satisfecha con lo poco que le dijo, Kiara la incitó:

—¿En qué estado?

Los labios de Orinthe temblaron. Ella negó con su cabeza, sus ojos grises lucían preocupados.

—No te imaginas. Él había permanecido encadenado en una pared, en la casa de trabajo para niños, alimentado solo con agua y basura. Los trabajadores temían darle carne. Pensaban que al probarla, podría hacer que su sangre de Andarion entrara en un frenesí alimenticio. Supongo que pensaron que lo mejor era mantenerlo encadenado y muerto de hambre —ella negó con su cabeza—. Él tenía cardenales en todo su cuerpo, horribles cicatrices físicas por todas las atrocidades que había pasado. Solo puedo imaginarme lo que le hacían.

Orinthe soltó una respiración temblorosa y miró a los ojos a Kiara.

—Él era tan escuálido y hostil con cualquiera que se le acercara. Tardé semanas tan solo para lograr tocarlo, sin que él me diera una patada o me siseara como una serpiente. Permanecía enroscado como una pelota en el suelo, mirando todo con desconfianza, negándose a hablar.

Las lágrimas empaparon a los ojos de Kiara.

—¿Ellos lo encadenaron a una pared? —preguntó, incapaz de comprender las palabras de Orinthe, pero sobre todo esas—. ¿Por qué?

Orinthe negó con la cabeza.

—Ellos tenían miedo de que él lastimara a los otros niños. Aquella era una casa de trabajo humana —sus manos temblaban inquietas, contra la tela húmeda—. La cicatriz que lleva que va de su cuello a su clavícula fue causada por la cadena que ellos usaban.

Kiara se mordió el labio, una lágrima se deslizó por su mejilla. Abrió la boca para preguntarle algo más, pero Nykyrian regresó. Rápidamente, se limpió la humedad de su mejilla.

Él estaba parado detrás de la silla de Orinthe y le puso una mano en el hombro. Orinthe la cubrió con su propia mano.

—Jana está tomando una siesta.

—Bueno —dijo ella con una sonrisa tierna—. Lo dejaré dormir hasta la hora de la cena.

Nykyrian apartó su mano

—Transferiré fondos a tu cuenta para él.

Orinthe escupió mientras hablaba.

—¡No harás tal cosa! ¡Solo el cielo sabe que me das más que suficiente!

Por un momento, Kiara pensó que él se había ruborizado. Tragó saliva, mirándola fijamente, entonces miró nuevamente a Orinthe.

—Gracias por darle asilo en tu casa a Jana. Si te causa algún problema, llámame y yo hablaré con él.

Orinthe sonrió tiernamente, el cariño que sentía por Nykyrian se reflejaba en sus ojos.

Nykyrian le dio la mano a Kiara. Al levantarse, Kiara envolvió su mano con la suya.

Un ceño cruzó la cara de Orinthe.

—¿Van a marcharse ahora?

Él asintió con la cabeza antes de ponerse sus gafas.

—Si necesitas algo, me llamas a mí o a Rachol.

Orinthe suspiró en una forma que hizo pensar a Kiara, que las palabras de Nykyrian la avergonzaban. Ella levantó su vista hacia Nykyrian, y su sonrisa calurosa, amistosa, regresó.

—Cuida de ti y de tu hermosa dama. Los dos hacen una bonita pareja.

Kiara le sonrió a la amable mujer.

—Gracias.

Al ver la cara de Nykyrian, Kiara podía afirmar que ese cumplido lo incomodó.

—Vendré a visitarlos en un par de semanas.

Orinthe asintió con la cabeza y los acompañó hasta la puerta.

Nykyrian la guió calle abajo. Kiara observaba la rigidez de su columna vertebral y sabía que algo lo molestaba.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

Él se encogió de hombros.

—Desearía que Orinthe no te hubiera dicho nada.

A Kiara se le retorcieron las entrañas. ¿Acaso había algo que este hombre no pudiera escuchar?

—Hubiera deseado que me lo dijeras tu mismo.

Nykyrian la miró con vacilación. Kiara deseaba que él no llevara puestas las gafas para poder interpretar su humor, sus emociones.

Un minuto después, él se movió.

—¿Por qué quieres saber lo que me sucedió en mi niñez? Prefiero no pensar en lo que me ocurrió en esos días. Para mí esos momentos están muertos y olvidados.

Kiara lo miró con sorna.

—¿Olvidados? Si eso fuera verdad, tú no serías tan distante conmigo. ¿Por qué no me dejas entrar a tu corazón?

Su mandíbula se tensó y miró alrededor de la calle llena de gente.

—Este no es el lugar para mantener una discusión íntima. Deja de preguntarme esas cosas, antes de que pierda la paciencia. —Kiara suspiró, deseando estrangularlo.

Obligándose a guardar silencio, lo siguió hasta llegar a un enorme complejo de tiendas que estaba al final de la calle. Se olvidó de su enojo, cuando miró sorprendida, la variedad de mercancías que deslumbraban sus ojos. A todas partes que miraba, la saludaba la luminosidad de los colores.

Nykyrian la llevó hacia un ascensor y subieron al segundo piso. Allí, había enormes vitrinas de vidrio llenas de accesorios y adornos. Los vestidos de marca estaban colgados sobre los maniquíes abstractos, que representaban la forma en que la ropa luciría en las distintas siluetas humanas.

Kiara observó las finas telas que había a su alrededor, y entonces comprendió que en ese segundo piso, se vendían los artículos más costosos de la tienda.

—Había muchos vestidos bonitos abajo —le dijo ella, intimidada por el precio que veía en las etiquetas.

Nykyrian la agarró por el brazo cuando empezó a darse la vuelta, con la mandíbula tensa.

—Soy más que capaz de llenarte varios guardarropas con artículos de este lugar.

—Pero...

—Pero nada, *mu Tara*. Empieza a comprar.

Kiara se mordió el labio ansiosa, negándose a ceder tan fácilmente.

—Esto realmente no es...

—Kiara —le gruñó él letalmente.

Ella suspiró enfadada.

—Bien. Cuando estés en bancarrota, recuerda que traté de detenerte.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. Extasiada por sus hermosos hoyuelos, Kiara deseó poder lograr que esa sonrisa nunca se borrara de sus labios y hacerlo sonreír más a menudo.

—¡Kiara Biardi!

Kiara se dio la vuelta para encontrarse cara a cara con una entusiasmada vendedora. La muchacha la miraba fijamente con unos enormes y emocionados ojos marrones.

—¡Oh Dios mío! ¡Yo la adoro! —le dijo ella efusivamente—. ¡Vi la *Oración Silenciosa* el año pasado y pensé que era la mejor producción del mundo! ¡Usted es la mejor!

Kiara sonrió, sonrojada por su cumplido, pero las palabras de la mujer parecían incomodar a Nykyrian mucho más. Él dejó caer el firme asimiento de su codo.

—Gracias —le dijo Kiara a la vendedora, mientras se preguntaba que nuevo problema tenía Nykyrian ahora.

—Mi nombre es Terra, y si necesita cualquier cosa, solo dígamelo. Oh Dios mío. No puedo esperar para decírselo a mi madre, ¡nunca me lo creerá!

Kiara miraba con fijeza a Nykyrian para ver como se estaba tomando la continua adoración de la vendedora. Ahora, él apenas la miraba, con sus rasgos estoicos.

Kiara permitió que la vendedora la tomara por el brazo y que le mostrara una variedad de telas. A pesar de toda la generosidad de su padre, Kiara comprendió que nunca había visto telas más extravagantes. Cada trozo de tela era tan ligero y airoso como la seda más fina.

Terra le explicó que muchas de esas telas eran fabricadas en mundos no humanos, y traídas a la tienda por un precio exorbitante. Kiara miraba sobre su hombro, insegura de cuanto dinero estaba deseoso de gastar Nykyrian en sus ropas.

—Me gusta este —dijo él, señalando el que Terra tenía sostenido—. No te preocupes por el precio, solo dedícate a comprar lo que necesitas.

Terra le sonrió.

—¡Si usted no es de los que cuentan las monedas, yo tengo una línea de ropa mucho mejor en la parte trasera!

Ante su asentimiento, los llevó hasta las líneas exclusivas.

A pesar de su renuencia, Nykyrian y Terra llenaron a Kiara con tanta ropa, como para vestirla dos meses. Cuando Terra salió para hacer el pedido, Kiara le frunció el ceño a Nykyrian.

—¡No puedo creer que te hayas gastado todo ese dinero en mí!

Él se encogió de hombros.

—Maldición Nykyrian, yo no puedo aceptar todo esto —deseó poder ver sus ojos. Pero en su lugar, su expresión de enfado se reflejó a través de sus lentes oscuras. Terra regresó con su agenda electrónica y Nykyrian firmó con su nombre rápidamente y le indicó el lugar a donde deberían enviarle los paquetes.

—¿Necesitas algo más? —le preguntó él, mientras le devolvía la agenda a Terra.

Kiara apretó los dientes.

—Difícilmente.

Con una inclinación de cabeza hacia Terra, él la tomó por el brazo y la sacó de la tienda.

—Necesitamos conseguir el repuesto para la nave de Rachol.

Kiara permaneció callada mientras Nykyrian efectuaba la transacción en la tienda de repuestos. Todo lo que quería conocer, era las respuestas a las millones de preguntas que tenía sobre el hombre al que se le había entregado. ¿Por qué simplemente no se las contestaba él mismo?

—¿Tienes hambre? —la interrogó al salir de la tienda, mientras llevaba el repuesto de Rachol envuelto debajo del brazo.

—Sí —contestó ella hostilmente, mientras su estómago le retumbaba con solo pensarlo.

Tomó su mano y la llevó por una calle de negocios hacia un café pequeño. Su mano ardía bajo su toque y ella olvidó su enojo. El corazón de Kiara latía más fuertemente con cada momento que pasaba, deseaba que llegaran a casa pronto, para que pudieran estar solos.

Mientras caminaban en la acera, Kiara notó a un pequeño grupo de Andarions que los observaban.

Nykyrian se puso rígido, al darse cuenta también.

—¿Conoces al Príncipe Jullien? —preguntó él con voz sutil.

—¡Es ese que está ahí! —exclamó Kiara, aliviada de saber porque el pequeño y gordo Andarion le parecía tan familiar.

Notando lo apretada que tenía las mandíbulas Nykyrian, se preguntó que tipo de animosidad tenía con el hombre. ¿Era por algo o por alguien? ¿Nykyrian no se opuso?

Se sentó con ella en la parte trasera del restaurante, con la espalda apoyada contra la pared para poder vigilar a los ocupantes. De repente, su cuerpo se tensó y ella detectó que estaba enojado al ver como sus labios dibujaban una mueca. Kira se dio

la vuelta para poder ver que era lo que ahora lo molestaba, y vio como Jullien se dirigía directamente hacia ellos, con su séquito de guardias a solo un paso detrás de él.

Sin decir una palabra de cortesía, Jullien tomó asiento al lado de Kiara y le levantó la mano con su palma suave y regordeta. Kiara se encogió al ver como su mano era imbuida por esa carne blanca, preguntándose que le hacía pensar al príncipe que ella tenía algún deseo de ser tocada por él. Lo último que deseaba en ese momento era tener a un fanático adorador que le echara saliva encima. Especialmente ese príncipe que la había perseguido continuamente el año pasado, cuando había realizado una presentación para su padre en Triosa.

—*Tarn Biardi*, es un placer verla de nuevo. —Jullien se rió con seguridad, expresándole con esa sonrisa la horrible arrogancia que poseía.

Ella sonrió rígidamente.

—Es un placer volver a verlo, Su Alteza —contestó ella, deseando poder pensar en algo que lo alejara de su vista.

Sus dedos acariciaban los de ella mientras la miraba fijamente a los ojos, con un deseo que le provocaba náuseas. Mientras él se apartaba un mechón de pelo negro de su hombro, su sonrisa se tornó seductora. Su obvia vanidad la fastidió. Tan gordo y feo como era, tenía suerte si encontraba a una concubina que estuviera deseosa de satisfacerle sus necesidades. Sin duda Jullien pensaba que de por sí, él era un buen partido debido a su riqueza y su dinero.

Kiara miró con fijeza a Nykyrian. Parecía tranquilo, salvo que sus manos estaban hincadas en el menú, y ella tenía el claro presentimiento de que le costaba mucho controlar su autodominio para no saltar sobre Jullien y estrangularlo. Al mirar a Jullien a la cara, se encontró con su mirada y tuvo que contener un temblor ante sus cambiantes ojos de color verde de marrón, bordeados de rojo.

Su sonrisa se ensanchó.

—He hablado con mi padre para que regrese a Triosa y realice su presentación. Él está esclavizado con su belleza y talento casi tanto como yo. —Jullien casi destellaba con la satisfacción.

Nykyrian bajó el menú.

—El Emperador Aros es sumamente generoso al decir tales palabras —rechinó Nykyrian, con los dientes apretados.

Jullien levantó una ceja incrédulo, y se volvió en su silla para mirar a Nykyrian. Kiara contuvo la respiración, sin saber lo que pasaría después. Nadie le dirigía la palabra a un príncipe a menos que lo conociera de antemano.

—No me había dado cuenta de que te había hablado —dijo Jullien, en una voz que Kiara sabía, le sacaría las casillas a Nykyrian.

Los labios de Nykyrian se apretaron con un gruñido feroz.

—Yo no reconozco a tus reglas de superioridad.

Los ojos de Jullien se estrecharon y por un momento, Kiara pensó que iba a llamar a sus guardias para que arrestaran a Nykyrian.

—Eres uno de mis súbditos. ¡Exijo el respeto que merezco!

—*Titana tu.*

Kiara no supo que tipo de respuesta inexpresiva le había dado Nykyrian, pero por el sonrojo de las mejillas del príncipe, supo que no había sido nada cortés. Rezó para que Nykyrian se tranquilizara antes de que los guardias Andarions de Jullien lo atacaran.

—Nunca he conocido a un Andarion que se blanqueara su pelo como si fuera un *giakon* —Jullien sonrió con desprecio.

Kiara aguantó la respiración, temiendo la respuesta de Nykyrian.

—Mejor que ser gordo, esperpento...

—Su Alteza —le cortó Kiara, antes de que los guardias pudieran lanzarse contra Nykyrian—. Me honraría el presentarme en Triosa. Si usted contacta con mi manager, estoy segura que algo se puede arreglar —le brindó a Jullien una sonrisa falsa.

Jullien miró con intensidad a Nykyrian.

—Muy bien, *mu Tarn*. No tengo deseos de seguir avergonzándola. —Jullien se puso de pies, clavando sus ojos en el rostro de Nykyrian.

Nykyrian se quedó sentado, con los brazos cruzados sobre el pecho como si nada hubiera pasado en el universo. Kiara esperó hasta que Jullien se hubiera apartado y estrechó los ojos hacia el.

—¡Eso fue increíblemente grosero!

—Me pongo peor con los años.

A Kiara le picó la palma con las ganas que tenía de darle una cachetada. Nunca había estado tan enfadada con una persona en su vida.

—¿Por qué lo atacaste de esa manera? ¿Qué te ha hecho como para que lo ofendas así?

—Nació.

La expresión distante de Nykyrian la sacó de quicio. Kiara se sentó nuevamente en su silla.

—Bien —chasqueó.

Kiara continuó mirando fijamente a su estoico rostro hasta que no pudo soportarlo más.

—Estoy cansada de que me evadas. Quizá debería irme mejor con Jullien. ¡Estoy segura de que me daría la bienvenida alegremente!

La expresión de odio que atravesó la cara de Nykyrian la sobresaltó. Por un momento, pensó en pedirle disculpas, pero su enojo pudo más. Él había empezado esa discusión, entonces que se aguantara su mal humor.

—A ti probablemente te gustaría tener a sus hijos bastardos —refunfuñó Nykyrian en un susurro feroz—. No te halagues ni por un minuto, al pensar que él podría tenerte como algo más que su amante.

Su insulto la hizo sonrojar.

—¡Cómo te atreves! ¿Crees que puedes hacerlo mejor? ¡No he visto a ninguna mujer que te quiera en absoluto!

En el momento en que esas palabras salieron de sus labios y su cerebro las procesó, Kiara se quedó sin respiración. No podía creer que le hubiera dicho eso. ¿Cuántas veces su padre le había advertido que debía cerrar la boca cuando estaba enfadada?

—Nykyrian —dijo ella suavemente—. Lo siento mucho.

Él se quedó tan inmóvil hasta que ella pensó que la haría gritar.

—Creo que debemos marcharnos —dijo él, al ponerse de pies. Kiara levantó la mirada hacia él. No parecía expresar ningún enojo ni en su cara, ni en su cuerpo.

Lo peor, era que Kiara se había dado cuenta que lo había herido profundamente por su estúpido comentario cruel.

—¿Qué sientes por mí? —le preguntó ella, su voz era poco menos que un murmullo.

—Pensé que lo sabías.

Ella negó con la cabeza.

—No, no lo sé. En un minuto me sostienes como si tuvieras miedo de que fuera a abandonarte, y en el siguiente me chasqueas y rechiflas como si quisieras que me marchara.

Sin contestarle, él se dio la vuelta y salió del café. Gimiendo de frustración, Kiara se le unió. Nunca había estado tan confundida. Quería agitarle el puño, pegarle, sacudirlo, aliviarlo y lo que más la aterraba, quería hacerle el amor.

Apretó los dientes, frustrada. ¿Sentiría él lo mismo por ella? ¿Era por eso que él estaba haciendo eso, porque estaba tan confundido con sus emociones como ella? ¿Por qué no podía simplemente hablarle y decirle lo que lo molestaba? ¿Por qué se comportaba de ese modo?

Nykyrian se mantuvo mirando sobre sus hombros, para asegurarse de que Kiara seguía detrás de él. Se arrepentía de sus propias palabras. Por lo tanto, se arrepentía de su vida. Sabía que debía explicarle sus sentimientos, pero no estaba seguro de poder resistir la barrera de emociones que estremecían su alma si liberaba todo el dolor de su pasado. No, era mejor que ella estuviera lejos y que no supiera nada sobre él. No era demasiado tarde para que encontrara a alguien más. Alguien que... —se formó un nudo en su estómago. No podía resistir el pensamiento de vivir una vida sin ella. ¿Qué iba a hacer?

Kiara miraba la espalda de Nykyrian, preguntándose si alguna vez sentiría algo en absoluto. Todo lo que quería era que él le diera una señal de que le importaba, que podía amarla. Su corazón latió con fuerza. ¿Era acaso mucho pedir?

Recogieron sus paquetes e hicieron su camino de regreso a la casa de Nykyrian. Kiara permaneció en silencio, sus emociones se agrupaban en un nudo apretado en su garganta.

Rachol parecía divertido al verlos disgustados cuando ayudó a descargar a la nave. La única palabra que Nykyrian le dirigió, fue para decirle donde debía guardar su ropa. Después de eso, recogió una caja de herramientas y caminó hacia la bahía para trabajar en la nave de Rachol.

Con furiosos e iracundos tirones, Kiara sacó su ropa de las bolsas y cajas, y las puso en el guardarropa. Con cada segundo que pasaba, se ponía cada vez más furiosa por importarle lo que pensaba Nykyrian. Estaba actuando como una adolescente enferma de amor. Si él no la quería, bien. Podía encontrar a alguien más con facilidad.

Su corazón se hundió ante esa idea. Ella no quería a nadie más. Quería a Nykyrian. Ignorando su nueva ropa sobre la cama, se encogió en el colchón y sollozó ante la miseria que ardía en su alma.

—¿Qué hicieron ustedes dos hoy? —preguntó Rachol, mientras ayudaba a Nykyrian a abrir el panel de su estabilizador.

—Nada —dijo Nykyrian—. Me imagino que encontraste la dirección de Driana.

Rachol asintió con la cabeza y sus ojos sondeaban a Nykyrian, de esa forma que siempre hacía que quisiera golpearlo con algo.

Rachol le dio una llave de poder.

—También encontré algo muy interesante sobre Driana y tú.

Nykyrian estrechó los ojos. Definitivamente si quería golpear a Rachol.

—No se suponía que debías inmiscuirte en su vida personal y mucho menos en la mía, para hacer tu trabajo.

Rachol se encogió de hombros y desenvolvió el nuevo repuesto.

—No pude resistirme.

Nykyrian aguantó la respiración, esperaba que Rachol tuviera el suficiente valor de hacerle la siguiente pregunta.

Obviamente, si tuvo valor.

—¿Cómo fue que ella se casó con Aksel y no contigo?

Nykyrian soltó el repuesto, en su mente se removieron aquellos recuerdos en los cuales odiaba pensar.

—Su padre y el Comandante pensaron que él sería un mejor esposo.

—Sí, pero...

—¡Suficiente! —rugió Nykyrian—. No quiero pensar en eso nunca más. Sucedió hace mucho tiempo. No me lo recuerdes.

* * * * *

Kiara acariciaba las orejas de Ilyse, mientras se limpiaba las lágrimas de su rostro. Semanas atrás, ella sabía muy bien quien era y lo que quería. Ahora, no estaba segura de nada. ¿Por qué estaba tan atraída por un hombre al cual no parecía importarle en absoluto? Era cierto que había dormido con ella, pero eso no era amor.

Con un suspiro tembloroso, se levantó de la cama y empezó a doblar su ropa. No entendía por qué Nykyrian se comportaba así. ¿Por qué le compraba tantas cosas, si quería que se marchara?

Él había sido tan tierno la noche anterior, que ella había estado segura que la amaba, que la necesitaba. Entonces en la mañana, había amanecido y había vuelto a comportarse otra vez distante. Apretando los dientes contra el miserable dolor de su pecho, presionó el botón para abrir la puerta del armario.

Un destello de luz en las ventanas le llamó la atención y se acercó a la pared blanca que estaba cerca del baño, para ver a Nykyrian y a Rachol trabajando en la nave. La voz de Rachol se escuchaba distante, pero era claramente audible mientras hablaban, y por primera vez, lo hacían en un idioma que ella podía entender.

—Espero que hayas pensado mucho lo que estás haciendo —dijo Rachol, mientras le entregaba una herramienta a Nykyrian.

Nykyrian la recibió.

—Kiara es mi problema.

—No, ella es un problema de todos nosotros. Dios mío, con solo una palabra ella podría destruirte. Demonios, quizá también a todos nosotros.

Nykyrian hizo una mueca mientras tiraba de una parte.

—Así que eso crees.

Rachol agitó la cabeza.

—Tú lo sabes muy bien. Sé razonable. Hemos trabajado demasiado duro como para que te apartes de nosotros por culpa de una *harita*. Si todo lo que quieres es un buen... —Rachol apenas si tuvo tiempo de esquivar a la herramienta que le pasó volando por su cabeza.

Nykyrian saltó de la nave y agarró a Rachol por el cuello de su camisa. Kiara aguantó la respiración, asustada de lo que él pudiera hacer.

—¡Nunca vuelvas a insultarla otra vez! —ladró él, mientras mantenía sus manos apretadas alrededor de la camisa de Rachol—. Es mi vida la que está en riesgo, no la tuya.

La furia nubló el rostro de Rachol y por un momento, Kiara temió que ellos podrían ponerse a pelear.

—Maldito seas Kip, no hagas esto. Eres todo lo que tengo. No vale la pena que pierdas tu vida por ella, ¿no lo entiendes? Te necesitamos. Yo te necesito.

Más lágrimas se deslizaron por las mejillas de Kiara mientras miraba a Nykyrian soltando a Rachol.

Nykyrian se quedó de pie, mirándolo, con una expresión ilegible en el rostro. Pasados unos segundos, él suspiró.

—Demasiadas personas han dirigido mi vida por mí. Estoy cansado de hacer lo que los demás esperan. Pensé que tú entre toda la gente, comprendería lo que es desear algo, y una vez que se consigue, no querer dejarlo ir.

Rachol negó con la cabeza con los labios apretados.

—Vamos, tú lo sabes bien. ¿Cuándo han sido confiables las mujeres? Ellas te dejan en el momento en que ven que todo se pone difícil.

Nykyrian resopló.

—Eso no es cierto.

Rachol levantó las cejas con sorna.

—¿No? Ella nunca dejará al teatro para estar contigo. Y tú no puedes vivir como la gente corriente. Si lo intentas, sabes que no pasará mucho tiempo antes de que un Asesino de la Liga te corte la garganta.

Nykyrian golpeó con el puño el lateral de la nave. El sonido seco hizo eco en la bahía, y atravesó la mente de Kiara.

—He pasado toda mi vida escuchando a las personas explicándose por qué no pueden amarme —la amargura de su voz desgarró a Kiara—. Y siempre me dije a mí mismo que no me interesaba, que no necesitaba que nadie me amara.

Nykyrian se pasó la mano por el cabello y miró fijamente a Rachol.

—Todo era mentira, lo sabes. Me interesa y también quiero a Kiara. Si pierdo mi vida por estar con ella, no importa. De todas maneras ya he vivido mi pasado. Me levanto cada mañana con más dolor en mis articulaciones que el día anterior. Si tengo que morir, prefiero morir sabiendo que alguien me amó, al menos una vez.

Kiara apenas escuchó el final de sus palabras. Los sollozos sacudieron su cuerpo mientras se derrumbaba en el suelo. Enterró la cabeza en sus manos y lloró. Él la amaba.

No sabía como iba a ganárselo, pero se prometió que algún día, muy pronto, lo haría, tenía que hacerlo. Su felicidad dependía de su habilidad de exigirlo totalmente como suyo, para hacerle admitir lo mucho que *ella* le importaba.



Capítulo 10

Nykyrian salió de la ducha y se secó. Quizás Rachol tenía razón, quizá Kiara podría ser su muerte. Pero de cualquier manera, la muerte era lo que más había pedido en la mayor parte de su vida. Con un suspiro cansado, se envolvió la toalla alrededor de las caderas y abrió la puerta. Al instante se congeló.

Kiara yacía sobre la cama con un ligero negligé negro, tenía peinado el cabello alrededor de ella. Su sangre se aceleró al verla. Trató de controlarse.

—Pensé que estabas abajo —dijo, intentando parecer distante, sabiendo que era inútil.

Él extendió las manos para recoger su ropa de la cama. Su sedosa mano cubrió la suya. La piel de Nykyrian ardió por su gentil toque, deseaba que ella lo rodeara más de lo que había deseado alguna cosa en su vida. Su mirada vago desde su mano, a su perfecto brazo, hasta la belleza de su rostro. Sus suaves ojos ambarinos, chispearon en la tenue luminosidad del cuarto.

—Siento mucho lo que te dije hoy —susurró ella—. Sé que Jullien se merece todo lo que le dijiste y mucho más. Tiendo a decir ese tipo de cosas cuando estoy enfadada, cosas que raramente deseo decir.

Nykyrian estuvo tentado de pedirle disculpas también, pero no tuvo fuerzas para que esas palabras salieran de sus labios. Dejó caer la toalla y recogió sus ropas de la cama. La cara de Kiara se sonrojó antes de que apartara la vista de su cuerpo.

Mientras se ponía la ropa, estudiaba su perfil. Era cierto que él había estado con mujeres más hermosas que ella, pero ninguna le había hecho sentir tanto alivio, o suavizar el dolor dentro de él.

Tenía tantas cosas que decirle, pero tenía miedo de hacerlo. Inspiró profundamente. De cualquier modo, había cosas que ella debía saber, se lo debía.

Kiara volvió su mirada a Nykyrian, cuando la cama se hundió bajo su peso. Ya estaba vestido y la miraba de una forma extraña. Se incorporó, preguntándose si él le diría lo que lo molestaba esta vez.

Él extendió su mano y jugó con algunos de los rizos que caían en su hombro.

—Tienes el cabello más hermoso —dijo él, con una voz ronca, que hacía que su sangre ardiera.

Ella sonrió, al tomar su mano con la suya. Kiara abrió su boca para hablar, pero el le puso un dedo sobre los labios.

—Tengo cosas que decirte y necesito que me escuches.

Ella tragó saliva, curiosa por la gravedad de su tono. Él la miró fijamente durante un buen rato como si quisiera memorizar su rostro.

—Yo no soy lo que piensas. No —exclamó él, ahuecando su mejilla cuando ella empezó a protestar—. Escucha. He hecho muchas cosas en mi vida de las cuales me arrepiento —lucía tan alejado de ella, su mano se apartó. El vacío la consumió, Kiara quería volver a sentir su toque caluroso sobre su piel con desesperación. Para decirle que no le importaba su pasado, que el nunca haría nada que pudiera ahuyentarla.

Nykyrian suspiró. Su mirada estaba fija en algún punto en la pared.

—Solía decirme a mi mismo, que hacía lo correcto, que los asesinatos que llevé a cabo protegían al gobierno y a las vidas inocentes —la furia hacía que su mejilla diera un tirón de determinación—. Entonces, me enteré de la verdad.

Él estaba de pie, caminaba alrededor de la cama con furiosas zancadas. El corazón de Kiara latía desbocado y deseaba alguna vez poder aliviarlo

Nykyrian levantó la mirada hacia ella, con una expresión de preocupación.

—No puedo explicarte lo que se siente el comprender que todo sobre ti es una mentira y que todo lo que has estado haciendo durante seis años era inmoral y malvado.

—¿Por eso desertaste de la Liga?

El asintió con la cabeza.

Se dibujó una sonrisa en los labios de ella, las lágrimas empaparon sus ojos. Su corazón golpeó contra sus costillas y el amor se extendió a través de ella.

—En ese momento me convertí en Némesis.

Su sonrisa se marchitó, y cuando él la miró a los ojos, sus palabras penetraron en sus pensamientos.

—¿Qué?

—Yo soy Némesis.

La mente de Kiara se nubló. Una y otra vez, escuchó los reportes de noticias que le informaban al público sobre aquellos espantosos asesinatos. Saltó de la cama, un terror helado la recorrió. ¡Queridísimo Dios, estaba sola en casa con un asesino brutal!

Nykyrian la agarró por los brazos cuando ella intentó salir corriendo hacia las escaleras.

—Kiara, escúchame.

—¡No! —chilló ella, tratando de apartarse de él—. ¡Dios mío, tú rasgas a las personas en pedazos! ¡Tú... te comes partes de ellos antes de que botes a la basura a sus cuerpos!

Nykyrian cerró los ojos y la soltó. Sin decirle una palabra más, la dejó sola en el cuarto.

Kiara se derrumbó en el suelo, incapaz de creer en sus palabras. Némesis. Queridísimo Dios, ¿Con quien se había involucrado? Era obvia la razón por la cual Rachol estaba tan desconfiado de ella. Con este conocimiento, podría entregar a Nykyrian a las autoridades y acabar con todos sus asesinatos brutales. Todo lo que ella había pensado de él era una mentira. Era un asesino, ¡Un asesino de sangre fría y cruel!

Una imagen de Jana pasó a través de su mente. La forma en la que Nykyrian lo había protegido, el alivio del niño antes de llevarlo a un lugar seguro. *Yo también estoy asustado*, escuchó a Nykyrian suspirar el día que la salvó de Aksel. *Había sido encadenado a la pared*, dijo Orinthe en su oreja.

Kiara respiró profundamente, para intentar calmar el latido furioso de su corazón. Nykyrian había confiado en ella. Le había dicho el secreto más cotizado del universo.

Se sentó en el suelo casi una hora, intentando colar sus belicosas emociones. Una parte de ella quería hacer lo correcto y darle la espalda, pero su corazón y su alma no se lo permitían. Nykyrian no era un asesino brutal, lo sabía. En lo más profundo de su ser, vio la parte de él que había salvado a un niño hambriento de la calle, que había ayudado a Rachol, y la había protegido. Había mucho más en ese Némesis del cual las noticias hablaban. Incorporándose, Kiara fue a encontrarse con Nykyrian, y con la verdad que escondía detrás de su fachada.

Lo encontró en el cuarto de ejercicio, desnudo hasta la cintura, golpeando una bolsa de boxeo. Cada golpe que le daba a la bolsa era de pura furia concentrada. Podía sentir su ira y su dolor como si se tratara de ella misma.

—Nykyrian —dijo ella suavemente.

Él vaciló, volviendo su mirada hacia ella. La bolsa dio una vuelta y lo golpeó en el costado. Él gruñó fuertemente y empujó la bolsa lejos de su cuerpo. Kiara aguantó la risa ante la expresión de sorpresa en su rostro.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le exigió ferozmente, mientras golpeaba a la bolsa nuevamente con el puño—. Podría sacarte sangre.

Ella se tragó el nudo de su garganta cuando se giró para liberar una sucesión de rápidos y furiosos golpes contra la bolsa.

Kiara observaba como sus manos golpeaban la lona áspera.

—Siento mucho mi reacción, pero ¿qué esperabas?

Su mano voló contra la bolsa con un porrazo tan fuerte que hizo que las cadenas se sacudieran en las vigas del techo.

—No espero ninguna jodida cosa de ti. Solo saca a tu mojigato —él golpeó a la bolsa—, arruinado —otro golpe poderoso—, trasero de mi vista antes de que te muestre lo que Némesis es capaz de hacer.

El sentido común de Kiara la instó a que saliera, que él estaba demasiado enfadado como para hablar, pero no pudo hacerlo. Antes de que pudiera volver a pensar en sus acciones, cruzó el cuarto y lo apartó de la bolsa. Él la miró sorprendido. La bolsa giró y efectuó un arco entre ellos.

—¡Vas a hablar conmigo!

Nykyrian resopló.

—¿O qué? No creas ni por un minuto que puedes hacerme algo peor de lo que ya me has hecho.

Kiara apartó la mirada de su rostro cuando el dolor la consumió, deseando conocer la manera de penetrar sus superdesarrolladas defensas. Fue entonces,

cuando vio sus nudillos. Quedó sin resuello, al ver como la sangre goteaba de sus manos.

—¿Qué hiciste? —le preguntó, cruzando la distancia que había entre ellos, para tomar sus nudillos hinchados y sangrientos en sus propias manos.

—No me duele —murmuró él, tratando de apartarse.

Kiara lo aferró fuertemente. Con un ceño feroz lo miró a los ojos y percibió su agonía. Él cerró los ojos y miró a otro lado.

—Nykyrian, habla conmigo, por favor. Juro que te escucharé. Se que no eres capaz de desgarrar a nadie en pedazos.

En lugar del efecto consolador que ella esperaba, sus palabras lo enfurecieron mucho más. Cayó sobre ella con un gruñido, le empujó la espalda contra la pared, sus ojos claros lucían furiosos llenos de emociones que no podía descifrar. Kiara tragó saliva sintiéndose culpable, un estremecimiento se extendió por todo su cuerpo.

—¿Realmente crees que no puedo desgarrar a alguien en pedazos? —gruñó con rabia—. ¡Fui entrenado para rasgar hombres tan rápido, para que ellos nunca tuvieran la oportunidad de ver que órgano les había arrancado antes de que cayeran muertos al suelo! —puso sus brazos a cada lado de ella, tensos—. ¿Has sostenido el corazón latiente de alguien alguna vez en tus manos? Sentir el deslizamiento de la sangre caliente y pegajosa entre tus dedos mientras todavía late.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Kiara. Él tenía que tener alma, lo había visto hacer demasiadas cosas buenas que contradecían su brutalidad.

—Una vez te pregunté si te gustaba matar —tomó una respiración profunda—. ¿Te gusta? —su expresión era tan distante.

Por un momento ella pensó que no le contestaría, pero entonces, él negó con la cabeza.

—Lo odiaba —susurró él, apartándose de ella—. Cada maldito minuto en el que tuve que hacerlo.

Una sensación de esperanza la recorrió.

—No has asesinado a nadie desde que desertaste de la Liga, ¿verdad? —Él se frotó su bíceps derecho, su mano vacilaba sobre el tatuaje de la Liga.

—No.

Una sensación de satisfacción la recorrió dejándola temblorosa. Kiara vaciló, recordando los reportes de los noticieros.

—¿Entonces de donde proviene tu reputación? —Él levantó la mirada hacia ella, con una diminuta sonrisa dibujada en sus labios.

—De Jayne. —Una ola de sorpresa la invadió.

—¿Jayne? —repitió ella.

Él asintió con la cabeza.

—Una ex asesina Hyshian. Ella comete los asesinatos y yo me quedo con el crédito. Eso la mantiene protegida. Los únicos crímenes que se le imputan son el contrabando y el espionaje.

Un nudo se formó en la garganta de Kiara cuando sopesó sus palabras.

—Entonces ella es libre para matar, y si te atrapan, te ejecutarán por algo que no hiciste.

Él negó con la cabeza.

—Difícilmente. Cometí los suficientes asesinatos en la Liga como para garantizar que se me impongan todos esos contratos por mi vida.

—Pero aquellos eran asesinatos legales.

El se mofó.

—Legales, pero mucho más corruptos e inmorales que los que Jayne a realizado.

Kiara digirió sus palabras, mientras su corazón latía por él.

Él se apoyó contra la pared, mirándola con los ojos entrecerrados.

—No me importa si tú me das la espalda, pero quiero que me jures que nunca traicionarás a Hauk, a Rachol, a Darling o a Jayne.

Kiara sorbió sus propias lágrimas.

—Nunca traicionaría a ninguno de ustedes.

Nykyrian asintió con la cabeza. Empezó a apartarse de la pared, pero Kiara le retuvo con su mano. Había muchas otras partes perdidas de ese enigma, y ella tenía que conocer sus respuestas.

—¿Por qué Aksel te odia tanto?

Nykyrian tomó su mano de su pecho y jugó con sus dedos, provocando que un escalofrío recorriera su brazo. Le sorprendió que se molestara en contestarle su súplica.

—Él estaba enfadado con el comandante por haberme adoptado. Y como no podía hacer nada contra el comandante, volvió toda su maldad hacia mí.

—¿Y Huwin nunca intentó detenerlo?

Nykyrian negó con la cabeza.

—Él no quería a un hijo, ya tenía a Aksel y a Arast. Lo que quería era tener una leyenda que destacara en los archivos de la Liga. Deseaba que su apellido inspirara terror en cualquier lugar que se escuchara.

—¿Es por eso que Aksel se cambió su apellido?

Él dolor empañó sus ojos en una brevedad de tiempo, luego esa expresión se borró de su rostro.

—No, Aksel se lo cambió para que nadie lo relacionara con un *giakon* híbrido.

Kiara recorrió con su mano la cicatriz que él tenía a lo largo de su clavícula.

—Tanto dolor —susurró ella, al mirar la oscilación acelerada debajo de sus dedos.

Él bajó la mirada hacia ella con los ojos inundados de agonía llevando todo ese dolor hasta su pecho. Nykyrian le tomó las manos y se las giró hacia arriba.

—En tus palmas, he puesto mi vida, mis secretos —le susurró, su respiración se batía contra su mejilla, picándole la piel—. Te doy la libertad para abandonarme cuando quieras. Yo no soy fácil de amar, lo sé. Todo lo que te pido es que siempre guardes silencio, si no es por mí, entonces hazlo por las familias de los otros a quienes tú destruirías.

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas sin control, derramándose por su barbilla.

—Nunca te haría daño —dijo ella, mientras ahuecaba su rostro con sus manos.

Sus labios cubrieron los de ella. El sabor salado de su lágrima ardía sobre sus labios mientras él la besaba apasionadamente. Kiara le dio la bienvenida a la percepción de su boca calurosa, al ansia de su necesidad por ella. Lo apretó, necesitando sentir su cuerpo.

Kiara pasó sus manos sobre la dura y musculosa pared de sus costillas. Y para su sorpresa, Nykyrian sonrió. Ella aquietó sus manos y lo miró a la cara.

—¿De que te ríes? —dijo ella casi sin resuello.

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Creo que soy cosquilloso —dijo él asombrado.

Maliciosamente, Kiara le pasó las manos otra vez por sus costillas. Su rica y gutural risa invadió a sus orejas con su melodía y a su corazón con felicidad. Siguió haciéndole cosquillas, fascinada con la manera en la que él se retorció.

—Piedad —suplicó él al fin.

—Está bien —le dijo ella y lo besó en la mejilla.

Él la atrajo hacia su cuerpo con una expresión de seriedad en su rostro.

—No me dejes nunca —le dijo él con un tono de voz tan triste, que casi la hizo llorar.

—Nunca te dejaré —le prometió, con todo el amor que corría a través de su cuerpo.

Con un movimiento ágil, él le quitó el vestido y la bajó hasta el suelo. Kiara disfrutaba la sensación de su piel contra la suya. Acarició los duros tendones de su espalda, deseando que siempre estuviera con ella.

Un ruido fuerte rompió el silencio. Nykyrian levantó la mirada con una mueca.

—¿Qué es eso? —preguntó ella jadeante.

—Es el intercomunicador —dijo él, con un tono cargado de preocupación.

Kiara recogió su vestido y lo miró mientras corría rápidamente hacia el cuarto. Luego de acomodarse su ropa, lo siguió. Nykyrian estaba sentado en el sofá, de espaldas a ella.

—Darling está aquí en mi apartamento. —Kiara reconoció la voz de Rachol—. Está en mal estado. Puedo defenderme de Aksel, pero si ellos llegan aquí mientras estoy con Darling, lo harán pedazos.

Kiara puso una mano consoladora en el hombro de Nykyrian. Él levantó la mirada hacia ella con una sonrisa tierna.

—Trae a Darling aquí —dijo él.

—¿Estás seguro?

—Es el único lugar en el que estará seguro mientras sana.

—Bien. Lo llevaré allí rápidamente.

Nykyrian apagó el intercomunicador y lo echó sobre la mesa. Se pasó las manos por la cara, en una mueca profunda que delineaba sus rasgos.

—¿Qué pasa? —le preguntó Kiara, mientras le cepillaba el cabello con sus dedos.

—Arturo ha golpeado a Darling de nuevo. Debí haberlo hecho pedazos.

Kiara se arrodilló en el suelo y puso su barbilla sobre su hombro.

—¿Darling se pondrá bien?

—Eso espero —susurró él, mientras le acariciaba el brazo que ella le había envuelto alrededor de su cuello.

Kiara le plantó un beso sobre su hombro desnudo.

—¿Siempre vives lleno de problemas?

El soltó una risa corta.

—Si considero todo lo que ha pasado, ha sido una semana muy lenta. —Él la atrajo desde el brazo del sofá y la puso sobre su regazo—. ¿Qué me has hecho, mujer? Si Rachol me escucha reír, realmente le dará un ataque.

Ella le acarició un mechón de pelo que estaba sobre su hombro.

—Déjalo que se acostumbre. Me encanta demasiado el sonido de tu risa, como para permitir que lo escondas.

Él la besó con ternura.

Echándose hacia atrás, estudió sus ojos.

—Afortunadamente las paredes de arriba son a prueba de sonido. No creo que nuestro invitado vaya a ser una molestia.

Su sonrisa diabólica la hizo sonrojar. Antes de que ella pudiera contestarle, la incorporó y recogió su camisa. Kiara no sabía que le había hecho a este nuevo Nykyrian. Pero decidió que le gustaba definitivamente.

* * * * *

Terminaron en el cuarto de la televisión, esperando la llegada de Rachol y de Darling. Kiara se sorprendió cuando Nykyrian puso la cabeza en su regazo y se estiró en el sofá. Ella jugó con su suave cabello mientras permanecían silenciosos en la oscuridad, observando las imágenes parpadeantes.

Kiara tenía lo que quería. Él confiaba en ella. Un nudo se apretó en su garganta cuando bajó la mirada hacia él. Sus largas pestañas se batían con fuerza. Apartó el cabello de su cuello para ver los vellos cortos de bebé que se rizaban en su nuca. Con sus uñas, los cepilló suavemente. Un escalofrío recorrió su cuello y él cerró los ojos soltando un suspiro. Con la yema de sus dedos, recorrió la línea de su mejilla y sus labios. Volviéndose, él abrió los ojos para encontrarse con los suyos. El amor que ella vio dentro de esos ojos de color verde claro la hizo arder.

Él extendió su mano y bajó su cabeza hacia sí para que recibiera su beso apasionado. Kiara gimió, su cuerpo se encendió con su toque. Los brazos de Nykyrian se tensaron.

Los motores de Rachol tronaban en la bahía.

—Recuerda esta posición para una referencia futura —le susurró Nykyrian contra sus labios, su respiración calurosa provocó que diminutos escalofríos recorrieran todo su cuerpo.

Él se incorporó y ella quería maldecir de la frustración. Controlando sus emociones tumultuosas, lo siguió hasta la puerta. Esperaron varios minutos hasta que finalmente la puerta se abrió. Kiara se quedó sin respiración.

Rachol traía apoyado a Darling sobre su hombro. Darling estaba arregostado pesadamente contra su costado, incapaz de caminar sin ayuda. Su cara estaba ensangrentada y golpeada, era casi irreconocible. Su brazo izquierdo se balanceaba en el aire en una posición extraña y Kiara se dio cuenta que lo traía roto.

Nykyrian maldijo, entonces cambió a Darling hacia sus brazos. Rachol salió corriendo hacia el cuarto de la televisión. Kiara los siguió, su corazón se retorció al ver la condición abatida de Darling.

Rachol ya había hecho una cama con el colchón cuando llegaron allí.

—Déjame ponerle una sábana —masculló él.

—Al infierno con la sábana —gruñó Nykyrian—. Compraré otro sofá si tengo que hacerlo.

Rachol asintió con la cabeza, y se encontró con los ojos de Kiara. La hostilidad que vio en su mirada la hizo retroceder un paso.

Ignorando su mirada llena de odio, Nykyrian acostó a Darling. Rachol rompió el contacto con sus ojos para ocuparse de Darling. Kiara se quedó parada en la puerta, con las lorinas enroscadas en sus piernas, sus miembros temblaban de temor y compasión.

Frunció el ceño cuando se dio cuenta por primera vez, la razón por la cual Darling mantenía su pelo encima del lado izquierdo de su rostro. Una cicatriz profunda y blanca le atravesaba la parte inferior de su rostro desde la línea del cabello hasta la barbilla. Kiara no podía imaginar que cosa le había sucedido, como para haberse ganado una cicatriz tan horrible.

Su garganta se apretó al ver la cantidad de sangre que lo cubría. Nunca en su vida había visto a nadie tan maltratado. Giró su mirada hacia Nykyrian, a su mandíbula rígida, y se preguntó cuantas veces él había sido golpeado hasta quedar en condiciones similares a Darling.

—Voy a matar a Arturo —ladró Nykyrian con los dientes apretados.

Darling extendió la mano y le tocó el brazo a Nykyrian.

—Déjalo estar —le susurró a través de sus labios hinchados.

Kiara sollozó, al imaginar el dolor que Darling debía sentir. No podía creer que aún siguiera consciente.

Rachol le inyectó a Darling un analgésico en el brazo, y luego se dispuso a reparar la fractura. Kiara lo miró, asombrada de que Darling no sollozara ni hiciera una mueca. Yacía tan callado y quieto. No parecía real. Pero notaba que aún seguía consciente porque con los ojos abiertos miraban fijamente hacia el techo.

Nykyrian levantó la mirada hacia ella. Caminó a través del piso, la tomó por el codo y la sacó del cuarto.

—Creo que será mejor que subas a la habitación y me esperes.

Kiara asintió con la cabeza.

—¿Él se va a poner bien?

Nykyrian apartó un mechón de pelo de su mejilla.

—Estará bien —le dijo antes de darle un beso rápido en los labios.

Kiara subió las escaleras, y entonces se detuvo.

—¿Nykyrian? —esperó que él se volviera y la mirara—. Espero que te vengues de Arturo —dicho eso, se dirigió a la habitación.

Después de casi una hora, Nykyrian se le unió en la cama. Sin decirle una palabra, la echó en sus brazos, la abrazó, y enterró la cara en su cuello. Su respiración le acarició su nuca a través de su cabello.

Kiara deseaba conocer las palabras que pudieran hacerlo sentir bien, para aliviar en parte la tensión de los músculos que la rodeaban.

—¿Cómo está? —preguntó ella murmurando entre dientes.

Nykyrian suspiró y se apartó de su cuello. Le acarició el brazo desnudo con una mano.

—Está dormido. Estará bien, a pesar de todo lo que le pasó.

Kiara se mordió el labio, su garganta se apretó.

—¿Sabes lo que he estado pensando mientras estaba aquí acostada?

Una risa corta resonó detrás de ella, haciendo que una diminuta ternura recorriera su cuerpo a pesar de la gravedad de su humor.

—No me lo puedo imaginar —dijo Nykyrian, mientras le besaba el lóbulo de su oreja.

Kiara le agarró la mano y la atrajo a su mejilla.

—En la vida —dijo ella, mientras le acariciaba sus dedos fuertes.

Sintió como él se puso rígido alrededor de ella.

Kiara cerró los ojos y mantuvo su mano cerca de sí.

—He estado pensando en lo mucho que yo deseaba abandonar la casa de mi padre mientras crecía, porque él nunca me respetó ni tampoco a mi intimidad —suspiró, sus pensamientos se agolpaban unos contra otros—. Siempre pensé que era muy cruel de su parte vigilarme e intimidar a mis amigos. Nunca me apartaba de su vista, sin que uno de sus soldados estuviera detrás de mí. —Se tragó las lágrimas que se agruparon en su garganta—. Yo era tan tonta. Mi madre me decía que mi vida no era tan horrible, y ahora comprendo lo que quería decir. Dios, he sido tan ciega, tan mimada.

Él le apretó la mano alrededor de la suya y la levantó hacia sus labios donde le plantó un beso tierno en sus dedos.

—Me alegro mucho de que tu padre te haya protegido. No me hubiera gustado, tener que matarlo también.

Kiara soltó una risa agridulce.

—Todo lo que yo quería era ser libre. —Ella se dio la vuelta y lo miró a los ojos—. ¿Eso era lo que querías, ser libre de tu padre?

Sus ojos se nublaron.

—¿Quieres que te diga la verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—Todo lo que yo quería era morirme como un hombre, sin lágrimas o súplicas.

Las lágrimas de Kiara se desbordaron de sus ojos, deslizándose hasta la línea de su cabello.

—¿Y ahora? —susurró ella.

Él le limpió las lágrimas de su cabello y la besó. Sus labios se arrastraron sobre su cuerpo con una insistencia a la que ella no podía negarse. Kiara recibió con alegría el momento en el que él le deslizó el vestido de su cuerpo. Le hizo el amor despacio, mientras las estrellas titilaban alrededor de ellos. Después, la mantuvo aferrada en sus brazos, aliviando toda la culpa que ella sentía de la única forma que conocía.

Mucho tiempo después Kiara comprendió que nunca le había contestado su pregunta.

Para el eterno asombro de Kiara, Darling se había levantado de su cama a la mañana siguiente. Sus movimientos eran lentos y cuidadosos, pero era capaz de hacer todo por sí mismo. Después de haberlo visto la noche anterior, Kiara había estado segura de que estaría postrado durante días.

—Siempre me había preguntado donde vivías —le dijo Darling a Nykyrian. Darling estaba sentado en la mesa de la cocina, comiendo panecillos con Kiara—. Ahora que sé lo agradable que es, me aseguraré de decírselo al resto del grupo. Este se convertirá en un lindo lugar de descanso para nosotros.

Nykyrian levantó la mirada de su escritorio, una sonrisa se dibujó en los contornos de sus labios.

—Termina tu comida antes de que yo termine lo que Arturo empezó.

Rachol le echó un vistazo al alimentador de las lorinas en la cocina.

—¿En dónde están esos perros cruzados?

—Están desconcertados por toda la gente que hay en la casa. La última vez que los vi, estaban escondidos en el dormitorio —contestó Nykyrian.

—Ellos no muerden, ¿verdad? —preguntó Darling.

—Yo soy la única cosa que muerde en esta casa —dijo Nykyrian, mientras revisaba sus documentos.

Kiara tuvo que sofocar una sonrisa ante su seca respuesta. Su cuello aún le picaba por la mordedura que él le había dado en la noche después que se unió a ella en la cama.

Darling se rascó su emplasto de yeso.

—¿Qué vamos a hacer hoy?

Rachol caminó a través del cuarto y se le unió a Nykyrian.

—Tú vas a descansar.

Nykyrian se incorporó y se colocó su chaqueta larga.

—Y ya que estás aquí, vas a hacerle compañía a Kiara mientras nosotros perseguimos a un par de hombres de Aksel.

El corazón de Kiara dejó de latir.

—Desearía que no lo hicieras.

Nykyrian suspiró.

—Lo sé, pero tenemos que hacerlo.

Rachol recogió su bolsa del suelo y le lanzó a Kiara una mirada llena de repugnancia. Su mirada se intensificó cuando Nykyrian la estrechó en sus brazos y le dio un beso de despedida. Soltando una maldición acalorada, Rachol entró en la bahía.

—Regresaremos antes de que oscurezca —dijo Nykyrian, mientras le apretaba el brazo en un gesto consolador.

Kiara observó su partida, sentía el corazón pesado con el temor y la preocupación.

—¿Debo preguntar lo obvio?

La voz de Darling interrumpió sus pensamientos. Kiara se encogió de hombros. Una sonrisa diminuta se dibujó en una esquina de su boca.

—Ahora que lo pienso, yo dormí en el sofá con Rachol. La otra cama que queda está arriba. —Darling la miró fijamente con una intensidad que ella encontró un poco intimidante—. ¿Fue donde Nykyrian pasó la noche? —levantó sus cejas varias veces.

Riéndose de su expresión, Kiara tomó asiento frente a él.

—¿Por qué estás tan interesado?

Darling imitó su encogimiento de hombros.

—He estado enamorado de Nykyrian durante años. Si no fuera por el temor que tengo de perder la vida, me le hubiera lanzado hace mucho tiempo.

Kiara observaba la forma en que Darling cortaba su comida con una mano.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Él levantó la mirada hacia ella.

—¿El por qué soy homosexual?

Ella sonrió.

—No, eso no me interesa.

Él la señaló con su tenedor.

—Por lo menos tienes más modales que mucha gente. ¿Cuál es tu pregunta?

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz en el rostro? —Él se quedó inmóvil, Kiara deseó poder borrar su pregunta. Inconscientemente, Darling soltó el tenedor y se frotó la mejilla que tenía cubierta con su cabello.

—Es desagradable, ¿verdad?

—No —respondió ella honestamente—. Pero es profunda.

Darling suspiró.

—Sí, la hubieras visto antes de hacerme dieciséis operaciones.

Los ojos de Kiara se abrieron como platos.

—¿Qué sucedió?

Él se encogió de hombros como si el asunto realmente no le importara.

—Mi hermano mayor. Tuvimos una pelea hace años y esto —él corrió su cabello detrás de su oreja para desnudar la cicatriz—, fue lo que pasó.

—¿Tu hermano? —Kiara estaba espantada. ¿Acaso alguno de ellos había tenido una niñez feliz?

Darling asintió con la cabeza.

—Kylar siempre fue un bastardo.

Un hoyo de compasión creció en su interior cuando contempló su cicatriz.

—Sabes, todavía eres muy guapo.

El la miró con una expresión que le indicó que pensaba que se había vuelto loca.

—Eres muy generosa —dijo él casi susurrando—. La mayoría de las personas tuercen los labios y salen corriendo.

—La mayoría de las personas son idiotas.

Él sonrió.

—Muy cierto. —Darling se puso serio. Se reclinó en su silla y estudió su rostro durante varios minutos—. Quiero que me prometas algo.

Kiara miraba a todos lados, su mente pensaba en las muchas cosas que él podría querer de ella

—¿Qué?

—Quiero que cuides de Nykyrian. No puedo explicarlo, pero él es diferente ahora que estás aquí. Supongo que es más feliz. Ya no está tan serio y amargado —los ojos

de Darling se estrecharon en una mirada intensa que sondeó su alma—. Quiero que me prometas que no le harás daño.

Kiara sonrió.

—Yo nunca le haría daño.

Darling asintió con la cabeza.

—Bueno, vamos a revisar este lugar para ver que problemas encontramos.

Kiara sonrió, feliz de que Darling fuera una persona tan fácil de tratar. Guiándolo hacia el armario de los libros, intentó alejar de su mente la preocupación sobre Nykyrian y sobre los problemas que *él* podría encontrar.

* * * * *

Horas después Nykyrian y Rachol estaban sentados en el cuarto trasero de la Doncella de Bended, bebiendo sus tragos lentamente. La cabeza de Nykyrian latía con un enorme dolor.

Continuaron revisando sus resultados en la tarde, con un poco de provecho. Nykyrian suspiró. Todo lo que él quería era ponerle fin a todo ese tonto y peligroso asunto para estar junto a Kiara. Agitado ante la aparente inutilidad de su deseo, siguió repasando las hojas impresas que estaban sobre la mesa.

Las paredes de color canela, los mantenían apartados del ruido de los clientes en el área de la barra. Antillas les sirvió otra ronda de bebidas. Nykyrian observó al anciano luchando por esquivar todas las cajas y barriles llenos de suministros.

Antillas sonrió, mientras les colocaba sus bebidas en la mesa.

—Es bueno verlos otra vez. Hace rato que no pasaban por aquí.

Nykyrian asintió con la cabeza con un gesto de apreciación y le pagó las bebidas.

—¿Ha llegado Ryn? —preguntó Rachol.

Nykyrian notó por la manera en que Rachol removía los papeles, que estaba aburrido de esperar.

Antillas le brindó una sonrisa de disculpa a Rachol.

—Todavía no, pero te prometo que lo enviaré aquí tan pronto llegue.

Cuando estuvieron otra vez solos, Rachol soltó un suspiro de cansancio.

—Shahara es mi principal preocupación. Aksel viene recargado con sus pistolas de rayos. Mientras que ella se te desliza por la espalda y te empuja un cuchillo en el pulmón. Es una *harita* muy letal.

Nykyrian asintió, conociendo muy bien la reputación de la asesina.

—Iré esta noche a Tondara e intentaré encontrar a Driana. Ella me contará felizmente todos los planes de Aksel.

Rachol negó con su cabeza.

—Por los informes que encontré, estoy sorprendido de que Aksel no la haya matado. Todo lo que puedo decirte es que ellos se odian. —Rachol bostezó.

Nykyrian tomó un sorbo de su bebida, mientras pensaba en Driana.

—Aksel no la ha matado por su fondo de inversión. Si ellos se divorcian o ella muere en circunstancias misteriosas, todo su dinero pasará a manos de su familia. Aksel es demasiado ávido como para permitir que el odio interfiera con su riqueza.

—¿Por qué estás hablando de esa escoria?

Nykyrian levantó la mirada y observó a Ryn acercándose a ellos. El pelo rojo de Ryn era un poco más oscuro que el de Darling, pero sus ojos tenían el mismo tono azul.

—Estábamos discutiendo las diferentes maneras de matarlo —murmuró Rachol antes de beber un gran trago de su vaso de agua.

Ryn le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Cómo está mi hermano renegado? —le preguntó él a Nykyrian, mientras tomaba asiento.

Darling no era querido por su hermano, pero sin embargo, no podía evitar preguntar por su condición, por eso Nykyrian mintió.

—Él está bien.

—Bien. —Ryn tomó asiento y le pasó una copia del último contrato del Probekein por la vida de Kiara a Nykyrian—. Esto aún no se ha anunciado —dijo, mientras acomodaba las voluminosas yardas de sus túnicas imperiales—. Todo lo que pude averiguar fue que Biardi le dijo al emperador Abenbi que ardiera en una posición incómoda por mucho tiempo. Abenbi se niega a cancelar el contrato, aún cuando Biardi le entregó el surata.

—Yo hubiera podido averiguar eso a través de una computadora —se burló Rachol.

Ryn le frunció el ceño a Nykyrian.

—¿Qué le hiciste como para que se pusiera de un humor tan hostil? —preguntó él, luego continuó antes de que le respondiera—. Abenbi también quiere el arma para conquistar el territorio de Fremick. Cree que porque son vecinos, deben ser parte de sus territorios. Deseo realmente que tus chicos puedan detenerlo.

—Páganos nuestra cuota —Rachol lo miró con sorna.

Ryn le devolvió el gesto.

—Eso es todo lo que sé —dijo él con un tono de irritación—. Espero que te haya servido de algo.

Ante la burla de Rachol, Ryn enfrentó a Nykyrian.

—Deberías mantenerlo amarrado.

Nykyrian apenas tuvo tiempo de agarrarle el brazo a Rachol antes de que su puño hiciera contacto con la barbilla del embajador.

—¡Cálmate! —le chasqueó.

De mala gana, Rachol se volvió a sentar.

—Su información fue de mucha ayuda —dijo Nykyrian, estrechando la mano de Ryn antes de que el embajador se marchara.

—¿Esperamos todo este tiempo para eso? —Rachol sonrió con desprecio.

Nykyrian recogió los papeles de la mesa.

—¿Qué demonios te sucede?

Rachol se incorporó.

—¡Dormiste con ella anoche! Esperé hasta media noche a que regresaras abajo. Pero no lo hiciste.

Nykyrian suspiró.

—Sé donde pasé la noche.

Rachol estrechó los ojos.

—Cuando ella nos traiciona, recuerda que te lo advertí.

Nykyrian apretó los dientes, tentado de mandar a volar a Rachol.

—Como lo voy a olvidar, si tú no dejas de recordármelo todos los días de mi vida.

Rachol lo miró fijamente y mantuvo los puños apretados en los costados, Nykyrian sabía que quería arrancarle la cabeza de sus hombros.

—Este es tu entierro —dijo Rachol antes de recoger sus papeles y salir del cuarto.

Con las horribles advertencias de Rachol resonando en su cabeza, Nykyrian regresó lentamente a su nave. Quizá Rachol tenía razón. Las cosas estaban yendo demasiado bien. Su vida nunca había sido tan fácil. Cuando las cosas parecían mejorar, algo siempre pasaba para arruinarlo todo.

Nykyrian abordó su nave. Se sentó en el asiento de cuero, pensativo. Su dedo pulgar danzó a través del encendedor. Un mal presentimiento se arrastró a lo largo de su espina dorsal.

Al verificar su poder y sus niveles de combustible, Nykyrian no vio nada extraño. Pero aún así el sentimiento de problemas persistía. Si había aprendido algo en su

vida, era a confiar siempre en sus instintos y ahora esos instintos estaban zumbando con una alarma escandalosa.

Definitivamente, algo horrible iba a pasar.



Capítulo 11

Nykyrian, Darling y Hauk estaban de pie en el cuarto principal de la casa de Nykyrian. Nykyrian continuaba dudando de su razón, por haber permitido que Kiara los acompañara a Tondara. Si tan solo ella no le hubiera suplicado con esos enormes ojos ambarinos, él hubiera sido capaz de ponerse de pie rápidamente, y hacerla quedarse atrás. Pero no podía.

—Tú consejo no ayudó —dijo Hauk oscuramente, mientras echaba un vistazo hacia las escaleras.

Nykyrian se dio la vuelta y vio que Kiara descendía. Como le había pedido, se había aplastado el cabello severamente hacia atrás de su rostro y había dejado que una coleta gruesa se arrastrara por su espalda en suaves rizos. El traje de batalla viejo y roto le agregaba pulgadas a su cintura, pero no borraba en lo más mínimo a su belleza.

—¿Qué más podemos hacer? —preguntó Darling, observando a Nykyrian como si conociera la respuesta.

—Pon algo encima de su cabeza —sugirió Hauk.

La cara de Kiara se tornó de un rosa brillante.

—Por qué no te pones algo sobre la cabeza tú, gran...

—Suficiente —dijo Nykyrian, interrumpiéndola antes de que dijera algo que enfureciera a Hauk—. ¡No te enfades!

Kiara lo miró confundida mientras Nykyrian pasaba al lado de ella, subía las escaleras y regresaba con una chaqueta de cuero gruesa.

—Me voy a parecer a un transbordador —dijo ella con mala cara—. Si llevo esto puesto, pareceré que peso tres veces mi tamaño.

Nykyrian pestañeó.

—Esa es la idea.

Kiara frunció los labios, ya no estaba tan segura de querer ir con ellos. Cuando Darling le había hablado sobre el tipo de club que era, su curiosidad había sido más fuerte que ella.

Mientras Nykyrian le ponía la chaqueta, deslizó la mirada sobre su cuerpo. Kiara ardió con el deseo. Nykyrian vestía con unos pantalones de cuero apretados y una chaqueta a medida sin una camisa debajo. Su carne morena y musculosa, le suplicaba a su mano que la tocaran. Si no fuera por Hauk y Darling, lo hubiera arrastrado por las escaleras para sosegar la necesidad ardiente que había dentro de ella. Se lamió sus labios resacos mientras se encontraba con los ojos de Nykyrian. El calor manchó las mejillas de Nykyrian al percatarse de su mirada hambrienta.

La risa de Hauk reverberó en el lugar.

—¡Esta puede ser la primera vez en mi vida que he visto a este muchacho ruborizarse! —Nykyrian lo miró con un ceño sombrío. Hauk retrocedió un paso, pero seguía sonriendo.

Murmurando una maldición en Andarion, Nykyrian desató el cabello de Kiara y le hizo tres trenzas, y luego la juntó en una sola. Le enderezó el cuello de su chaqueta y se enfrentó nuevamente a Darling y a Hauk.

—¿Ahora que piensan? —preguntó.

Hauk negó con la cabeza.

—Todavía sigo creyendo que ella es condenadamente atractiva. ¡Va a hacer que nos maten!

—Relájate —dijo Darling—. Shahara va allí todo el tiempo y nadie la molesta nunca.

Hauk resopló.

—Eso es porque ella te mataría con solo preguntarle como esta el clima.

Kiara levantó la mirada hacia Nykyrian, temerosa de que pudiera hacerles caso. Después de haber tenido una vida llena de restricciones a su libertad, quería ver desesperadamente una real cueva de contrabandistas y delincuentes.

Nykyrian agitó la cabeza ante Hauk.

—La vigilaré de cerca —dijo él, tomando su mano.

* * * * *

El tiempo pasó rápidamente para Kiara mientras llegaban al enorme planeta conocido como Touras y a la ciudad portuaria llamada Tondara.

Atracaron en la bahía más mugrienta que Kiara había visto en su vida. Cuando se levantó la compuerta, casi se ahoga con el penetrante olor de la basura podrida y olores de cuerpos. Quizá debió haber escuchado a Hauk y se debió haber quedado en casa después de todo. ¡Ese lugar era asqueroso!

Nykyrian la soltó.

—Tienes que saltar sola. Actúa como si supieras lo que estás haciendo y si alguien te mira, grúñele.

—¿Hablas en serio?

—Bastante.

Definitivamente quería irse a casa. Con un largo suspiro, saltó e hizo lo que le había dicho. Cuando sus pies cayeron sobre el pavimento, le produjo un dolor desagradable en sus rodillas.

Kiara chilló cuando varias especies sin identificar de bichos le pasaron por los pies, corriendo hacia un montón de basura cercano. Varios seres se volvieron para mirarla fijamente con mucho interés. Tragó saliva, levantando la mirada para ver a Nykyrian saltando hacia ella.

Él les puso un ceño feroz a los espectadores, y entonces murmuró entre dientes:

—Odio saltar hacia el pavimento. Eso acaba con mis rodillas.

Kiara sofocó una sonrisa. Darling y Hauk se les unieron.

—Aquí hay una multitud —dijo Darling, al observar las naves apiñadas dentro de la bahía.

Hauk estrechó los ojos.

—Creo que debemos retroceder antes de que nos pulvericen.

Nykyrian empujó a Hauk hacia la entrada.

Los miembros de Kiara temblaban al ver a los sucios individuos que los observaban mientras se acercaban a la puerta. Ellos parecían demasiado inclinados a clasificar a sus compañeros según su tamaño.

—No cruces la mirada con nadie —le advirtió Nykyrian, mientras envolvía un brazo posesivamente alrededor de ella.

Kiara asintió con la cabeza, un nudo de terror le bloqueaba el paso de sus palabras en su garganta. Cuando las puertas se abrieron, ella retrocedió. La música sonaba tan fuerte que hizo que su cuerpo se estremeciera en un segundo.

Su curiosidad se marchitó con una ola de pánico. Después de estar con Nykyrian y su grupo, había pensado equivocadamente que la mayoría de los contrabandistas eran similares a ellos, pero estaba en un error. Los hombres, mujeres y forasteros que se movían dentro del club oscuro eran los más rudos e intimidantes individuos que había visto alguna vez y no tenía duda de que cualquiera de ellos mataría a alguien con solo mirarlos con sospecha.

Las luces oscuras pestañeaban en el techo. El hedor del alcohol se alojó en su garganta. Las criaturas dieron volteretas unas encima de otras, empujándose, buscando pelea. Sus piernas temblaron.

Nykyrian pagó su entrada.

—No te harán daño mientras estés junto a nosotros —gritó él en su oreja, tratando de sobreponerse al ruido y guiándola hacia la muchedumbre.

Hauk le puso una mano en el hombro, permitiéndole saber que estaba detrás de ella. Literalmente.

—¡Hay una mesa adelante! —gritó Darling, apartando a la muchedumbre que lo rodeaba.

Kiara soltó un suspiro de alivio cuando llegó a la mesa indemne. Por lo menos en la sección de las mesas no estaba tan atestado de gente. Cuando todos se sentaron, una especie desconocida les trajo bebidas.

—Ella es nueva —ceceó entre labios burbujeantes—. ¿Qué le sirvo?

—Grenna —replicó Nykyrian.

La camarera parecía sonreír, pero Kiara realmente no podía afirmarlo al verle esos labios extrañamente formados.

—Es bueno verte de nuevo, guerrero. Me había empezado a preocupar de que alguien le hubiera dado un tiro de gracia a tus muchachos.

Nykyrian sonrió con afectación.

—Tú nos conoces bien, Vrasna.

Vrasna levantó la mirada hacia Nykyrian de una forma, que hizo que Kiara quisiera hundirse debajo de la mesa.

—¿Ella es tuya?

Nykyrian asintió con la cabeza.

Vrasna le apretó el hombro.

—Lo regaré por ahí.

Kiara observó la partida de la criatura.

—¿Qué es eso? —preguntó, reparando la forma elegante en la que Vrasna se movía en cuatro patas.

Nykyrian dibujó una pequeña sonrisa.

— Aunque no lo creas, ella es hembra — Nykyrian le dio su bebida.

Kiara tomó un pequeño sorbo, entonces abrió la boca como una tarta, cuando el líquido espeso le abrió un hoyo en su lengua. Las lágrimas picaron en sus ojos.

— Asqueroso, ¿no es así? — le preguntó Darling, mientras le daba su vaso de agua.

Agradecida por su preocupación, Kiara tomó un gran sorbo tratando de apagar el fuego en su boca.

— La encontré — le gritó Nykyrian a Hauk —. ¡Protege a Kiara con tu vida!

Kiara observó como Nykyrian los dejó, su corazón golpeaba de miedo y de preocupación. No sabía a quien perseguía, solo esperaba que Nykyrian no estuviera corriendo hacia el peligro.

Lo observó mientras cruzaba el cuarto y se encontraba con una mujer rubia sumamente atractiva. Sus ojos se estrecharon. Los celos royeron su interior tan ferozmente, que estuvo tentada de apartar a la muchedumbre para reclamarlo como suyo. Entonces, cuando Nykyrian llevó a la jovencita a la parte trasera, ardió mucho más.

La risa retumbante de Hauk invadió sus orejas.

— Relájate — dijo —. Nykyrian necesita información, nada más.

Su explicación, pensó Kiara, no la satisfizo aún.

Minutos después, Hauk se excusó para ir detrás de un viejo amigo. Darling se movió para sentarse al lado de ella. Le cubrió sus manos temblorosas con las suyas y le dio un tierno apretón para animarla.

— ¡Darling!

Kiara saltó al escuchar ese sonido en su oreja. Un hombre alto, guapo, se sentó en una silla del otro lado de Darling.

— Te ves como el infierno, compañero.

Kiara estudió el hermoso rostro del hombre. Las cejas de color ébano se extendían sobre unos alegres ojos avellanos, paralelas a sus mejillas. Su cabello oscuro le llegaba hasta los hombros y lo llevaba atado con una coleta.

Él le susurró algo en la oreja de Darling, y luego le pasó revista. Una sonrisa seductora se dibujó en sus labios y Kiara se preguntó cuántas mujeres se habían desmayado por eso.

— Saludos, hermosa — él extendió su mano hacia ella.

Echándole un vistazo a Darling, Kiara esperó verificar su amistad con el hombre.

— Kiara este es mi mejor amigo, Caillen Dagan, extraordinario contrabandista y asesino de damas extremo — gritó Darling.

Con cautela, ella estrechó la mano de Caillen. Él levantó la mano hasta sus labios y le plantó un caluroso beso en sus nudillos. Al soltar su mano, la miró fijamente a los ojos, dibujando una sonrisa de una forma que Kiara estaba segura, habría echo desvanecer a las mujeres en sonrisitas.

—¿Kiara Biardi? —preguntó Caillen sorprendido.

Ante su asentimiento, su sonrisa se ensanchó.

—Guay. ¡Es un privilegio a un mayor, compartir estos tragos contigo!

Darling empujó el hombro de Caillen.

—No hagas eso con ella —le advirtió. Darling volvió su rostro hacia Kiara—. Caillen es bastante inofensivo, lo que pasa es que cree que todas las mujeres que respiran se mueren por arrastrarse a su cama.

—La mayoría lo hace —contestó Caillen con una risa contagiosa.

—¡Hola Caillen! —le dijo una atractiva pelirroja, mientras se apoyaba en el hombro de Caillen para besarle su mejilla.

Caillen arrugó su nariz y envió a la mujer a volar. Kiara miraba a Darling, mientras este le ponía una cara de incredulidad a Caillen.

—¡Creo que esta puede ser la primera vez desde que llegaste a la pubertad, que has permitido que una mujer bonita se escape sin que la molestes!

Caillen resopló.

—Sí, bueno, es que Lila es una mujerzuela ubicua. Alguien debería pintarle una x en su trasero y señalar este lado abajo.

Los ojos de Kiara se ensancharon ante su cruda respuesta.

Caillen se encogió de hombros, con esa irresistible sonrisa de nuevo.

—Lo siento por eso —le dijo a Kiara, antes de tomarse un trago del vaso de agua de Darling—. Tiendo a permitir que mis modales se resbalen en los momentos menos indicados.

De repente, se apoyó en la mesa y le brindó una mueca seductora.

—Espero que no seas la novia de Darling.

—Es la de Nykyrian —respondió Darling por ella.

El rostro de Caillen palideció.

—Me largo de aquí —dijo, mientras se ponía de pies. Se volvió y miró con sospecha a Darling—. Por qué no me dijiste que él estaba aquí, y que me le estaba lanzando a su mujer. Jesús, Darling, que estás tratando de lograr, ¿que me destripen?

Darling se encogió de hombros, dibujando una sonrisa en su rostro.

—Realmente, estoy disfrutando tu vergüenza.

—Ja, ja —ladró Caillen, ofreciéndole a Kiara una tímida sonrisa. Su cara se tornó seria—. Arturo le preguntó a Kasen por tí. Ella le dijo que estabas visitando a Ryn. No creo que le haya creído, así que vigila tu espalda.

—Lo haré.

Con una inclinación de cabeza hacia ellos, se internó en la muchedumbre.

Kiara observó la sonrisa en el rostro de Darling.

—Ese es un humano muy interesante.

Darling asintió con la cabeza.

—Vale su peso en alivio cómico.

Kiara retorció la pajilla en el vaso de Nykyrian con sus dedos.

—Pensé que Nykyrian era tu mejor amigo.

Darling se apoyó en el respaldo de su silla y estudio su cara.

—Nykyrian me protege y lo quiero por eso, pero él es demasiado serio. Por otro lado, Caillen toma la vida a paso largo, siempre con un chiste sobre ella —encogió los hombros y tomó su vaso de agua—. No se por qué, pero el simplemente me hace reír.

Kiara asintió, comprendiendo demasiado bien la importancia de reír.

—¿Tú y Caillen son amantes?

Darling negó con la cabeza y sonrió.

—No, Caillen es estrictamente heterosexual. —echó un vistazo alrededor de la muchedumbre—. ¿Todavía estás nerviosa?

Kiara respiró profundamente.

—Un poco —dijo, pero dentro de ella sabía que era mucho más.

Darling tomó su mano fuera de la mesa y rastreó la línea de sus dedos.

—Tocando —una malévola voz gruñó entre ellos.

Darling le soltó la mano y se puso de pies.

—¿Qué estás haciendo aquí? —chasqueó.

El hombre que los miraba con rabia era guapo y mayor. Unas líneas débiles estropeaban su boca cruel. Su pelo encanecido era castaño y corto, los ojos azules acerados los rastrillaban con una mirada fría.

—¿Te sientes heterosexual esta noche? —les sonrió con desprecio, agarrando a Darling por el brazo con un áspero asimiento que hizo que Kiara se encogiera en respuesta.

—¡Se suponía que no debías salir de casa hasta que te lo dijera!

Kiara tragó saliva, ese debía ser Arturo. Aterrada, miró en medio de la muchedumbre intentando encontrar a Nykyrian, a Hauk o a Caillen, pero no vio a nadie que le pareciera familiar.

—Por qué simplemente no te marchas —gritó Darling, con su temperamento fuera de control—. Te dije que no iba a regresar a casa.

La respuesta de Arturo fue un doloroso revés. Darling cayó contra la mesa, trastornado. Sin pensarlo dos veces, Kiara se levantó y empujó a Arturo apartándolo de Darling. Apenas si lo movió.

Con una maldición resonante, él la golpeó fuerte, lanzándola hacia un grupo de hombres. Ignorando el escozor de su mejilla, Kiara se levantó del suelo, pensando en regresar a la lucha, pero se encontró rodeada de un grupo de humanos apestosos.

—Perdónenme —dijo, intentando pasar a través de ellos.

—¿A dónde crees que vas? —le preguntó uno de ellos, con una sonrisa repulsiva.

—No creo que ella vaya a ninguna parte —le respondió otro, antes de agarrarla por la cintura y tirarla de vuelta al resto del grupo.

El terror la devoró, tenía que hacer algo. Kiara luchó contra el asimiento del hombre, arañándole las manos. Con una maldición acalorada, la lanzó sobre su hombro. Kiara chilló y gritó, pero no consiguió liberarse.

Al levantar la mirada, vio como Arturo arrastraba a Darling a través de la puerta trasera. Renovó su forcejeo con vigor. ¡Tenía que ayudarlo!

El hombre que la sostenía se burló de sus esfuerzos y la hizo rebotar fuertemente contra su hombro. Soltó su respiración con un ruidoso y doloroso jadeo. Ella le tiró del cabello y le arañó su cuello expuesto.

El hombre la sacó de la bahía de desembarco y la tiró en el suelo sucio dónde aterrizó de un fuerte porrazo. Kiara gimió ante el dolor que atravesó todo su cuerpo, sus costillas y espalda se arquearon hasta el punto que pensó que estaban rotas.

—Pagarás por esto, *harita* —gruñó el hombre, mientras sacaba una daga enorme de su bota.

Kiara se estremeció, en su mente veía a Chenz, viniendo detrás de ella desgarrándole el cuerpo con su cruel hoja.

Los demás hombres pertenecientes a su grupo la rodearon. No podía huir por ninguna parte. Tragándose el miedo, clavó los ojos en la hoja brillante. Esta brillaba mientras él la levantaba. Demasiado aterrada como para moverse, Kiara esperó su descenso. De repente, esta fue quitada de su mano.

—¿Qué crees que estás haciendo? —ladró Nykyrian, balanceando el cuchillo debajo de la barbilla del hombre.

Una gota de sudor se deslizó por la sien del hombre.

—Este es un problema de humanos, Andarion.

La mirada fría del rostro de Nykyrian hizo que un escalofrío recorriera la espina dorsal de Kiara.

—Ella es mi compañera, lacra. Lo que hagas con ella *es* mi problema.

Kiara miró como el hombre se estremecía sin control. Levantó la mirada hacia ella, luego hacia Nykyrian, y nuevamente hacia ella.

—¿Eres su compañera? —chilló.

—Sí —contestó Kiara con convicción, temblando del alivio de que Nykyrian hubiera salvado su vida. De nuevo.

Nykyrian arrastró el cuchillo debajo de la barbilla del hombre, dejando un pequeño sendero de sangre antes de extender su mano hacia Kiara. Agarrando gustosa, esa línea de vida, permitió que él la incorporara.

—Lo siento —dijo el hombre de prisa, limpiándose la sangre de su barbilla con el reverso de su mano—. Ella se chocó con nosotros. No tenía ni idea. Quiero decir... bueno...

—Yo sugiero que te marches —gruñó Nykyrian, mientras le mostraba sus dientes al hombre.

El grupo corrió tan rápidamente que Kiara no lo podía creer. Agitada con sus emociones, Kiara enterró su cabeza en el hombro de Nykyrian sonriendo de histérico alivio.

—¡Si les hubieras dicho buuu, creo que se habrían muerto del miedo!

Nykyrian la sostuvo contra sí, aliviándole el temblor de sus miembros con los brazos.

—¿Qué sucedió? —le susurró él contra su pelo.

Kiara soltó una respiración temblorosa.

—Hauk vio a alguien que conocía. Entonces Darling y yo estábamos hablando... Arturo se presentó. ¡Él tiene a Darling!

El cuerpo de Nykyrian se puso rígido.

—¿A dónde se fueron?

—Salieron por la puerta trasera.

Nykyrian la trajo de vuelta al club por el brazo y a travesaron la muchedumbre. Cuando encontraron a Hauk, Nykyrian lo agarró con una maldición furiosa. Luego salieron por la puerta trasera. Nykyrian caminó alrededor, examinando el área.

—Recuérdame después que te mate —le dijo él amargamente a Hauk, con la cara retorcida en un gesto de rabia.

—¿Qué sucedió? —preguntó Hauk confuso, al mirar a Kiara.

Nykyrian retorció su labio.

—Nada de gran importancia. Arturo tiene a Darling.

—¡Mierda! —Hauk se pasó la mano con impaciencia por el cabello—. ¿Adónde crees que fueron?

—No tengo ni idea.

Caillen salió corriendo a través de la puerta trasera.

—¿En dónde está Darling? —le preguntó a Nykyrian.

—Lo tiene Arturo.

Caillen soltó una maldición que hizo que Kiara se ruborizara.

—Kasen solo me dijo que los vio juntos hace un momento. Así que ayúdame, ¡porque voy a estrangular a esa mujer!

—¿Tienes idea a donde Arturo pudo haberlo llevado? —le preguntó Nykyrian a Caillen, mientras tomaba la mano de Kiara.

—Quizás.

Nykyrian tomó su intercomunicador y llamó a Rachol y a Jayne para que empezaran la búsqueda. Luego le entregó su intercomunicador a Caillen.

—Mantén contacto con ellos. Llevaré a Kiara a la casa, y luego me uniré a la búsqueda.

—¿Cómo nos mantendremos en contacto contigo? —preguntó Caillen, mientras se envolvía el intercomunicador en su cinturón.

—Yo tengo el intercomunicador de Darling en la casa.

La culpa carcomió a Kiara mientras Nykyrian la llevaba en su nave. Si ella no hubiera estado en problemas otra vez, Nykyrian hubiera podido salvar a Darling a tiempo.

—Lo siento —susurró ella, mientras despegaban de la bahía.

—Tú no hiciste nada —dijo Nykyrian con un suspiro—. Debí haberlo pensado mejor antes de dejar a Hauk con ustedes dos. A veces no piensa.

Kiara permaneció en silencio el resto del viaje, con sus pensamientos dando vueltas en torno a lo que había pasado. Rezó para que Darling estuviera bien.

Nykyrian la llevó corriendo a la casa, recogió el intercomunicador y se marchó antes de que pudiera desearle incluso suerte. Con el corazón pesado, se acostó en la cama.

Yació por horas mirando a las estrellas que brillaban sobre su cabeza, rezando porque todos estuvieran con vida. Cuando vio a la nave de Nykyrian sobrevolando

en el techo, su corazón latió de alivio. Recogió su túnica y bajó las escaleras rápidamente para esperar que entrara a la casa. Las lorinas se enroscaron en sus piernas, maullando suavemente.

Un Nykyrian exhausto atravesó la puerta. Dejó caer su casco al suelo y abrió los brazos para recibir su abrazo firme.

—Lo encontramos —dijo él cansado.

—Espero que hayas hecho pedazos a Arturo.

Nykyrian le mostró una de sus manos. Los nudillos estaban hinchados y sangrientos.

—Hice mi mejor esfuerzo.

Kiara sonrió, mientras le apartaba un mechón de pelo de su rostro.

—¿En donde está Darling?

Nykyrian se apartó de ella y se dirigió a las escaleras.

—Se quedó con Jayne y su esposo.

* * * * *

Él hizo una pausa en su segundo paso y se volvió para mirarla a la cara.

—Te daría cualquier cosa si me llevas arriba.

Kiara sonrió.

—¡Vamos, soldado, Muévelo! —Kiara lo empujó de su trasero.

Un gemido se le escapó cuando su mano se resbaló entre sus muslos.

—Si sigues haciendo eso, podría revivirme después de todo.

—Escúchate —lo amonestó ella—. Me dices eso después de que perseguiste a esa rubia esta noche.

Nykyrian se tiró en la cama.

—Yo necesitaba información —bostezó sobre la almohada.

Kiara negó con la cabeza.

—Si el universo pudiera ver a Némesis ahora mismo, dudo que creyeran que eres una terrible amenaza.

Ella esperó su respuesta.

—¿Nykyrian? —Kiara se inclinó sobre él, y se dio cuenta que estaba dormido.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. Darling le había dicho que solía cansarse así. Suspirando, apagó las luces. Kiara le quitó la ropa, las dobló pulcramente, y las puso en el armario.

Un caluroso hormigueo latió dentro de su pecho cuando lo miró a través de la luz tenue del cuarto. Se veía tan pacífico. Rezó para que tuviera una noche libre de pesadillas. Pero ella sabía que no iba a ser así.

Sabía que había noches en las que él realmente no dormía. En esas noches lo escuchaba llamar a su madre, maldiciéndola, llorando por ella, o a veces recordaba sus misiones y se despertaba temblando. Kiara se preguntaba si él recordaba sus sueños. Si lo hacía, nunca se lo había mencionado después.

Apartándole el cabello de su mejilla, besó el área rasposa. Nunca lo dejaría.

Kiara lo cubrió con una manta, se acomodó a su lado y envolvió los brazos sobre él. Con un suspiro de felicidad, se durmió.

* * * * *

Kiara se estaba cepillando el cabello, sus mejillas ardían ante la mirada lujuriosa de Nykyrian. Él estaba apoyado en la cama, con una sonrisa inteligente dibujada en sus labios.

—¿Te diste cuenta que te casaste conmigo anoche?

Su mano se detuvo a medio camino.

—¿Yo qué?

Él asintió con la cabeza.

—En la ley de los Andarion, dos personas que profesan, sin ser forzados, que son pareja delante de otro individuo, están casados.

Una calurosa emoción se disparó a través de su cuerpo.

—¿Hablas en serio? —dijo ella casi sin resuello, mientras bajaba el cepillo.

Él apartó la mirada de ella, con una expresión estoica en el rostro.

—Me parece que quieres el divorcio.

Kiara se mordió su labio inferior, con una sonrisa dibujada en sus labios.

—Déjame pensarlo. Me gusta eso de ser la *Tara* de Némesis. —Kiara se sentó a su lado en la cama—. ¿Pero todo fue así de fácil?

Él le acarició la mejilla, dibujando un sendero ardiente a lo largo de su mentón.

—Así es. Los Andarions no realizan grandes ceremonias ilustres. —Él tomó un trago de su jugo.

Kiara le dio la espalda en un gesto falso de pretensión.

—Bueno, nunca pensé que el día de mi boda sería tan tranquilo.

Él sonrió.

—Un divorcio también es fácil de adquirir.

Ella negó con su cabeza, sus rizos revolotearon bajo su rostro.

—Ah no. ¡Tú estás unido a mí ahora!

La mano callosa de Nykyrian se movió de la taza a su mejilla. La expresión de su rostro era difícil de descifrar, y la preocupó.

—¿Qué sucede?

Él la besó en la coronilla.

—Creo que te llevaré a donde tu padre hoy.

La sorpresa la conmovió. Miró sus encantadores ojos verdes, sin estar completamente segura de querer ir a casa.

—Mi padre te dispararía si se entera de que estamos casados —dijo ella con una sonrisa, mientras deslizaba una mano debajo de la manta.

Cuando su mano se cerró alrededor de él, Nykyrian expulsó su jugo por la nariz. Kiara sonrió.

—Eso fue muy cruel —la acusó.

Ella se mordió el labio, brindándole una sonrisa seductora.

—¿El matrimonio es legal sin la consumación?

Nykyrian puso el jugo sobre la mesa de noche. Antes de que Kiara pudiera pestañear, la tenía de espaldas en el colchón. Le dio la bienvenida a su beso, a la fuerza de sus manos sobre su cuerpo. Él le arrastró sus besos por la oreja, mordisqueando su lóbulo suavemente. Los escalofríos dispararon un calor blanco a través de su cuerpo.

Por todas partes que él la tocaba, ella quedaba anhelante de placer. Hundió sus talones en el colchón y arqueó su espalda para encontrarse con él. Nunca se había sentido tan deseada, tan viva.

Kiara recorrió con sus manos los planos de su espalda, percibiendo las cicatrices. Él le pertenecía y nadie se lo arrebataría nunca, se aseguraría de eso.

—Ahora —jadeó ella, mientras él le besaba los labios.

Obedeciéndola, le apartó las piernas con sus rodillas. Kiara gimió cuando entró en ella. Se deleitó con el placer de sentirlo y el conocimiento de que ambos se pertenecían mutuamente.

Su liberación llegó rápidamente.

—Te amo —le dijo ella, al acariciarle el cabello que tenía sobre el rostro.

Su respuesta fue un profundo y mágico beso.

Se quedó encima de ella, su cuerpo fuerte se amoldaba al suyo. Kiara se olvidó de su carrera, de su vida. Todo lo que quería era a Nykyrian.

Yacieron silenciosos durante varios minutos. Kiara sentía como su corazón volvía a latir normalmente. Besó la piel salada de su cuello, disfrutando del olor almizclado que hacía parte de él.

—¿Te importaría bañarte conmigo? —preguntó él.

Kiara sonrió.

—Me encantaría.

No tardaron mucho tiempo bañándose y vistiéndose. Casi demasiado pronto, abordaron la nave y se dirigieron a Gouran. Kiara tenía miedo de encontrarse con su padre. No sabía como reaccionaría él con sus noticias, pero estaba segura que no le iban a hacer ninguna gracia.

Cuando Gouran quedó a la vista, quería pedirle a Nykyrian que se diera la vuelta. Pero sabía que no podía hacerlo. Su padre estaba angustiado por ella. Rezaba para poder hacerlo razonar y que no metiera en la cárcel a Nykyrian cuando llegara. Cien naves los rodearon cuando entraron al espacio aéreo de Gourish.

—¿No crees que tu padre está un poco molesto? —preguntó Nykyrian.

Ella pudo haberlo notado sin necesidad de escuchar su sarcasmo. Kiara miró fijamente al tenebroso número de naves.

—Baje su escudo y apague su propulsor principal —pidió el director.

Nykyrian se tensó cuando una luz de advertencia les notificó que eran los objetivos de un sistema de armas de otra nave.

—No hay necesidad de tanta hostilidad —dijo serenamente.

—¡Conocerás mi hostilidad cuando aterrices, hijo de perra!

El grito atronador de su padre reverberó en sus orejas.

—Papá, todo está bien —dijo Kiara, rezando para que él se tranquilizara.

—¿Ángel? —su voz sonó temblorosa—. Gracias a Dios que estás viva.

El nudo que tenía en su estómago se apretó mucho más.

—Ves, todo está bien —le dijo ella a Nykyrian en voz baja, sin estar segura si sus palabras eran para tranquilizarla a ella o a Nykyrian.

Aterrizaron dentro de la bahía principal. Kiara tembló de aprehensión. Cuando su padre estaba enfadado, no era razonable. Observaba como mil armas eran apuntadas por una multitud de soldados que estaban en la bahía.

—¡Envía a Kiara abajo primero! —gritó su padre.

Las manos fuertes de Nykyrian desataron su casco y su cinturón de seguridad.

—Todo está bien —susurró él—. Haz lo que él dice.

Kiara asintió. Su cabeza estaba alarmada con el pánico, el miedo y la rabia, mientras descendía por la escalera de mano. Se acercó despacio a su padre, incapaz de creer que todos esos soldados estuvieran agrupados allí.

—¿Qué significa esto?

Tiarun le puso las dos manos heladas en sus mejillas, y le dio un abrazo fuerte. Ella también lo abrazó, pensando en que quizá él debía estar más tranquilo ahora que la había visto sana y salva.

—Papá, es tiempo de que detengas esto —miró a Nykyrian, quien estaba lejos de su nave con una pistola apuntada a su cabeza.

—Tienes razón, Ángel. —Él le sonrió—. Es tiempo de ponerle fin a esto. Alguien tiene que hacerlo.

Sus brazos se apretaron alrededor de ella mientras le hacía una señal a sus hombres.

—¡Dispárenle!

La orden de su padre la aterrorizó.

—¡No! —gritó ella, intentando liberarse.

El asimiento de su padre se incrementó y ella dio vueltas alrededor. Su padre la mantenía aferrada de sus brazos, impidiéndole correr hacia Nykyrian.

—¡No! —gritó ella de nuevo, pero nadie la escuchó. La luz hizo erupción dentro de la bahía. Nykyrian retrocedió por los disparos.

Kiara se heló. Ningún sonido salió de sus labios cuando se derrumbó en el suelo, con un grito de rechazo al interior de su alma, con las manos de su padre todavía cerradas a su alrededor, impidiéndole correr hacia su marido.

—Él está muerto —dijo un soldado, incorporándose del lugar en donde yacía Nykyrian.

Kiara no podía respirar. Quería morir. Todo era un error, tenía que serlo. Los sollozos estremecieron su cuerpo, mientras una agonía insoportable desgarraba su alma.

—Dispongan del cuerpo —las tropas se despidieron. Kiara miró fijamente a su padre, incapaz de creer que fuera tan frío, tan cruel.

—Te odio —le gritó ella, cuando él se movió para ayudarla a levantarse. Se retorció inútilmente en sus brazos. A pesar de su renuencia a salir de la bahía, su padre la sacó de allí, olvidando su dolor.

Dos soldados se quedaron para hacer la limpieza en la bahía. Nykyrian hizo su mejor esfuerzo de no respirar profundamente. Nunca había estado más adolorido en su vida. Por lo menos le habían disparado cuatro tiros a quema ropa.

—Estamos muertos —susurró Tañeron—. Si Biardi se da cuenta de esto, me arrancará las pelotas.

Una vez más en su vida, Nykyrian le agradeció a Dios la lealtad de los miembros del OMG. En momentos como este, los espías eran sumamente valiosos.

—¿Ahora como rayos vamos a sacarte a ti y a tu nave de la bahía? —preguntó Tañeron, mientras le echaba un vistazo nervioso a la bahía.

Nykyrian cerró los ojos para soportar una ola de dolor.

—Dile a control, que vas a conducir a mi nave con control remoto, para librarte de mí —susurró.

Tañeron sonrió.

—Brillante.

Nykyrian luchó por permanecer flácido cuando lo recogieron y lo descargaron en el asiento de su nave. Los gritos de Kiara hacían eco en sus oídos y deseó poder encontrar una manera de contarle que estaba bien, en pocas palabras.

El dolor lo atravesó y por un momento, temió que pudiera desmayarse. Su nave anduvo tambaleándose mientras realizaban el despegue a control remoto.

Tanta sangre lo cubría, que no podía deducir en que lugar estaba herido. Esperó hasta que salió de órbita antes de sentarse y tomar el control de su nave. El dolor nubló su mente, embotando sus pensamientos. En cada segundo que pasaba parecía aumentarse cada vez más su agonía palpitante. Cuando llegó a casa, no podía casi moverse.

Nykyrian salió tambaleándose de su nave, mientras su vista se oscurecía. Tenía que llamar a Rachol para que sanara sus heridas. En la proporción en la que iba, se desangraría hasta morir en menos de una hora. A pesar del sudor que cubría su cuerpo, estaba frío. Abrió la puerta de su casa, manchando de sangre los controles manuales.

Se liberó del casco y lo dejó caer de sus manos entorpecidas. Las lorinas se acercaron, confundidas por el olor de la sangre. Tenía que conseguir ayuda. Tenía que volver con Kiara.

Nykyrian dio un paso adelante y cayó arrodillado.

Trató de levantarse, pero el dolor no se lo permitió. Tenía que moverse, debía hacerlo. Su último pensamiento consciente fue el de una pequeña bailarina quien le había prometido, que nunca lo abandonaría.



Capítulo 12

—¡El contrato ha sido revocado!

Kiara apenas si escuchó el grito de júbilo de su mejor amiga, Tiyana. En su lugar, miró fijamente el calendario de presentaciones que tenía en su regazo, incapaz de creer que habían pasado seis semanas desde que vio a Nykyrian por última vez.

Una y otra vez, la escena se repitió en su mente, los sonidos, el dolor.

—Kiara, ¿no me escuchaste? —preguntó Tiyana, dándole golpecitos al brazo de la silla en donde Kiara estaba sentada—. ¡Puedes regresar al teatro!

—Te escuché —contestó ella con un suspiro lleno de nostalgia.

Tiyana se tranquilizó y tomó asiento en una silla idéntica, blanca, de hierro forjado, que estaba enfrente de ella.

A Kiara siempre le había encantado sentarse en el jardín bien podado que estaba en el patio de la casa de su padre, sentir el olor de todas las flores que la rodeaban, la luz del sol que calentaba su piel, no hacer nada excepto respirar el aire dulce, chismorreando con Tiyana. Pero ya no. Ahora, todo parecía aburrido, vacío.

Kiara observó como Tiyana levantaba la vista sobre su hombro y agitaba su bonita cabeza rubia, y por esa acción supo que su padre estaba de pie detrás de ella. No se molestó en mirar. Realmente no podía importarle menos donde estaba su padre.

—Tiyana —dijo él con rudeza—. ¿Nos perdonas un momento?

—Seguro, comandante —se puso de pies y le tocó la mano a Kiara—. Regresaré en un minuto. ¿Quieres algo?

Kiara negó con la cabeza, mientras sofocaba un sollozo. La única cosa que ella quería era a su marido y nada podría traer de vuelta a Nykyrian. Con una respiración temblorosa, Kiara apartó la mirada de su padre cuando se sentó en la silla que había ocupado Tiyana.

—Ángel.

—¡No me digas así! —chasqueó ella, incapaz de perdonarle lo que le había hecho, y todas las cosas que le había dicho desde *ese* día.

Él tomó una respiración profunda y le extendió una carpeta.

—Te traje tu reporte médico. ¡Deseo poder matar a todos esos bastardos por lo que te hicieron!

Kiara estrechó la mirada, queriendo sacarle los ojos por lo que había dicho. Se negó a aceptar la carpeta de su mano. No quería nada de él. Nunca.

Su padre pensaba que ella había sido violada por todos los hombres del OMG, sin importarle cuantas veces intentó explicarle lo que de verdad había pasado entre ella y Nykyrian, su padre solo se la pasaba diciendo que le habían lavado el cerebro.

¿Por qué no la escuchaba? ¿Cuántas veces había intentado decirle que nunca tuvo que hacer nada que no hubiera querido?

—Estás embarazada —dijo por fin su padre con un tono de amargura.

Kiara abrió la boca, y por primera vez en semanas, se sintió sonreír.

—El doctor dijo que puede terminar con el embarazo sin ningún problema.

—¡No lo hará! —chasqueó ella, al ponerse de pies.

Tiarun se incorporó, con un gesto de hostilidad en el rostro.

—Sé razonable. Un niño acabaría con tu carrera. ¿Eso es lo que quieres? —le preguntó, agarrándole el brazo y sacudiéndola con rudeza—. ¿Por qué querías acabar con tu vida por una semilla bastarda?

Kiara tembló de la rabia y liberó su brazo de su agarre. Nunca en su vida había querido golpear a su padre, pero en ese momento dudaba que otra cosa le diera más satisfacción.

—Fue a mi marido al que mataste. ¡Mi bebé no es un bastardo! Es todo lo que me dejó, todo lo... —Sus palabras se interrumpieron cuando soltó un sollozo y salió corriendo del jardín.

Cuando llegó a su cuarto, se tiró en la cama y sollozó sobre sus almohadas. Todo lo que quiso fue regresar a ese último día que habían pasado juntos. Para tocar a Nykyrian una vez más. En su lugar, se tocó el estómago, donde la última parte de Nykyrian florecía. Le daría a su bebé todo el amor que le quiso dar a Nykyrian, todo el amor que a Nykyrian se le había negado en su vida entera.

* * * * *

—¿Vas a regresar al teatro?

Kiara se quedó a medio camino en una calle atestada de tiendas y miró a Tiyana a los ojos.

—Te he dicho mil veces que ya no voy a bailar más.

—¿Pero por qué? —insistió ella, en un tono de voz, que hizo que Kiara quisiera sacudirla.

Kiara suspiró. Se pasó una mano sobre su estómago plano, anhelando el día cuando vería alguna prueba de la existencia de su bebé.

—Ahora hay cosas más importantes que yo.

—¿Cómo cuales?

Kiara se puso rígida.

—Como mi bebé.

—Sabes que puedes bailar unos meses más. —Tiyana la agarró por el brazo y empezó a caminar nuevamente calle abajo—. Debes volver a pensar lo que estás haciendo. Dios, yo vendería mi alma por tener tu fama.

Kiara abrió su boca para replicarle que ella vendería su alma para recuperar a Nykyrian, pero cuando levantó la mirada, vio a Darling almorzando dentro de la cafetería por la que estaban pasando. La conmoción la hizo detenerse en la acera.

Sin decirle otra palabra a Tiyana, se liberó de su brazo y se dio la vuelta, mientras una extraña felicidad la recorría. Kiara entró a la cafetería y vaciló. Pestañeó, sin estar segura de lo que sus ojos estaban viendo.

—¿Darling? —preguntó, al acercarse a su mesa.

Darling levantó la mirada y se sobresaltó.

—¿Kiara? —dijo, con una sonrisa dibujada en el rostro cuando se puso de pies—. ¡Me había preguntado que había pasado contigo!

Kiara envolvió sus brazos alrededor de él, estallando de felicidad al ver finalmente a uno de los amigos de Nykyrian.

—¡Quería verte, pero no pude hacer contacto con ninguno de ustedes! ¿Qué haces aquí?

Darling sonrió y la abrazó con firmeza.

—Esperando a Caillen.

—¿Kiara?

Kiara se volvió y le sonrió a Tiyana.

—Tiyana, este es mi amigo, Darling.

Ellos estrecharon sus manos y Darling apartó una silla para ella.

—Es muy bueno verte. Después de la forma en la que ha estado Nykyrian últimamente, había empezado a creer...

—¿Qué? —gimió Kiara, la sangre abandonó su rostro mientras un frío aterrador se arrastró a lo largo de su columna vertebral. No podía ser posible. Seguramente no había escuchado correctamente.

Darling levantó la mirada hacia ella, volvió el lado del rostro que tenía sombreado por su cabello.

—¿Nykyrian está vivo? —preguntó Kiara, medio aliviada y medio enfurecida.

—Se suponía que yo no debía cometer este desliz —murmuró Darling.

El corazón de Kiara se tambaleó. No podía creerlo. No, no era cierto. Si Nykyrian estuviera vivo, hubiera venido por ella.

—Vi como fue asesinado —insistió ella, recordando la forma en la que Nykyrian retrocedía por los disparos, a su cuerpo inmóvil lleno de sangre, el sonido de la voz de los soldados diciendo que él estaba muerto.

Darling se lamió los labios y miró a Tiyana.

—Él estaba muy herido, pero un par de miembros del OMG lo ayudaron a ir a casa.

Kiara agarró el borde de la mesa con manos temblorosas, sus pensamientos se agitaban en su mente. Nykyrian estaba vivo y no la quería. Todo este tiempo, se había dicho que él la amaba, ¡pero ni siquiera se había molestado en decirle que estaba vivo!

Apretó los dientes con rabia.

—Ya veo —dijo por fin, su voz era tan helada como el sentimiento de amargura que la consumía.

Se puso de pies y le extendió la mano a Darling.

—Fue un placer haberte visto hoy. Deseo poder pasar más tiempo contigo, pero me temo que tengo que llamar a mi manager y aceptar un trabajo.

Kiara notó la confusión de Tiyana cuando salió de la cafetería y se internó en la multitud de la calle, con ella pegada a sus talones.

—¿Qué fue eso? —preguntó Tiyana, volviéndose para mirar en dirección a la cafetería—. ¿Quién era ese tipo?

Kiara estaba echando humo.

—Él no es nadie —mientras caminaba a través de la muchedumbre, deseó poder ver a Nykyrian nuevamente, ¡para poder dispararle ella misma!—. ¡No puedo creer que haya malgastado mi tiempo y mis esfuerzos! ¡Mi carrera!

—¿Qué?

Kiara miró a Tiyana.

—Nada. Estoy bien, y ¡voy a salir de mi retiro!

* * * * *

Nykyrian acariciaba la suave barriga de Ulf mientras miraba la presentación grabada de una de los ballets de Kiara. Sentía el corazón pesado. Sabía que debió haber ido tras ella —necesitaba ir detrás de ella, se corrigió a sí mismo— pero no podía.

Y no siendo suficiente infierno con echar de menos a Kiara, Rachol también había desaparecido. Su apartamento había sido destruido y nadie sabía quien lo había hecho. Lo habían buscado por semanas, pero nadie pudo encontrar ningún rastro de su paradero.

Nykyrian se tomó otro trago de *grenna*, mientras el dolor lo desgarraba. Estaba solo, como siempre había querido estar. Pero nunca se había imaginado lo dolorosa que era la verdadera soledad. Suspiró de frustración. Kiara se estaba presentando esa noche en Gouran.

Un dejo de satisfacción lo invadió. Sus amenazas habían funcionado. Némesis había logrado intimidar al Probekeins lo suficiente, para que revocaran su contrato. Kiara había recuperado su vida. Una vida en la que no lo necesitaba, ni lo merecía.

Había tantas cosas que deseaba decirle a Kiara. Si al menos pudiera tocar su cuerpo por última vez...

Ay demonios, ¿qué le importaba? Se había pasado toda su vida deseando algo que no podía ser. Como le diría Rachol si estuviera allí, Nykyrian tenía dos opciones. Podía continuar revolcándose en su propia autocompasión inútil, o podría intentar ver a Kiara. Ninguna de las dos opciones parecía muy prometedora en ese momento. Suspirando de nuevo, Nykyrian fue a llenar su vaso otra vez.

* * * * *

Las luces parpadearon sobre el rostro de Kiara, cegándola. Apartó la cabeza y respondió algunas de las preguntas de los reporteros mientras se dirigía a su camerino.

Después de su breve y misteriosa desaparición, ella parecía ser más popular para los medios de comunicación. Los dejaría chismorrear. De todas formas, ¿qué le importaba? Esperaría hasta que ellos se enteraran de la existencia de su bebé, entonces sí que tendrían sus jugosos bocados de chismes.

Con un suspiro de cansancio, entró a su cuarto y les cerró la puerta a los reporteros más entusiastas. Apoyándose en la puerta, respiró profundamente para tranquilizarse.

Se preguntaba, como es que había disfrutado bailar en la vida y si algún día volvería a disfrutarlo otra vez. Toda esa sucia política detrás de bastidores y los bailarines ávidos por quitarle el puesto a otro, todos esos promotores enfrentados

que querían hacer un *sola* con una *mano* y empujarle la otra debajo de su vestido. Estaba cansada de eso.

Apartándose de la puerta, agarró una toalla de la mesa de maquillaje y limpió la transpiración de su frente.

—¿Kiara?

Ella se congeló, conociendo a esa voz que continuaba rondando sus sueños. Nykyrian salió de las sombras. Lo miró fijamente, notando los círculos oscuros debajo de sus ojos, la tensión alrededor de sus labios. La barba en su hermoso rostro, como si no se hubiera afeitado en muchos días.

A pesar de su enojo y dolor, su cuerpo latió con el deseo. ¿Cómo podía desear querer hacer el amor con él, después de todo lo que le había hecho? ¡La había abandonado a ella y a su bebé sin decirles si quiera adiós!

—¿Qué quieres? —chasqueó ella.

Él extendió una mano para tocarla, pero entonces la apartó.

—Quería explicarte.

Ella se dio la vuelta y le dio tirones a la cremallera de su vestido, maldiciendo cuando su cabello se enredó con ella y se le arrancaron varios mechones.

—¡No quiero escucharte! —gruñó ella, enfrentándolo—. ¡Me dejaste creer que habías muerto!

Como esperaba, su rostro estaba impasible.

Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de Kiara al recordar su supuesta muerte, y su temperamento ardió mucho más.

—¡Pensé que habías sido asesinado por culpa mía! ¿Cómo pudiste hacerme eso?

Él apartó su mirada y se pasó la mano por el cabello.

—¿Acaso piensas que yo no sufrí? —su voz era un murmullo, un susurro imparcial que apenas escuchó—. Casi muero.

—¡Ojala Dios te hubiera llevado!

Su mandíbula tiró bruscamente, pero él no mostró ninguna otra reacción. Sin una palabra más, desapareció a través de las puertas abiertas del balcón. Kiara se dijo, que se alegraba mucho de que él se hubiera marchado. No lo quería ver después de todo lo que le había hecho. Él la había dejado. Pero su corazón no la escuchó.

—¡Nykyrian! —gritó ella, corriendo hacia el balcón, pero ya era demasiado tarde.

La calle abajo estaba tan vacía como su alma, como su vida.

Una ligera brisa ondeó a través de su cabello mientras estaba de pie, tratando de encontrarlo, haciéndole recordar los tiernos dedos que solían jugar allí en su lugar.

* * * * *

Kiara inhaló profundamente, aliviada de haber finalizado por fin con la entrevista en el programa de televisión. Su padre y Tiyana caminaban a su lado por el enorme pasillo de la estación, conversando sobre el éxito que había tenido en su regreso al teatro, sus pies golpeaban con un ritmo solemne sobre el suelo de porcelana gris.

Kiara se frotó los brazos para calentárselos. Que no daría ella por regresar a la soledad y a la paz que tenía con Nykyrian. Extrañaba hacer el amor con él, mientras las estrellas brillaban sobre ellos.

—¿Estás bien? —preguntó su padre, su tono de voz era caluroso y preocupado.

Su padre se había vuelto mucho más comprensivo en las últimas semanas, pero todavía se negaba a llamar a su bebé, de otra forma que no fuera “eso”. Kiara había dejado de estar enfadada con su padre. Ahora enfocaba su rabia en otra fuente, una que tenía un hermoso cabello rubio y hoyuelos, a una que le gustaría realmente matar.

—Solo estoy cansada —dijo ella, arreglándose la capa alrededor de los hombros.

Kiara captó un movimiento por el rabillo del ojo. Se volvió para ver una pistola apuntada directamente hacia su pecho. Un grito se soltó de sus pulmones cuando su padre la apartó. Un dolor intenso y palpitante, estalló por su brazo cuando se cayó al suelo.

Más tiros fueron disparados, pero ella no podía saber que era lo que estaba pasando ya que estaba debajo de su padre. Los gritos invadieron al vestíbulo y alguien pasó al lado de ella.

—¿Kiara?

Ella pestañeó al escuchar la voz de Nykyrian, olvidó el dolor de su brazo.

Su padre rodó fuera de ella con un gruñido. Kiara intentó alejarse de Nykyrian, pero él extendió la mano y la agarró por el brazo, con un asimiento acerado que no pudo romper.

—¡Suéltela! —rugió su padre, intentando apartar la mano de Nykyrian de ella.

Nykyrian apartó ferozmente a su padre y la levantó por un brazo. Con una salvaje maldición, su padre volvió hacia ellos.

—No —dijo Nykyrian, apuntándole al pecho de su padre con la pistola.

Su padre se congeló, sus ojos lucían confundidos por lo que pudiera hacer.

Kiara intentó furiosamente soltarse de Nykyrian hasta que observó como la sangre cubría la parte superior de su cuerpo. Un terror frío la consumió. ¡Su bebé!

—¿Me han disparado? —gimió ella, incapaz de comprender por qué razón no sentía dolor.

Nykyrian la levantó del suelo, se la echó encima del hombro y corrió a toda velocidad por el vestíbulo. Otra ráfaga de tiros les fueron disparados. Kiara permaneció en silencio, porque no podía creer lo que estaba pasando, rezando para que la herida no arriesgara la vida de su bebé.

Hauk apareció de repente, disparando su pistola.

—Te cubriré —le gritó a Nykyrian—. Sácala de aquí.

Kiara sintió dudar a Nykyrian solo un segundo antes de que abriera la puerta de las escaleras y bajara corriendo tan rápido como podía con ella encima.

Ella se retorció, intentando liberarse.

—¡Aléjate de mí! —gritó ella al fin.

Él no le prestó atención. Nykyrian la soltó solo cuando llegaron al lado de su nave, pero la seguía sosteniendo firmemente con su mano derecha mientras enfundaba su pistola con la izquierda.

Kiara luchó contra él, golpeándole el brazo con toda su fuerza.

—No me voy a ir contigo.

—El infierno, si no —chasqueó él, tirándola contra su cuerpo para que no pudiera seguir pegándole—. Los hombres de Aksel tienen este lugar rodeado. ¡Su misión es *capturarte*!

—¡Estás mintiendo! No existe ningún contrato en mi contra. ¡Estoy segura!

La expresión venenosa de sus ojos la congeló.

—Es a mí a quien quiere atrapar usándote a ti como cebo para atraerme.

Sus mejillas empaldecieron. Por un momento pensó que estaba mintiendo, pero la fría gravedad en su rostro le advirtió que le estaba diciendo la verdad. Atontada, permitió que la subiera a su nave para salir rápidamente de Gouran.

—¿Adónde me llevas? —susurró ella, intentando detener el flujo de sangre de su brazo—. Necesito un doctor.

Sus ásperas manos rompieron su vestido sobre la herida de su hombro.

—Solo es un arañazo —dijo, mientras sacaba un pedazo de tela debajo de su asiento—. Apriétate con esto. Dejará de sangrar antes de que lleguemos a casa.

A Kiara le temblaron los labios. Él estaba enfadado, la prueba estaba en su voz endurecida cuando le habló.

¿Qué le había hecho ella? ¿Era la única que tenía derecho a estar enfadada!

—Quiero ir a mi casa en Gouran —insistió ella.

Su mano se apretó alrededor del volante.

—No puedes.

Kiara no se molestó en discutir con él. Sabía que regresaría a casa sin importarle lo que tuviera que hacer. ¡No iba a quedarse con él, después de que la había abandonado!

Demoraron una eternidad en llegar a su casa. Su silencio hostil la hizo poner más nerviosa, pero Kiara sabía que romperlo sería mucho peor que soportarlo.

Nykyrian entró primero a la casa. No se molestó en mirarla, o ayudarla con su herida. Kiara apretó los dientes furiosa. Estaba de pie frente a la puerta, entre la bahía y su casa, sus piernas eran acariciadas por las lorinas.

Sin mirarla, Nykyrian abrió un armario de la cocina y sacó una bolsa médica.

—Aquí —dijo él, sacando un antiséptico y una tela blanca. Los puso en la mesa antes de dirigirse hacia las escaleras.

Kiara caminó dentro del cuarto, su cuerpo estaba entorpecido por todo lo que le había sucedido.

Nykyrian hizo una pausa en la puerta de su alcoba y se volvió para enfrentarla. Ninguna emoción se retrató en algún poro de su cuerpo que le indicara lo que estaba pasando por su mente.

—Tú vas a dormir en el cuarto de la televisión —dijo él ausentemente, luego cerró la puerta detrás de él con un fuerte porrazo.

Kiara agarró la botella de antiséptico, queriendo tirársela a la cabeza. ¡Cómo se atrevía a tratarla de esa manera! Echando humo, se apresuró a ocuparse de su herida, maldiciendo en todo momento al hombre que estaba arriba.

No le tomó mucho tiempo el limpiar la herida y vendarla. Nykyrian había tenido razón, solo era un arañazo. Con una mirada intensa hacia las paredes oscuras de arriba, se dirigió al cuarto de la televisión.

Se detuvo en la puerta, observando una de sus batas echadas sobre la cama. Incluso en medio de todo su enojo, él cuidaba de ella. Kiara sintió como se apretaba su garganta. Sería tan fácil, correr hacia arriba y tocarle la puerta hasta que él la abriera, pero no podía hacerlo.

Dios, como lo deseaba, ardía por él. Pero a él no le importaba ella. Si así fuera, nunca hubiera permitido que pasara por todas esas miserables semanas en las que creyó que él había muerto. Si solo supiera que decir, o que hacer. Sus mejillas se inundaron de lágrimas mientras se sentaba en el borde de la cama, rezando para que ocurriera un milagro que pudiera sanarle los destrozados trozos de su vida.

* * * * *

Nykyrian miraba las estrellas que estaban sobre él. Finalmente Kiara se había callado después de horas de llorar y maldecir su alma. Inclino la botella de alcohol contra sus labios, permitiendo que el líquido ardiente bajara por su garganta. Rachol había tenido razón, las estrellas eran muchísimo más interesantes cuando se estaba borracho que sobrio.

Suspiró, dolido por el amigo que sabía, estaba muerto, dolido por la mujer que sabía que no podía tener. Si Driana no le hubiera avisado a Hauk esa tarde, Kiara ahora estaría muerta y todo habría sido su culpa. Dios, si hubiera llegado segundos después, hubiera sido capturada o asesinada. Sus intestinos se retorcieron. Tomó otro trago de *grenna*. Qué vida.

Antes de que pudiera detenerse, salió del cuarto y se dirigió hacia las escaleras, para bajar hasta la cama de Kiara. Abrió la puerta del cuarto de televisión, teniendo cuidado de no hacer ruido.

Su respiración se intensificó y el deseo latió en sus venas, exigiéndole hacer algo mas que quedarse ensimismado como un necio con la boca abierta. Pero sabía que esta noche no podía escuchar esa parte de él que amaba a Kiara, esa parte de él que se moría por ella.

Un amargo y anhelante deseo lo invadió cuando miró como ella levantaba y dejaba caer su pecho en medio de su sueño pacífico. Estaba acostada a medio lado, su pelo rizado se desparramaba por detrás.

Su mano le ardió al recordar como se sentía el acariciar esos mechones. Nykyrian apretó los dientes. Su cuerpo latía y por un momento, temió que podría rendirse a sus necesidades después de todo.

—¿Nykyrian? —susurró Kiara, abriendo los ojos para levantar la vista hacia él, con el rostro triste y lastimoso.

Él se agarró al marco de la puerta indeciso. Tenía que dejarla ir. Aksel solo era uno de los cien asesinos que harían cualquier cosa por acabarlo. Lo que sea.

—Vuélvete a dormir —gruñó y cerró de golpe la puerta.

Kiara miró fijamente el portal, con el corazón roto. ¿Por qué había venido a verla? ¿Y por qué a ella le importaba?

Se puso la mano sobre el estómago, tentada de hablarle sobre el bebé, pero no podía. Con su actual temperamento, quien sabe como reaccionaría. Lo último que necesitaba era a otro asesino furioso vagando alrededor de la casa mientras dormía.

Además, era a su hijo al que nutría. Un recuerdo de un tiempo feliz que dudaba alguna vez regresaría.

* * * * *

—¿No estás lista aún? —gruñó Nykyrian mientras Kiara se arreglaba la última parte de su pelo.

—¡Deja de gritarme!

En su lugar la miró con intensidad.

Kiara apretó los dientes furiosa. Todo lo que había hecho desde que la despertó rudamente, era gritarle y sisearle.

—¿Adónde me vas a llevar?

—Afuera.

Disgustada, Kiara suspiró.

—Eres una gran fuente de información. Quizá deberías considerar conseguir un trabajo en los medios.

Por su cara, ella pudo decir que su sarcasmo no le afectó.

—Si has terminado de hacer tus tontos comentarios, se supone que debo de encontrarme con alguien.

Kiara se heló.

—¿Y por qué vas a llevarme?

La furia y el odio ardieron en sus brillantes ojos verdes. Ella retrocedió un paso, asustada de él.

—Rachol se ha ido —gruñó—. No tengo ni idea de quien sabe donde vivo ahora. Si te dejo aquí, con la suerte que tengo, te encontrarán.

Ella le frunció el ceño.

—¿Racho se ha ido? —repitió, mientras su cuerpo se entumecía—. ¿Qué quieres decir con eso?

Nykyrian se puso la chaqueta con tirones enfurecidos.

—Quiero decir que ha desaparecido. Nadie lo ha visto en semanas y su apartamento quedó destrozado. Asumimos que alguien actuó por el contrato de tu padre y lo mató. Supongo que debo ir a la casa de tu padre para ver si le han entregado la cabeza de Rachol como él la pidió.

—No —susurró ella, incapaz de creerlo. Las lágrimas se recogieron en sus ojos mientras pensaba en el dolor que debía estar sintiendo Nykyrian, a pesar de la frialdad de su tono de voz mientras le hablaba.

Nykyrian retorció el labio ante ella, con los ojos ardiendo.

—Desearía haber matado a tu padre en lugar de salvarlo.

Kiara sollozó al escuchar la amargura de su voz.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—¡No lo sé! —rugió—. Ya no sé por qué hago las cosas.

Kiara extendió la mano para tocarlo, pero él la rechazó.

—Solo entra a la nave y déjame solo.

Las lágrimas cayeron por sus mejillas mientras obedecía su orden. Sabía que debería estar enfadada con él, maldecirlo, algo. Pero en ese momento, todo lo que pudo hacer fue ver imágenes de Rachol molestándola. Ellos habían sido familiares, hermanos de espíritu.

Sorbió sus lágrimas.

Kiara miraba las estrellas a su paso mientras volaban hacia un destino que ni siquiera se molestó en preguntar. Estaba cansada de que le gruñeran. Todo lo que quería era un día de paz. Regresar a esos días antes de que le dispararan a Nykyrian.

Nykyrian aterrizó violentamente. Kiara jadeó, por su cuerpo adolorido. Le frunció el ceño, preguntándose por qué había aterrizado de esa manera, pero contuvo su lengua.

Sin decirle una palabra, él la sacó de la bahía, hacia una pequeña fila de casas. Kiara echó una mirada alrededor, intentando descifrar su rumbo, pero nada le parecía familiar.

Lo siguió a través de muchas calles, antes de que se detuviera en una enorme casa blanca. Él levantó la mirada y bajó la calle en una manera que le recordó la primera noche que la había protegido, luego golpeó la puerta.

La empujó a un lado de la puerta y desenfundó su pistola.

La puerta se abrió para desplegar a la atractiva rubia del club.

—Si prefieres, puedes revisar todo el lugar —la mujer sonrió con afectación, abriendo la puerta ampliamente para que pudieran entrar—. Me enferma la manera en que ustedes los hombres siempre andan esperando una emboscada.

A Kiara no le extrañó el odio subyacente en el tono de voz de la mujer.

Nykyrian metió a Kiara en la casa. Con curiosidad, ella le echó un vistazo al cuarto principal. Una niña estaba sentada en el suelo, levantando la mirada hacia ellos con sus enormes y luminosos ojos verdes. Sus ojos se abrieron como platos cuando miró a Nykyrian, y apretó su muñeca de trapo contra su pecho.

—Yo no soy peligroso —dijo él con voz calmada, mientras le pasaba los dedos por el cabello a la niña, de una forma, que hizo anhelar a Kiara contarle lo de su hijo.

La muchacha miró a su madre para confirmarlo.

—Él es un buen hombre, Thia. Ahora corre a tu cuarto.

La niña se levantó rápidamente del suelo como si un escuadrón de policías la estuviera persiguiendo. Kiara frunció el ceño, preguntándose por qué una niña tan pequeña, le tenía tanto miedo a los extraños.

Driana la llevó de la mano hasta el sofá.

—Ustedes dos, tomen asiento, mientras yo voy por los discos.

Kiara no se movió. En su lugar, observaba la extraña expresión en el rostro de Nykyrian mientras este miraba detrás de la niña pequeña.

—¿Cuántos años tiene ella, Driana? —Nykyrian enfrentó a la mujer con un duro ceño.

Kiara se cuestionaba por la extraña emoción que oscurecía el rostro de Nykyrian. Driana bajó su mirada un poco incómoda.

—¿Ella es mía? —preguntó él y Kiara sintió como su mundo se inclinaba.

A Kiara casi se le salen los ojos de sus órbitas, cuando volvió su mirada hacia Driana, a la hermosa gracia del rostro de la mujer y sus modales.

—No —contestó Driana.

Nykyrian suspiró.

—Tú no sabes mentir. Siempre arrugas la nariz.

Inconscientemente, Driana se pasó los dedos por el puente de su nariz. Las lágrimas se agruparon en los ojos de Criaba cuando volvió su mirada hacia Nykyrian.

—Thia sabe que Aksel no es su padre. No pude soportar la idea de que lo llamara a *él* papá.

Nykyrian se encontró con la mirada de Kiara. Que no daría ella por saber que pensamientos pasaban por su mente. A su vez, deseaba poder ordenar sus propios sentimientos sobre este descubrimiento.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Nykyrian, con voz rota.

La furia nubló los ojos de Driana.

—¿Y que iba a ganar con eso? Después de lo que tu padre te hizo cuando se enteró de que éramos amantes, no me atreví a decirle a nadie que estaba embarazada. Aún tengo pesadillas por la paliza que recibiste —se frotó los brazos y miró hacia el suelo—. Aksel no está seguro de que tú seas el padre. Lo sospecha. No tengo ni idea de lo que haría si alguna vez conoce la verdad.

—¿Fue por ella que me trajiste aquí?

Driana miró fijamente a Kiara.

—¿Quién es ella?

—Mi esposa.

Kiara se sobresaltó, sorprendida de que él se molestara en reclamarla, después de la manera en que la había tratado desde que la salvó en la estación.

Driana asintió con displicencia, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—No es extraño que Aksel esté intentando atraparla. Deliró toda la noche porque no pudo capturarla ayer.

Kiara quería decir algo para hacer que todo estuviera bien, para aliviar un poco el dolor en la voz de Driana, pero no podía pensar en algo que no sonara condescendiente.

—¿Puedo pasar algún tiempo con Thia? —preguntó Nykyrian, tomando una foto de su hija de la mesa.

Driana se limpió las lágrimas de sus mejillas.

—Eso me gustaría. Aksel la tiene totalmente aterrorizada. Él me recuerda a su padre. —Driana irrumpió en un sollozo—. Creo que podría arreglar algo para alguna semana —miró a Kiara—. Es decir, si no te importa.

Kiara levantó la mirada hacia Nykyrian quien la estaba estudiando con intensidad.

—No me importa en absoluto —dijo ella, sorprendida por la honestidad de su respuesta.

Driana asintió con la cabeza.

—Si quieres, puedes verla ahora mientras yo busco los discos.

Kiara siguió a Nykyrian mientras Driana los llevaba por el vestíbulo hacia una habitación en la parte de atrás. Cuando entraron, Thia saltó de su escritorio en miniatura con un jadeo de sobresalto.

—Oh Mamá —susurró, cubriéndose el pecho con una mano diminuta.

Kiara observó como Nykyrian se tensaba ante su gesto.

—Thia, estos son amigos míos. Quiero que los acompañes mientras yo hago algo.

—Muy bien —dijo ella, regresando a su silla.

Driana les sonrió, y luego salió de la habitación. Kiara se quedó parada en la puerta, no queriendo interferir en el tiempo precioso que iba a pasar Nykyrian con su hija.

Se mordió el labio, sabiendo que esto le permitiría darse cuenta de lo receptivo que él sería con su propia condición. Reflexivamente, se pasó la mano por el estómago.

Thia se rascó la cabeza, estudiando la estatura de Nykyrian.

—¿Eres amigo de Aksel?

—No —contestó él, mientras se sentaba en el suelo.

—Bien.

Nykyrian se frotó su bíceps derecho, y por ese gesto, Kiara se dio cuenta de que estaba incómodo.

—¿No te gusta Aksel?

Ella negó con la cabeza, su cabello rubio revoloteaba mientras continuaba escribiendo en una hoja.

—Él es malo con mamá.

Nykyrian buscó alrededor a Kiara. Ella le ofreció una sonrisa de estímulo. Él la miró con una expresión extraña que no pudo entender y se volvió para mirar a Thia.

Pasó la mano sobre una pila de libros que estaba amontonada al lado del escritorio. Escogiendo uno, lo hojeó.

—¿Tú lees esto? —preguntó él, volviendo a colocar el libro sobre la pila.

Thia se movió con indignación en su silla como si esa pregunta la insultara.

—Sí —dijo, mientras escribía una nota en su agenda—. Estudié idiomas en la escuela, pero nadie aparte de mis instructores puede hablar conmigo en ellos.

Nykyrian dijo algo que Kiara no pudo entender.

Thia abrió los ojos como platos mientras le respondía en el mismo idioma. El calor recorrió a Kiara cuando Thia sonrió y desplegó un par de hoyuelos idénticos a los de Nykyrian.

—¿Cuántos idiomas conoces? —susurró Thia, usando su idioma nativo ante su súbita excitación.

—Realmente, nunca los he contado —Él sonrió y Kiara se enojó porque casi la hace fundir—. Pero si quieres, puedo ayudarte con ellos. He vivido en mucho de los planetas en donde esos idiomas se hablan.

—¿Esos planetas eran bonitos? —susurró Thia, con los ojos soñadores—. Aksel no me deja salir de aquí —un ceño revoloteó por su rostro, y entonces desapareció detrás de una sonrisa—. He visto hologramas y fotografías de esos lugares. En la noche, me gusta soñar con visitarlos cuando sea grande.

Nykyrian le tocó su diminuta mano y Kiara creyó que iba a estallar en lágrimas. Este era el Nykyrian del que ella se había enamorado. El hombre tierno, amable que hacía lo que sea por la gente que quería.

—Te diré un secreto —dijo él, inclinándose para acercarse a Thia—. ¡Esos lugares no son ni la mitad de hermosos que tú!

Sonriéndose, Thia acercó su silla hacia él.

—Eres más agradable que la mayoría de las personas que visitan a mamá.

—¡Aksel está llegando! —El gritó de Driana irrumpió en su conversación.

Kiara levantó la mirada hacia Nykyrian, su corazón latía de terror. Cuando él apartó la vista de Thia, lo vio dudando ante el deseo de partir o de quedarse. Se encontró con su mirada y entonces se puso de pies.

—¿Hay alguna vía de escape? —preguntó.

—Por el balcón detrás de ti.

Nykyrian abrió la puerta y ayudó a Kiara a atravesarla. Driana le entregó los discos. Él hizo una pausa por un momento, mirando fijamente a Thia.

—Regresaré por ella.

Driana asintió con la cabeza.

—Contaré con eso.

Bajaron por la espaldera y siguieron calle abajo. Kiara soltó un suspiro de alivio. Miró a Nykyrian, pero como de costumbre, no le dio ninguna pista de lo que estaba sintiendo. La tomó por el brazo y la llevó de vuelta hasta su nave. Por lo menos, esta vez su asimiento era más suave.

—Así que ahora eres papá —dijo Kiara con una sonrisa calurosa—. ¿Cómo te hace sentir eso?

Después de la forma tierna en la que había hablado con Thia, Kiara esperaba que emitiera su satisfacción, su sonrisa, su felicidad, pero todo lo que consiguió fue un gruñido profundo.

Su mano se apretó en su brazo.

—Me siento como el infierno —graznó él con un tono de voz desquiciante.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Kiara. Se pasó la mano por el estómago.

—¿Por qué dices eso?

Él se detuvo en un callejón y la miró ferozmente.

—Un hijo es la última cosa que necesito en mi vida. Solo sería otra de las personas indefensas que dependen de mí para protegerlos. No puedo ni siquiera protegerme a mi mismo, Rachol... —su voz se apagó.

Kiara se estremeció nerviosamente, deseando decir algo que pudiera aliviar el dolor en sus ojos.

—Yo no sirvo para ser padre. Qué se supone que debe hacer ella, presentarme a sus amigos: Hola, este es mi papá. ¡Lo quieren muerto más gobiernos de los que puedo contar!

Kiara se tensó en reacción a sus palabras.

—No tienes que ser tan sarcástico.

Él negó con la cabeza.

—Vamos Kiara, ni siquiera tú eres tan ingenua. Aksel te persigue para poder atraparme. ¿Quieres saber lo que mis enemigos harán si alguna vez se enteran de que tengo una hija pequeña? Su vida no valdría nada.

Kiara dejó que sus palabras cayeran sobre ella y con cada una de ellas se encogía un poco más. ¿Y si Thia fuera su hija? ¿Qué pasaría si Nykyrian tuviera razón y alguien raptaba a su bebé para usarlo en contra de él? ¿Podría resistirlo? No podría. Preferiría que le arrancaran su corazón a que le tocaran a su bebé.

Su corazón latía con agónicos golpes, comprendiendo que tenía que tomar una decisión. Su marido o su bebé. No podía tenerlos a ambos, el mundo de Nykyrian era demasiado cruel para eso. Tragándose un bulto de remordimientos en su garganta, supo cual era la respuesta. Tendría que proteger a su hijo de la verdad así como Driana había hecho con Thia.

Nykyrian nunca sabría nada sobre su bebé, y ella nunca viviría con él como su esposa.



Capítulo 13

A Kiara le dolía la cabeza. Acababan de salir del apartamento de Rachol y la destrucción de su casa incinerada estaba cruda en su mente. Todo había sido destruido, ni siquiera el colchón había quedado intacto. Su garganta se apretó con el

miedo y la aprehensión, mientras se recordaba la razón por la cual, debía alejarse de su esposo.

¿Qué le había pasado a Rachol?

Nykyrian se detuvo dos pasos delante de ella y se sintió como una esclava olvidada cuando se dio prisa detrás de él, buscando palabras que lo hicieran sentir bien, sin saber si existían.

—¿Por qué le dijiste a Driana que estábamos casados? —preguntó. Por lo menos podía tener una respuesta a una de sus muchas preguntas.

Nykyrian se detuvo y se dio la vuelta para enfrentarla. Llevaba puestas sus gafas de nuevo. Kiara deseo poder vislumbrar las emociones que lo invadían. Su cuerpo no decía nada.

—Por la ley de Andarion, eres libre de casarte con tantos maridos como quieras. Le dije a Driana lo de nosotros para que en caso de que Aksel me asesine, puedas reclamar mis propiedades.

A Kiara se le retorció el estómago al escuchar la forma hastiada en la que él hablaba de su propia muerte.

—¿Por qué no se lo dijiste a Darling o a Hauk?

—Ellos son bandidos, *mu Tara*. Mientras que Driana es la hija de un emperador muy bien relacionado. Todo lo que tienes que hacer es visitarla después de mi fallecimiento y todo lo que poseo será tuyo.

Las lágrimas se acumularon en sus ojos, pero se negó a llorar en mitad de la calle.

—No quiero tu dinero —dijo ella con los dientes apretados, furiosa de que él fuera tan cruel con su propia vida y su futuro.

Él no se movió.

—Bien. Deja que los bancos se queden con todo. Realmente, no podría importarme menos.

Dándose la vuelta, siguió su camino calle abajo. Kiara lo maldijo, queriendo arrancarle el corazón, si es que tenía uno. Estaba empezando a dudar que a él verdaderamente le importara algo.

—¿Kyrian?

Kiara casi se choca con Nykyrian cuando él se detuvo de repente. Su cuerpo estaba rígido. Kiara frunció el ceño, preguntándose que le había disgustado ahora. Examinando la calle, vio a una hermosa señora Andarion corriendo desde una tienda, hacia ellos.

La mujer Andarion se detuvo delante de ellos, su cara era una combinación ente escepticismo, agonía y alegría. Era casi tan alta como Nykyrian. Sus ojos rojos y blancos examinaban el cuerpo de Nykyrian, de una manera posesiva que a Kiara no

le gustó. El largo cabello negro de la mujer, estaba parcialmente oculto por una diadema dorada, que enmarcaba los frágiles y pálidos rasgos de su rostro.

—¿Kyrian? —dijo ella nuevamente, y extendió una elegante mano hacia Nykyrian, pero entonces, se arrepintió y la apartó antes de tocarlo.

Él mantuvo su posición rígida, no reconociendo a la mujer en lo más mínimo.

Otra señora Andarion salió de la tienda, seguida por sus guardias.

—¡Cairistiona! —dijo ella con severidad, suavizando entre líneas su severo tono—. ¡Nunca vuelvas a salir corriendo así! —puso los brazos alrededor de los hombros de la mujer e intentó apartarla de ellos.

—¡No! —dijo Cairistiona, retorciéndose en los brazos de ella—. Es mi Kyrian, ¿no lo ves?

La mujer levantó la vista hacia Kiara y Nykyrian.

—Lo siento —dijo, con una voz suave—. Ella no está bien desde que su hijo murió cuando era niño —volvió a poner sus brazos alrededor de Cairistiona y le dio caricias consoladoras—. Ven conmigo Carie, él no es Nykyrian, tú lo sabes.

A Kiara se le empalidecieron las mejillas. Puso su mano sobre el brazo de Nykyrian y sintió el grado de tensión de su cuerpo.

Cairistiona lo miraba, con sus suplicantes ojos rojos y blancos.

—¡Dile a ella quien eres! —dijo, señalando a la mujer que estaba a su lado.

Nykyrian empezó a marcharse, pero Kiara lo detuvo.

—La conoces, ¿verdad? —le preguntó, deseando poder mirarle los ojos.

—Apártate de mi —chasqueó.

Kiara miró a la mujer que sujetaba a Cairistiona.

—¿Ella es tu madre?

La mujer jadeó.

—¡Nykyrian, contéstame! —le exigió Kiara, deseando tener fuerzas para sacudirlo.

Nykyrian miró fijamente a Kiara, y su estómago se anudó. Esto no podía estar sucediendo. Recordaba muy bien, como su madre lo puso en un transbordador para que lo llevaran a una casa de trabajo. Su sonrisa de felicidad, cuando le dijo que debía ser un niño bueno y hacer lo que le dijeran. La odiaba. Quería matarla.

—¿Kyrian?

Él se encogió ante la voz de su madre, la voz que había anhelado escuchar durante tantos años. ¿Qué quería de él? ¿La absolución? ¿Que se olvidara de eso, no estaba de humor para perdonar!

—Yo no tengo madre —sonrió con desprecio—. Nunca tuve una.

Obviamente, cuando comenzó a pasar al lado de Cairistiona, esta estalló en lágrimas.

Nykyrian trató de sobrepasar a Kiara, pero ella lo sostuvo rápidamente. En ese momento, él quería matarla a ella también.

—Aléjate de mí —dijo él, en un tono bajo que siempre intimidaba a las personas. Por primera vez, no funcionó. Ella solo lo miró fijamente con esos condenados y hermosos ojos ambarinos, exigiéndole con ellos hacer lo que él sabía, solo podía herirlo mucho más

Kiara miró a Cairistiona.

—¿Su hijo se llama Nykyrian Caesare?

Los brazos de Nykyrian se flexionaron peligrosamente bajo sus manos, pero Kiara ignoró su advertencia.

La mujer que sostenía a Cairistiona palideció.

—¡Sí! —dijo Cairistiona, con sus ojos clavados en la rígida espalda de Nykyrian.

—¿Él es medio Andarion y medio humano, con hermosos, claros, y brillantes ojos verdes?

—¡Kiara! —ladró Nykyrian.

Kiara lo ignoró.

Las lágrimas de Cairistiona se deslizaban debajo de su barbilla.

—Sí —dijo ella, con voz temblorosa.

Nykyrian se apartó de ella.

En un último movimiento para desafiarlo por su propio bien, Kiara se puso en puntas de pie y le quitó las gafas. La mirada que él le lanzó la hizo retroceder un paso.

—Oh, Dios —jadeó la mujer cuando vio su cara. Sus manos soltaron a Cairistiona.

Cairistiona soltó una sonrisa de felicidad, cubriéndose la boca con su mano temblorosa.

—¡Sabía que estabas vivo! —dijo, tan mareada como un niño en un festival.

Nykyrian simplemente continuó mirando a Kiara como si pudiera matarla.

La otra mujer avanzó, mirándolo fijamente con un escepticismo grabado en su hermoso rostro.

—¡Se suponía que tú estabas muerto! —miró a Kiara con sus ojos rojos y blancos—. Yo vi el cuerpo —su mirada se volvió hacia Nykyrian—. Estuve allí cuando ellos lo enterraron.

Cairistiona avanzó y le tocó la mejilla a Nykyrian, su mano temblaba.

—¡Esa vez te dije que ese niño no era mi Kyrian! Pero tú no me escuchaste. Todos ustedes pensaron que yo estaba loca —se mordió su labio tembloroso—. Ni siquiera me dejaron buscarte.

Nykyrian se mantuvo rígido mientras ella le tocaba la cara y Kiara sabía que él quería huir, quería alejarse, pero no podía permitirlo. Esta era la única forma de ponerle fin a sus pesadillas. Él podía negarle que todo esto le gustara, pero sabía que aún anhelaba el amor de su madre.

Nykyrian desnudó sus colmillos, la rabia oscureció sus ojos.

—¡No me mientas! Tú no querías gemelos que dividieran tu imperio. ¡Te quedaste con Jullien y a *mi* me enviaste lejos!

La comprensión golpeó a Kiara tan fuerte, que le quitó la respiración. Retrocedió un paso, mirando a Cairistiona, a Nykyrian y a la otra mujer. No podía ser.

Su mirada flotó sobre las costosas túnicas imperiales de las mujeres, los guardias imperiales. Su garganta se secó. La mujer que estaba frente a ella era la Princesa Cairistiona, la señora que la sostenía era la Princesa Tylie, por lo tanto Nykyrian era...

Nykyrian apenas si pudo agarrar a Kiara cuando se desmayó.

—Oh, mi... —dijo Tylie, mirando alrededor de la calle—. ¿Ella está bien?

Nykyrian apretó los dientes, mientras el miedo lo invadía. No podía imaginar que le ocurría a Kiara.

—No lo sé —dijo, mientras el flácido cuerpo de Kiara oscilaba en sus brazos.

—Nuestro transbordador aterrizó detrás de ese edificio. El doctor de Cairistiona está a bordo —dijo Tylie, mirando a su madre—. Ese probablemente es el lugar más cercano para que la atiendan.

Nykyrian miró a su tía, queriendo alejarse de ellas, tan rápido como podía. Pero Kiara estaba primero. Asintió y las siguió alrededor del edificio. Su madre se mantuvo mirándolo, con su amplia sonrisa. Cada vez que la mirada, se dividía entre el deseo de darle la bienvenida y querer soltar una maldición.

Parecía haber transcurrido una eternidad antes de que abordaran el transbordador y el doctor Andarion saliera de la parte trasera, quejándose de tener que servirle a un paciente humano. Aquel prejuicio carcomió la poca tolerancia de Nykyrian y quiso darle una cachetada al hombre.

Nykyrian acostó a Kiara suavemente en una butaca acolchada. Su corazón hizo un ruido sordo en su pecho cuando admiró su pálida belleza, anhelando que se despertara para que pudieran alejarse de esas personas.

El doctor le exigió que saliera para que pudiera examinar a Kiara sin interferencia. Ante el disgusto extremo de Nykyrian, su madre lo agarró por el brazo y lo llevó a la parte trasera del transbordador, para que ella y Tylie pudieran hablar con él.

—¿Quién es la mujer? —preguntó Tylie, levantando la mirada hacia la butaca para poder observar al doctor.

—Mi esposa —dijo él finalmente.

Su madre sonrió.

—¡Estás casado!

Él apenas la miró fijamente. Le molestó que su propia madre no supiera la más mínima información sobre él.

Tylie volvió la mirada hacia él.

—¿Qué pasó contigo? Después de que te enviamos a la escuela, nos dijeron que habías muerto en un incendio.

Nykyrian hizo un gesto despectivo con los labios.

—Nunca me enviaron a esa escuela, para que se molestan en mentir.

Su madre y su tía intercambiaron ceños confundidos.

Cairistiona le tocó la mano.

—Te subí al transbordador yo misma. Fuiste enviado a la Academia Pontari —dijo ella lentamente, como si le estuviera hablando a un idiota.

Un escalofrío recorrió a Nykyrian.

Intentó recordar la razón por la cual su madre lo envió lejos, pero no pudo traer a su mente todos los detalles. Todo lo que podía recordar era verla a ella sonriendo y despidiéndose de él, con su tierna voz diciéndole como debía comportarse. Él miró profundamente sus ojos, tratando de encontrar la respuesta. ¿Podría ella estar diciendo la verdad? No, gritó su mente. Era una mentira, tenía que serlo.

Su temperamento hirvió.

—¡Me enviaron a una casa de trabajo humana! —gruñó, mientras las miraba.

Amabas perdieron el color de sus rostros.

—Mamá —susurró Tylie—. Queridísimo Dios, nunca pensé que ella haría algo tan horrible.

El ceño de Nykyrian se profundizó.

—¿De qué esta hablando?

Las lágrimas se acumularon en los ojos de Cairistiona mientras se aferraba a su collar.

—Ella siempre te odió. Decía que Jullien podría pasar por un Andarion, pero tú siempre parecerías demasiado humano.

—Fue su idea que te fueras a Pontari —interpuso Tylie—. Ella pensó que tú estarías mejor con los humanos.

El enojo lleno de amargura en la voz de su tía lo sorprendió.

—Todo era una mentira. Y todo este tiempo nosotros la creímos —Tylie se volvió y enfrentó a su madre—, te drogó para que no lo buscaras. ¿Cómo supiste que estaba vivo?

Cairistiona le ofreció una sonrisa insegura a Nykyrian.

—Me acabo de enterar.

Nykyrian se sentó conmocionado, no sabiendo que hacer. Miró fijamente a sus pies, intentando poner en orden todas las emociones que revoloteaban a través de él, la rabia, el dolor, el pesar, la pérdida.

—¡Mamá ha cometido un crimen terrible! —exclamó Tylie—. ¿Qué vamos a hacer?

Cairistiona agitó la cabeza. Miraba a Nykyrian con unos ojos que penetraron todas las defensas que mantenía alrededor de su corazón y su alma. Quería llorar, pero sabía que no lo haría. Había pasado su momento de lágrimas hace años.

Su madre cruzó las manos sobre su regazo, mirándole la cara todo el tiempo.

—¿Qué te hicieron cuando estuviste en esa casa de trabajo? —le preguntó su madre, con voz quejumbrosa.

Nykyrian se encogió de hombros, no queriendo recordarlo. No había nada que ella pudiera hacer para aliviar o corregir el dolor. Solo Kiara parecía ser capaz de hacer eso.

—Fui adoptado —dijo él, decidiendo que esa era la cosa más fácil de revelar.

Su madre sonrió.

—¿Por buenas personas?

Un nudo se atoró en su garganta y sofocó el impulso de gruñir.

—Por el Comandante, Huwin Quiakides.

La sonrisa de su madre se ensanchó.

—Mi padre lo conocía bien. Ambos entrenaron juntos en la Liga —pasó su mano sobre la suya con una gentil caricia que le apretó el nudo en su garganta—. ¿Eres un soldado?

Nykyrian la miró a los ojos, con su alma ardiendo de pesar y el deseo de herirla.

—Lo fui. Ahora soy un asesino libre.

La expresión de sorpresa en su rostro no le dio la satisfacción que pensó que iba a lograr.

Antes de que ella pudiera responderle, el doctor se aclaró la garganta. Nykyrian miró sobre la butaca, angustiado por su esposa.

—¿Ella está bien?

El doctor sonrió.

—Oh, sí. Ella debió haberse asustado. No es muy raro para una mujer en su condición. He escuchado que muchas mujeres humanas se desmayan cuando están esperando.

—¿Cuándo están esperando qué? —preguntó Nykyrian y entonces un segundo después, el entendimiento cayó sobre él, y pensó que quizá también se desmayaría.

El doctor abrió los ojos como platos.

—¿Usted no sabía que ella estaba embarazada?

Los muros se cerraron alrededor de la mente de Nykyrian, bloqueando la luz y el aire. Estaba atrapado.

Queridísimo Dios, ¿qué había hecho?

Nykyrian miró fijamente la cara de su madre, deseando poder sentir la misma felicidad que ella emitía. En su lugar, todo lo que podía pensar era en cuantas personas estaban afuera para matarlo. Había firmado el contrato de muerte de Kiara más eficazmente, que si hubiera contratado a sus asesinos él mismo.

—¿Nykyrian? —dijo su madre, con un ceño de angustia en su rostro—. ¿No lo sabías?

Él negó con la cabeza, deseando nunca haber nacido, nunca haber tocado a Kiara.

—¿Qué sucede? —preguntó su madre.

Nykyrian no sabía que contestar. ¿Qué iba a hacer?

—¿Está despierta? —le preguntó al doctor.

—No aún, pero podría revivirla si lo prefiere.

—Por favor.

La mano fría de su madre le tocó la mejilla.

—¿Vas a dejarnos? —su voz tembló.

—Tengo que hacerlo.

Grandes lágrimas se derramaron por las mejillas de su madre y él finalmente entendió como se sentía Rachol cuando veía llorando a una mujer.

—Tú no planeas regresar a mí, ¿verdad?

Él apretó los dientes por la rabia y el dolor.

—¿Qué quieres de mí? Ya no tengo edad para que una madre me esté consintiendo.

Los sollozos atormentaron su cuerpo y Nykyrian se sentía como un cretino. Tylie mantuvo abrazada a su madre, meciéndola de un lado a otro.

—¿Podrías cenar con nosotras? —preguntó Tylie súbitamente.

Nykyrian apartó la mirada de la tierna expresión de su tía. Y antes de que su sentido común pudiera intervenir, su boca contestó:

—Seguro.

Su madre sorbió sus lagrimas y le brindó una sonrisa insegura.

—Encuétrate con nosotras esta noche. Solo pasa unas pocas horas y si decides que no quieres vernos más, entonces me conformaré con las pocas horas que me diste.

El corazón de Nykyrian latía con fuerza. Definitivamente era un asno.

—Bien. ¿Dónde nos encontraremos?

Su madre sonrió.

—Aquí en Camry. ¿Sabes donde queda?

Nykyrian asintió con la cabeza.

—¿A las seis y treinta?

—Estaré allí —dijo Nykyrian, mirando a Kiara mientras se acercaba. Su cara pálida y pellizcada, lo preocupó.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó mientras se incorporaba.

Ella se frotó los brazos.

—Un poco mareada.

Despidiéndose de su madre y de su tía, Nykyrian envolvió su brazo alrededor de los hombros de Kiara y la ayudó a salir del transbordador. Permanecieron callados hasta que estuvieron dentro de su nave y regresaban a su casa.

—¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada?

Kiara se heló cuando escuchó su pregunta inexpresiva.

—¿Cómo lo supiste?

Él le dio tirones al acelerador con la mano y Kiara se preguntó cuál había sido su reacción al escuchar la noticia.

—Me lo dijo el doctor.

—Oh —dijo ella, deseando haber visto su rostro cuando recibió la noticia—. ¿Estás contento?

—¿Qué crees?

Su corazón se hundió. Recordó su rabia al encontrarse con Thia y ella sabía que eso no lo había emocionado tanto como esto.

—¿Entonces que significa esto para nosotros? —preguntó ella, temerosa de su respuesta, pero necesitando escucharla.

Su cuerpo se tensó alrededor de ella. Sentía como su corazón latía detrás de su espalda. Quería consolarlo, pero sabía que no podía.

—¿Qué quieres hacer al respecto? —preguntó él casi en un murmullo, sin que ninguna emoción se colara en su voz.

Las lágrimas se acumularon en sus ojos. Lo que ella quería era vivir con él y criar a su familia como lo habían hecho sus padres. Mirarlo jugar con su hijo, que le enseñara todos los idiomas que conocía, que lo abrazara cuando llorara y necesitara consuelo.

Pero todo era un sueño.

—Estaba planeando criar al bebé en Gouran.

—Probablemente sea lo mejor —dijo él en una voz tan inexpresiva que hizo que su temperamento ardiera—. Una vez que termine con Aksel, nadie te molestará. Sé que Driana no le hablará a nadie sobre ti y estoy seguro de que mi madre tampoco.

A Kiara se le revolvió el estómago con el miedo y el dolor.

—¿Te volveré a ver?

Nykyrian se tensó ante su pregunta. Él no podía resistir la idea de vivir sin ella, de regresar a su soledad. Incluso ahora, quería hacerle el amor a Kiara tan desesperadamente, que pensó que se volvería loco de necesidad. Si algún día la veía con su hijo, sabía que olvidaría su sentido común, sus habilidades de supervivencia, y se quedaría con ella. Pero no podía. No podía arriesgar su vida, la vida de su bebé, por sus necesidades egoístas.

—No.

Kiara sofocó un sollozo en su garganta. Había conocido su respuesta antes de que le hiciera la pregunta. Cuando él matara a Aksel, ella lo perdería para siempre. Su alma gritó de dolor. No quería vivir sin él, ni siquiera estaba segura de que pudiera hacerlo.

Todas sus esperanzas se acabaron, Kiara se sentó en su regazo deseando encontrar una solución, que sabía nunca vendría.

* * * * *

Jullien estaba sentado en el cuarto de seguridad de la embajada, con su temperamento en estado de ebullición. Se había dado cuenta que su madre y su tía ocultaban algo, por las miradas furtivas que se habían lanzado en el vestíbulo antes de que se fueran a secretar al estudio.

Había aprendido a cuidarse de la alevosía de su tía hace mucho tiempo. A ella parecía encantarle meterlo en problemas. Ahora, cuando las escuchó hablando de su hermano, comprendió la peligrosa posición en que se encontraba.

Su abuela le había contado hace varios años toda la historia sobre su hermano. Igual que ella, él había asumido que Nykyrian estaba muerto. Solo Dios sabía, que su abuela había pagado el suficiente dinero para que a su hermano se le hiciera pasar hambre y fuera maltratado en la casa de trabajo.

¡Nadie debería sobrevivir al tratamiento que se suponía Nykyrian había recibido! Sabía que no podía confiar en un asalariado. Si quieres que algo quede bien hecho, ¡debes hacerlo tú mismo!

Apretó los puños de la rabia. Si su madre y su tía querían, podían reintegrar a Nykyrian al imperio. ¡Él perdería toda su herencia!

Jullien hincó los dedos en su escritorio de madera, mientras su mente divagaba con sus pensamientos. Tenían que ser detenidas. Él era el heredero de los imperios Trioson y Andarion. Por Dios, que no toleraría a ningún usurpador.

¿Pero que podía hacer?

Sus rodillas se estremecieron con una nerviosa energía mientras conspiraba. Aseguraría su posición como único heredero a toda costa.

* * * * *

Kiara se ajustó el encaje negro de su ropa interior y se acomodó unos mechones de cabello alrededor de su rostro.

Nykyrian estaba abajo tecleando en su computadora. Todavía faltaban cuatro horas antes de que fueran a encontrarse con su madre para la cena y ella había decidido que estaba cansada de anhelarlo. Se estiró la seda de su bata, agradecida por primera vez de que no mostrara ninguna señal de su embarazo.

Un día de estos, Nykyrian podría atrapar a Aksel y enviarla lejos. Cuando eso pasara, lo único que le quedaría serían los recuerdos. Sabía que pasaría el resto de su vida anhelándolo. Bueno, ahora estaba con él y no tenía ninguna intención de empezar con su infierno tan rápido. Con esa firme resolución, abrió la puerta y se dirigió a las escaleras.

A Nykyrian le picó el cuello como si alguien estuviera mirándolo. Levantó la vista de su computadora y vio a Kiara al pie de las escaleras, su cabello largo se arremolinaba sobre su cuerpo elástico. Su respiración se estancó en su garganta. Ella llevaba puesta la ropa interior más escasa que había visto en su vida y su cuerpo se incendió con deseo ardiente. ¡No! Se dijo, pero su cuerpo ya estaba despierto y acercándose hacia ella.

Con vacilación, extendió la mano para tocar la piel cremosa de su escote. Sabía que lo que estaba haciendo era un error, pero no podía detenerse. Se acercó a ella, sin tener en cuenta todas las razones que le decían que esto era un suicidio.

Kiara percibió sus defensas, pero las había penetrado tantas veces, como para saber que era lo que tenía que hacer para no permitir que él se alejara. Le pasó la mano sobre la barba de su mejilla y enterró la mano en su sedoso cabello blanco. Su mano le ardió. Él cerró los ojos y le besó el brazo. El interior de Kiara se deshizo. Había ganado esta batalla, si tan solo pudiera ganar la guerra.

No le importaba que la hubiera dejado sola en las pasadas semanas. Incluso el dolor de que él no hubiera ido por ella se había marchado. Kiara dudaba de que Nykyrian pudiera hacer algo que no pudiera perdonarle. Lo necesitaba, lo amaba, y tomaría lo que él era capaz de darle, y rezaba que llegara el momento de que él fuera libre para darle más.

Sus brazos se cerraron alrededor de ella en un abrazo que le aplastaba los huesos. Kiara se aferró a él, deseando que pudieran quedarse así para siempre, con el corazón roto porque sabía que no podían.

Nykyrian la levantó y la llevó de vuelta hacia arriba. Kiara apoyó la cabeza contra su hombro.

—Te amo —le susurró, sabiendo que él no le respondería. En su lugar, la besó profundamente, con más pasión de la que ella hubiera experimentado alguna vez.

Nykyrian la echó sobre la cama. Kiara le dio la bienvenida a la percepción de sus manos fuertes y exploradoras, mientras la tocaban con una brillante y aguda melodía, a través de su hormigueante carne. Sus labios se arrastraron a lo largo de sus brazos, la cima de sus pechos, encantándola con la construcción de olas eróticas que cayeron sobre ella, haciéndole latir su cuerpo.

Ella lo deseaba. Recorrió con sus manos la parte inferior de su cuerpo, le quitó la ropa, besando cada parte de su fuerte y bronceada piel, que desnudaba. Su suave y firme piel se movía debajo de sus labios mientras ella pellizcaba su carne salada, deseando poder perderse en él para siempre.

Le pasó la lengua por el hueso de su cadera y él se estremeció debajo de ella con un gemido feroz. Una sonrisa se dibujó en sus labios, mientras continuaba succionando la piel sobre su hueso sensible. Su respiración áspera, la hizo estremecer. Él extendió las manos hacia abajo y la atrajo hasta sus labios, donde la besó con ferocidad, su lengua bailaba en sus labios, en su garganta.

Nykyrian le sacó la bata por encima de la cabeza. Sus manos regresaron para jugar sobre sus pechos, su toque la hacía arder con fuerzas refrenadas. Sus ojos brillaban calurosamente mientras la miraba con fijeza. Kiara pensó que él quería decirle algo, pero en su lugar, enterró la cabeza debajo de su cuello y le mordió la garganta, haciendo que olas de escalofríos la recorrieran.

Su cuerpo palpitaba por él, dolía por él. Ella recorrió con sus manos las cicatrices de su espalda, deseando poder penetrar las cicatrices de su mente hasta que admitiera que ella significaba algo para él, que la amaba. Su garganta se apretó de dolor. Incluso si él la amaba, ambos sabían que tenía que dejarla ir.

Desesperada por desterrar la realidad de su vida, puso sus labios sobre los suyos y le instó para que aliviara el único dolor de su cuerpo que él podía. Jadeó cuando se deslizó dentro de ella, manteniéndolo aferrado, disfrutando del poco tiempo que tenían.

Hicieron el amor lentamente, mientras el sol se apagaba en el pequeño planeta aislado. Kiara disfrutaba del placer de sentir su fuerza dentro y fuera de ella.

Le tocó la cara, intentando memorizar cada una de sus perfectas líneas. Lo aferró fuertemente cuando encontró su liberación física. Nykyrian se le unió. Sus brazos se apretaron alrededor de sus costillas, al punto que ella no podía respirar, pero en ese momento, realmente no quería hacerlo.

Él se apartó un poco de ella y abrió la boca para hablar. Kiara esperó, deseando que fueran las palabras que tanto anhelaba escuchar de él.

El silbido del intercomunicador rompió el silencio.

—¡Nykyrian!

Él frunció el ceño antes de alcanzar el intercomunicador que estaba en la mesa al lado de la cama.

—¿Caillen? ¿Cómo demonios encontraste uno de nuestros intercomunicadores?

—Encontré este en la casa de Shahara junto con el contrato firmado por ella para acabar con tu vida y la de Rachol. No la he visto a ella, ni a Rachol, ni a Kasen en semanas. Vine por aquí para ver si me encontraba con Shahara, y encontré todo esto. ¿Qué demonios está pasando?

Kiara estudió el ceño de Nykyrian.

—¿Crees que Rachol está vivo? —preguntó ella.

Él se encogió de hombros.

—¿Dónde estás?

—En el apartamento de Shahara.

—¿No hay nada más de Rachol allí?

Se escuchó un largo silencio. El cuerpo de Nykyrian se tensó bajo sus manos.

—Sí. Tengo su chaqueta de vuelo. No crees que Shahara lo haya herido, ¿verdad?

Nykyrian apretó los dientes y miró a Kiara.

—Como voy a saberlo, ella es tú hermana.

—Si ella lo hubiera matado, no hubiera tomado estos trofeos. Esa no es su costumbre. Ellos tienen que estar juntos.

Nykyrian suspiró, no sabía si era de alivio o frustración, Kiara no podía decirlo.

—Voy a ir a un lugar en el que necesito estar unas horas. Por qué no te encuentras con Jayne más o menos a las diez y tratan de descifrar todo este enredo.

—Bien. Seguiré tratando de hacer contacto con Shahara y Kasen hasta entonces.

Nykyrian echó el intercomunicador a un lado y se pasó las manos por la cara.

—Esto solo se está poniendo peor —masculló.

Kiara frunció el ceño.

—No eran buenas noticias, ¿verdad? —le preguntó, mientras le apartaba el cabello del rostro.

—Rachol está vivo.

Nykyrian suspiró.

—Quién sabe lo que eso significa.

Kiara agarró la almohada de la cama y se la tiró en la cabeza.

—¡Ilumínate!

Él la miró fijamente un poco amenazador.

—Te lo merecías —dijo ella defensivamente—. Si vuelves a decirme algo negativo, ¡te pegaré fuertemente de nuevo!

Una esquina de su boca se levantó. Antes de que ella pudiera deducir lo que eso significaba, él la bajó a la cama y le hizo cosquillas.

Kiara se rió, le dolían los costados.

—¡Basta! —dijo ella, intentando salirse de debajo de él.

Él dejó de hacerle cosquillas. Su respiración cayó contra su mejilla, apretando su cuerpo desnudo contra el suyo.

—No se como voy a dejarte ir —susurró él, tristemente.

—Entonces, no lo hagas —dijo ella, mientras jugaba con su pelo rubio, que caía como una cascada sobre sus hombros—. No tienes que hacerlo.

Sus ojos se apagaron.

—Ambos sabemos que eso es imposible.

Kiara trazó la línea de sus labios.

—Apuesto a que si alguien te hubiera dicho hace seis meses que sonreirías para mí, tú habrías dicho lo mismo.

Nykyrian se movió para apartarse, pero Kiara envolvió sus brazos y piernas alrededor de él, manteniéndolo cerca de ella.

—Yo no puedo separarme de ti. Tengo el presentimiento de que la gente te ha hecho eso toda la vida. Pienso luchar por ti, Nykyrian. Moriré por ti si tengo que hacerlo.

—Eso es lo que temo —dijo él casi murmurando y se liberó de su abrazo.

Kiara se quedó allí, mientras lo escuchaba entrar al baño. Su corazón latía con un ritmo doloroso en su pecho. Siempre había pensado que el amor supuestamente era cosa fácil. Por qué nadie le dijo que el amor no respondía a todos los problemas de la vida, sino que solo creaba más.

Poniéndose de lado, lo escuchó entrar en la ducha. Tenía que haber alguna manera de que ellos pudieran estar juntos. Se juró encontrarla, de cualquier manera.



Capítulo 14

La fila en el Camry era enorme, como de costumbre. A Kiara le retumbaba el estómago de hambre. Ella odiaba esperar tanto. Al detenerse al final de la fila, se sorprendió de que Nykyrian la agarrara por el codo y la llevara al frente.

—¿Qué estás haciendo? —susurró ella.

Nykyrian la miró fijamente.

—Yo no puedo quedarme en la calle. A demasiadas personas les gustaría dispararme.

Su voz baja y uniformemente entonada, la lastimó. A él parecía encantarle, recordarle constantemente lo precaria que era su vida y cuantas personas querían acabar con ella. Y aunque él había sido un poco más agradable desde que habían hecho el amor, todavía estaba siendo difícil de tratar.

Con un suspiro, Kiara lo siguió, sorprendida cuando la llevó directamente hacia la entrada del restaurante. Notó las miradas de enfado de las personas que estaban esperando delante de ellos. Eso la hizo sonrojar.

El maître levantó la mirada de su podio, con una luminosa sonrisa.

—Que bueno verlo Comandante, su grupo lo está esperando.

Kiara le echó un vistazo al maître detrás de Nykyrian. Una sacudida afilada de sorpresa al escuchar las palabras del maître la estremeció.

—¿Comandante? —preguntó.

Nykyrian se encogió de hombros.

—Mi rango en la Liga.

—¿Fuiste un Comandante? —jadeó ella, asombrada de que él hubiera llegado a un rango tan alto.

El maître le sonrió.

—¡Él salvó la vida de mi hijo en la Batalla de Wymon!

Nykyrian se movió un poco incómodo.

—No lo creo. Todo lo que hice fue advertirle de una bomba inminente.

El maître sonrió.

—Si no lo hubiera hecho, ahora él estaría muerto.

Nykyrian puso los ojos en blanco hacia Kiara. Ella sofocó su risa. Por lo menos Nykyrian ahora parecía tener mejor humor que antes. Todavía estaba sorprendida de que él hubiera salido de casa. En todo el viaje hasta allí, había esperado que él se diera la vuelta y regresara a casa.

—Me tomé la libertad de preparar su plato favorito para usted y para su esposa. Los demás ya han hecho sus pedidos —dijo el maître, antes de llevarlos al comedor.

Kiara siguió al maître más allá de las filas intrincadas de mesas atestadas. Los llevó a la parte trasera del restaurante dónde los comedores privados eran reservados por los invitados importantes.

Una punzada de incomodidad corrió a lo largo de su espina dorsal, cuando recordó el hecho de que su esposo era un príncipe. No estaba segura de que esa idea le importara en absoluto.

El maître abrió una puerta y los anunció. Kiara vaciló cuando reconoció al Emperador Aros sentado en la mesa junto a la madre de Nykyrian y su tía.

Escuchó la débil maldición que Nykyrian murmuró entre dientes. Mirando sobre su hombro preocupada, Kiara notó el enojo que ardía en sus ojos. Obviamente, Nykyrian no estaba lo suficientemente listo para encontrarse con su padre.

Cairistiona sonrió y se puso de pies.

—Aquí estás —exhaló ella felizmente—. Habíamos empezado a preocuparnos de que hubieras cambiado de idea.

Nykyrian no transmitía ninguna emoción, hasta parecía una estatua. Kiara estaba tentada de darle una patada. El maître se excusó y los dejó en privado.

Aros se levantó más lentamente. Apretaba sus manos de una forma que le dijo a Kiara, que él no estaba acostumbrado a ser inseguro.

—Espero que no te moleste mi presencia. Cuando Carie me dijo que te había encontrado, insistí en asistir también.

Kiara tomó la mano de Nykyrian y le dio un apretón alentador. Sus dedos estaban helados. Podía jurar que casi temblaban. Durante varios segundos incómodos, nadie habló.

Nykyrian finalmente acabó con el silencio tenso.

—Esta es mi esposa, Kiara.

Aros sonrió.

—Ya nos habíamos conocido, pero es un placer para mí verla de nuevo.

Kiara le devolvió la sonrisa mientras hacía una reverencia.

—Es un honor para mí verlo otra vez, Su Majestad.

Aros protestó ásperamente.

—Nada de eso, querida. Ahora eres de mi familia. Odio todo eso de las reverencias y las veneraciones. ¡Es degradante!

Kiara se rió de sus palabras, sintiéndose un poco más a gusto sobre la cena.

Aros haló una silla que estaba a su lado para Kiara.

—Ven niña, toma asiento. No deberías estar tanto de pie.

Kiara levantó la vista hacia Nykyrian, para ver como estaba sintiéndose con su familia recientemente encontrada. Como de costumbre, no podía decirlo. Sin decir una palabra, se acercó a su padre y a la silla que Aros sostenía para ella. Su madre y su tía intercambiaron ceños de angustia y todos permanecieron mirando a Nykyrian nerviosamente mientras él se sentaba en una silla al lado de Kiara.

Kiara inhaló profundamente, preguntándose en lo que podría hacer para interferir servicialmente, pero no quería enfurecer a Nykyrian hasta el punto de que se levantara y se marchara.

—Sin duda tendremos nietos hermosos, ¿no es cierto, Carie? —preguntó el emperador, mientras empujaba el asiento de Kiara a la mesa.

Cairistiona sonrió.

—Ellos será la envidia de todos —agregó.

Nykyrian se movió con incomodidad al lado de ella. Kiara puso una mano encima de la que él tenía en su regazo. Él levantó la vista hacia ella con algo que parecía ser orgullo.

Permanecieron en silencio mientras les traían sus comidas y las ponían delante de ellos.

Nykyrian sostuvo la mano de Kiara suavemente, mientras se reñía por haber venido a esa estúpida expedición. Él no conocía a esas personas, y no estaba muy seguro de que quisiera hacerlo. Y lo peor, era que su temperamento estaba empeorando.

Había esperado este momento la mayor parte de su vida. Una breve oportunidad para hablar con sus padres, para lograr que lo miraran con amor, que lo aceptaran. Ahora que lo había conseguido, no sabía que hacer.

—Sé que esto debe ser muy difícil para ti —dijo Aros después de que los sirvientes abandonaron el cuarto—. Debes saber que yo no sabía que estabas vivo. Si lo hubiera sospechado, podría haber atravesado el universo para buscarte.

Nykyrian tomó un sorbo de su bebida, tentado a retorcer su labio y responderle cáusticamente. Pero se acordó de Thia.

Nadie le había hablado sobre ella, y al conocerla, se sintió culpable por abandonarla. Todo lo que Nykyrian sabía, era que Thia albergaba los mismos sentimientos de rechazo y aislamiento. Esa revelación casi lo estranguló. ¿Cómo podía culpar a sus padres de lo mismo que él le había hecho a su propia hija?

—No te culpo —Nykyrian captó la mirada de sorpresa de Kiara—. ¿Por qué no olvidamos el pasado y empezamos desde ahora?

Aros lo saludó con su vaso.

—Siento pesar por los años perdidos. Puedo decirte que son una de mis más grandes pérdidas.

Nykyrian resopló, mientras miraba fijamente a Kiara.

—Creo que no deberías afligirte tanto. Yo era un niño revoltoso que pasaba semanas enfurruñado.

Kiara sonrió.

—Algunas cosas nunca cambian.

Sus padres se rieron.

Agradecida por el cambio de humor de Nykyrian, Kiara se preguntaba que lo había causado. Él se veía tan guapo sentado a su lado, que no cabía del orgullo. Inclinandose hacia él, le susurró algo en la oreja.

—Te lo enseñaré —dijo Nykyrian, mientras apartaba su silla.

Kiara se ruborizó ante las miradas fijas que recibió. Parecía que últimamente necesitaba ir al baño cada segundo.

—Solo dime donde está y yo lo encontraré.

Él negó con la cabeza.

—Está demasiado lleno. Creo que no deberías ir allí sola.

Kiara sentía la cara tan caliente, que temía explotar.

—Puedo ir sola —dijo, enfatizando sus palabras—. Regresaré en seguida.

Notó por la tensa línea de su mandíbula, que él quería discutir un poco más.

—No te demores.

Kiara sonrió, aliviada de que se hubiera rendido.

—No tendrás tiempo ni siquiera para extrañarme.

Excusándose de sus padres, se dirigió a la puerta. No le tomó mucho tiempo encontrar el camino desde los comedores hacia los baños.

Cuando salió del baño, le sonrió al maître al pasar a su lado, llevando a otros invitados a su puesto. Feliz de que su esposo estuviera comportándose, sin estar demasiado malhumorado, hizo su camino de regreso a través del comedor.

—¿Kiara?

Ella se detuvo, preguntándose quién la había llamado.

Al darse la vuelta, intentó localizar la fuente de esa voz tan familiar. Se le detuvo el corazón cuando reconoció a Jullien sentado en una mesa al lado de otro hombre. ¿Por qué no estaba él junto a sus padres?

Ella empezó a regresar al comedor ignorándolo, pero su conciencia no se lo permitió. Como Aros le había dicho, ahora era su familia y no podía ser tan grosera.

Jullien caminó y se detuvo justo en frente de ella.

—No esperaba verla tan pronto —dijo él afectuosamente. Le tomó la mano y le plantó un beso mojado encima de sus nudillos. Kiara sofocó su temblor.

Su sonrisa era bastante calurosa, pero ella captó la frialdad detrás de sus ojos.

—Me doy cuenta de que debe estar aquí con alguien —dijo Jullien, echando una mirada alrededor del cuarto—. Pero debería tomarse un momento para saludar a mi amigo. Él es un fanático suyo y se muere por tener una oportunidad de saludarla.

Ella intentó apartarse, pero su mano se apretó alrededor de la suya.

—Prometí no...

—Solo le tomará un momento —le rogó, con esos ojos aterradores—. ¿Por favor?

Recordándose que era su cuñado y un príncipe real, asintió con la cabeza.

Jullien le brindó una sonrisa y la llevó hasta su mesa.

—Esta es la mujer de la que he estado hablándote.

El hombre se levantó y muy despacio se volvió para mirar a Kiara. Su corazón latió de terror.

—¡Usted! —jadeó ella, al reconocer al hombre que los había mirado intensamente, desde el piso de la bahía de su casa, Aksel Bredeh.

Él le apretó una pequeña pistola en su estómago.

—Actúa como si estuvieras feliz de verme —dijo el con un tono bajo y amenazador—. O el cocinero tendrá entrañas humanas frescas para servirle al híbrido. Sonríe —le sugirió.

Kiara quiso escupirle la cara, arrancarle los ojos, hacer algo diferente a seguirle la corriente. ¿Pero que opción tenía? No tenía ninguna duda de que la mataría si ella hacia algo como intentar soltarse.

¡Algún día, aprendería a escuchar cuando alguien le advirtiera sobre no hacer algo! Si es que sobrevivía a esto, se mofó su mente.

—Te debo una —le dijo Aksel a Jullien antes de estrecharle sus ojos grises a Kiara—. Camina despacio hacia la puerta de salida.

Nykyrian levantó la vista de su comida esperando ver a Kiara entrar, en su lugar vio al maître aterrorizado.

—¡Comandante! —dijo, su voz y sus manos temblaban—. Su esposa se fue con un amigo del Príncipe Jullien. Creo que no se fue de buena gana.

La frialdad invadió el alma de Nykyrian y le hizo apretar las manos en puños.

Escuchó el resuello de su madre y la maldición de su padre. Pero eso fue todo lo que escuchó antes de concentrarse en el furia cruda que latía a través de su cuerpo. Trató de controlar su fuerza, porque sabía que iba a matar a alguien por esto.

Nykyrian atravesó la puerta, sacando su pistola de su funda. Cuando cruzó el comedor buscando a su blanco, los comensales gritaron, se agacharon y corrieron.

Salió del restaurante y se dirigió hacia la bahía de desembarco más cercana. Nada. No había señal de Kiara en ninguna parte. Apretó más fuertemente su pistola. Nykyrian echó el botón de descargo hacia atrás.

Jullien.

Con ese solo pensamiento ardiendo en su mente, regresó al restaurante y atravesó el área donde sus padres tenían al bastardo acorralado.

Una furia ciega nubló sus ojos. Todo lo que Nykyrian quiso hacer fue arrancarle el corazón a Jullien y dárselo de comer.

Con un puño, Nykyrian recogió a su hermano del suelo y lo lanzó por la mesa. Se estrelló con la comida y esta se esparció, el sonido de un tintineo helado imitó a la frialdad que lo consumía.

Némesis estaba despierto y exigía ser aplacado.

Nykyrian levantó a Jullien del suelo por el cuello.

— ¿Dónde está?

Jullien intentó arañarle la mano para quitársela de su garganta. Nykyrian apretó su asimiento. Quería ver a esa gorda comadreja arrastrada.

— Tu vida depende de lo rápido que me contestes, ¡bastardo!

Dos de los guardias de Jullien se acercaron a ellos.

Nykyrian movió su pistola para golpearlos o dispararles antes de que ellos pudieran acercársele y el patán gordo se balanceaba en su puño como un gimfry asustado. Nykyrian miró a sus padres para ver si ellos interferían. Lo miraban fijamente como si él fuera un animal. Que así fuera. Kiara era todo lo que le importaba. Al infierno con todo lo demás. Nykyrian presionó el botón de su pistola de rayos para matar y la sostuvo debajo del mentón de Jullien.

— Contéstame, o el próximo sonido que escucharás, será el de tu cerebro golpeando la pared que está detrás de ti.

El sudor cubrió la gorda quijada de Jullien.

— La tiene Aksel. No sé a donde se la ha llevado.

El estar conmocionado por esa respuesta inesperada, fue lo único que salvó la vida de Jullien. Aturdido, Nykyrian lo liberó. El cuarto parecía dar vueltas. *La tiene Aksel*, esas palabras resonaban en su mente como si fueran una pesadilla.

Su padre extendió la mano para tocarlo. Nykyrian se marchó con un gruñido. Miró a su padre con todo el odio que ardía en su interior, ampollando su alma.

— Ella es la única razón por la que vine esta noche —dijo Nykyrian, estrechando sus ojos hacia su padre—. Si algo le pasa, quiero que sepas que regresaré por Jullien, y cuando termine con él no quedará nada.

Estimulado por su agonía y rabia, Nykyrian dejó a sus padres, quienes estaban al lado de su hermano observándolo con ojos decepcionados. Al infierno con ellos. Los dejaría consolando a Jullien. Él no necesitaba su amor. No necesitaba a nadie excepto a Kiara.

Nykyrian presionó el timbre en la casa de Jayne. Se limpió las lágrimas que caían en sus mejillas, sorprendido de que estuviera llorando. Todas las veces que había sido golpeado, herido, y maltratado ninguna lágrima se le había escapado. Ahora parecía no poder detenerlas.

Cambiaría su vida alegremente por la de Kiara. Cualquier cosa que pudiera hacer, para verla sana y salva.

Jayne abrió la puerta, y se quedó detrás con la boca abierta. Nykyrian ignoró su sorpresa, sin importarle que alguien notara lo mucho que le importaba su pequeña bailarina.

—Aksel tiene a Kiara —dijo Nykyrian con una voz triste, llena de odio.

Darling y Caillen se levantaron del sofá. Jayne lo empujó dentro de la casa y lo llevó hacia la mesa de la cocina. Confundido, Nykyrian se sentó en la primera silla que encontró. Nada parecía ser real. Todo era como una pesadilla espantosa.

Levantó su mirada hacia Caillen.

—¿Averiguaste algo más sobre Rachol?

—Él está con mis hermanas pero no sé donde.

Nykyrian asintió con la cabeza, deseando que Rachol estuviera allí para que lo ayudara a planear algo. Sus emociones estaban demasiado enredadas. No podía pensar claramente. En todo lo que podía pensar era en Kiara.

Nykyrian se pasó las manos por la cara, sus lágrimas se habían detenido finalmente.

—Darling, necesito que consigas esos discos que recogiste en la casa de Rachol, junto con los que me entregó Driana. Con algo de suerte...

El timbre sonó nuevamente.

El mundo de Nykyrian se tambaleó, por segunda vez esa noche. Driana estaba afuera, apretando a Thia contra su pecho, la niña estaba envuelta en una sábana ensangrentada. Un lado de la cara de Driana estaba hinchado y rojo.

—Él se ha vuelto loco —dijo Driana, mientras abrazaba a Thia fuertemente.

Nykyrian salió disparado de su silla y atravesó el cuarto para ver si su hija aún seguía con vida, su corazón se alojó dolorosamente en su garganta, mientras su miedo se triplicaba.

Nykyrian apartó la manta y soltó una feroz maldición. Thia estaba cubierta de más cardenales que su madre. Ella volvió su pequeña cabeza para mirarlo, pero no podía abrir sus ojos porque los cardenales se lo impedían.

—Pensé que no iba a dejar de pegarle —dijo Driana, y estalló en lágrimas.

Con mucho cuidado, Nykyrian cargó a su hija y la meció. Iba a matar a Aksel esa misma noche.

—Todo está bien —le dijo a Thia, tragándose la ola de lágrimas que se agruparon en su garganta—. Nadie va a hacerte daño nunca más.

Hadrian, el esposo de Jayne, se acercó para tomar a Thia.

—Yo cuidaré de ella.

Nykyrian estaba inmóvil por el estado de turbulencia de sus emociones. No importaba lo mucho que hubiera odiado en el pasado, nada lo había preparado alguna vez, para soportar ese dolor ardiente en su alma que le suplicaba ser aplacado.

De mala gana, le entregó a Thia a Hadrian, sabiendo que Hadrian era capaz de cuidar de sus lesiones.

— ¿Dónde está él? —le preguntó Nykyrian a Driana.

— Ha ido a su base en Oksana. Piensa que allá estará seguro.

— ¿Y Kiara?

— Está con él.

Nykyrian rizó su labio con un gruñido. Le hizo señas a Darling, Jayne y Caillen para que fueran con él. Buscarían a Hauk, y antes de que terminara la noche, acabaría con Aksel, de una manera u otra.

* * * * *

Kiara se retorció contra las esposas que sostenían sus manos sobre la cabeza y la mantenían sujeta contra la pared. ¡Tenía que liberarse! Se encontró con la mirada de Aksel, allí donde estaba sentado en el cuarto con dos de sus hombres, jugando para ver quien iba a ser el primero en violarla. Una sonrisa inteligente se dibujó en sus labios, antes de que doblara su apuesta.

Kiara apartó la mirada. Su corazón latía fuertemente mientras tiraba de las cadenas. Tenía que alejarse de él.

Aksel levantó la mirada una vez más de su juego de cartas y la miró de soslayo, pareciendo disfrutar de la manera en que ella luchaba desvalidamente contra sus esposas. Kiara se estremeció.

Rezó por liberarse, pero también rezó para que Nykyrian no viniera a ese lugar a rescatarla. Demasiadas veces, Aksel le había dicho lo que le quería hacer a su esposo.

Si capturaba a Nykyrian, Aksel lo torturaría hasta matarlo.

Kiara no podía entender su odio intolerable, y después de estar con Aksel, estaba segura de que nunca le preguntaría el por qué. El hombre era completamente maquiavélico.

La puerta que estaba detrás de Aksel se abrió. Kiara levantó la mirada y vio a Driana entrando, con la cara roja e hinchada. Driana se encontró con su mirada y Kiara vio la simpatía en los ojos de la mujer rubia.

— Aksel necesito hablar contigo. A solas.

Aksel hizo un gesto displicente.

—¿No te das cuenta que aquí estamos a mitad de un juego?

Driana avanzó hacia él con pasos determinados y volteó la mesa. Apuntó un rifle contra la cabeza de Aksel.

—Diles que salgan.

La risa retorcida de Aksel invadió el cuarto.

—Seguro. Muchachos, si nos excusan, mi esposa —se burló del título—, quiere dirigirme algunas palabras.

Kiara se tragó el nudo de su garganta y observó como los dos soldados salían del cuarto, dejando sus risas atrás mientras se decían algo en un idioma que Kiara no pudo entender.

Aksel se reclinó en su silla, cruzó los brazos en su pecho y miró a su esposa, con una confianza demasiado aparente.

—¿Qué quieres, bollito relleno? —a pesar de la burla, a Kiara le extrañó el odio crudo y la amenaza en su voz.

—Nadie hiere a mi bebé y sigue con vida —ladró Driana—. Voy a matarte, *giakon* —pulsó el botón de descargo de su rifle.

Aksel se movió tan rápido, que Kiara vio sus brazos apenas desenrollándose de su pecho antes de que apartara el arma de las manos de Driana.

—Estúpida *harita* —exclamó, mientras la golpeaba con la culata del arma en el estómago.

Kiara se encogió instintivamente. Driana cayó al suelo, apretándose el vientre mientras clamaba de dolor.

Él haló a Driana por el pelo.

—¿Dónde está Thia?

Driana lo miró fijamente y a lo lejos de la habitación, Kiara reconoció el odio que ardía en sus ojos azules.

—Se la entregué a su padre.

El pecho de Aksel oscilaba con respiraciones profundas y enfadadas mientras miraba a Kiara.

—¿Al híbrido? —chilló.

Kiara hizo una mueca de dolor al escuchar su tono, incapaz de creer que un hombre fuera capaz de hacerlo.

—Sí —dijo Driana—. ¡El era un mejor hombre y mejor amante a los dieciséis, de lo que tú alguna vez serás!

Aksel levantó la culata y la bajó sobre la espalda de Driana con un fuerte golpe. Driana gritó, y cayó al suelo. Kiara enterró la cabeza en sus brazos e intentó bloquear el sonido de los golpes que siguieron en una rápida sucesión. Finalmente, los gritos de Driana se detuvieron. Kiara levantó la cabeza y vio a Driana yaciendo en el suelo en medio de una piscina de sangre. Se le revolvió el estómago. Por un momento, se creyó enferma.

Aksel caminó hacia ella como si fuera una *lorina* merodeando. Echó el rifle cubierto de sangre hacia la mesa volcada.

Los ojos de Aksel eran de un gris tormentoso, pasó su mirada sobre el cuerpo de Kiara y rizó sus labios cuando la visión de ella lo disgustó.

—¿Alguna vez Nykyrian te contó como entrenaban a los asesinos de la Liga?

¡Estaba loco! Kiara lo miró fijamente con escepticismo, incapaz de comprender su tono amistoso después de lo que le acababa de hacer a su esposa. Aksel extendió una mano fría y le tocó la mejilla.

—Te llevan durante tres meses y te mantienen aislado —continuó, ignorando sus intentos de apartarse—. Te envían a un holocuarto donde te muestran una y otra vez, tus peores miedos, hasta que no le temes a nada.

Sus dedos trazaron la línea de su barbilla. Kiara se estremeció, deseando poder decirle algo, en vez de quedarse frente a él a la expectativa y vulnerable.

Sin tener otro recurso, lo escupió. Una sonrisa se dibujó en sus labios por su reacción. Él se limpió la mejilla, sin apartar nunca los ojos de ella.

Como si ella no hubiera hecho nada, Aksel continuó hablando con esa voz aterradora e inexpresiva.

—Solo te alimentan con carne cruda y mientras comes, te muestran cintas de victimas agonizantes que suplican por sus vidas.

Sostuvo una mano en frente de su cara. Kiara retrocedió un paso, pero la pared le bloqueó su retirada.

—Con esta mano podría desgarrarte la garganta —la atrajo más cerca y le puso la mano en el cuello. Kiara esperó que le demostrara su punto. Pero él no lo hizo.

En su lugar, su voz fría siguió burlándose.

—El híbrido podría arrancarte el corazón con sus propias manos. ¿Eso te excita?

—¡Tú me enfermas!

Aksel le brindó una sonrisa retorcida, mientras le acariciaba con la mano su mejilla.

—¿Nykyrian te contó que mató a dos de sus instructores antes de terminar el entrenamiento? Lo hizo, sabes —su mano se apartó y se volvió para enfrentarla, con

las manos en las caderas—. Siempre fue el mejor para matar, ¡pero yo era quien más lo disfrutaba!

Su sonrisa resonó, mientras Kiara se congelaba.

—Nykyrian se quedaba sentado por horas después de una misión, mirando fijamente al espacio, sintiéndose culpable —sonrió con desprecio, dijo esas palabras como si fuera la peor cosa del mundo—. Yo era un verdadero guerrero. Yo celebraba mi gloria después.

Apretó las manos alrededor de su cintura. Kiara se mordió los labios, deseando poder apartarse de él de alguna manera.

—¿Entonces, por qué mi padre presumía de su híbrido adoptado? —gruñó Aksel, su cara era una máscara retorcida—. No eran mis muertes las que él celebraba con orgullo. Siempre eran las de Nykyrian. ¡Siempre Nykyrian!

Kiara gimió cuando sus manos se apretaron en su carne.

Aksel empujó la espalda de ella contra la pared con un golpe sólido que le quitó la respiración. Apoyó su cuerpo contra el suyo y ella pudo sentir su deseo apretado contra su estómago. El sudor caía a gotas de su cuerpo mientras temía su próximo movimiento. Él le desgarró la cima de su vestido. Kiara gritó, tratando de apartarse de él desesperada.

—Debería tomarte ahora —dijo Aksel en un murmullo áspero, mientras le pasaba la mano sobre la cima de su *corslet*, ignorando la repugnancia de ella—. Pero no quiero. Eso no sería divertido —retrocedió y le sonrió—. Cuando el híbrido venga por ti, tengo un lugar especial para él, para que me vea mientras te violó. Luego podrás mirarme mientras desgarró su cuerpo a pedazos, hasta que no quede nada, excepto su oreja que te la entregaré alegremente como un recordatorio.

—¡Eres un demente! —ladró Kiara, mientras tiraba puntapiés hacia él con sus piernas.

—Nunca he conocido a un asesino que no lo fuera —dijo él con una sonrisa, luego salió tranquilamente del cuarto.

Los sollozos hicieron estremecer el cuerpo de Kiara. Tiró contra sus cadenas, pero lo único que logró fue rasgarse la piel de sus muñecas. Tenía que haber alguna forma de escapar. Alguna forma de advertirle a Nykyrian.

Oró fervorosamente, para conseguir una respuesta.



Capítulo 15

Nykyrian y Caillen estaban sentados en el cuarto del consejo de la base del OMG, revisando los datos que tenían sobre Oksana. Hauk caminaba de un lado a otro detrás de ellos, sus botas taladraban el suelo de porcelana con un sonido tenebroso que le carcomía la tolerancia de Nykyrian. Jayne y Darling estaban sentados en el cuarto, escuchándolos a él y a Caillen discutir sobre los procedimientos de la batalla.

Nykyrian apretó los dientes frustrado, se reclinó en la silla y miró fijamente las hojas de estadísticas que estaban frente a él. Un ataque frontal acabaría con la aniquilación completa y un ataque encubierto era igual de arriesgado. Los hombres de Aksel no se conocían lo suficiente como para descubrir a un extraño inmediatamente. A esa proporción, nunca lograrían sacar a Kiara con vida.

Caillen se reclinó en la silla, con una sonrisa dibujada en su rostro mientras tamborileaba sus dedos sobre la mesa.

—Sabes, he estado haciendo entregas en Netan Raananah. Si fuera a falsificar un embarque, podría meter de contrabando a tus hombres dentro de la basa de Aksel.

Nykyrian frunció el ceño.

—¿Cómo podrías evadir los escáneres?

Caillen inclinó la silla sobre sus piernas y se puso la mano detrás de la cabeza en una mueca arrogante que Nykyrian despreciaba, mientras una sonrisa se dibujaba en su cara.

—Vas a arrepentirte de todas las cosas sucias que has dicho sobre mi nave. El *Malia*, está equipado con artefactos especiales que ningún sistema existente puede rastrear. Tendrían que hacer una inspección personal para verificar mi cargamento —sonrió—. Recuerden chicos, ¡soy un contrabandista de *tercera* generación!

Hauk resopló.

—Sí bueno, una vez que estemos dentro, ellos no nos van a permitir salir de allí tan fácilmente. El *Malia* es demasiado frágil y lento como para huir de una nave luchadora.

Caillen se frotó la mandíbula mientras sopesaba las palabras de Hauk.

—Llevaremos dos luchadoras en la bodega, más los pasajeros.

Nykyrian asintió en acuerdo. Era el primer plan que habían propuesto, con el cual al menos tenían una oportunidad para respirar.

—Lo haremos, entonces.

Darling alzó una ceja hacia Nykyrian.

—¿No estás olvidándote de algo? ¿Cómo vamos a salir después de que entremos allí?

Nykyrian estudió la cara de Darling. Un millón de pensamientos pasaron por su mente.

—Es a mí al que ellos quieren. Tú y Caillen se quedarán a bordo del *Malia* y controlaran a los hombres de Aksel y a los corredores de la base. Hauk se ocupará de Kiara, la meterá en su nave y la llevará a un lugar seguro. Jayne los esperará para cubrirlos una vez que estén fuera de la órbita de Oksana.

—¿Y qué pasará contigo? —preguntó Hauk ásperamente.

—Yo soy el cebo. Volaré en dirección opuesta con mi nave. Todas las tropas de Aksel me seguirán. —Nykyrian estrechó los ojos hacia Hauk—. En ningún momento atacarás a ninguna nave. Mantendrás tus motores acelerados. Y dejarás que Jayne se ocupe de cualquier cosa que los siga.

Nykyrian volvió su mirada hacia Caillen.

—Tú y Darling necesitan utilizar el poder adicional del *Malia*, para asegurarse de que pueden sacarla lo más rápido que puedan pilotearla. Es demasiado grande para una pelea de perros.

Nykyrian echó la impresión de los exteriores hacia Darling.

—Aksel está reteniendo a Kiara probablemente en su oficina. Necesito una bomba muda. ¿Puedes hacerla en una hora?

—¿Mi pelo es rojo?

Nykyrian se incorporó.

—Entonces preparémonos.

Jayne, Caillen y Darling salieron. Hauk se quedó, con una expresión en el rostro que le recordó a Nykyrian la actitud fatal y oscura de Rachol. Ignorándolo, Nykyrian sacó su traje de Némesis del armario.

—No estás planeando regresar, ¿verdad?

Nykyrian hizo una pausa. Con un suspiro profundo, sacó sus botas del armario y las puso en el suelo.

—Soy bueno, pero no lo suficiente para sobrevivir al número de naves que estarán detrás de mí.

Hauk taladraba con sus dedos la superficie de la mesa en un ritmo pulsante que le hacía apretar los dientes.

—¿Por qué no envías a Kiara de regreso en el *Malia* y me dejas volar contigo para luchar?

Nykyrian se desabotonó la camisa.

—El *Malia* podría ser atrapado. Confío en que Darling y Caillen regresen a casa. Pero *necesito* asegurarme de que Kiara regrese a casa de su padre intacta.

—Prefiero que tú te mantengas con vida.

—Kiara es mi vida —susurró Nykyrian. Se sentó en una silla y se puso la cabeza entre las manos.

De esa forma todo tenía sentido. Si él moría, Kiara sería libre, él sería libre. Extrañamente, no sentía ningún remordimiento. De alguna forma sentía que hacía lo correcto.

Nykyrian miró el anillo que tenía en su dedo pequeño. Era el anillo que había comprado, antes de ir a ver a Kiara por primera vez, después de que su padre le había disparado. Era el anillo que había pensado entregarle como anillo de bodas, pero no fue capaz de hacerlo. Las filas de piedras de *griata* rojas, rodeaban la banda de oro, que brillaba con luz oscura.

Se sacó el anillo y se lo entregó a Hauk.

—Quiero que le entregues esto a Kiara.

Hauk lo revisó, y entonces lo miró con un ceño severo.

—Este es un anillo de bodas.

—Lo sé. Nos casamos según la costumbre Andarion hace algunos meses.

Hauk cerró los ojos y Nykyrian supo que él deseaba maldecir.

—Dependo de ti, para que te asegures de que ella sea reconocida como mi viuda. —

Nykyrian se lamió los labios que tenía repentinamente secos—. Si yo no tengo la oportunidad, dile que la amo, que siempre la he amado.

Hauk tenía los ojos llorosos.

—No puedo hacer esto —dijo él con voz rota.

Nykyrian se tragó el nudo de su garganta.

—Hemos tenido demasiadas misiones juntos como para que te ablandes ahora.

Hauk apretó los dientes y apartó la mirada.

—Siempre planeaste regresar después de esas misiones.

Nykyrian se mofó.

—En realidad no. Esta es la primera vez en mi vida que quiero regresar con vida realmente. Es bastante irónico, ¿no te parece?

Hauk se metió el anillo dentro de su bolsillo.

—¿Qué quieres que le diga a Rachol?

Nykyrian dibujó una sonrisa afectada, mientras se quitaba las botas.

—Pregúntale donde infiernos se mete cuando más lo necesito.

Hauk estrechó los ojos, incrédulo.

Nykyrian sonrió entre dientes.

—Solo estoy bromeando. Si le dices eso, empezará a beber otra vez. Y como maneja la fuerza detrás del OMG, dejaré que él lo lidere. —Nykyrian se levantó y alcanzó su ropa—. También dile que las lorinas son tuyas para que las consienta.

Hauk sonrió.

—¡Él podría desenterrar tu cuerpo solo para dispararte por eso!

Nykyrian hizo una pausa, ante ese pensamiento. Solo esperaba que Aksel dejara lo suficiente de él, *para* enterrar.

* * * * *

Caillen estaba sentado frente al panel de control del *Malia*, esperando en la oficina de aduanas para entrar a la base de Aksel. Sonrió ante las seis canastas de pulpas de frutas, que Nykyrian le había donado graciosamente, para hacer más creíble el engaño.

La luz estaba anaranjada sobre su tablero, advirtiéndole que los escáneres de prueba estaban encendidos. Al presionar una serie de botones, sonrió cuando sus artefactos de protección se encendieron.

—Tomen eso idiotas. —sonrió.

—El *Malia* está limpio —graznó la voz del director—. Aterrice en la bahía ocho.

Caillen obedeció. Amaba su trabajo. No había nada como el peligro extremo para lograr que la sangre bombee y los jugos del cerebro fluyan.

Varios soldados de a pie, esperaban abordar su nave. Caillen agitó la cabeza y volvió a verificar los controles de su panel de control.

Caminó hacia donde Nykyrian y los demás estaban ocultos, tratando de perder el

tiempo. Entre más tuvieran que esperar los guardias, más ansiosos se pondrían. Era

una táctica infantil, pero siempre servía con los centinelas. Con una oración para

tener éxito, bajó la rampa muy despacio. Abrió la compuerta y miró fijamente al

cañón de un rifle de láser.

—¿Algún problema? —preguntó serenamente.

—Estamos esperando a Quiakides —gruñó un soldado, a través de su casco.

Caillen estalló en carcajadas.

—¿Eres tú, Marek?

El soldado se movió un poco incómodo, antes de quietarse el casco.

—Sí.

Caillen empujó el cañón fuera de su rostro y regresó tranquilamente al interior de su nave. Los demás soldados entraron en filas y empezaron a revisar su cargamento.

—Cómprame esta pista. ¿Qué se supone que haría yo con Quiakides? ¿Alguien se ha molestado en informarte que él y yo no nos llevamos bien?

—Tu realizas misiones para él.

Caillen abrió la boca sarcásticamente.

—¡En serio! Haría misiones hasta para el demonio, con tal de que me pague a tiempo.

—Es por eso que estamos revisándote.

Caillen sonrió de nuevo.

—Es que acaso Quiakides no puede permitirse el lujo de pagarse un transporte mejor que este, como para subirse en este montón de basura en ruinas. Olvídate de la pista, cómprate un cerebro.

Marek miró alrededor de la nave.

—¿Dónde está Kasen?

Caillen se encogió de hombros.

—Está con Shahara.

Los demás soldados regresaron, agitando las cabezas.

—Está limpio.

Marek asintió con la cabeza.

—¿Estás buscando a Netan?

—Sí, ¿Dónde está?

—Está con Aksel —dijo Marek, mientras se volvía a colocar el casco—. Le diré que estás aquí.

Caillen inhaló profundamente, agradecido de que la artimaña hubiera funcionado.

—Hazlo. No suelo tener mucha paciencia. Si no viene rápidamente, me marchó.

Marek le hizo señas a sus soldados para que salieran de la nave.

—Eh —lo llamó Caillen traviesamente, al bajar la rampa detrás de él—. Espero que no te importe, pero voy a cerrar mis sistemas mientras espero. No puedo confiar en los mercenarios, todos ustedes están podridos.

Notó el gesto de rigidez de Marek, pero el tipo no le contestó.

Caillen sonrió de autosatisfacción. Cerró la compuerta, y corrió para liberar al grupo que estaba oculto detrás de los paneles de las paredes.

Darling avanzó para supervisar las comunicaciones.

—Tendrás que apresurarte —le dijo Caillen a Nykyrian, quien verificó el nivel de carga de su pistola de rayos—. Si Netan se queda a bordo demasiado tiempo, sospecharán.

Nykyrian asintió con la cabeza, con el estómago revuelto. Tenía que tener éxito. Mirando a Hauk, ambos tomaron posiciones en lados opuestos de la compuerta, preparados para saltar.

Su espera fue corta. Netan seguramente estaba de humor para desfallecer, porque, terminó extrañamente inconsciente.

Caillen abrió la compuerta solo lo suficiente para que Nykyrian y Hauk la atravesaran. El corazón de Nykyrian le latía fuertemente contra las costillas. Tenía que rescatar a Kiara.

Con extrema facilidad, salieron de la bahía y bajaron al corredor, Darling les daba instrucciones sobre el camino que debían seguir vía auricular, basado en un mapa que tenía dentro del *Malia*.

De alguna manera, la voz de Darling, que se transmitía a través del auricular le aliviaba la tensión. Nykyrian sabía que podía confiar en sus amigos para llevar a Kiara a un lugar seguro.

—Dos corredores más, la oficina de Aksel está a tu izquierda —le instruyó Darling.

Hauk se movió.

—¡Espera! —advirtió Darling.

El corazón de Nykyrian se detuvo de un golpe.

—Alguien está viniendo desde el corredor. Hay una puerta detrás de ti Kip, úsala.

Nykyrian encabezó el camino hacia el cuarto oscuro.

—Odio esto —le siseó a Hauk.

Hauk asintió con la cabeza.

Segundos después, la voz de Darling regresó.

—Todo está limpio. Muévanse.

Nykyrian abrió la puerta. Se dirigieron a la oficina de Aksel. Probó el código de seguridad en la puerta, pero no se abrió. ¡Maldición!

—¿Qué? —preguntó Hauk, mientras echaba un vistazo por el corredor.

—Aksel debió haber cambiado los códigos —sofocando su temperamento, Nykyrian rápidamente retacleó la clave y la puerta se abrió.

Nykyrian fue el primero en ver a Kiara. Su cara jubilosa lo miró con esos ojos llenos de adoración que le desgarraron el alma. Atravesó el cuarto y tiró de las cadenas para soltar el gancho del techo. Una ola de alivio lo recorrió cuando tomó las cerraduras y liberó sus muñecas de los puños de metal.

Sus ojos se endurecieron cuando notó la rasgadura en su vestido.

—¿Te hizo daño?

—No —sollozó ella, mientras lo abrazaba—. Él estaba esperándote.

Nykyrian la besó, apretó sus brazos firmemente alrededor de su cintura, agradeciéndole a Dios de que estuviera a salvo. Ella temblaba entre sus brazos como un gimfry asustado y él se juró una vez más que Aksel iba a pagarle por esto con su vida.

—Vamos, ¡no tenemos tiempo! —dijo Hauk detrás de él.

Nykyrian se apartó de ella. Hauk tenía razón. Se quitó la chaqueta, y la envolvió alrededor de Kiara.

—¿Dónde está Aksel? —preguntó Nykyrian.

—No lo sé —susurró ella, mientras le tocaba la cara—. Salió hace unos minutos.

Hauk se aclaró la garganta y tiró del hombro a Nykyrian.

—Necesitas ver esto.

Nykyrian se dio la vuelta y quedó aturdido. Por primera vez, se dio cuenta de que Driana estaba tirada en el suelo. Cruzó el cuarto y se puso al lado del cuerpo de Driana.

—Está muerta —confirmó Hauk, al inclinarse para tomarle el pulso.

Nykyrian volvió su mirada hacia Kiara, confundido ante la espantosa visión.

—¿Qué sucedió?

Kiara se cubrió sus labios temblorosos con las manos.

—Ella intentó matar a Aksel, y él la golpeó hasta matarla.

Nykyrian se acercó nuevamente a Kiara. Ella cayó contra él, estremeciéndose. La abrazó fuertemente, sabiendo que posiblemente era la última vez que podía tocarla.

—Estás a salvo, *shona*. Pero tenemos que darnos prisa.

Puso a Kiara en los brazos de Hauk y se ajustó el auricular.

—Darling, repórtate.

—El camino de regreso está limpio.

Él le asintió con la cabeza a Hauk.

—Llévala a casa.

Hauk vaciló. Con la mirada, Hauk le indicó a Nykyrian lo renuente que estaba al dejarlo que se defendiera solo.

—Camina en paz —dijo Hauk calladamente, antes de sacar a Kiara hacia el cuarto que estaba detrás de él.

Nykyrian pensó en esa antigua frase de la Liga. Finalmente pudo comprender como un asesino podía caminar en paz. Con un suspiro, le dio la bienvenida al letargo pacífico de la muerte. Les dio bastante ventaja. Hauk cuidaría de Kiara.

Esa era la única solución.

—Camina en paz —repitió y abrió la puerta. Nykyrian bajó por el corredor y se dirigió de regreso a la bahía.

—¡Kip, a tu derecha! —gritó la voz de Darling.

Nykyrian giró, y sacó su pistola de rayos. Pero era demasiado tarde. El disparo atravesó su hombro con una dolorosa abrasión. Al regresar el disparo, Nykyrian observó como se desplomaba el soldado.

Las alarmas sonaron y se encendieron alrededor de él. Nykyrian corrió a toda velocidad, intentando llegar a su nave antes de que el área de salida fuera sellada. El escudo de explosivos de la bahía se estaba cerrando. Rodando por el suelo, Nykyrian pudo pasar debajo del pesado acero antes de que la enorme puerta se cerrara con un sonoro porrazo.

Desgraciadamente, dejó de rodar justo frente a los pies de Aksel.

—Aún tan predecible —sonrió Aksel con desprecio, mientras pulsaba el botón de descargo de su pistola de rayos hacia atrás, observando con disgusto a Nykyrian—. Sabía que un día tu sentido del valor y de la justicia sería tu muerte.

Nykyrian se levantó lentamente.

—Kiara está a salvo —dijo Darling en su oreja—. Detonación en cuatro... tres...

—Eres tan decepcionante —dijo Aksel, mientras apuntaba con su pistola de rayos a la cabeza de Nykyrian.

El arma y el cargamento de explosivos se dispararon simultáneamente. Nykyrian evadió el tiro de la pistola de rayos y se lanzó sobre Aksel. Atrapándolo por la cintura, lo tumbó al piso. Aksel se levantó y le dio una patada a Nykyrian en la espalda. Aksel se lanzó sobre el en el mismo momento en que Hauk despegaba su nave.

Nykyrian se aprovechó de la distracción y le plantó un duro golpe en la mandíbula. Con una maldición, Aksel cayó de espaldas. No esperó a que se levantara de nuevo. Nykyrian cerró la compuerta del *Maita*. Tan rápidamente como pudo. Luego subió por la pequeña apertura que estaba debajo de la nave.

—¡Escudos! —gritó Caillen.

Nykyrian se quedó tumbado sobre el piso, el hombro le latía del dolor.

—Están corriendo hacia sus naves —advirtió Darling.

Apartando el dolor de su mente, sabía que tenía que despegar antes de que persiguieran a Kiara.

En segundos, abordó el *Arcana* y encendió los motores. Despegó y voló en dirección opuesta a Hauk.

—Las naves han cambiado su curso y están dirigiéndose hacia ti. Tres permanecen detrás de Hauk —dijo Darling—. Parece que nosotros estamos a salvo, vamos a salir de aquí.

El corazón de Nykyrian latió fuertemente. Sabía que Jayne podía ocuparse de tres naves sin problemas, pero sus escáneres brillaban casi blancos, por la cantidad de naves que lo perseguían a él.

—¡Ríndete! —gruñó la voz de Aksel, por el intercomunicador.

Nykyrian redujo su velocidad. Esto era lo que siempre había querido. Ser enterrado como un guerrero. Moriría como un hombre, en un breve estallido de luz.

—Creo que no.

—Te excedemos en número —dijo Aksel—. ¡Tengo veinte naves detrás de ti!

Nykyrian resopló con amarga diversión.

—¿Quieres que aplauda tus habilidades matemáticas? Tienes que atraparme primero, y no te creo capaz de eso —le espetó Nykyrian, sabiendo que Aksel rompería filas en su escuadrón y lo enfrentaría.

—Y tú que hablas de ser predecible —susurró Nykyrian, cuando la nave de Aksel rompió su formación y salió detrás de él.

Él le dio la vuelta a su nave y se preparó para luchar. Kiara estaba a salvo. Una lucidez helada, tranquila descendió sobre él. Aksel disparó primero.

Nykyrian apenas tuvo tiempo para evadir la explosión de color que pasó por su nave hacia la oscuridad del espacio. Le fueron disparados tres tiros más en una sucesión rápida. Nykyrian apretó el volante, el cuero de sus guantes crujió.

Otras tres naves estaban moviéndose. Tenía que destruir a Aksel primero. Solo entonces, Kiara estaría a salvo. Tomando la iniciativa, Nykyrian disparó con su cañón de iones.

En una breve llamarada de luz naranja, la nave de Aksel se desintegró. Nykyrian respiró profundamente. El resto de las naves lo rodearon.

* * * * *

Kiara se movió bruscamente en el regazo de Hauk.

—¡Tenemos que regresar! —gritó ella, le temblaban los miembros de miedo.

—¡Mis ordenes son llevarte a un lugar seguro! —reiteró él por quinta vez, y por quinta vez, Kiara quiso estrangularlo.

—¿Es que acaso no te importa?

Le dio un tirón al acelerador con sus manos, puso la nave de lado antes de responderle.

—Me importa más de lo que puedes imaginar, pero le hice una promesa, ¡y prefiero cortarme las venas antes de romperla! —con otro tirón enfadado, enderezó la nave.

Kiara se reclinó, sus lágrimas escocían sobre sus mejillas.

—Él está allí afuera, solo —susurró, sintiéndose un poco enferma del estómago.

—Jayne va a regresar por él. Estará bien.

Kiara escuchó la duda en sus palabras. Rezó tanto como pudo. Nykyrian tenía que regresar, tenía que hacerlo. Finalmente parpadeó, un poco aliviada cuando avistaron a Gouran.

—¿Comandante Biardi? —preguntó Hauk.

—Sí. —Kiara reconoció la voz angustiada de su padre.

—Tengo a Kiara, pero necesito un escuadrón de naves. Uno de nuestros pilotos está en peligro. Si le envió las coordenadas, ¿usted nos ayudará?

Un silencio respondió su demanda.

La furia de Kiara creció a alturas incontrolables.

—Papá, si me quieres un poco, harás lo que te pide.

—Muy bien.

Al unísono, ambos soltaron un suspiro de alivio.

Hauk programó la información en la computadora. Mientras se acercaban a la bahía de Gouran, pasaron al lado de un escuadrón de naves enviado para ayudar a Nykyrian.

Tiarun se encontró con ellos en el hangar, después de que aterrizaron. Kiara se tiró en sus brazos, agradecida por el apoyo, pero deseando que Nykyrian fuera quien la sostuviera.

Hauk saltó de su nave y se acercó a su padre, en firmes y depredadoras zancadas.

—Señor, requiero otra nave para unirme a sus tropas. No tengo el suficiente combustible para regresar en la mía.

Su padre la miró, apretando sus brazos alrededor de sus hombros. Para su alivio, él asintió.

—Hay tres naves totalmente cargadas al lado de la suya.

Hauk hizo una pequeña reverencia antes de alejarse de ellos.

—¡Hauk! —Kiara corrió detrás de él.

Él se detuvo y esperó hasta que ella se acercó. A Kiara le temblaban los labios mientras miraba fijamente sus ojos Andarion. Ella solo quería una cosa, solo deseaba algo.

—Tráeme a Nykyrian de vuelta.

Él miró a un punto más allá de su hombro, en donde estaba parado su padre. Metió la mano en su bolsillo, sacó el anillo de *griata* y se lo entregó.

—Nykyrian quería que te diera esto.

Kiara sorbió sus lágrimas mientras miraba fijamente el hermoso anillo de bodas que Hauk dejó caer en su palma.

—Él también me pidió que te dijera que te ama.

Sus lágrimas estallaron con un sollozo desgarrador.

—Por favor sálvalo —suplicó ella, tirando sus brazos alrededor del cuello de Hauk—

. ¡Él tiene que volver a casa!

Hauk asintió, desenvolvió sus brazos y despegó en la nave que estaba más cerca.

Kiara deslizó el anillo frío en su tercer dedo, mientras sus miedos y preocupaciones la estrangulaban. El anillo le quedaba perfecto, igual que el amor de Nykyrian.

Se volvió y se unió a su padre, deseando ser una niña pequeña de nuevo, para que él pudiera hacerla sentir mejor besándole su herida y abrazándola. Pero para su profundo pesar, esos días hacían parte del pasado.

—Déjame llevarte a casa —susurró su padre, envolviendo un brazo sobre sus hombros.

Kiara negó con la cabeza.

—Tengo que saber que está pasando. Llévame a la torre de control.

A pesar de su mirada escéptica, él hizo lo que le pidió.

Kiara se sentó en silencio, escuchando las voces de los pilotos mientras se encargaban de los hombres de Aksel. Rezó por un milagro.

Hauk pensó que nunca llegaría a tiempo para la batalla. Y extrañamente, tuvo razón. Cuando se encontró con el escuadrón, la batalla había terminado. Su corazón latió fuertemente cuando inspeccionó las naves, buscando a Nykyrian.

Al intentar abrir su canal para preguntarle a Jayne por el destino de Nykyrian, avistó al *Arcana*. Cuatro naves de Gourish rodeaban la nave destrozada.

—¿Nykyrian? —su corazón se alojó dolorosamente en su garganta.

—...Bien... herido...

Frunciendo el ceño, Hauk revisó el daño que había recibido la nave de Nykyrian. Las

chispas estallaban, solo para ser extinguidas por el vacío del espacio. Por lo que

podía ver, parecía que solo un motor estaba funcionando. No tenía idea de que

Nykyrian pudiera aterrizar la nave en esas condiciones.

—¿Necesitas una viga de tractor para ayudarte a aterrizar?

—No... nave... destruye...

Hauk apenas si podía entender las palabras rotas y alteradas. Soltó una maldición feroz, recordando que la nave no podía ser arrastrada. Si lo intentaban, se autodestruiría.

Una de las naves de Gourish casi impacta con la Arcana cuando se puso a su lado. Hauk apretó los dientes. Nykyrian no iba a ser capaz de regresar.

Nykyrian permaneció en silencio. Su sistema de comunicaciones no estaba funcionando correctamente y solo podía captar retazos de conversaciones de los pilotos que lo rodeaban. No podía creer que aún estuviera vivo. Después de que había asesinado a Aksel, el resto de sus hombres le habían hecho una docena de agujeros en su nave.

Una extraña catarsis se había formado en su mente después de la batalla, y de alguna manera sus pecados del pasado dejaron de molestarlo.

Miró fijamente su panel de control, el cual tenía encendida una luz de advertencia a bordo. Era un milagro que sus direccionales aún funcionaran para volar.

Pensó en Kiara y en su bebé. Si pudiera tener un deseo, sería ver a su bebé nacido, y abrazar por última vez a Kiara. Suspiró, se le formó un nudo en el pecho. Desde el principio, había sabido que algunas cosas no eran suyas para tenerlas.

El planeta apareció ante él.

Se pasó la mano por su brazo herido. La sangre empapaba su uniforme, pero ya no le dolía. Nykyrian miró fijamente a Gouran, preguntándose si Tiarun ordenaría que le dispararan antes de que se acercara a la bahía. La mayoría de los gobiernos lo harían. Era la práctica normal para prevenir que se dañaran sus valiosas bahías.

Nykyrian apoyó su cabeza en el asiento. Sus orejas reverberaban por la estática de la radio, pero aún así, pudo jurar que escuchó el dulce y tierno tono de voz de Kiara, gritando su nombre.

Se dispuso a entrar en la bahía, sus manos automáticamente realizaron el procedimiento de aterrizaje. Presionó los interruptores y tiró de los frenos, pero no pudo reducir la velocidad de la nave. Un frío lo invadió mientras entraba al hangar a toda velocidad.

En un último esfuerzo por salvar su vida, tiró del interruptor de expulsión que estaba sobre su cabeza. La fuerza de propulsión del asiento lo disparó hacia fuera,

pero no fue suficiente para evadir al estabilizador trasero. El impacto lo envió directamente a la oscuridad.

Kiara se levantó con un grito, su mente era incapaz de creer lo que había visto con sus propios ojos.

La nave de Nykyrian impactó y abrió un agujero a través de la pared exterior de la bahía. Las ardientes llamas rojas y doradas lamieron la nave, a lo largo del suelo y las paredes de la bahía, mientras las explosiones hacían erupción en todo el lugar. Las unidades contra incendios descendieron para extinguir el fuego.

—Sabía que debía haber detonado esa nave —gruñó su padre al lado de ella.

Horrorizada, Kiara lo miró boquiabierta y salió corriendo del cuarto. Sus pies la llevaron hacia el calor de la bahía mientras se estremecía por las emociones que la desgarraban. La llama abrasadora, congestionó su nariz con su olor penetrante y le hizo llorar los ojos. Tosió, buscando entre los restos de la nave con ojos desesperados. Había pedazos de la nave de Nykyrian esparcidos por todas partes. Por un momento, pensó que se derrumbaría.

No había quedado nada entero. Nada. Kiara se arrodilló, agarrándose al borde de la pared hasta que se le durmió la mano. El dolor atormentó su alma y quiso morir. Esto no podía ser real. ¡No se suponía que debía acabar de esa manera!

Su mirada flotó sobre los pedazos esparcidos, los restos encendidos, las llamas, debajo de la bahía hasta la abertura. Kiara parpadeó. No podía ser.

Sus esperanzas renacieron cuando vio a Nykyrian yaciendo en la abertura de la bahía. ¡Estaba vivo! Sacó fuerzas de una fuente desconocida, corrió hacia él.

—¡Oh, Dios! —jadeó, mientras se detenía sobre su cuerpo. Kiara se puso de rodillas a su lado, temerosa de tocarlo. Él yacía sobre su espalda, absolutamente quieto. Su casco estaba roto y abollado.

Kiara extendió una mano temblorosa para tocar la herida que tenía abierta en su costado. El pecho de Nykyrian no parecía estar moviéndose en absoluto. Había tanta sangre. Sus labios temblaron cuando cayó presa del pánico.

Hauk se arrodilló en el lado opuesto. No la miró mientras desabrochaba las hileras que aseguraban el casco de Nykyrian a su uniforme. Cuando se lo quitó, su mundo se tambaleó.

—¡No! —gritó, al observar el tinte azulado de la piel de Nykyrian. Asió su mano fría que de algún modo se había liberado de su guante, se la llevó hasta su pecho y limpió la sangre de su mejilla helada.

Una unidad médica los rodeó, forzando a Kiara a apartarse. Mareada, se tambaleó, su mente estaba demasiado agobiada por el pesar y el dolor como para pensar.

Hauk empezó a gritar, pero sus palabras eran inteligibles para ella, como si nada la afectara. Una niebla nubló su visión, sus oídos, y por un momento, se preguntó si esa sensación era lo mismo que morir.

De repente, su padre estaba allí, abrazándola.

Por alguna razón, sus lágrimas se detuvieron y una extraña lucidez invadió a su pesar mientras miraba a los médicos desgarrando el uniforme de Nykyrian y conectándole una serie de máquinas. Era como mirar a actores en una obra representando un libreto del que ella no conocía el final. Nada de lo que sucedía le parecía real.

Kiara miró a su padre.

—Debes llamar a sus padres e informarles —dijo, en una voz apagada—. Al emperador Aros y a la Princesa Cairistiona. Por favor díselos... Yo... yo no creo que pueda.

Por la expresión del rostro de su padre, Kiara se dio cuenta de que él pensaba que ella estaba loca. Quizá si lo estaba.

—Por favor llámalos —dijo nuevamente—. Tengo que ir con él —con el corazón roto en pequeños pedazos, Kiara entró a la unidad médica y los acompañó al hospital.



Capítulo 16

Kiara estaba sentada en la sala de espera del hospital mirando fijamente hacia el exterior de la ventana. Nykyrian había estado en cirugía casi seis horas, y mientras cada segundo pasaba, sentía que sus esperanzas disminuían.

Thia yacía dormida en su regazo, las lágrimas todavía bañaban sus pestañas cerradas. Hablarle a la pequeña niña sobre la muerte de su madre y del padre que había visto una sola vez, había sido una de las cosas más difíciles que Kiara había hecho en su vida.

Suspiró, echando una mirada alrededor del cuarto. Jayne estaba sentada frente a ella, junto con Caillen y Darling. Hauk caminaba de un lado al otro por el pasillo, sin decir nada.

Los padres de Nykyrian estaban reunidos con su padre en el otro extremo del cuarto. Ellos eran un grupo sombrío y Kiara no se imaginaba lo que Nykyrian diría si pudiera verlos.

Levantó su mano izquierda ante ella, dejando que los rayos de sol del amanecer jugaran a través de las piedras rojas de *griata*. Daría todo lo que poseía y todo lo que aspiraba en la vida si pudiera recuperar a Nykyrian. Ni siquiera le importaba que estuviera lisiado, mientras lo tuviera a *él*.

Kiara soltó una respiración temblorosa. Sostuvo a Thia como si ella fuera un bálsamo contra su pesar, y apartó los rizos rubios de sus mejillas pequeñas y regordetas.

Las puertas se abrieron al extremo de la sala de espera. Levantó la mirada esperando ver al doctor, pero se sorprendió cuando vio a Rachol entrando en la sala de espera con una hermosa mujer pelirroja. Caillen se levantó y detuvo a la pelirroja

antes de que ella pudiera identificarla. Rachol vino directamente hacia Kiara y se arrodilló a sus pies.

—¿Cómo estas? —preguntó, con la preocupación grabada en su rostro mientras le daba un apretón consolador en su mano.

—No muy bien —contestó ella, mientras las lágrimas se derramaban por sus mejillas.

Los labios de Rachol temblaron.

—Lo siento mucho. Yo debí haber estado allí. Yo pude haberlo detenido.

Kiara le tocó la mejilla con una tierna caricia. Sabía que a Rachol le dolía tanto como a ella.

—Tú lo conoces bien, Rachol. Nykyrian es demasiado terco como para haberte escuchado. Tengo el presentimiento de que si hubieras estado allí, ahora estarías en la sala de operaciones a su lado.

Rachol asintió, sus labios dibujaron una línea tensa.

—Supongo que tienes razón.

La pelirroja se acercó con vacilación.

—Rachol —dijo ella en un suave y musical acento—. No me gustan mucho los hospitales. ¿Vas a estar bien?

Rachol levantó la mirada hacia ella, con sus ojos oscuros llenos de dolor.

—Seguro —dijo, y tomó asiento al lado de Kiara.

La pelirroja asintió con la cabeza.

—Regresaré en un rato para echarte un vistazo. Si me necesitas, estaré en mi apartamento.

Kiara siguió el caminar elegante de la mujer con los ojos. El movimiento de la pelirroja le recordó a una bailarina.

—¿Quién es ella? —le preguntó a Rachol.

Él suspiró.

—Shahara Dagan.

Kiara abrió los ojos como platos.

—¿La asesina que iba a matarte a ti y a Nykyrian?

Él asintió con un suspiro de cansancio.

—Es una larga historia —replicó y apoyó la cabeza contra la pared.

Fueron forzados a esperar una hora más hasta que finalmente un doctor salió. Se detuvo ante Hauk y este señaló a Kiara. Kiara miró el acercamiento del doctor hacia ella, con una fría aprehensión, su corazón latía de miedo por lo que le pudiera decir. Rachol le sostuvo la mano.

—¿Señora Quiakides?

Kiara asintió con la cabeza, incapaz de hablar, con el nudo que bloqueaba su garganta.

—Él ha salido de cirugía, pero todavía falta muchísimo para que se recupere. Sufrió muchos daños —sus ojos llenos de piedad la desgarraron—. Con toda honestidad, no se como ha sobrevivido hasta ahora. Nunca he visto que alguien haya sobrevivido a una cirugía con todas las lesiones que él tiene.

Con cada palabra, la garganta de Kiara se apretaba un poco más.

—Si usted prefiere, puede quedarse en su cuarto —dijo él doctor casi en un susurro—. Podría aumentar su oportunidad de sobrevivir, si alguien cercano se queda con él.

—¿Él puede escucharme? —preguntó ella, con la voz rota.

—Dudo que pueda entenderla, pero sabrá que usted está allí.

Jayne tomó a Thia de sus brazos.

—La llevaré a casa para que se quede con mis hijos. Cuando él esté mejor, la volveré a traer.

Kiara le ofreció una sonrisa insegura, agradecida por su bondad.

—Iré contigo —dijo Rachol a su lado.

Dándole palmaditas a la mano de Rachol, Kiara se levantó y siguió al doctor, con Rachol a su lado. Hauk le informó las palabras del doctor al resto del grupo en espera.

El doctor abrió la puerta del cuarto de Nykyrian. Kiara tuvo ganas de gritar, solo su garganta apretada y reseca le impidió que algún sonido saliera de sus labios. Nykyrian yacía en la cama con una serie de alambres y tubos conectados a su cuerpo en varias máquinas. Se veía tan pálido. Kiara tembló, las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Tuvimos que volver a conectar todo su sistema nervioso —dijo el doctor, mientras retiraba una silla para ella—. Hay una gran oportunidad de que él esté paralizado si se despierta —el doctor se aclaró la garganta—. Si lo hace a lo largo del día, tendrá grandes oportunidades de recuperación.

Rachol salió. Al escuchar que la puerta se cerraba detrás de ellos, Kiara caminó hasta la cama.

—Nykyrian —susurró, sus lágrimas se derramaban por sus mejillas, goteando sobre el brazo de él—. No me dejes. —Tocó el punto en el cual, sus lágrimas habían caído sobre su piel helada—. No te perdonaré si me dejas sola.

Miró fijamente su rostro hermoso, que estaba hinchado y rojo donde le habían vuelto a juntar la piel de sus heridas.

Con mucho cuidado, le pasó los dedos sobre sus cejas finamente arqueadas, deseando que él abriera los ojos y la mirara. En ese momento, incluso agradecería uno de sus feroces gruñidos.

La puerta se abrió y Rachol y Hauk entraron. De mala gana, Kiara soltó la mano de Nykyrian, se sentó en la silla al lado de la cama y rezó para que se recuperara.

La semana pasó muy lentamente mientras Kiara esperaba por una señal de recuperación. Todos le habían insistido varias veces, que saliera un rato del cuarto y que durmiera en una cama decente, o comiera una comida caliente, pero ella no quería, no podía hacerlo.

Al octavo día, dormitaba incómoda en su silla. Un gemido suave la despertó. Kiara se levantó de un salto, con su corazón golpeando. Examinó a Nykyrian, quien la miraba fijamente con los ojos abiertos. Llorando de alegría, corrió hacia él.

—¡Nykyrian! —sollozó, lágrimas de alivio se derramaron por sus mejillas—. ¿Cómo te sientes?

Él tragó saliva e intentó aclarar su garganta.

—Como si hubiera luchado y perdido con la bestia de Tourah —dijo con voz rasposa. Intentó sonreírle, pero no pudo hacerlo realmente.

A Kiara no le importó. En ese momento, pensó que podía volar. Mordiéndose el labio, miró fijamente los hermosos ojos verdes que había temido que él nunca volvería abrir.

—Llamaré al doctor —dijo ella, le apretó la mano antes de salir corriendo del cuarto.

Una vez afuera, les contó las noticias apresuradamente a sus amigos y familiares, y salió en busca del doctor lo más rápido que pudo.

Regresó con su esposo. Sus padres lo rodearon con buenos deseos y amor. El calor la recorrió ante esa visión.

El doctor les exigió que salieran.

Con una última sonrisa a Nykyrian, Kiara salió con sus padres del cuarto. Todos charlaban entusiastamente, mientras esperaban escuchar el último veredicto del doctor. Kiara se mordió las uñas, rezando.

Una hora después, el doctor salió del cuarto con una amplia sonrisa dibujada en el rostro. Su corazón latió esperanzado.

—Él se recuperará —dijo el doctor, al detenerse ante ella—. De hecho, debe poder caminar normalmente, después de algunas sesiones de terapia. Es un hombre muy afortunado.

No, pensó Kiara, yo soy una mujer afortunada. Estaba tan debilitada por el alivio, que su padre la tomó en brazos y la abrazó fuertemente.

¡Había un Dios y la amaba!

Sonriendo, Kiara agarró la mano de Cairistiona y la apretó.

* * * * *

Kiara observaba a Nykyrian luchando en el suelo con Thia, su corazón se iluminó por la forma en que Nykyrian «Ayudaba» a Thia con su tarea. De algún modo, sus lecciones siempre terminaban en juego.

Sonrió, sabiendo que él era un buen padre y un marido maravilloso.

La brillante luz del sol se vertió a través de las puertas de la biblioteca del palacio. Seis meses habían pasado desde que Nykyrian salió del hospital, y durante ese tiempo, habían dejado la pequeña casa cómoda anidada entre las estrellas y se habían ido a vivir con el padre de Nykyrian, donde este exigió para ella y Thia, la protección contra los *boowash*, que quisieran hacerles daño.

Ambos sonreían mientras rodaban por el suelo. Thia chilló, entonces salió corriendo lejos, y las lorinas la siguieron mientras corría a toda velocidad hacia las escaleras.

Una amplia sonrisa se dibujó en los labios de Kiara, al encontrarse con la mirada de Nykyrian.

—Le debiste haber hecho cosquillas.

Nykyrian se rió. Al tomar su bastón, se puso de pies. Todavía caminaba con una cojera pronunciada, pero estaba vivo y sano.

—¿Estás contenta de que Thia esté con nosotros? —preguntó él, mientras la tomaba en sus brazos.

Kiara gruñó cuando su barriga redondeada chocó con su firme y musculoso pecho. Ella llevaba dos semanas de retraso.

—En este momento, deseo que este se nos una.

Los hoyuelos de Nykyrian destellaron.

Kiara los tocó, esperando que su bebé también los heredara.

—Estoy feliz de que Thia esté aquí. Ayer me dijo, que quería un hermanito esta vez, para que la ayudara a vencerte, y a una hermanita la próxima vez, para tener con quien jugar a las muñecas.

Una esquina de su boca se levantó.

—Estoy deseoso de complacerla.

Una calurosa felicidad consumió a Kiara.

—Yo también lo estoy. Mientras no tenga que criarlos sin tu ayuda.

Sus brazos se apretaron alrededor de ella.

—Estoy jubilado. Juró que nunca volveré a tomar otra misión.

Kiara lo miró fijamente, dudando de sus palabras.

—¿Ni siquiera si viene Rachol y te lo pide?

Él la besó ligeramente en los labios.

—Te amo —susurró.

A Kiara se le estancó la respiración en la garganta. Sus labios temblaban mientras él finalmente le decía las palabras, que tanto había querido escuchar.

—¿Qué? —dijo, deseando que se las repitiera.

—Te amo, *mu shona*, y nunca volveré a dejarte.

Kiara le sonrió, sabiendo que esta vez, estarían juntos para siempre.

Fin.



Reseña Bibliográfica

Despertando de un sueño inducido por las drogas en una fría celda, Kiara se encuentra prisionera de los despiadados saqueadores que amenazan el reino planetario de su padre. Un rescatador aparece milagrosamente, pero detrás de su temible máscara está el bello rostro de un oscuro vengador cuyo contacto furtivo hace que hasta su alma arda.

Nacido del deseo

Le llamaban Némesis. Una vez fue un asesino renegado, ahora es un guerrero que tiene demasiados enemigos, y ha jurado proteger al inocente de los despiadados mercenarios a lo largo y ancho de las diversas galaxias. Asediado por ambos bandos, sabe que es un peligro para la bella mujer que ha salvado de una muerte segura. Pero la adorable Kiara despierta un hambriento anhelo en su endurecido corazón, incitándole a una lucha que podría devolverle el honor y sanar las heridas de un imperio sitiado... o arrancar a Kiara de sus brazos para siempre...